VIDAS Y LEGADOS APASIONANTES
DE LOS GRANDES PERSONAJES DE
NUESTRA HISTORIA



HIJOS DE ESPAÑA

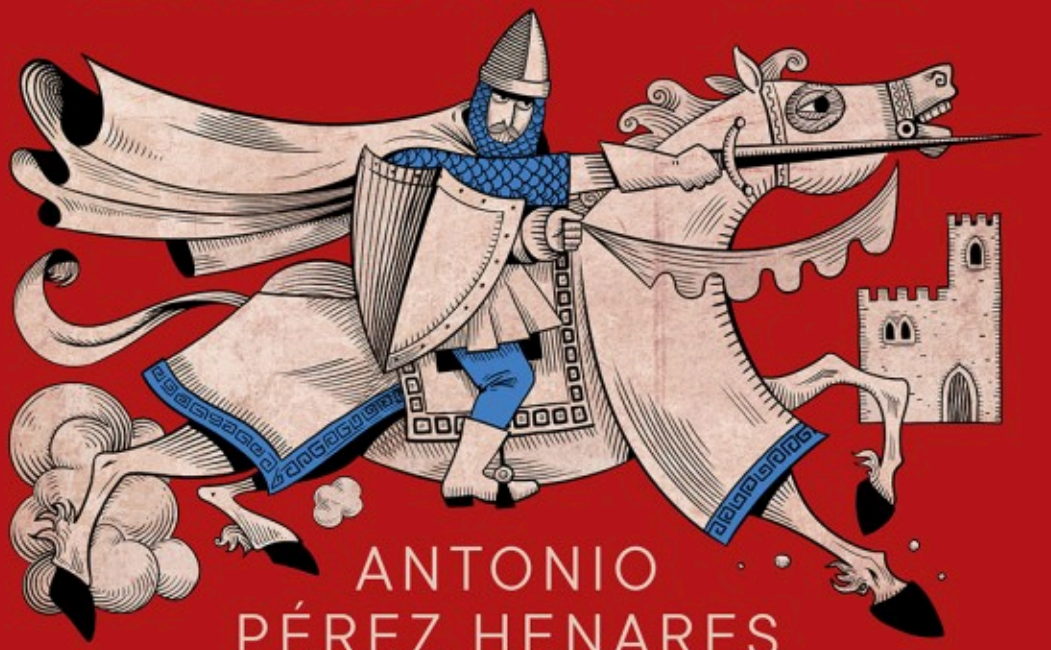


ANTONIO
PÉREZ HENARES

VIDAS Y LEGADOS APASIONANTES
DE LOS GRANDES PERSONAJES DE
NUESTRA HISTORIA



HIJOS DE ESPAÑA



ANTONIO
PÉREZ HENARES

HIJOS DE ESPAÑA

Antonio Pérez Henares

Rocaeditorial

1
Miguelón

El cráneo más famoso de la prehistoria

El cómo le llamaron los suyos, seguro que no era así, pero cuando Juan Luis Arsuaga e Ignacio Martínez Mendizábal dieron con su cráneo unos cuatrocientos mil años después de muerto, en la Sima de los Huesos del yacimiento de Atapuerca, Miguel Induráin ganaba siempre el Tour de Francia. Así que el grupo de paleoantropólogos, que aunque no se lo crean son gente muy ocurrente y divertida, decidió ponerle Miguelón en honor al ciclista navarro, al que también apodaban así cariñosamente. Bautizado quedó, y como Miguelón ha alcanzado la fama y entrado en la historia. En la prehistoria, mejor dicho, en tiempos paleolíticos.

Por aquel entonces, a finales del siglo pasado, creyeron y nos dijeron que este personaje con el que me he decidido a abrir la serie de *Hijos de España* era el humano más antiguo, del género *Homo* ya, que había andado por aquí. Hoy nuevos descubrimientos allí mismo han demostrado que antes que él resulta que hubo otros, más viejos aún —Eudald Carbonell y Bermúdez de Castro, sus padrinos, me corregirán si me equivoco—, que sobrepasan el millón

de años. Parece que puedan ser descendientes de aquel *Homo erectus* que salió de África hace unos dos millones de años o algo así. Perdonen que sea tan ambiguo con las cifras, pero en esta disciplina paleoantropológica es lo que hay, y con ello hay que trillar: unas decenas o unas centenas de miles de años es un aceptable margen de error. Ya se irá aquilatando el asunto, pero de ellos ya sabemos alguna cosa más y no sé si apta para espíritus sensibles. Eran caníbales y los restos encontrados son los restos de un festín. Una cosa muy desagradable… Antepasados son, pero podemos argüir que muy muy lejanos, y quizá de otra rama, pero tampoco hay que ponerse estupendos, pues cuando el hambre aprieta y la cosa va de vida o muerte, la «costumbre» de comerse al prójimo vuelve a aparecer, ya sea en nuestra península o en los Andes, pero ahí está.

A Miguelón y a sus compañeros encontrados en la Sima de los Huesos no se los comió ningún congénere y podemos pensar que ellos tampoco se comieron a ningún primo suyo. Saquémosle a la luz y conozcámosle junto con toda su familia, tras pasarse todos tanto tiempo bajo tierra. Miguelón es uno de los más de una treintena de cuerpos de preneandertales que fueron depositados por sus congéneres en la famosa Sima de los Huesos de la sierra de Atapuerca, en uno de sus yacimientos más señeros y renombrados del mundo, y lugar de peregrinaje de los científicos que investigan el origen y la evolución de la especie humana.

Los de aquella «tribu» de *Homo heidelbergensis* ya nos tocan bastante, aunque se extinguieran, porque sus sucesores, los neandertales, que también acabaron por desaparecer, ya se mezclaron con nosotros, y nos ha quedado un algo suyo como

herencia genética. Parentesco, y no tan lejano, tenemos.

Miguelón no era de los más viejos que fueron a parar al lugar, andaba por los treinta y cinco años, según los cálculos hechos por el desgaste de sus piezas dentales, que ya era bastante. No era el más robusto, había alguna osamenta claramente más poderosa, como la de un tal Agamenón, pero el encontrar su cráneo al completo y encima la colección de sus vértebras cervicales le llevó a la fama, con un factor añadido: el comprobar que un terrible golpe había hecho un gran daño en el lado izquierdo de su cara, que le había producido una infección que afectó a mandíbula y raíz dental, que le produjo la muerte, que debió de ser en extremo dolorosa.

Qué o quién —animal, accidente u otro congénere— le provocó la herida no lo podemos saber aún, aunque están en ello, pero sí conocemos el porte de la familia, con edades comprendidas entre los cinco años y los cerca de cuarenta del más anciano, cómo eran físicamente, de qué se alimentaban y que según parece algún tipo de pensamiento sobre la muerte tenían. En la sima donde acabaron por ser llevados todos, en señal de un indudable respeto y para la protección de sus restos, apareció depositada una hermosa bifaz esmeradamente tallada en cuarcita roja. ¿Una ofrenda? Pues eso parece, dado que las más exigentes investigaciones y análisis demostraron que no había sido usada en ninguna de las tareas para las que el hacha de piedra se empleaba. En otro juego de los suyos, a esta le han puesto Excalibur en honor del rey Arturo.

Aquellos clanes que frecuentaron las grutas de Atapuerca ya tenían variados conocimientos y aptitudes humanas. Tallaban la piedra y buscaban los materiales más adecuados para sus hachas y utensilios de cortar, hendir y raspar; se protegían y vestían, aunque

fuera de forma muy tosca, con las pieles de sus presas; conocían el fuego para darse calor y endurecer con él las puntas de sus largas lanzas de pináceas, con las que embestían a los grandes ungulados que eran sus más codiciadas presas.

El clan o la horda, o como llamársele quiera, estaría dotado de ciertas normas y hábitos de relación y conducta, e incluso de una incipiente división de tareas. Los jóvenes y fuertes intentarían obtener las presas más grandes y difíciles, bien por la caza, el carroñeo o disputándosela a otros carnívoros, mientras que mujeres con crías, niños y ancianos se dedicarían más a la caza menuda, la pesca y la recolección de huevos, caracoles, plantas, frutos, bulbos o raíces, que en muchas ocasiones serían el sostén primordial de todos ellos. No todos los días se daba caza a un bisonte, se abatía un megaloceros o se conseguía derribar un gran rinoceronte.

La especie era de buena estatura, se considera que podían sobrepasar con facilidad los 1,70 metros, e incluso 1,80. Eran bastante más anchos de espalda, pecho y caderas que nosotros, siendo los machos más voluminosos y pesados que las hembras, aunque estas tampoco quedaban muy atrás en talla y musculatura. Los varones en la plenitud de sus fuerzas podían alcanzar los cien kilos de peso, en los que no había ni una gota de grasa superflua.

Su dieta era en buena parte carnívora, pero se complementaba con pescado, vegetales y cualquier otro tipo de nutrientes. En resumen, mucho más variada que lo que sería posteriormente en el Neolítico, cuando los humanos se asentaron en lugares fijos, alimentándose casi en exclusiva de lo que obtenían de sus cultivos.

El cerebro de Miguelón ya sobrepasaba los mil cien centímetros cúbicos, y no era el que mayor capacidad tenía dentro de su grupo,

pues hay uno que casi alcanza los mil cuatrocientos, que es el equivalente a un *sapiens* actual.

Su capacidad cognitiva y el hecho de que los cuerpos se depositaran en ese pozo, en la entrada de la cueva, en un lugar al que había que acudir *ex profeso*, ha llevado a la hipótesis de que había una intencionalidad manifiesta y que quizá aquellos primeros pobladores peninsulares ya se hacían preguntas sobre la vida y la muerte que aún hoy nosotros nos seguimos haciendo.

El cráneo de Miguelón, del que se ha recuperado hasta el más mínimo huesecillo (incluso los del oído medio: martillo, yunque y estribo), nos descubrió una maravillosa capacidad emisora y auditiva. De hecho, podemos afirmar que los sonidos que emitían y con los que se comunicaban no eran como los de los chimpancés, nuestros simios más cercanos, sino más parecidos a los que emitimos y escuchamos nosotros mismos. O sea, que hablaban.

En suma, Miguelón y los suyos ya mostraban una mente simbólica plena y fieramente humana, con sentido de la comunidad y expresiones rituales relacionadas con la muerte.

El *Homo sapiens* —es decir, nosotros— lleva impresa ese sentido ritual desde el origen mismo de la especie, y sabemos que nuestros primos más cercanos, los neandertales, también.

Ante tales evidencias, ¿vamos a negarles esta faceta de radical humanidad a Miguelón y a los suyos? ¿Vamos a repudiarlos y a negar que forman parte de nuestra familia evolutiva? Desde luego, no seré yo quien lo haga.

2
La niña del Lozoya

La hija de los neandertales

Era una niña neandertal de ojos azules, pelirroja, pecosa y de piel clara, cuyo nacimiento se remonta a unos cuarenta mil años. Sabemos que murió a poco de cumplir los tres años de su corta vida y que su muerte llenó de dolor no solo a su madre, sino a la tribu por entero, que la lloró con desconsuelo. Acompañaron a su pequeño cuerpo inerte con su canto y sus antorchas hasta la sagrada cueva de los ritos.

Allí prendieron sobre su túmulo funerario una hoguera y, una vez consumida, depositaron sobre sus cenizas la mayor de las ofrendas: el gran cuerno de un rinoceronte lanudo que los cazadores lograron capturar con una trampa excavada en su paso hacia el agua del río, rematado con sus lanzones de pino. Cada vez nacían menos niños y el viejo clan moría con cada uno de ellos, y más aún si era hembra.

Sabemos que aquella niña, cuya pérdida tanto afligió a los suyos, nació a orillas del río Lozoya —que es como la han apodado sus descubridores—, en su tramo más alto. El clan se asentaba en un refugio bajo una meseta de piedra desde cuya entrada se domina el

círculo de montañas que rodean el valle y se encara la cima de Peñalara. Esta cumbre se yergue como una enorme lanza, con unas nieves que brillan bajo el sol de la misma manera que ellos las verían, y que probablemente les causaban la misma admiración y fascinación que nos producen hoy en día.

El hallazgo de los restos de la niña pelirroja en lo que ahora se denomina el Valle de los Neandertales —en el Alto Lozoya madrileño, dentro del término de Pinilla del Valle— se produjo en 2011 por el equipo que dirigen Juan Luis Arsuaga y Enrique Baquedano. Ambos se sitúan en la élite de la paleoantropología mundial: si el primero es reconocido como una eminencia por sus descubrimientos en Atapuerca, el segundo destaca porque, además de codirigir esta excavación, está al frente de los yacimientos de la garganta de Olduvai en Tanzania, una de las grandes cunas de la humanidad.

Este descubrimiento en la cueva bautizada como la Des-Cubierta, junto con otros abrigos y oquedades vecinos de igual importancia y que conforman todo el yacimiento, se ha convertido en una pieza fundamental que cambia nuestra visión sobre los neandertales. Esta fue la otra especie humana que compartió la Tierra con nosotros, los cromañones, y que terminó por extinguirse, muy posiblemente arrinconada por nuestra propia especie en el sur de la península ibérica, tal como indican los últimos restos neandertales de Zafarraya (Granada) y Gibraltar, de «tan solo» veintiocho mil años de antigüedad.

Lo que los restos, la ofrenda y el sepulcro de la niña del Lozoya —que fue depositada en uno de forma redonda, construido con piedras— rebatieron es la percepción popular que se tuvo sobre los neandertales. Calificar de ser humano incompleto al cromañón que

pintó Altamira es tan estúpido como tachar de infrahumanos a los neandertales, quienes eran tan plena y hermosamente humanos como nosotros.

Desarrollaron una importante industria lítica, dominaron el fuego, poseían lenguaje, ocuparon Eurasia entera y establecieron normas de conducta en sus clanes. Asimismo, protegieron a quienes no podían valerse por sí mismos y usaron plantas medicinales —incluyendo el hongo, que es la base de la penicilina—. Además, según las últimas dataciones en cuevas como los Casares (Guadalajara) o El Castillo (Cantabria), algunos grabados que tradicionalmente atribuimos a los cromañones parecen ser anteriores, lo que sugiere que el arte quizá no fue un invento nuestro en exclusiva. En este valle del Alto Lozoya dejaron la prueba, para quien quiera verla, de sus ritos, su espiritualidad y del culto a los muertos, un rasgo propio del único ser en la naturaleza —el ser humano— que ha adquirido la terrible conciencia de que la muerte le espera y le acabará alcanzando.

La Des-Cubierta se abre en el flanco de un afloramiento rocoso, una plataforma pétrea desde la que se divisan el valle y el río. Su entrada está orientada hacia el sur, de cara a la sierra de Hontanares, que cierra el valle por el que fluye transversalmente el Lozoya. Por el otro costado se halla el gran Abrigo de Navalmaíllo, orientado hacia Peñalara, que era donde el clan hacía su vida cotidiana, mantenía encendidas sus hogueras y encontró refugio a lo largo de innumerables generaciones.

La Des-Cubierta albergó un santuario. El santuario de los «primeros hombres». En él no solo se encuentra el enterramiento de la niña, sino otra treintena de fuegos rituales, donde se colocaron

como ofrendas cuernos de grandes herbívoros. Nunca trofeos de carnívoros. El porqué de esta decisión desapareció con ellos.

Aquello fue —así se lo he oído contar jocosamente a sus descubridores— «el Shangri-La de los neandertales». El Valle de los Neandertales es, sin duda, un entorno privilegiado. El río corre transversalmente por el pie de las montañas del Sistema Central, con sus laderas bajando desde el Pico del Reventón hasta Navafría, ya en la actual Segovia. Las cadenas montañosas, al norte y al sur, lo protegen contra los peores vientos y celliscas. Los sotos y herbazales junto al río son pródigos en caza y pesca, plantas y raíces. Solo tenían un inconveniente, que para las necesidades del momento no era menor: el sílex escasea en todo el territorio. Pero le pusieron remedio tallando el cuarzo, el cristal de roca, que sí abunda. No puedo dejar de imaginar una fila de cazadores del clan al amanecer, con las puntas de sus lanzas reluciendo al dar en ellas los primeros rayos del sol. Aquellas largas y robustas lanzas neandertales de hasta cuatro metros de longitud con las que cazaban, arremetiendo a los más grandes y poderosos herbívoros: el rinoceronte lanudo, el uro, el bisonte y el gran ciervo megaloceros. Cortaban el frontal de los cráneos de las piezas cobradas —como se sigue haciendo hoy—, y los ponían como trofeos junto a los fuegos rituales de la Des-Cubierta.

Con esas mismas armas se defendieron de los imponentes leones cavernarios, de las manadas de lobos y cuones, y desalojaron a las hienas de sus cubiles para quedarse ellos a vivir allí. Varios yacimientos donde aparecen sus huellas tuvieron ese origen. Aunque desconocemos los motivos, no dejaron restos de estos carnívoros como trofeo en el santuario, si bien parece probable que se colgaran

al cuello una garra o un gran diente de león. Porque algo de ellos quedó, y queda, en nosotros.

La niña del Lozoya es historia; aunque no sea escrita. Ella y los suyos han dejado impresa su huella. Así lo hicieron también los neandertales, a quienes durante mucho tiempo hemos despreciado cuando, en realidad, eran mucho más cercanos a nosotros de lo que siempre creímos. Tanto, que son más que primos hermanos. Su impronta quedó en los genes de la población euroasiática actual, un legado que sus descendientes seguimos atesorando hoy en día. Lo ha demostrado el célebre científico suecoestonio Svante Pääbo, visitante asiduo de los yacimientos españoles, premio Nobel de Medicina en 2022, galardonado ya en 2018 con el Premio Princesa de Asturias. Tras secuenciar el ADN neandertal, Pääbo concluyó que, debido a una evidente hibridación, los cromañones euroasiáticos que compartieron territorio con ellos nos transmitieron una herencia genética: hasta un 4 por ciento de ese ADN está presente en nosotros hoy. Y el propio científico sospecha que tal vez sea bastante más.

Nos hibridamos, nos cruzamos y tuvimos hijos comunes, que, según parece, fueron fértiles. Esto nos plantea una duda inevitable: si dos especies diferentes logran tener descendencia —como el burro y la yegua—, el vástago vive pero es infértil, como ocurre con la mula. Sin embargo, los hijos de cromañón y neandertal eran fértiles; entonces, ¿somos en realidad la misma especie, aunque con ligeras variantes? Quizá, más que primos, seamos medio hermanos… o hermanos del todo.

Pinilla del Valle está a tan solo noventa kilómetros de Madrid. La

prehistoria se encuentra a un tiro de piedra de la gran urbe del siglo XXI. Visitar su valle me hizo cambiar notablemente —en todo, diría yo — el espíritu de mi novela, obligándome a reescribir *La canción del bisonte*. Los neandertales que traje de vuelta eran muy diferentes de los que llevaba en mi cabeza antes de conocerlos de la mano de Arsuaga y Baquedano. Los que regresaron conmigo eran mis propios y ancestrales hermanos; cada vez me llevo mejor con ellos y me gustan más. Tanto es así que ya estoy pensando que va siendo hora de darle un hijo a aquella novela.

3
Imilce, princesa ibera de aníbal

(siglo III-214 a. C.)

La dinastía iberopúnica que no pudo ser

Si hay un tiempo desconocido de nuestra historia es el previo al establecimiento de los romanos en el territorio. Lo que afecta a las tribus y etnias que entonces poblaban la península queda envuelto en un velo de leyenda tanto en el centro y en el sur iberos como en el brumoso norte céltico. Tengo para mí que, especialmente en el caso ibero, ese velo está a punto de rasgarse y que van a parecer ante nuestros ojos una impactante civilización, una cultura y unos personajes que van a apasionarnos. Y no es para menos, pues los que de vez en cuando emergen restallan con un increíble brillo y resultan fascinantes.

No eran tan solo unos simples y silvestres comedores de bellotas, aunque las aprovecharan; ni errantes nómadas que dejaban tan solo la efímera huella de sus tiendas. No. En absoluto. La geografía de un extensísimo territorio —la actual Andalucía y el centro peninsular hasta el Duero— está plagada de la huella de sus asentamientos, sus templos y palacios, que los había, sus ritos y sus combates. Todo

ello está allí, y está aflorando, como perspicazmente han comprendido autores como Juan Eslava Galán —padre de la actual novela española, y, además, jienense, provincia donde esa huella es continua e impactante—, o el también escritor y divulgador Manuel Pimentel.

Un día no muy lejano, que me encantaría poder ver, el mundo ibero emergerá ante nosotros en todo lo que fue y significa, más allá y más acá del mito de Tartesia y Argantonio, de la *Dama de Elche* o del misterioso y funerario Cerrillo Blanco. Quizá incluso se descubra esa llave para descifrar su historia, esa piedra Rosetta que aún permanece oculta. De hecho, los descubrimientos del yacimiento tartésico de Turuñuelo de Guareña (Badajoz), al norte del río Guadiana, comienzan a rasgar el velo de una civilización propia, extensa y avanzada, que reclama nuestra atención a gritos. De momento, ya conocemos sus caras, maravillosamente retratadas en varias de las esculturas halladas, como la *Dama de Baza* o la *Dama de Elche*.

Los personajes iberos son muchos, y a cada cual más interesante, pero me detendré en uno que ha superado la niebla de los siglos y ante el que reconozco haber caído subyugado: Imilce o Himilce, la princesa oretana que se convirtió en la esposa del general cartaginés Aníbal Barca.

Su ciudad natal, Cástulo, es el impactante escenario donde se encuentran las claves del encuentro de los iberos oretanos con Fenicia y Cartago, antes de su posterior romanización. Emplazada en las terrazas de la margen derecha del río Guadalimar, en las estribaciones de Sierra Morena y a unos cinco kilómetros de la actual Linares (Jaén), la urbe funcionaba como paso natural entre la

cuenca del Alto Guadalquivir y la Meseta, siendo la capital de las tribus oretanas. Su enorme riqueza minera —especialmente en cobre, plomo y plata— y su capacidad para acuñar moneda propia actuaron como un poderoso reclamo para los mercaderes fenicios, tras los cuales llegaron sus parientes más guerreros, los cartagineses.

Derrotados por los romanos en la primera guerra púnica —que les costó la pérdida de Sicilia, Córcega y Cerdeña—, los cartagineses buscaron en Hispania su área de expansión y revancha. Amílcar inició la conquista en el 237 a. C., e incluso dio nombre a una gran ciudad: Barcelona, la urbe de los Barca. Tras su muerte en combate contra los propios oretanos cerca de Elche (228 a. C.), tomó el relevo su yerno, Asdrúbal el Bello. Este general supo conjugar la presión militar con las alianzas políticas, logrando avanzar por el territorio ibero hasta el río Ebro.

Sin embargo, Asdrúbal el Bello corrió una suerte similar a la de su suegro y murió asesinado por un sirviente del rey celtibero Tagus, a quien los cartagineses crucificaron en represalia. Fue entonces cuando el hijo mayor de Amílcar, Aníbal, asumió el mando definitivo de las tropas púnicas en Hispania. Las tribus que habían pactado con Asdrúbal temieron un vuelco en las relaciones, pues el joven general ya arrastraba una merecida fama de dureza en el campo de batalla.

Pero Aníbal también demostró dotes diplomáticas. Siguiendo la línea trazada por su padre y su tío, quienes se habían desposado con princesas nativas, ofreció un pacto similar. Cástulo se convirtió en el eje para restablecer los acuerdos y extenderlos a las demás tribus iberas, siendo Imilce, la hija del rey Mucro, la elegida y el símbolo viviente de dicha alianza.

De ella se conserva una leyenda de gran belleza sobre la entrega de su virginidad al poderoso cartaginés. Según el relato, Aníbal se prendó de ella al verla en una festividad en el santuario de Auringis (la actual Jaén), donde se encontraba consagrada al servicio de la divinidad. Otra versión más prosaica sugiere que fue en ese mismo santuario donde se le comunicó la decisión de su padre, a la que se plegó sin rechistar. Sea como fuere, en la primavera del año 221 a. C., Imilce se desplazó escoltada por los suyos hasta el templo de la diosa Tanit en Qart Hadasht (Cartagena), donde se celebraron los esponsales. Instalada en la capital púnica de Hispania junto a su esposo, no tardaría en darle un hijo al que llamaron Aspar.

Aníbal Barca preparaba ya la guerra contra Roma y su primer acto belicoso no pudo ser más determinante. Atacó, cercó y tomó la colonia romana de Sagunto, dando comienzo a las hostilidades en el 219 a. C. En el cerco, Imilce acompañó a su esposo. O al menos eso quiere contar la leyenda, que insiste en que lo que hubo entre ambos fue un gran amor, no un mero acuerdo político. Según esta, su hijo habría sido concebido en Saiti (Játiva), en el castillo que aún hoy conserva un balcón al que se llama el Mirador de Imilce, durante el asedio de Sagunto.

Lo que sí parece cierto es que ella pugnó por acompañarle cuando el líder púnico decidió atacar a Roma y emprendió el camino hacia Italia, atravesando la península ibérica, los Pirineos y los Alpes. Aníbal se negó rotundamente.

El poeta Silio Itálico, en su *Púnica* (libro III), recrea su boda, como también el momento en que Imilce acepta la decisión de no poder acompañar a su esposo, a quien recrimina:

> ¿A mí me impides acompañarte, olvidando que mi vida depende de la

> tuya? ¿En tan poco estimas el matrimonio y la cesión de mi virginidad como para impedirme cruzar contigo las montañas? ¡Confía en la hombría femenina! No hay fuerza que supere al amor conyugal. Pero si solo soy juzgada por mi sexo y has resuelto despedirme, me avengo y no interpongo demora al destino. Que la divinidad te asista, hago votos. Marcha con buen pie, marcha con el favor de los dioses y conforme a tus deseos. Y en la batalla, en el sangriento combate, acuérdate de mantener vivo el recuerdo de tu esposa y tu hijo.

No volverían a verse. Según el relato, Imilce y su hijo fueron enviados, para su seguridad, a Cartago. Aníbal fue con ella y su hijo hasta el templo de Melqart, en Gadir, para pedir su favor en la guerra a la que se lanzaba. Tras ello, madre e hijo embarcaron hacia África y la capital púnica, mientras el general cartaginés se ponía en marcha contra Roma. Según otra versión, que bien puede deberse a la confusión entre el Cartago africano y la Qart Hadast hispana, Imilce se quedó en Cartagena al cuidado de la familia de los Barca.

El primer relato señala, además, que a pesar de su buena intención, Aníbal no hizo sino ponerla a ella y a su vástago en el peor de los peligros, pues allí se encontraron con las asechanzas de sus enemigos, que eran muy poderosos. No solo le negaron siempre los refuerzos, sino que intentaron acabar con la vida de su hijo. Según Itálico, la maniobra partió de Hannón, su despiadado enemigo, trapacero y sinuoso como él solo, quien propuso al Senado que nada mejor para implorar el favor divino que ofrecer en sacrificio al más poderoso de sus dioses, Baal Hammon, al hijo de Aníbal.

Imilce, tras implorar infructuosamente a los sufetes, siempre celosos de los Barca, envió un raudo mensajero a su marido, contándole en qué peligro se encontraba su retoño. Aníbal, que acababa de destrozar a las legiones romanas, consiguió detener la

conspiración ofreciendo a cambio al Senado la inmolación al dios Baal de mil prisioneros allí tomados y buena parte del cuantioso botín allí obtenido, entre el que se encontraban los anillos de oro y plata de los centuriones del ejército vencido.

Consiguió así salvar a su hijo y preservar de las insidias a Imilce. Pero el destino parecía estar empeñado en ser adverso para ambos. Todos los relatos coinciden en el hecho de su muerte a causa de la peste declarada en la ciudad donde se encontraban y en la fecha de su fallecimiento. En el año 212 a. C., madre e hijo murieron mientras el padre seguía en Italia. Con ello, aquella dinastía hispanopúnica que pudo ser quedó segada antes casi de nacer (tampoco hubiera avanzado mucho, pues Aníbal no acabó de rematar la faena contra los romanos).

En Cástulo se erigió una estatua en honor de Imilce, que se mantendría ya con la dominación romana y que supuestamente ha llegado a nuestros días. Sería la que ahora, tras su traslado de las ruinas de la ciudad oretana en el siglo XVI, preside la fuente de los Leones de la plaza del Pópulo de la ciudad de Baeza.

Pero este sería el canto de cisne de los púnicos en el territorio que habían bautizado sus predecesores y parientes fenicios como I-span-ya ('tierra de conejos') y que acabaría derivando, latinizado, en Hispania. La alianza de los iberos con los cartagineses iba a comenzar al poco a resquebrajarse, aunque aún se mantuvo algunos años y las cercanías de Cástulo serían el escenario de una de las postreras victorias de los Barca. El hermano pequeño de Aníbal, Magón, junto con las tropas de otro general cartaginés, Asdrúbal Giscón, y las del ibero Indíbil, derrotarían y darían muerte al cónsul Publio Cornelio Escipión en el año 210 a. C. y a su hermano Cneo.

Otro Escipión, hijo y sobrino de los derrotados, apodado con el tiempo el Africano, acabaría por ser quien derrotó al casi invencible Aníbal en Zama. Fue él quien llegó al poco a nuestra península, tomó Cartagena, y tanto Cástulo como las tribus oretanas pasarían de aliados de Cartago a serlo, firmemente, de Roma, bajo cuyo influjo la ciudad prosperaría.

Imilce quedó para siempre en la leyenda y el recuerdo. Hoy, su nombre es frecuente, y lo llevan con orgullo, y cada día más, no pocas mujeres de Linares.

4
Magón
(243 a. C.-203 a. C.)

El pequeño de los Barca, fundador de Mahón

No solo he disfrutado de su belleza, su hondura y su protección, sino que he tenido la fortuna de entrar y salir en varias ocasiones de allí, a bordo de la mejor embarcación para hacerlo, un tradicional *llaud*, guiado además por un viejo y sabio pescador conocedor de todos y cada uno de sus misterios, leyendas, escondrijos y recovecos. Estoy hablando del puerto de Mahón, en la isla de Menorca, del archipiélago balear. La más verde de sus islas, además. Una esmeralda desde que las lluvias de otoño llegan hasta que la agosta el estiaje. En medio del mar azul, sus gentes han sabido preservar su cultura bastante mejor que otros de alrededor las suyas. Y el puerto de su capital, afirmo que es el más hermoso, abrigado y seguro de todo el Mediterráneo, incluido el de Malta… Y nadie me hará cambiar de opinión.

Se nota que quiero a la isla, que guardo añoranzas marinas de ella, a pesar de ser hombre de mucho secano…, o quizá por serlo aún más.

A Mahón, la ciudad y su puerto, los nombro así, en castellano, y no en menorquín —Maó—, porque amén de ser correcto, se compadece mucho más con la historia y el personaje de quien vengo a hablarles. Una historia que pocos conocen, ni siquiera mi amigo Mingu, el marinero que tantas otras me descubrió.

¿A quién debe su nombre? Ni más ni menos que a un Barca, a un hijo de Amílcar y hermano pequeño del gran Aníbal: Magón.

Magón, aunque un tanto ensombrecido por el genio militar y la inmensa fama de su hermano mayor, fue sin embargo una figura clave de aquella dinastía iniciada por su padre y completada por su hermano Asdrúbal: los Bárcidas, los cartagineses hispanos, pues por tal apodo eran también conocidos quienes se las vieron tiesas con los romanos, a quienes tuvieron, por momentos, acogotados.

I-span-ya (nuestra Hispania latina) fue más que un territorio que conquistaron en buena parte. En él fundaron ciudades del rango de Cádiz (Gades), Cartagena y —como ya se ha comentado— Barcelona, la ciudad del Barca, de Amílcar, del Rayo, pues el apodo *Barca* significa en su lengua eso. Es esta una realidad histórica hermosa, pero que cierto sector prefiere ocultar por motivos particulares. Parece que les incomoda el relato científico, prefiriendo borrar el origen e inventarse cualquier cuento antes que pregonar que estas urbes fueron fundadas por quienes primero nombraron a Hispania. Aunque, tal como están las cosas, no tardará en salir algún «historiador» afirmando que Amílcar era de pura cepa catalana y con los ocho apellidos del Penedès.

Amílcar no nació a orillas del Llobregat, sino al otro lado del Mediterráneo, pero vivió intensamente en la península, donde incluso encontró la muerte. Fue un general curtido y exitoso que

salvó a Cartago de la sublevación de los mercenarios y obtuvo notables victorias frente a los romanos, ante los que, finalmente, tuvo que doblegarse. Tras este bache, expandió el dominio cartaginés por gran parte de Hispania. A pesar de su arrojo, pereció en una batalla menor, al verse sorprendido por los iberos de las tribus oretanas, que le derrotaron en el combate de Helike, en las cercanías de la actual Elche. Los nativos lanzaron contra sus tropas toros con haces de sarmientos encendidos en sus astas, rompiendo sus líneas defensivas, y Amílcar acabó ahogado o muerto en la confusión, al intentar atravesar un río cercano.

Su hijo Aníbal tenía entonces diecinueve años, y el pequeño, Magón, el más querido por su madre, apenas quince. Se dice que ella era la mujer más bella de aquel mundo y que su embrujo inspiró el famoso jardín que su marido creó en su memoria, un rincón del que se contaba que no existía otro lugar donde se respirara tanta nostalgia y tanta paz. Se cuenta también que Magón heredó de ella el porte y la belleza, y de su padre, el arrojo, la destreza con los caballos y la sabiduría para dirigir escuadrones en el campo de batalla.

Es una leyenda persistente que Magón no nació en Cartago, sino en estas tierras. Esto mismo se ha llegado a afirmar sobre Aníbal, sosteniendo —aunque sea traído por los pelos— que vino al mundo en la isla de Cabrera, uno de los enclaves más frecuentados por los navegantes púnicos. Sea leyenda o no, los isleños lo dan por hecho, y no seré yo quien lo discuta, a pesar de la falta de pruebas sólidas. En el caso de Magón, en cambio, existen mayores certezas de que llegó a la península siendo muy niño y de que en ella se desarrolló toda su peripecia vital.

Desde Hispania partió junto con su hermano hacia Italia. Con él y sus elefantes cruzó los Alpes, y junto a la infantería y caballería iberas y los honderos baleáricos, combatió en las batallas de Trebia y Cannas. Esta última fue una obra maestra de la estrategia militar que hoy sigue siendo objeto de estudio, y supuso la peor derrota de Roma, poniendo a Italia a merced de Aníbal. El joven Magón formó en el centro, junto a su hermano, liderando a las tropas más vulnerables —la infantería gala—, que debían soportar el tremendo empuje de las legiones romanas para permitir que la caballería los envolviera por los flancos. Magón logró mantener la formación, propiciando el aplastamiento final del ejército romano.

Fue él quien llevó la noticia al senado de Cartago junto con los anillos de oro de los équites romanos caídos en combate. A pesar de la constante oposición de los enemigos de los Bárcidas, encabezados por Hannón el Grande, Magón solicitó refuerzos para Aníbal y logró que se aprobaran gracias al enorme impacto de su victoria. Un ejército compuesto por doce mil infantes, mil quinientos jinetes y veinte elefantes se aprestaba a salir hacia Italia bajo su mando, cuando llegó la mala nueva: su hermano mediano, Asdrúbal, había sido derrotado al sur del Ebro por los hermanos Publio y Cneo Escipión. Este revés cortaba la ruta terrestre para el envío de auxilio y ponía en serio peligro el dominio cartaginés en la península.

Ante la gravedad de la situación, el ejército de Magón cambió de rumbo con urgencia hacia Hispania. No obstante, el joven general aún consiguió que la flota púnica de Bomílcar escoltara por mar a un contingente de cuatro mil jinetes númidas y cuarenta elefantes para apoyar a su hermano Aníbal. Aquella sería la última ayuda que este recibiría de los sufetes (los senadores) de Cartago, quienes sentían

una profunda antipatía por su estirpe, a pesar de sus éxitos.

La llegada de Magón en el año 215 a. C. para compartir el mando con Asdrúbal resultó decisiva. La contienda se transformó en una guerra de dos hermanos púnicos contra dos hermanos romanos; dos Barca contra dos Escipiones.

La primera gran victoria de Magón tuvo lugar en Ákra Leuké, donde tendió una hábil emboscada a la caballería del cónsul Publio Cornelio Escipión, causándole dos mil bajas. Este triunfo restableció el equilibrio estratégico y aseguró la lealtad de las tribus iberas aliadas. A pesar de ello, continuó siendo imposible enviar refuerzos a Italia y, para colmo, Asdrúbal tuvo que regresar temporalmente a África para sofocar una rebelión de Sifax, el rey de Numidia.

Esta marcha otorgaba ventaja a los Escipiones, pero no se atrevieron a explotarla, ya que Magón, en colaboración con el general Asdrúbal Giscón, logró mantenerlos a raya hasta el retorno de su hermano.

Corría el año 211 a. C. cuando los Escipiones se lanzaron definitivamente al ataque, aprovechando que los tres ejércitos púnicos se encontraban separados. Asdrúbal Giscón se hallaba cerca de Gadir (Cádiz), Magón permanecía apostado junto a Cástulo —cada uno al mando de unos diez mil hombres—, mientras que Asdrúbal Barca lideraba a quince mil soldados en Amtorgis.

Los Escipiones consideraron llegada su oportunidad y se dividieron también. Sus fuerzas eran, *a priori*, muy superiores. Publio contaba con veinte mil soldados, el doble que el pequeño de los Barca, y se dirigió a Cástulo contra él. Pero entonces, a gran velocidad, Asdrúbal Giscón salió de Cádiz y logró unírsele antes de que llegara el romano. Juntos, con la ayuda del caudillo ibero Indíbil

y del númida Masinisa, destrozaron a las legiones del cónsul y dieron muerte al primer Escipión, el padre de aquel a quien llamarían después el Africano.

Los dos generales púnicos, sin perder tiempo en celebraciones, se pusieron de nuevo en marcha para ir en ayuda de Asdrúbal Barca, contra quien iba el otro Escipión, Cneo, con 35.000 hombres. Magón era un excelente general de caballería y supo sacarle el mayor de los partidos. Concentrando toda la fuerza cartaginesa, trabó batalla con los romanos, les infligió una tremenda derrota y mató también a su jefe, Cneo. Los dos hermanos Escipiones habían perecido, y de sus tropas tan solo quedaron ocho mil hombres que huyeron al norte del Ebro.

Todo parecía pintar bien para los púnicos, pero iba a aparecer otro Escipión, que nada tenía que ver como estratega con sus familiares derrotados y muertos. Este, que acabaría pasando a la historia como el Africano, vengaría a su linaje y acabaría por convertirse en la némesis de los Barca.

Los ocho mil supervivientes romanos aguantaron las embestidas cartaginesas amparados por el gran río, y pronto se vieron reforzados por veinte mil hombres más enviados por el Senado romano en el año 210 a. C. Fue entonces cuando el nuevo Escipión les demostró quién era y cómo hacer la guerra a Asdrúbal y a Magón.

Aprovechando la descoordinación de los generales cartagineses y la mala relación de los Barca con Giscón —quien se encontraba en la desembocadura del Tajo, mientras el otro Asdrúbal andaba por el centro peninsular y Magón por la zona de Andalucía—, el joven Publio Cornelio Escipión se lanzó por mar contra la capital púnica,

Qart Hadasht. Solo Magón, tras una marcha infernal al mando de unas tropas escasas y agotadas, intentó acudir en su defensa. Sus avanzadas lograron entrar en la plaza cuando los romanos ya habían tomado parte de la muralla marítima. Tras una última resistencia en la ciudadela, con la urbe casi por completo conquistada y sin esperanza de socorro, Magón pactó la capitulación. Escipión, haciendo gala de una gran humanidad al impedir el saqueo, se mostró generoso con el joven Barca, permitiéndole zarpar con sus hombres. Este se dirigió entonces a Gadir, donde estableció su nueva base de operaciones.

Escipión marchó entonces contra Asdrúbal Barca, al que derrotó en Baecula el año después (208 a. C.) y que se retiró rumbo a Italia, donde intentó reforzar a Aníbal. Pero los romanos le vencieron y mataron en Metauro.

En Hispania, Magón logró volver a levantar un ejército aliándose con tribus iberas y celtas, y avanzó por encima del Tajo hasta llegar a orillas del Duero. Parecía poder volver a presentar batalla, pero la mejor organización romana y la indisciplina de los contingentes nativos hicieron que la aventura acabara con sus campamentos asaltados y el joven Barca, que consiguió huir con parte de sus tropas, de nuevo refugiado en Gadir, donde se le unió, con las suyas, Asdrúbal Giscón.

Magón se empleó en conseguir aliados, pero Escipión ya tenía la sartén por el mango y no la soltó. Antes de que pudieran reorganizarse sus tropas, obligó a Giscón a una batalla campal (206 a. C.) y acabó con lo que quedaba de su ejército. El hermano pequeño de Aníbal se lanzó entonces a una última y desesperada ofensiva. Aprovechando la rebelión ibera contra los romanos

encabezada por su viejo aliado y amigo Indíbil, intentó la reconquista de Cartagena.

Fue un desastre, y casi aún peor la amargura de tener que volver a Gadir y encontrarse las puertas cerradas para él. Furioso, las hizo derribar y crucificó a los magistrados de la ciudad por traición. Luego embarcó con sus tropas y se dirigió a las islas Baleares para invernar.

Al llegar a Menorca, se adentró por el hermoso y protegido puerto que hoy lleva su nombre y allí se estableció. Dicen los marinos que eligió muy bien, pues como decíamos al inicio de este capítulo no hay puerto mejor. Pero Magón no iba a quedarse en su refugio balear. Decidió atacar a Roma en su propio territorio. A principios del verano del 205 a. C. zarpó de Menorca rumbo a la Liguria con treinta naves, las quiquirremes púnicas, y logró apoderarse de Génova y controlar buena parte del norte de Italia durante más de tres años, poniendo en jaque nada menos que a siete legiones que enviaron contra él y que no consiguieron desalojarle, a pesar de haber conseguido herirle en la batalla de la Galia Cisalpina.

Finalmente, se vio obligado a reembarcar, llamado como su hermano Aníbal a defender Cartago, la ciudad que no había consentido en apoyarlos, y que ahora se encontraba a merced de Escipión, quien había derrotado a todos los generales y aliados de la otrora poderosa ciudad. Embarcó con sus tropas rumbo a África en el año 202 a. C., pero no llegó a su destino, pues, aunque no trabó combate alguno con la flota romana, pereció en alta mar. En la definitiva batalla de Zama, en octubre de aquel año, que enfrentó a Aníbal con Escipión, el pequeño de los Barca no pudo estar, esta vez en la derrota, al lado de su hermano mayor.

5
Séneca

(4 a. C.-65 d. C.)

El gran filósofo cordobés que educó y sucumbió a Nerón

Si algo no está en absoluto de moda, ni se pondrá en estos tiempos mostrencos, es el estoicismo. Vamos, que ni se sabe lo que es y aún se pasa menos por la cabeza el practicarlo. Aunque el primero que enunció sus principios fuera el griego Zenón, el hispanorromano cordobés Séneca fue, a lo largo de los siglos, el gran referente de esta doctrina filosófica que ha gozado de atención a lo largo de los siglos y que se ha estudiado como uno de los grandes referentes del pensamiento humano. Ahora ya saben que a los jóvenes en España ya ni ella ni ninguna, pues nuestros abducidos prebostes educativos han optado por abolir directamente la filosofía y que desaparezca de buena parte de los temarios. Estoicismo a ellos. Hasta ahí podíamos llegar.

El estoicismo se define como una filosofía de ética personal y con un principio práctico de gran utilidad: no podemos controlar lo que

sucede a nuestro alrededor, pero sí nuestro pensamiento, y con ello nuestra emoción ante ello. O sea, mantener el control de hechos y pasiones que perturban nuestras vidas afrontándolas desde la razón, la valentía y la dignidad personal, y aceptar, basándose en la tolerancia, el autocontrol y la sabiduría, cada momento tal y como se presente, sin dejarse dominar ni por el deseo del placer ni por el miedo al dolor. A ello añade que en el trato con los demás se ha de ser justo y equitativo y, como colofón, que «la virtud es el único bien» al que se debe aspirar.

Quizá, más allá de todo esto, la gran lección de este pensamiento —algo que hoy ha caído tan en desuso que incluso se llega a proclamar que la «virtud política» es exactamente lo contrario— es que lo esencial no radica en lo que uno dice, sino en cómo se comporta. Ya juzgará cada cual cómo anda este asunto hoy en día. Por lo demás, tampoco era muy diferente en la Antigüedad, pues al propio Séneca se le reprochó, y con razón, que una cosa era lo que predicaba y otra muy distinta lo que hacía.

Lucio Anneo Séneca nació en la Córdoba romana en el año 4 a. C., hijo de un importante caballero, Marco Anneo Séneca, que ya había dado a conocer su apellido en el Foro y gozaba de gran prestigio en Roma. La *gens hispana* comenzaba ya a destacar y a ser un elemento de peso en el Imperio. Su madre, Helvia, era de familia patricia y natural de Urgavo —o sea, la actual Arjona, en Jaén—.

Muy joven marchó a Roma y allí vivió bajo la protección de una tía suya, Marcia, y comenzó sus estudios de retórica, gramática y filosofía, destacando pronto entre los alumnos del filósofo Atalo, que lo introdujo en el estoicismo. El marido de su tía fue nombrado por el emperador Tiberio gobernador de Egipto, y el joven Lucio, con

doce años, le acompañó a Alejandría, impregnándose allí de nuevos saberes, pues amén de estudiar administración y finanzas, se apasionó por las ciencias naturales y la geografía no solo de aquel país, sino de todo el mundo romano y hasta de la lejana India. El influjo de las corrientes místicas orientales le atrajo, así como el culto a la diosa Isis, pero al poco retornó, y esta vez ya sólidamente, al estoicismo, al que permaneció fiel de por vida. Y hasta en su muerte…

Volvió a Roma cumplidos ya los veinticuatro años y consiguió el nombramiento de cuestor, destacando de inmediato como orador y escritor. Su mala salud, que le persiguió siempre (era asmático), y su propio desinterés le apartó de la carrera militar, que era común entre los hijos de las nobles familias romanas.

En el Senado le fue muy bien durante todo el mandato de Tiberio, convirtiéndose en el más estimado orador de la aristocrática cámara, pero a la postre le granjeó la animadversión de su sucesor, nada menos que el atrabiliario y vesánico Calígula. Su vida pendió de un hilo y hasta parece ser, si se cree al historiador Dion Casio, que el emperador ordenó su ejecución, de la que por chiripa y por la intercesión de una dama muy cercana al emperador se libró. Su salvadora —quizá la hermana de quien le había condenado, Agripina, con la que luego tanto tuvo que ver— arguyó que con su asma y aquejado de tuberculosis moriría en nada, y no merecía la pena asesinarle.

Séneca, sabiendo que en un parpadeo Calígula podía volver a cambiar de opinión, optó por desaparecer por completo de la vida pública, no fuera que cualquier palabra suya desatara la furia homicida del emperador.

Pero a la muerte de este, asesinado por su propia guardia pretoriana, a Lucio Anneo no le marcharon mejor las cosas. Ocupado el trono imperial por Claudio, en el año 41, y vuelto Séneca al Senado, le cayó otra nueva sentencia de muerte. La acusación en este caso fue de adulterio, nada menos que con otra de las hermanas de Calígula, Julia Livila, algo que no se creyó nadie en toda Roma, que sabía muy bien quién era la inductora y la causa real de su condena.

El Senado, con Séneca de nuevo como voz destacada, se había opuesto a la entronización de Claudio, y la esposa de este, Mesalina, que era de cuidado, le consideraba un peligro para su marido y para ella misma. Le salvó de nuevo la campana, e *in extremis* se le conmutó la pena por la de destierro en la isla de Córcega. En los ocho años que pasó allí, se dedicó a escribir y dejó para la posteridad su *Consolación a Helvia*, su madre, tras el fallecimiento de su padre Marco. Una obra esencial de comportamiento estoico ante la adversidad y la muerte.

No parece haber sido Séneca un mujeriego, pero su suerte estuvo de continuo en manos de mujeres. Mesalina acabó a la postre siendo víctima de sí misma y sus infidelidades continuas a Claudio. Se prendó del cónsul Cayo Silio, se casó furtivamente con él, cometiendo bigamia, y quiso hacerle emperador, para lo cual se dispuso a dar capote con veneno al viejo emperador de quien tanto sabemos por el genial libro de Robert Graves y por la maravillosa serie de televisión, *Yo, Claudio*. Descubiertos los amantes y sus intenciones, fueron condenados a muerte y se les permitió —como marcaba la ley para gentes de su condición— que se la dieran ellos mismos. Lo hizo el cónsul, pero Mesalina, aunque lo intentó, no se

llegó ni a pinchar, por lo que el centurión encargado de ello la degolló.

Con la siguiente esposa de Claudio, Agripina, las cosas le fueron mucho mejor a Séneca. Y eso que el emperador había pedido que le mataran si volvía a casarse; una advertencia que habría sido mejor cumplir a tenor de lo que le sucedió después. Por deseo de la nueva emperatriz, Claudio levantó el destierro del filósofo, quien fue rehabilitado, llamado a Roma y nombrado pretor de la ciudad. En el año 51 d. C. acaeció algo aún más trascendental: Séneca fue designado tutor del hijo de Agripina —conocida como la Menor para diferenciarla de su madre, Agripina la Mayor, esposa del general Germánico, a quien Tiberio había hecho envenenar por celos—. El niño, fruto de un matrimonio anterior de la emperatriz, se llamaba Lucio Domicio Enobarbo; es decir, el futuro Nerón.

Agripina —quien al igual que su hermana Julia Livila había mantenido relaciones incestuosas con Calígula— no tuvo otra meta desde que pisó el palacio imperial que convertir a su hijo en emperador. Sin embargo, se interponía un obstáculo: Británico, el hijo legítimo de Claudio y Mesalina. Agripina solucionó el problema convenciendo a Claudio de que el muchacho no era suyo, sino fruto de una de las tantas infidelidades de su predecesora. Como consecuencia, Británico fue apartado de la línea sucesoria en favor de Nerón.

Finalmente, un plato de setas donde se mezclaron ejemplares venenosos con comestibles sirvió para eliminar al último estorbo: al propio Claudio, asegurando así el trono imperial para su hijo. Todo ello a pesar de que el mismo día de su nacimiento, su padre, el cónsul Cneo Domicio Enobarbo, había profetizado que de su unión

con Agripina «solo podía nacer un monstruo», y de que un astrólogo caldeo hubiera advertido a la madre: «Será rey, pero matará a su madre». A lo que ella, implacable, replicó: «Que me mate, con tal de que reine».

Agripina protegió y apoyó a Séneca. Y lo hizo por una muy buena razón, quizá con la secreta esperanza de que, si el filósofo lograba inculcarle al niño una disposición más humana, este no terminaría matándola. Cuenta el historiador Tácito que la hija de Germánico comprendió que la fama y el prestigio de Séneca serían muy beneficiosos para la imagen de la familia imperial que estaba realmente por los suelos por el comportamiento de sus mujeres y sus actos fratricidas.

Séneca agradeció la protección de Agripina, pero a Claudio no le perdonó ni después de muerto por cómo se las había hecho pasar. En su obra satírica *Calabacificación del divino Claudio* se burló de él, y como venganza póstuma le hizo acabar en el más allá como un simple y oscuro burócrata del Hades romano.

Séneca actuó de preceptor de Nerón ya en vida del viejo emperador, y parecía que sus enseñanzas calaban en el muchacho. Prosiguió también a su lado, y con creciente influencia, cuando a los dieciséis años Nerón fue nombrado emperador y él se convirtió en su principal consejero político y una especie de ministro plenipotenciario junto a un austero militar, Sexto Afranio Burro. Durante aquellos años de la juventud de Nerón, ocho en total, ambos se convirtieron en los gobernantes de hecho de todo el Imperio romano. Aquel periodo sería luego añorado y valorado como pocos en la historia de Roma, quizá también por lo que les tocó sufrir después. Trajano, el gran emperador, hispano como Séneca, describió aquel tiempo como

«el mejor y más justo gobierno de toda la época imperial». Y no le faltaba razón. Rebajaron impuestos a productos básicos, combatieron la corrupción, pacificaron con una exitosa campaña militar las fronteras armenias e incluso enviaron una expedición en busca de las fuentes del Nilo, alentada por el interés geográfico del cordobés y su primera juventud en Egipto.

Nerón parecía tranquilo con sus dos preceptores, pero en realidad estaba cada vez más harto de ellos; en especial, del cordobés. Comenzó a rodearse de jóvenes consejeros, decidido a actuar siguiendo su propia voluntad, pues por algo era el emperador. Y a Séneca no le faltaban ni enemigos, ni envidias, ni asuntos pasados que sirvieran para enturbiar su prestigio. Tampoco ayudó que, junto a acusaciones descabelladas —como la de que se acostaba con Agripina—, coexistieran otras mucho más fundadas. Su enorme fortuna, fruto del éxito en los negocios, no resultaba precisamente muy estoica. Le echaron en cara de todo, incluso un empalagoso escrito dirigido al liberto favorito de Claudio en busca de su perdón; sin embargo, fueron sobre todo su proverbial riqueza, sus maravillosos jardines y sus suntuosos banquetes los que hicieron mella en la opinión pública romana.

Nerón, para asumir el poder total, antes tenía que acabar con su propia madre, Agripina. Y las profecías del caldeo y de su padre se cumplieron. El monstruo salió a la luz. El primero en perecer fue su hermanastro Británico, el hijo de Claudio al que había arrebatado el imperio. Al detectar cierta aproximación a él de su madre, le mandó asesinar durante un banquete. Tras ello, Agripina fue obligada a abandonar el palacio imperial y como sañuda venganza se llevó por delante también a su último y joven amante, al que obligó a hacerle

una felación para decirle luego: «Que venga ahora mi madre y bese a mi sucesor», y hacerle degollar instantes después.

Popea Sabina, la hermosa amante de Nerón que anhelaba la boda que la convertiría en emperatriz, fue determinante en todos estos sucesos, pues veía en Agripina a una enemiga… y a Nerón no hacía falta animarle mucho. La intentó envenenar en varias ocasiones, pero ella era muy versada en tales artes y lo evitó. Perseveró haciendo caer sobre ella el techo de la habitación donde dormía, pero lo descubrió a tiempo. Tampoco se dio por vencido y al poco, pretextando una reconciliación, la invitó a una cena íntima en un barco, y aunque ella acudió, no tardó en comprender que la intención era hundirlo con ella dentro y escapó a nado. Harto de fracasos, el emperador optó por la vía administrativa, la acusó de conspirar contra él y ordenó su ejecución. Punto final… O punto y aparte.

Muerta Agripina, Nerón fue a por Séneca. Sin embargo, antes de actuar y disimulando sus intenciones, obligó al filósofo y a Burro a desplegar una campaña exculpatoria en su favor. Fue entonces cuando Séneca redactó una de las páginas más infames de su existencia: una carta dirigida al Senado donde justificaba la ejecución de la madre del emperador y daba veracidad a un supuesto complot contra este. Aquello se volvió de inmediato contra el cordobés, a quien muchos tacharon de hipócrita y miserable, perdiendo así gran parte de su crédito personal y político.

Al verse más vulnerable y consciente de su debilidad, y contando ya con cincuenta y ocho años, Séneca solicitó permiso para retirarse por completo de la vida pública. En un intento por salvarse, llegó a ofrecer toda su fortuna a Nerón, pero el astuto emperador fingió

desprendimiento y la rechazó.

El filósofo decidió entonces poner tierra de por medio y marcharse al sur de Italia, confiando en que, lejos de Roma y de la vista del tirano, este le dejaría vivir en paz. Dispuso así de un par de años de tregua que aprovechó para escribir la que sería su obra cumbre, las *Cartas a Lucilio*.

Pero Nerón no se había olvidado de su antiguo tutor. Un intento de envenenamiento frustrado contra el filósofo llevaba la marca inequívoca del palacio imperial. Por ello, cuando tiempo después se destapó una verdadera conjura —la de Pisón—, el emperador aprovechó para incluir a Séneca entre los implicados, aun sin prueba alguna de su participación. Hizo lo mismo con otros patricios a quienes consideraba peligrosos, especialmente si eran ricos y podía apoderarse de todos sus bienes, pero su objetivo principal continuaba siendo su antiguo maestro.

En el año 65, habiendo cumplido ya los sesenta y un años de edad, Séneca fue condenado a muerte. El tribuno Silvano, avergonzado al comunicarle la decisión —puesto que él era uno de los verdaderos conspiradores no descubiertos—, delegó la entrega en un subordinado. La costumbre y el privilegio de los patricios romanos dictaban que el condenado podía recurrir al suicidio, opción que el filósofo asumió tras meditarlo. Procedió a abrirse las venas, pero su achacoso cuerpo y su mala salud de hierro se resistieron al desenlace; ni siquiera el recurso de la cicuta surtió efecto. Finalmente, fue introducido en un baño caliente donde, gracias al mayor flujo de la sangre y a los vapores que exacerbaron su asma, expiró al fin.

No fue el único de su familia que optó por el suicidio en aquellos

infaustos días; también lo hicieron su segunda esposa, Paulina, y sus dos hermanos, que tenían puestos de cierta relevancia en Roma: Galión, que fue gobernador y quien había llevado a san Pablo a Roma a ser juzgado, y Mela.

Este último, un hábil mercader, era el padre de aquel a quien Séneca más amó, su sobrino Lucano, a quien había prohijado y educado cuando residió con su familia en la ciudad imperial.

Lucano fue un portento desde muy joven, laureado como un excelso poeta desde su más temprana edad. Entre sus obras destacan, *Iliaca* y, sobre toda, la *Farsalia*, la epopeya que cuenta la guerra entre Pompeyo y Julio César. Su talento chocó con la envidia de Nerón, quien primero le agasajó y llenó de honores, y luego, como tenía por costumbre, sabiéndolo superior —él también quería ser poeta—, le aborreció y prohibió realizar lecturas públicas de sus obras. Detenido igualmente a causa de la conspiración de Pisón, en la que él sí había tenido que ver, fue condenado a muerte y se suicidó, al igual que su tío, cuando tan solo contaba con veintiséis años.

De aquel tiempo, e igualmente de origen hispano, fue el poeta Marcial. Vinculado a Séneca, quien le otorgó su protección, fue el único del grupo que logró salir vivo de una época tan peligrosa, donde el mayor riesgo radicaba precisamente en la cercanía al emperador y su familia. Este genial autor, natural de Bílbilis (Calatayud) y uno de los vates satíricos más renombrados del mundo antiguo, los sobrevivió a todos, aunque no le faltaron zozobras y miserias al quedarse sin el amparo de la familia Anneo.

Llevó una vida errante y bohemia hasta que, en la Roma de Vespasiano y Tito, adquirió fama y ciertos bienes que más tarde

perdería. Al final, sin embargo, la fortuna le sonrió: una dama admiradora de su obra le regaló una finca y una hermosa mansión en su localidad natal, a la que pudo regresar para pasar sus últimos días escribiendo, tal y como siempre había soñado.

Lucio Anneo Séneca, por su parte, jamás cayó en el olvido. Ha sido, junto a los griegos Platón y Aristóteles, uno de los autores más recordados y admirados de la Antigüedad clásica. Su fama superó incluso los periodos más oscuros y aumentó durante la Edad Media, en el mundo cristiano, pues sus ideas filosóficas se percibían como compatibles con la nueva fe.

De igual modo, su influencia caló hondo entre los pensadores occidentales más del Renacimiento y de la Edad Moderna, encontrándose su huella en figuras de la talla de san Agustín, Dante, Petrarca, Chaucer, Erasmo de Róterdam, Montaigne, nuestro Quevedo, Descartes, Diderot, Rousseau o Balzac. En el siglo XX, sus ideas sobre la igualdad, la justicia y la equidad siguieron siendo muy valoradas y estudiadas.

Es en este siglo XXI, en el que el conocimiento humanístico parece no considerarse digno de estudio, cuando su figura, y en cierta medida la de cualquier filósofo, pretende ser arrojada al contenedor de basura —al de «no reciclable», claro— por modas tan estúpidas como soberbias en su propio presentismo.

Sin embargo, «cosas veredes, amigo Sancho»: el éxito mundial de películas de ambientación romana como *Gladiator* —cuyo protagonista colateral, el emperador Marco Aurelio, fue un estoico ejemplar, también de ascendencia hispana— propició una inesperada resurrección editorial en Estados Unidos tanto de *Cartas a Lucilio* como de las *Meditaciones*.

Aún hay, pues, esperanza.

6
Trajano
(53-117)

El primer emperador hispano de Roma y, para muchos, el mejor de todos ellos

Al decir de mi amigo Santiago Posteguillo, que es a quien más se ha leído en la historia de España sobre romanos, Marco Ulpio Trajano —Trajano a secas para nosotros, sus paisanos— fue entre todos los grandes de aquellas gentes grandiosas uno de los primeros. Como mucho, le rebajaría al segundo puesto, por poner por delante a su César, Cayo Julio, al que me parece que en veneración muy documentada sitúa en lo alto de su personal y no declarado podio.

Pero cerquita cerquita estaría el hispano, y dado que César era republicano y todavía no existía el Imperio, Trajano podría por tanto, y ya entre los emperadores, ser el mejor de todos.

Eso, además, se han cansado de decir los historiadores, los de entonces y los de ahora. Y eso a pesar de no haber nacido en Roma, ni en Italia tampoco, sino en Itálica, en la Bética (Hispania), cerca de donde ahora se sitúa Sevilla.

De lo que no hay duda es de que fue el primer «extranjero» en llegar a tal cargo. A las claras lo dicen los historiadores Dion Casio y Herodiano: era un *alloethnés* y un *externus*: es decir, un hombre de otra raza y un extranjero. O sea, no solo no había nacido ni Roma, sino que tenía ascendencia indígena del territorio de donde provenía, Hispania.

Con todo, su familia formaba parte de la élite romana; su padre, de hecho, ostentaba el rango de senador dentro de la prestigiosa *gens* Ulpia. Aquellos hombres eran tan plenamente romanos como los que poblaban las urbes, las villas y los campamentos de aquel poderoso Imperio; un dominio que incluso poseía un mar propio, el Mare Nostrum, pues el Mediterráneo, en efecto, también les pertenecía.

De origen turdetano, su linaje familiar aparecía completamente integrado en la ciudad de Itálica, fundada por los romanos en el año 205 a. C. Los Trahi figuran ya en un mosaico de la villa que señala a uno de sus miembros, Marcus, como pretor de la ciudad en el año 80 a. C., mientras que el padre de este, Gaius, gozaba del estatus de ciudadano romano. Sin embargo, el gran ascenso cualitativo lo protagonizó su padre, el general, al contraer matrimonio con la hija y heredera de la *gens* Ulpia, facción que lo adoptó como uno de los suyos. Estos últimos sí eran patricios de pura cepa, establecidos en Hispania desde los tiempos de la rebelión de Viriato (143 a. C.) y estaban emparentados, además, con los todavía más linajudos Marcios. Estas alianzas dinásticas resultaban cruciales en Roma, razón por la cual a nuestro futuro emperador se le impuso el nombre de Marco Ulpio Trajano, el mismo que portaba su progenitor.

Trajano debió gran parte de su fortuna a su familia, y no solo por

la sustanciosa herencia económica provista en buena medida por la rama materna, sino también por la esmerada educación recibida y la experiencia militar y política acumulada junto a su padre. Poco después de su nacimiento en Itálica (53 d. C.), su progenitor se trasladó a Roma, donde alcanzó la condición senatorial gracias a sus hazañas y servicios; una dignidad que, a su debido tiempo, también conseguiría el hijo. Cabe destacar que, por aquel entonces, el Senado romano ya se encontraba notablemente nutrido por miembros de origen hispano y galo.

Pero el contacto con Hispania del jovencísimo Trajano se restablecería muy pronto. Su padre, en continuo y fulgurante ascenso, fue nombrado pretor y procónsul de la Bética, la más próspera y pujante de las tres provincias de la península —las otras dos eran la Lusitania y la Tarraconensis—. Aquello fue en tiempos de los emperadores Claudios, de Nerón, para situarnos. Tras acabar este malamente, con el incendio de Roma del que culpó a los cristianos, se lio parda y el padre supo elegir el bando apropiado, el de los Flavios, y apoyó a Vespasiano, que acabaría por conseguir el trono y mantenerlo con firmeza. Vespasiano fue quien concedió a Hispania su famoso Edicto de Latinidad. Marco Ulpio se mantendría siempre fiel a la dinastía, sirviendo con eficacia en las misiones encomendadas, participó a las órdenes de Tito, hijo del emperador y su sucesor, en la campaña para sofocar la rebelión en Judea que acabó con la destrucción del Templo de Jerusalén en el 70 d. C. Ese mismo año, el padre fue elegido cónsul, y en los siguientes patricio y censor, y en el año 76 gobernador de Siria. En estas últimas misiones ya tendría al lado a su hijo Trajano, que había comenzado su formación militar, tras unos años de los debidos aprendizajes

humanísticos que su rango requería. De hecho, sabía hablar griego, pero lo que le tiraba era la milicia y esa fue su vocación y devoción de por vida, y hasta sus últimos momentos, haciéndose famoso por caminar a pie junto a sus legionarios en muchas de sus largas marchas.

Su *cursus honorum* comenzó a cimentarse de la manera más prometedora. En Siria, obtuvo el mando de su primera legión como tribuno laticlavio, un rango que solo subordinaba su autoridad a la del legado o comandante supremo. No obstante, pronto alcanzaría dicha dignidad al regresar a la Hispania Tarraconensis como *legatus legionis*, asumiendo el mando supremo de la VII Legio Gemina, acantonada en la actual ciudad de León (topónimo que deriva, precisamente, de la palabra *legio* y no del felino).

Para entonces, el joven pero respetado emperador Tito había fallecido, y fue sucedido por su hermano menor, Domiciano. Aunque este comenzó su mandato siguiendo la prudente senda de su padre y de su hermano, su carácter terminó por torcerse de forma dramática, precipitando un clima de tiranía que culminaría en su asesinato y que, a la postre, abriría el camino del trono para Trajano.

Bajo el mandato de Domiciano, el militar hispano continuó su carrera con una lealtad y una eficacia incuestionables. Su siguiente gran misión tuvo lugar en el año 89, cuando acudió con la VII Legio Gemina hacia el Rin, en Germania, para sofocar una revuelta contra el emperador. El levantamiento no provenía de los pueblos bárbaros, sino del general romano Antonio Saturnino y de los ejércitos de la zona. Tras una marcha forzada, Trajano sofocó la rebelión, consolidándose como uno de los militares más respetados del Imperio. Tras ejercer como cónsul en el año 91 —otorgando así su

nombre al año consular—, en el 96 se encontraba nuevamente en Germania, esta vez como gobernador y custodio de aquella peligrosa frontera.

Mientras fijaba su residencia en ciudades como Maguncia y Colonia, su prestigio continuaba creciendo. Paralelamente, los desvaríos homicidas de Domiciano, cada vez más enajenado —trastorno que, según algunas hipótesis, pudo acelerarse por el saturnismo derivado del uso de finas láminas de plomo para endulzar el vino—, sumieron a Roma en un periodo de terror que concluyó cuando el propio emperador fue asesinado por la guardia pretoriana.

Con su muerte, concluyó la dinastía Flavia. El Senado eligió entonces, como emperador de transición, al anciano Nerva, un hombre sumamente hábil en la diplomacia y en la supervivencia política, virtudes que le habían permitido llegar a la vejez. Sin embargo, al carecer de descendencia y de apoyo entre el estamento militar, Nerva se vio desbordado por una nueva revuelta de los pretorianos, viéndose obligado a adoptar y señalar como heredero al trono a Trajano. El Senado respaldó e incluso impulsó este movimiento, consciente de los beneficios de encumbrar a un general de enorme prestigio y nobleza reciente, cuyas legiones le profesaban una fe ciega.

Pero Trajano no había sido el único aspirante al poder. Tal como demostró una inscripción epigráfica hallada recientemente en la actual Valencia, también había pujado por el anillo sucesorio —el símbolo que el emperador enviaba al elegido— Marco Cornelio Nigrino Curiacio Materno, otro laureado militar, gobernador de Siria e igualmente de origen hispano. Este hecho ilustra la inmensa

influencia que los ciudadanos de esta provincia habían adquirido en Roma, un poder creciente que se inició en tiempos de Séneca, cuando el filósofo, durante la juventud de Nerón, dirigió *de facto* los destinos del Imperio.

Finalmente, el apoyo de la facción conocida como *gens hispana* terminó por auparlo formalmente al poder tras la muerte de Nerva a principios del año 98. Según la *Historia augusta*, fue su futuro sucesor, Adriano, entonces tribuno, quien le llevó la noticia del fallecimiento a Colonia. Trajano recibió la noticia con serenidad y prefirió mantener sus posiciones en las fronteras del Rin y del Danubio durante casi dos años más, asegurando la pacificación completa de la región antes de realizar su entrada triunfal en Roma.

La urbe, exhausta tras la época de terror de Domiciano y la debilidad de Nerva, le recibió aliviada y con júbilo, una confianza que el tiempo justificaría plenamente.

A pesar de la celebración general, el cambio de gobierno trajo consigo inevitables purgas. Desde Colonia, Trajano comenzó a dictar las disposiciones que consideró necesarias: Marco Cornelio Nigrino, su rival directo por el trono, fue cesado de su cargo y condenado a la *damnatio memoriae* (el borrado oficial de su recuerdo), lo que explica que su existencia permaneciera oculta hasta el reciente descubrimiento de la inscripción en Valencia. Dados los violentos usos de la época, el destierro y el olvido supusieron un trato benévolo por parte del nuevo gobernante.

En contrapartida, otra de sus primeras medidas fue castigar a los pretorianos que se habían rebelado contra Nerva, a pesar de que aquella insurrección propició indirectamente su propio ascenso al poder.

El afecto del pueblo no tardó en consolidarse, ya que el emperador priorizó la liberación de los ciudadanos encarcelados injustamente por Domiciano y la restitución de las múltiples propiedades que este les había confiscado. Hoy en día, la historia y la obra de Trajano son ampliamente conocidas, y los estudios arqueológicos no dejan de aportar nuevos detalles sobre su fructífero mandato. Celebrado tanto por sus éxitos militares como por su ejemplar gestión civil, fue enaltecido por sus contemporáneos y su memoria ha sido respetada a lo largo de los siglos. La columna trajana, que aún se yergue en Roma, permanece como uno de los grandes símbolos de un imperio que él llevó a su cénit geográfico y político, dejando a su paso monumentos por todo el territorio que gobernó durante diecinueve años de esplendor y prosperidad.

Para sus enemigos no fue para tanto, claro. Su primera gran campaña, y por la que fue más ensalzado, fue la conquista de la Dacia, en la actual Rumanía, a la que convirtió en una nueva provincia romana tras derrotar a su rey Decébalo y hacerse con un inmenso botín que exhibió en su entrada triunfal en Roma. También venció al grueso del muy aguerrido ejército dacio cerca de Tapac, y acabó por conquistar y anexionar todo aquel reino en el 106.

Su siguiente expedición se dirigió al este y con ella incorporó al Imperio el reino nabateo. No hizo ya más hasta la que sería su última expedición, en el año 113, contra los belicosos partos. Los venció y llegó hasta la ciudad de Susa, en el actual Irán. Fue entonces cuando se alcanzó la máxima expansión del Imperio romano.

Enfermó a la vuelta y falleció en el camino de regreso a Roma en el 117, en Selinunte (Cilicia). Deificado por el Senado —de ello da

muestra una de las estatuas dedicadas a su figura, que se descubrió en su natal Itálica y se encuentra en el Museo Arqueológico de Sevilla—, sus cenizas fueron enterradas al pie de la columna trajana, que glorifica su triunfo contra los dacios.

Pero no solo ha pasado a la historia por sus glorias militares. Lo ha hecho tanto o más por sus reformas y su buen gobierno, que hizo florecer no solo a Roma, sino a todo el Imperio, y por las obras públicas que propició y que son hoy parte del acervo de la Ciudad Eterna, como el Foro y el Mercado de Trajano y la famosa columna.

No tuvo hijos. Estuvo casado desde que era un joven veinteañero y hasta su muerte con Pompeya Plotina, natural de Nemausus (la actual Nimes), quien le sobrevivió. Fue un matrimonio bien avenido y sin sobresaltos, pues cada cual cumplió con lo convenido.

El único problema es que a Trajano no le gustaba tener sexo con mujeres, sino con hombres —era homosexual y tenía preferencia por los efebos—. Esto no era algo extraño, sino en buena parte tolerado en el mundo romano, como lo había sido en Grecia, y no suponía merma de virilidad alguna; de hecho, se consideraba que propiciaba la camaradería entre los más duros soldados (prueba de ello eran los tebanos y espartanos). Sabida y convenida la situación, Plotina fue una extraordinaria esposa que le ayudó siempre, convirtiéndose incluso en una gran colaboradora de su gobernanza.

Por otra parte, sí se le afeó su afición al vino, muy mediterránea, latina e hispánica. Pero en ello se reconoce que tomó las debidas precauciones ante su propio abuso: tenía dadas estrictas órdenes —y las hacía cumplir— de que, en cuanto se le comenzaran a ver signos de embriaguez, se dejara de servirle aunque él mismo lo pidiera.

7
Adriano
(76-138)

El emperador más culto, pero no el más bueno

Maquiavelo bautizó a los cinco emperadores que de Nerva a Marco Aurelio ocuparon el trono desde el año 96 al 180 como «los buenos». Como tales han quedado ya para la historia, aunque alguno, como Nerva, fuera de lo más efímero, pero al cabo hay que reconocerle que supo hacer bien la transición entre el terror de Domiciano y el ensalzado Trajano, y que no mandó asesinar a ningún rival, algo muy fuera de lo común y nada habitual en las costumbres romanas.

Trajano, ya se ha dicho aquí, ganó su título de bueno gracias a su muy general aceptación; Adriano —el que nos ocupa ahora—, no sé yo qué decir… Por un lado, su obra y su legado lo ratifican como tal, pero oscuridades no le faltaron, y algunas de inusitada gravedad.

Acertó, y eso también hay que tenerlo en cuenta, en el «nombramiento» de sus sucesores. Empleando la muy romana fórmula del «hijo adoptivo», designó a quien le seguiría, Adriano, quien a su vez continuaría la cadena adoptando a Antonino Pío y al

futuro Marco Aurelio. A este último, Trajano ya le había distinguido desde muy niño, al detectar su inteligencia y rectitud. Su voluntad se cumplió y, además, para bien de Roma. Así que, al cabo, habremos de aceptar que el maquiavélico florentino llevaba buena parte de razón y que ese siglo II fue el de mayor prosperidad y, en lo que cabe, paz de la historia romana: su Siglo de Oro.

Un siglo trufado por los hispanos, pues la llegada al poder de estos emperadores tuvo mucho que ver con la posición hegemónica de la *gens hispana* en la ciudad imperial. Trajano y Adriano eran oriundos de Hispania, ambos nacidos en Itálica; Antonino Pío, galorromano, estaba emparentado con ellos; y Marco Aurelio, aunque no nació en nuestra península, era inequívocamente parte de esa gran «tribu» familiar, política y, en su caso, también intelectual, como adepto a la filosofía estoica predicada por el cordobés Séneca, y asumida por él como pauta de conducta personal.

Vayamos con Adriano…

Sobrino segundo de Trajano, siempre estuvo en el pensamiento del emperador que fuera él quien heredara el Imperio. Con solo diez años —había nacido en el año 76—, a la muerte de su padre, Afer, Trajano le acogió y tomó bajo su protección. Pero quien lo tuvo aún más claro fue su tía Plotina, que al no tener hijos encontró en él, de alguna forma, un sustituto. Plotina no dejó espacio para que apareciera otro rival de improviso; aunque pudo haber tensiones, las disipó preparando la escena en el lecho de muerte de su esposo para que nadie dudara de quién era el elegido.

Adriano, de hecho, había sido preparado para el cargo por el propio Trajano, quien, tal como su progenitor había hecho con él, le

tuvo a su lado en sus campañas militares. Estuvo presente tanto en las fronteras germánicas como en la de la Dacia, e incluso en la última campaña contra los partos, asumiendo puestos de responsabilidad en los que demostró ser un comandante competente y un administrador eficaz. Como señal clave de su decisión, Trajano le había entregado el anillo de diamante que Nerva le había hecho llegar a él en su día, y que el propio Adriano llevaba en su mano.

Como era preceptivo para alguien de su clase y posición, la formación militar no podía faltar, y Adriano la superó con buena nota. Sin embargo, al contrario que su tío, su verdadera pasión siempre estuvo en otro lado: en el intelecto, las letras y las artes, desde la filosofía hasta la arquitectura. La cultura griega le había subyugado desde muy joven, y el helenismo le cautivó de tal manera que fue apodado Graeculus (Grieguecillo), un apelativo usado con no muy buena intención, pues entre los sectores romanos más conservadores, la cultura helena era considerada disoluta y un manantial de corrupción para los valores netamente romanos.

Con su tío también compartió la condición homosexual y un matrimonio de conveniencia. Se casó en el año 100 —cuando Trajano ya era emperador y gracias, de nuevo, a los buenos oficios de Plotina— con otra sobrina de este por vía materna, Vibia Sabina, anudando así aún más la conexión con la familia imperial. Al igual que su predecesor, no tuvo hijos y por ello tuvo que recurrir a la adopción para asegurar la sucesión.

Fueron precisamente sus relaciones efébicas las que más daño hicieron a su prestigio, tanto en vida como para la posteridad. Se enamoró perdidamente de un joven de Bitinia (en Asia Menor) llamado Antínoo, y su relación traspasó los cánones más tolerantes

de la época. Cuando el joven murió ahogado en el Nilo —existen versiones contradictorias entre el accidente y el suicidio, y en alguna de ellas el emperador sale muy mal parado—, el duelo de Adriano alcanzó ribetes delirantes: le erigió estatuas, lo divinizó y hasta fundó una ciudad en su honor. Aquello resultó demasiado «griego», incluso para los romanos más helenizados.

Estoico de formación, pero epicúreo de devoción, aprovechó su condición para compaginar a su conveniencia y placer ambas filosofías. Desde sus aficiones culturales y estéticas al cuidado de su cuerpo, el disfrute de todo aquello que le atraía, de los viajes a la caza, otra de sus pasiones.

Sin embargo, su gran cultura, su devoción por las artes, su impresionante legado monumental, arquitectónico y su compleja personalidad han sido un gran trampolín para que su nombre y su obra sean hoy mundialmente reconocidos y admirados. No poco tiene que ver con ello la famosísima obra de Marguerite Yourcenar *Memorias de Adriano*, escrita en primera persona, donde la autora se transmuta en el propio personaje para contarnos, con enorme poder de convicción, los más ocultos vericuetos de su intimidad, sus luces y oscuridades, sus certezas y sus dudas. La reflexión y el juicio que Yourcenar pone en boca del propio Adriano resultan extraordinariamente creíbles y acertados:

> La mayoría de los hombres gusta resumir su vida en una fórmula, a veces jactanciosa o quejumbrosa, casi siempre recriminatoria; el recuerdo les fabrica, complaciente, una existencia explicable y clara. Mi vida tiene contornos menos definidos. Como suele suceder, lo que no fui es quizá lo que más ajustadamente la define: buen soldado pero en modo alguno hombre de guerra; aficionado al arte, pero no ese artista que Nerón creyó ser al morir; capaz de cometer crímenes, pero no abrumado por ellos. Pienso a veces que los grandes hombres se caracterizan precisamente por su posición extrema; su heroísmo está en mantenerse en ella toda la vida. Son nuestros polos o

nuestros antípodas.

La muerte pilló muy lejos de Roma a Trajano, en Antioquía (Siria), donde se había quedado al mando de las legiones para controlar al Imperio parto. Sus tropas proclamaron ya allí emperador a Adriano, y de lo demás se encargó su tía Plotina. El Senado lo aceptó como un hecho consumado cuando, además, y antes de regresar, sofocó con éxito una nueva revuelta judía, la segunda guerra judeo-romana —y aún le quedaba por delante otra más: Adriano acabó por tomar a los judíos una inquina particular—.

Y eso que ya desde el inicio, y como un hombre «no de guerra», buscó acuerdos con todos los enemigos de Roma. Más que en conquistar, puso su empeño en asegurar lo que Roma ya tenía en su poder con garantías de mantenerlo. A la luz de esta visión general de la situación es como mejor se puede entender que su primera decisión fuera lograr un acuerdo con los partos y ceder parte de los territorios conquistados en Mesopotamia hacía apenas nada por Trajano, que consideró insostenibles.

Su objetivo fue estabilizar las fronteras, y ese espíritu se encarna en la obra defensiva descomunal que puso en marcha en Britania: el muro de Adriano, la impresionante fortificación de ciento diecisiete kilómetros que protegía la zona romanizada y marcaba la línea divisoria entre el Imperio y lo que quedaba fuera de él, en las «tinieblas exteriores». Esta magna obra resulta impactante. Se suele decir, aunque no es cierto, que se puede ver desde el espacio, igual que la Gran Muralla china. En ambos casos, su presencia esconde no tanto una sensación de fortaleza como de temor, y define un cambio trascendental. Roma, en cierta forma, renunciaba a avanzar y a expandirse. A partir de ese momento, se colocaba en posición

defensiva, apostando por el mantenimiento, el disfrute y la romanización de todo lo conquistado, que era lo que se entendía como posible de controlar, administrar y sostener.

Adriano asumió la pluralidad de aquellos inmensos y diversos territorios, con sus diferentes culturas, dioses, hábitos y costumbres. De todos quiso saber y aprender, aunque su predilección por la cultura griega, que consideraba superior, era evidente. Viajó por su imperio hasta el punto de pasar más de la mitad de su tiempo fuera de Roma. En ese sentido, logró que Roma llegara a todos los rincones conquistados, dejando allí su impronta, sus leyes y, por supuesto, su control administrativo y su poder militar.

La piedra en su zapato fue siempre Judea. Percibió el monoteísmo exclusivo y la negativa de los judíos a aceptar a los dioses romanos y a tratar como tales a sus emperadores como la peor y más obstinada amenaza a su autoridad y a la del Imperio.

La revuelta del año 132 le sacó de quicio, y tras haber derrotado los rebeldes a dos legiones, hizo llegar tropas desde Britania y los aplastó con la mayor brutalidad. La guerra duró más de dos años, pero al final la poderosa máquina militar romana se impuso, acorraló a los sublevados en las montañas y, tras diezmarlos y derrotarlos, vendió como esclavos a todos cuantos habían logrado sobrevivir. Hizo levantar una estatua de Zeus donde antes estuvo el Templo de Jerusalén, y una de Afrodita en el Gólgota, donde había sido crucificado Jesús de Nazaret.

Judea desapareció como provincia y se incorporó a Siria como apéndice, bajo la denominación de Siria Palestina, cambiando su nombre por el que los enemigos filisteos le daban anteriormente y que ahora se tiene por musulmán, cuando de la religión islámica no

había aún ni noticia.

El episodio se conoce en el Talmud como «la guerra del exterminio» y, aunque la diáspora judía hubiera empezado ya antes, se entiende que es ese momento el de su culminación y la consolidación de una situación de desarraigo que iba a durar hasta el inicio del movimiento sionista ya bien entrado el siglo XIX.

Al nuevo monoteísmo, el cristiano, Adriano le prestó escasa atención. Su doctrina, tan alejada de sus preferencias helenísticas, ni siquiera le interesó. Lo toleró siempre y cuando los creyentes no hicieran pública ostentación de su religión.

Pero sobre todas las cosas, Adriano ha pasado a la posteridad como referente cultural y por su legado arquitectónico. Llevó a cabo grandes proyectos urbanísticos y embelleció muchas ciudades de las diferentes provincias del Imperio. Como muestra bastará este botón que refleja sus predilecciones: hizo restaurar el Partenón de Atenas, ciudad en la que llegó a residir algún tiempo.

Se las daba él mismo de arquitecto, pero en ello se llevó un severo correctivo de entrada que nunca olvidó ni perdonó tampoco…

Cuando tan solo era un protegido de su tío el emperador, le enseñó al famoso arquitecto Apolodoro de Damasco —encargado de la construcción del Foro de Trajano— un diseño que él mismo había realizado, con retoques un tanto exóticos y vistosas cúpulas. Apolodoro lo desdeñó y le dijo que le dejara en paz y se fuera a «dibujar a otro lado sus calabazas». Adriano no se lo perdonó nunca: cuando fue nombrado emperador le hizo desterrar y hasta parece que, al cabo del tiempo, ejecutar. Venganzas como esa, y algunas más que perpetró —aunque puestas en marcha con sordina, sin que se le pudieran achacar directamente—, ensombrecen su

fama. Varios senadores de los que al principio se le opusieron corrieron igual suerte que el arquitecto.

Pero también es cierto que dio a Roma un gran impulso cultural, fundando bibliotecas, revitalizando academias y, en suma, impulsando todo lo que pudo (y pudo mucho) el renacimiento cultural en sus dominios. Él mismo se afanó en escribir algunos tratados filosóficos, aunque fue la poesía lo que más le atrajo. Para su propio deleite, proyectó e hizo construir la fabulosa Villa Adriana en Tívoli, donde se dan cita los diferentes estilos y culturas de todo el Imperio. En uno de sus canales, que recrea el río Nilo, colocó incluso un cocodrilo. Por fortuna, de piedra.

Sus últimos años de vida fueron penosos debido a su mala salud y a una enfermedad que, unida a una crónica y muy dolorosa inflamación de los riñones, le fueron deteriorando en medio de crecientes sufrimientos y dolores cada vez más difíciles de soportar.

Hubo quienes vieron en ello el efecto de la maldición que uno de los senadores que había mandado asesinar lanzó sobre él, profetizándole que al contrario que sus víctimas, que deseaban vivir, Adriano iba a desear la muerte, y que esta se demoraría largamente para hacerle sufrir más.

Esta le alcanzó al fin el 10 de junio de 138, un año después del fallecimiento de su esposa, tras cerca de veintiún años como emperador. Sus restos acabaron depositados en el mausoleo que llevó su nombre, conocido hoy como el castillo de Sant'Angelo, muy próximo al Vaticano.

En su lecho de muerte nos dejó estos versos como postrera reflexión y despedida:

Pequeña alma, blanda, errante,
huésped y amiga del cuerpo,
¿dónde morarás ahora
pálida, rígida, desnuda,
incapaz de jugar como antes…?

8
Diocles
(104-146)

El auriga hispano que conquistó Roma

Seguramente, muchos habrá que, al preguntar por un auriga y una carrera de cuadrigas en el circo romano, el espectáculo por excelencia del Imperio, acaben por dar algún nombre. Me atrevo a decir que quizá el de Ben-Hur y, ya puestos, el de su rival Mesala. Nombres y personajes ficticios, pero por obra y gracia del cine ya parte de nuestro paisaje histórico de aquella época. A ellos se podría ahora añadir el de un gladiador, Máximo Décimo Meridio, tan ficticio como el de los otros dos —aunque este nos toca más de cerca, pues su patronímico Meridio lo convierte en nuestro paisano, al indicarnos que nació en Augusta Emerita, la Mérida de hoy, capital de la Lusitania, una de las tres provincias en que se dividía la Hispania romana—.

Pero a buen seguro a pocos sonará el nombre de Cayo Apuleyo Diocles. Y, sin embargo, ese sí que fue de verdad, nacido ciertamente en la Lusitania, muy posiblemente en Mérida, y el más famoso y laureado auriga de toda la Antigüedad. Nadie le pudo

superar en prestigio, ni fue más aclamado e idolatrado en todas las arenas circenses de todas las urbes romanas en las que compitió, incluida la ciudad de Roma, donde su fama llegó a su cúspide y en la que se mantuvo hasta su retirada. Nada menos que a los cuarenta y dos años, tras veintitrés años disputando carreras.

Comenzó a correr a los dieciocho años, y sus primeros éxitos tuvieron lugar en su ciudad natal. Pero no tardó demasiado en llegar a Roma y hacer de ella su residencia y el lugar donde más carreras disputó, desde donde su fama llegó a todos los rincones del Imperio.

Condujo carros tirados desde uno a siete caballos (algo verdaderamente difícil), y conocemos incluso los nombres de sus caballos más famosos. El que más, Pompeyano, que junto con Cotino, Abigelo, Lucido y Parato le dio los triunfos más sonados y con los que más dinero ganó. Porque Diocles se hizo rico, un verdadero potentado, como ahora los grandes pilotos de Fórmula 1. Cuando se retiró, había conseguido en premios la friolera de más de 35 millones de sestercios, exactamente 35.863.120, que los romanos lo contaban todo, hasta la última moneda.

Lo que nos ha llegado a nosotros fue escrito en una lápida que sus admiradores le levantaron en el circo de Nerón (donde se sitúa ahora el Vaticano). El texto original no se conserva, pero copia de su contenido sí. Así conocemos que participó en un total de 4.257 carreras, de las cuales ganó, incluso saliendo el último para mayor dificultad, 1.462, y consiguió podio (quedando segundo o tercero, como sigue siendo hoy) en otras 1.438 más.

Tuvo rivales excepcionales, como Pompeyo Musculoso, quien figura como el que más competiciones ganó (más de tres mil), aunque parece que muchas de ellas de menor entidad, a tenor de lo

que Diocles consiguió en premios, que fue bastante más que él. Diocles también logró disfrutar de sus ganancias, algo que no consiguió el otro integrante del *Big Three* que le disputaba la cabecera del *ranking*, el también hispano Flavio Escorpo, quien venció en 2.048 carreras.

Este último, nacido esclavo en nuestra tierra —aunque se desconoce el lugar exacto—, consiguió la libertad en Roma gracias a sus triunfos, y continuó compitiendo ya como hombre libre. Según su paisano, el poeta Marcial —coetáneo suyo y admirador procedente de Bilbilis Augusta, es decir, de Calatayud—, Escorpo ganaba quince sacos de oro por carrera; *saquetes* serían, pero en cualquier caso, un pastón. Sin embargo, no pudo gozar mucho de su fortuna, ya que lo más probable es que falleciera a causa de algún percance de su peligrosa profesión al poco de cumplir los veintiséis años.

Marcial le despidió con estos versos: «¡Oh, triste desgracia! Que tú, Scorpus, hayas muerto en la flor de tu juventud y hayas sido llamado tan prematuramente a uncir los sombríos caballos de Plutón. Aquella meta, siempre fugaz y rápida al paso de tu carro, ¿por qué estuvo también tan cercana en tu vida?».

9
Teodosio

(347-395)

El hispano y último emperador que gobernó Oriente y Occidente

En el pequeño pueblo de Noheda, a menos de veinte kilómetros de Cuenca, se encuentra el más fabuloso mosaico romano hallado en Hispania y, por su extensión y belleza, uno de los más grandes de todo el Imperio. El triclinio, salón de banquetes, cuyo suelo decoraba, alcanza los 290 metros cuadrados, de los cuales 231 están embellecidos por esa obra artística en la que se utilizaron tres millones de teselas, algunas solo para conseguir algún brillo o matiz en un ojo, de tan solo un milímetro.

Cuatro escenas lo protagonizan. Una es la de un cortejo dionisiaco de extraordinario diseño, ejecución y colorido; otra, una escena cuyos personajes centrales son el príncipe troyano Paris y Helena de Esparta; la tercera es de motivos marineros; y la cuarta narra la trágica carrera entre el rey Enómao y Pélope, pretendiente de su hija Hipodamía.

A este rey le habían augurado que moriría a manos de quien desposara a su hija. Por ello —poseedor del tiro de yeguas más veloz de Grecia—, retaba a los pretendientes a una carrera de carros. Quien le venciera podría casarse con la princesa, pero si perdía, sería ejecutado, suerte que ya habían corrido unos cuantos. Todo cambió cuando Pélope enamoró a Hipodamía. Para salvarle de la muerte, ella cambió los pernos de una rueda del carro de su padre por otros de cera. Al derretirse, la rueda salió del eje. El rey no solo perdió la carrera, sino que, cumpliendo la profecía, murió golpeado por la rueda al caer del carro. ¡Toda una tragedia griega!

El mosaico despierta la admiración de todo especialista que lo conoce y que no encuentra paragón alguno, ni siquiera en el pompeyano de Issos ni en el resto de los que Roma dejó por el mundo.

Fuentes y pequeñas acequias por las que corría el agua cruzaban el suntuoso salón, donde, a buen seguro, acompañados de música y danzas, los selectos invitados degustaban los más exóticos manjares, traídos de los más recónditos rincones del Imperio.

A pesar de la prudencia de Miguel Ángel Valero —arqueólogo y, desde hace años, alma de las excavaciones—, la quinta es de tal magnificencia y dimensiones que deja atónito al visitante. Si bien lo que hoy puede contemplarse ya resulta impresionante, el subsuelo guarda, a buen seguro, impactantes sorpresas y deslumbrantes secretos.

Y quizá también la solución de su misterio. ¿Quién era su dueño? Porque en ningún otro lugar se han datado mármoles traídos de tal número de canteras de otros tantos lugares de la tierra —treinta y cuatro en total, casi el doble que el enclave que le sigue en ese

inaudito récord—. También se han hallado hace muy poco semillas de plantas de los más exóticos lugares, tanto de Oriente como de Occidente, sin olvidar otras de origen africano. El atrio donde los invitados esperaban antes de entrar a un banquete tenía cabida para setecientas personas, y el *balneum*, donde estaban las termas, ocupaba novecientos metros cuadrados, casi el triple que los baños de Segóbriga, ciudad situada en esta misma provincia.

La datación del complejo, respaldada por el estilo de sus mosaicos —de clara influencia oriental—, apunta a una época tardía del Imperio (siglo IV de la era cristiana). Se trata de un periodo en el que Occidente se sumía en el declive, mientras Constantinopla emergía cada vez más poderosa, logrando así sobrevivir a la Roma primigenia durante muchos siglos.

Pero ¿quién era el *dominus* de aquel lugar? ¿Quién gozaba de tal poder para erigir y mantener semejante fastuosidad? Por fuerza, hubo de ser alguien de una influencia colosal, capaz de importar cualquier material desde los confines del Imperio. Aunque nadie en la comunidad científica se atreva aún a pronunciar su nombre, los indicios apuntan a un único individuo o, al menos, a algún miembro de su linaje.

Ese personaje no es otro que Teodosio el Grande, el último emperador que ciñó las coronas de Oriente y Occidente. Se trata de un soberano hispano cuyo lugar de nacimiento sigue siendo objeto de debate: unos postulan que nació en Itálica; otros se inclinan por la segoviana Coca, que le reivindica como hijo; e incluso hay quienes señalan a Conca (Cuenca) o a la urbe romana de Ercávica, muy próxima a Noheda.

Valero no formula tal hipótesis en público; ante todo, debe

mantener el rigor científico, y solo lo hará el día en que halle una prueba irrefutable. Y es muy posible que dicha evidencia aparezca, ya que aún resta por excavar el 90 por ciento del yacimiento.

Hasta entonces, el arqueólogo guardará sus teorías. El escritor, sin embargo, no está sujeto a los rigores de la academia. Por ello, sin llegar a afirmarlo categóricamente, resulta legítimo creer que Teodosio el Grande era el *dominus* de Noheda. No solo por los indicios que se van acumulando, sino incluso por mero descarte. En aquella época solo había un emperador, y difícilmente un particular habría dispuesto de los recursos necesarios para sufragar una obra semejante. A fin de cuentas, ¿acaso el ser humano no ha actuado siempre de forma parecida tras triunfar lejos de su patria? Desde los conquistadores extremeños hasta los indianos asturianos, o los magnates contemporáneos, a todos les seduce la idea de edificar una gran quinta o palacio que lucir con orgullo ante sus paisanos.

Flavio Teodosio o Teodosio I el Grande nació en la muy romana y feraz Hispania en el año 347, y en el 379 alcanzó la dignidad imperial tras el gran desastre militar romano a manos godas en Adrianópolis. Compartió en principio el poder con Graciano y Valentiniano II, encargándose del Oriente, para después, en el 394, reunificar bajo su mando ambas partes. Fue por ello el último emperador de la totalidad del Imperio. A su muerte, este se separaría de nuevo, quedando en manos de su hijo Arcadio el Oriente y de Honorio el Occidente.

Muy asentado ya el cristianismo, siguió la estela de Constantino, apoyándolo y apoyándose en él, favoreciéndolo contra el aún pujante paganismo, para concluir convirtiéndolo por decreto en religión oficial del Imperio en el año 380.

Su padre fue Teodosio el Viejo, un curtido militar con quien anduvo desde joven por campamentos, batallas y guerras, escalando dignidades y cargos, primero en Britania y luego como comandante militar en el Danubio. Pero su progenitor cayó en desgracia, y acabó ejecutado. Entonces decidió regresar a Hispania. La pérdida de dos legiones a manos de los sármatas puede que tuviera que ver con una cosa y la otra. Su prudente retirada a sus posesiones hispanas le preservó de las convulsiones que se produjeron tras la muerte de Valentiniano, y luego de su hermano Valente en Adrianópolis. Sin embargo, la llamada a primera fila no tardó en llegar: los hijos de Valentiniano I —Valentiniano II y Graciano— le llamaron a su lado y el segundo le nombró coaugusto con él en Oriente. Graciano fue asesinado solo cuatro años más tarde y Teodosio se quedó solo al mando, aunque elevó a su rango a su hijo mayor, Arcadio. Esa larga estancia en Constantinopla es algo que aflora en cada una de las figuras y de los tres millones de teselas del mosaico.

Al morir en el 393 Valentiniano II, emperador en Occidente, al que Teodosio había apoyado siempre contra una pléyade de pretendientes, quedó como gobernante en ambas partes del Imperio. Y tal como ya había hecho en Constantinopla, no tardó en nombrar a su hijo menor Honorio como coaugusto en Roma.

Para consolidar su poder, Teodosio hubo de vencer a sus rivales más peligrosos. El primero de ellos fue Máximo, quien llegó a dominar gran parte de Occidente, pero al que el soberano logró derrotar en Poetovio en 388, cuando este intentó completar su conquista penetrando en Italia; tras la derrota, fue ejecutado.

Aún más peligroso resultó Eugenio, quien pretendía restaurar el paganismo como religión imperial. El enfrentamiento definitivo entre

ambos, la batalla del Frígido (394), tuvo lugar en la actual Eslovenia. El asalto frontal inicial de Teodosio fue repelido, lo que llevó a su rival a dar la victoria por sentada. Sin embargo, al recomenzar el combate al día siguiente, un vendaval se abatió sobre las filas de Eugenio, desordenándolas por completo. Su campamento fue tomado, y el propio Eugenio, tras ser apresado, fue degollado. Como no podía ser de otra manera en la época, el prodigio se atribuyó a la intervención de dos ángeles que, según se decía, habían visitado a Teodosio en su tienda de campaña la noche anterior.

En el plano dinástico, el emperador aseguró su descendencia a través de dos matrimonios. De su primera esposa, la también hispana Aelia Flacila, nacieron Arcadio y Honorio, herederos del trono. Posteriormente, de su unión con Gala, hija de Valentiniano, nació la famosa Gala Placidia, quien andando el tiempo se convertiría en emperatriz.

Teodosio fue un hábil estratega y diplomático. Su logró fue romanizar y convertir en sus mejores tropas a los godos que habían asaltado el Imperio y derrotado al emperador Valente Ien Adrianópolis. De hecho, uno de los caudillos clave en su victoria contra Eugenio fue Alarico, quien luego se las haría pasar moradas a sus hijos.

Tuvo gusto por las artes y por las hermosas construcciones. A él se debe el traslado del obelisco de Alejandría a Constantinopla, símbolo muchos años de aquella ciudad.

Murió en Milán, en el año 395. San Ambrosio pronunció su panegírico en presencia del general Estilicón y de su hijo Honorio, aclamando su contribución al triunfo del cristianismo contra los paganos y contra la herejía arriana, entonces muy en boga. Sus

restos fueron trasladados a Constantinopla y fue enterrado como un santo, y como tal se le considera en la religión ortodoxa.

10
Recaredo
(559-601)

El rey visigodo que unió a godos e hispanorromanos

Recópolis, la única ciudad visigoda que se conserva en el mundo, rinde homenaje al rey unificador de godos e hispanos: Recaredo.

Escribo a escasos kilómetros, campo a través, del lugar donde se levanta la ciudad erigida en su honor, Recópolis, ubicada en el término municipal de Zorita de los Canes, en Guadalajara. Se trata de la única urbe visigoda de nueva planta que se conserva en todo el mundo. Situada Tajo arriba, funcionó como su capital de verano, conectada a Toledo mediante la red de calzadas romanas a través de un camino que seguía la margen del río donde ya había —según apuntan los indicios— un incipiente tráfico fluvial.

El asentamiento abarcaba treinta hectáreas de terreno, de las cuales apenas se han excavado poco más de dos. A pesar de ello, sabemos que contaba con una basílica, un complejo palatino, una galería comercial, talleres artesanales y una muralla que circunvalaba el perímetro. Desde hace décadas, los arqueólogos —dirigidos durante la mayor parte del tiempo por Lauro Olmo y

respaldados por la Universidad de Harvard y diversas instituciones alemanas, interesadas en el legado germánico— han progresado en sus investigaciones con los escasos fondos de los que disponen. El avance es costoso, a lo que se suma el notable inconveniente de que gran parte del terreno continúe en manos privadas.

Resulta aún más desoladora la situación del parque arqueológico. Bajo la gestión del Gobierno regional, el recinto muestra un abandono y una dejadez tan notables como inauditos, especialmente tras los últimos años. Una desidia que no hace justicia ni al valor del yacimiento, ni a su trascendencia en la historia hispana y europea.

La ciudad de Recaredo fue tomada por los bereberes de la tribu de los Di-il-Num y, tras un rapidísimo declive, terminó siendo pasto de las llamas. Posteriormente, los musulmanes aprovecharon sus piedras de sillería para erigir una fortaleza sobre el Tajo, apenas a medio kilómetro de distancia, en un emplazamiento mucho más defendible que bautizaron como Madinat al-Zuritan, la actual Zorita.

Pero ¿quién fue ese monarca godo cuyo nombre ostenta la ciudad? Sabemos que la urbe fue fundada por su padre, Leovigildo, el gran rey que logró unificar la península bajo su mando tras someter a los suevos que dominaban Galicia, doblegar a los rebeldes vascones y expulsar casi por completo a los últimos reductos bizantinos del Imperio romano de Oriente.

Su hijo y sucesor, Recaredo, había nacido en Toledo en el 559. Desde muy joven estuvo al lado de su progenitor, quien le asoció al trono junto a su hermanastro Hermenegildo. Con este gesto, Leovigildo pretendía convertir la monarquía en hereditaria, y eliminar la arraigada tradición goda de la elección entre los notables del nuevo rey, lo que provocó profundos descontentos y rebeliones que

Leovigildo sofocó con mano de hierro. Recaredo acompañó fielmente a su padre en estas luchas dinásticas, así como en las campañas que sostuvo contra los francos, los vascones y los bizantinos asentados en el litoral andaluz.

Sin embargo, el mayor desafío de su tiempo no fue militar, sino la profunda división religiosa que fracturaba el reino: por un lado, unos tres millones de hispanorromanos católicos; por otro, la élite goda, que sumaba apenas trescientos mil arrianos. Recaredo vivió en su propia piel el drama de esta brecha cuando Hermenegildo se convirtió al catolicismo y se sublevó contra su padre. Tras ser vencido y capturado, el infante rebelde acabó decapitado a manos de un noble llamado Sisberto, una ejecución que, sin duda, contó con el beneplácito de Leovigildo y que elevó al ajusticiado a los altares como mártir.

Aquel trágico episodio caló hondo en Recaredo. Por ello, nada más ser coronado tras la muerte de su padre en el año 586, cumplió con un doble deber: hacer justicia a su hermano y enviar un aviso definitivo de que no toleraría magnicidios ni atentados contra la casa real. Su primera medida fue ejecutar de inmediato al asesino de Hermenegildo, el noble Sisberto.

A partir de ahí, el nuevo monarca dio un audaz paso hacia delante. Consciente de que la estabilidad del reino dependía de la cohesión, escenificó una solemne conversión al catolicismo en el III Concilio de Toledo —en presencia del arzobispo Leandro—, arrastrando consigo a la gran mayoría de sus súbditos. Esta trascendental decisión permitió no solo la unificación religiosa, sino también el nacimiento de una ley común que abarcara, sin distinciones, al conjunto de la población.

De carácter mucho más apacible que su belicoso padre, Recaredo tenía tomada desde bastante antes su decisión de convertirse al cristianismo. Aunque al inicio tuvo que vencer una fuerte oposición, a la postre lo consiguió.

El Concilio de Toledo (589) fue preparado con gran esmero y boato. El propio monarca asistió a él, acompañado de muchos de sus nobles y de toda la cúpula eclesiástica, para proclamar solemnemente su abjuración de la fe arriana. Junto a él, abjuraron un buen número de obispos arrianos; godos los más —Ungus de Barcino Nova (Barcelona), Fruisclus de Tortosa, Maurilia de Palencia, Ubiligiscus de Valencia o Loliolo de Pamplona, entre otros—, pero también algunos suevos —como Beccila de Lucus (Lugo), Gardinos de Tuy, Argiovituss de Portus Cale (Oporto) o Sunnila de Viseo—. En total, entre arrianos y católicos, asistieron al concilio setenta y dos obispos, todos ellos encabezados por san Leandro, quien había sido también el inductor de la conversión del fenecido san Hermenegildo.

Según leyendas alentadas por la jerarquía católica —pero que no parecen exentas de veracidad—, Recaredo ya se había bautizado en secreto dos años antes. Durante ese tiempo, fue preparando el terreno, procurando cónclaves y reuniones entre obispos arrianos y católicos. Finalmente, él mismo fue determinante a la hora de convencer a los arrianos, haciéndoles entender que la conversión era lo mejor para todo el reino.

Casi tantos quebraderos de cabeza como su conversión, o incluso más, le había dado lo de matrimoniar. En vida aún de su padre, se había previsto su casamiento con Rigunda, la hija de un rey franco, con el objetivo de establecer una alianza. Sin embargo, el asesinato del padre de esta cuando la novia estaba ya de viaje y cerca de

Toulouse hizo que el matrimonio perdiera todo el sentido.

Muerto Leovigildo, Recaredo siguió buscando la alianza con los francos, pero sus intentonas fracasaron. De hecho, la muerte de su progenitor le había sorprendido en Septimania, peleando con los francos, que querían arrebatarle los terrenos al otro lado de los Pirineos, como Carcasona, plaza que pertenecía a la Corona visigoda. Así que tras un último intento de casarse con una princesa franca, acabó por hacer lo que le pedía el cuerpo: se casó con quien de verdad quería y con quien llevaba incluso años conviviendo, su concubina Baddo, una plebeya. Aunque esto provocó mucho murmullo en la corte, él era el rey; sabía mandar y hacer respetar sus palabras y deseos, por lo que, por el momento, todos dijeron amén.

Tras el concilio, algunos nobles y obispos arrianos no aceptaron la conversión general y comenzaron a conspirar. El objetivo era destituir a Recaredo y proclamar rey a Segga, acabando también con el obispo católico Masona. El obispo arriano de Mérida, Sunna, fue el cabecilla de la primera gran conjura, la cual pretendía el asesinato del *dux* lusitano Claudio, fiel aliado católico de Recaredo. El aviso de otros nobles conversos —entre ellos, Witerico, que años más tarde ceñiría la corona— hizo fracasar el intento. El duque Claudio los aplastó. A Segga, le cortó ambas manos y le desterró a Galicia. Al obispo Sunna le ofrecieron seguir siéndolo en Mérida si se hacía católico, pero se negó y fue enviado al destierro en Mauritania. Desde allí siguió conspirando hasta que, poco antes del año 600, murió de manera violenta, según parece a manos de algún enviado real con esa misión.

Tras la rebelión de Mérida, Recaredo se mostró muy duro con los

arrianos recalcitrantes: ordenó quemar sus libros, suprimió la organización de su Iglesia y los excluyó de cualquier cargo público. Con tales medidas, el arrianismo no tardó en desaparecer en pocos años, aunque no sin antes protagonizar alguna otra intentona. Tal fue el caso del obispo Uldila, residente en Toledo, quien, aunque había abjurado, conspiró con la reina viuda (última esposa de Leovigildo). Esta intriga también fracasó; Uldila hubo de coger el camino del exilio y la reina viuda murió poco después.

Más grave fue la revuelta orquestada en la Septimania, con los condes Granista y Wildigerno a la cabeza y el apoyo de Athaloc, obispo arriano de Narbona. Estos se aliaron con un viejo enemigo al que Recaredo ya había vencido una vez: el borgoñón Gontrán. Aunque este último era católico, envió a sus tropas, las cuales llegaron a ocupar Carcasona.

Los invasores fueron después derrotados a las orillas del río Aude por los visigodos, quienes marcharon hacia allá al mando del duque de Lusitania, el ya conocido Claudio, un hombre de origen hispanorromano —como su nombre indica— y leal aliado de Recaredo. En el campo de batalla, los francos se dejaron nada menos que cinco mil muertos —entre ellos, los dos condes cabecillas — y dos mil prisioneros. Con este rotundo triunfo, la Septimania quedó asegurada.

La última conspiración contra Recaredo (590), parece que no tuvo que ver ya con los arrianos, sino con el intento de asesinar al rey y sustituirle —un hábito muy frecuente en la monarquía visigoda y causa de su dramático final— por un tal Argimundo, que tenía a su mando alguna provincia del reino y algunos notables palaciegos. Descubierto, Argimundo fue azotado y decalvado, y amputaron su

mano derecha en público para mayor escarnio.

Tras un fructífero reinado que transformó la Hispania visigoda, Recaredo falleció en Toledo —inusualmente, de muerte natural— el 21 de diciembre del 601. Poco antes de morir, hubo de combatir un nuevo intento bizantino de ocupación, que se limitó a la costa en las cercanías de Málaga.

La reina Baddo, la única mujer que firmó las actas del concilio, dio a Recaredo un hijo varón, Liuva, que llegó al trono cuando contaba con veinte años de edad.

Sin embargo, el reinado de Liuva II duró bien poco. Su origen plebeyo por parte de madre le restó muchos apoyos entre la nobleza, y el ya mentado Witerico, el delator de la conjura de Mérida contra Recaredo, lo aprovechó. Consiguió el mando de las tropas teóricamente destinadas a luchar contra los bizantinos y lo que hizo fue dirigirse al propio palacio, donde capturó a Liuva tan solo un año y pico después de haber sido coronado. Primero ordenó que le amputaran la mano derecha, lo que según la ley goda le impedía reinar —como la decalvación—, y luego, no contento con ello y por si las moscas, le hizo decapitar en el año 603. A Liuva casi ni le dio tiempo a pasar un verano como rey en el palacio de Recópolis.

Las conspiraciones para ocupar el trono acabaron por convertirse en una peligrosa costumbre, casi un hábito, en la monarquía visigoda, hasta llegar a un crítico momento: la invasión musulmana. La desafección de parte de las tropas del último rey godo, Rodrigo, hizo que buena parte de estas se pasaran al enemigo, facilitando la posterior conquista de toda la península. Se tardarían más de tres siglos y medio en recuperar la vieja capital, Toledo, y no menos de ocho para hacerse con el último reducto agareno: Granada.

11
Favila
(?-739)

¿Y si no lo hubiera matado un oso?

Hay hechos tan asentados en la crónica histórica que los conocen incluso quienes no están familiarizados con el pasado. Uno de ellos es que a Favila lo mató un oso. No existe en nuestro imaginario un plantígrado más célebre que este y, gracias a él, se recuerda también a Favila, aunque la mayoría ignore quién fue en realidad. Se trataba nada menos que del hijo de Pelayo, el héroe de Covadonga (c. 722) y primer rey astur tras vencer y expulsar a los musulmanes.

Por más que algunos pretendan restar importancia a aquella batalla catalogándola de pequeña escaramuza, lo cierto es que algo importante sucedió allí; bastante más de lo que los cronistas musulmanes quisieron reconocer, y mucho más de lo que los negacionistas actuales quieren admitir en su empeño por discutir todo lo que resuene a los orígenes de España. Y es que aquellas fragosidades al otro lado de las «Murallas de Dios» —como las denomina la escritora Isabel San Sebastián— o de la cordillera Cantábrica —según la geografía— quedaron libres del poder

islámico. Allí enraizó un reino cristiano que acabaría, con el tiempo, por ser poderoso y letal para los entonces incontenibles invasores.

Pelayo, el rebelde vencedor, estableció su capital muy cerca del lugar del combate, aunque en un terreno más llano y al lado del río Sella, en Cangas de Onís. Allí se conservan los restos de una iglesia construida sobre un dolmen neolítico que, según está documentado, sirvió de enterramiento para el joven Favila, quien heredó el trono a los dieciocho años y no llegó a cumplir los veinte en él.

Muy cerca de Cangas, en aquel mismo siglo VIII, se estableció un cenobio y se levantó un templo por iniciativa del sucesor de Favila: su cuñado Alfonso I. Este era yerno de Pelayo por su matrimonio con Ermesinda, e hijo a su vez de Pedro, duque de Cantabria. Con este enlace y su posterior subida al trono, el territorio del reino aumentó considerablemente en extensión y poder. Los monjes benedictinos que ocuparon el lugar durante más de un milenio edificaron en el siglo XII una maravillosa iglesia románica. En su portada y en algunas columnas de su capilla interior se conservan una serie de capiteles tallados que narran, con un hermoso simbolismo, el fin de Favila, conformando un verdadero relato visual esculpido en piedra.

En la secuencia principal de la portada, aparece primero el rey partiendo a cazar a caballo y con un halcón en el puño, mientras su esposa Froiluba le despide con un beso. Le sigue una segunda escena en la que el beso de la pareja, ya en palacio, es aún más apasionado; tanto que hay quien supone que la escena sugería una intimidad mayor, pues la parte inferior del capitel y de las dos figuras abrazadas fue destruida a golpe de cincel en épocas posteriores mucho menos permisivas.

En la otra cara de la columna, se retrata a continuación el mortal

combate entre el rey y el oso. Curiosamente, el monarca ya no viste indumentaria de caza, sino de guerra, portando un yelmo sobre su cabeza. La serie continúa con una nueva imagen de la reina en palacio, ya viuda y sola, y se remata con una escena de Favila en brazos de ángeles alados que combaten por su alma contra demonios con forma de dragón.

A partir de ese momento, el protagonismo pasa a su sucesor, unificador de los dos enclaves cristianos: el cántabro y el astur. La prematura muerte del joven monarca resultó providencial para la consolidación y expansión del reino. El linaje de Pelayo se preservaba, al ser Ermesinda hija del fundador de la dinastía y de su esposa Guadiosa. En realidad, la sucesión automática por parentesco de sangre no estaba bien vista ni entre los godos ni entre los astures, existiendo abundantes pruebas históricas de que el rey o caudillo debía ser elegido por un cónclave mediante votación. Para ejercer el liderazgo en aquellos momentos de incertidumbre, el experimentado Alfonso, que acompañó a Pelayo desde el inicio de la rebelión, resultaba mucho más idóneo que el inexperto y algo atolondrado Favila. En perspectiva, se podría decir que el suceso del oso le vino bien al reino.

Quienes se dedican a escudriñar los misterios ocultos en los capiteles sugieren hoy una lectura más profunda. Señalan que el hecho de que el rey salga vestido para la caza, pero en la pugna con el oso aparezca con arreos de batalla podría encerrar un mensaje oculto. En los montes cantábricos, el oso bien pudo representar a otro soberano que disputaba la corona en combate, de forma análoga a como se utilizaba el león en otras latitudes. Esta hipótesis de una conspiración interna se ve reforzada por otra imagen de

Alfonso I en los capiteles, donde aparece pensativo y flanqueado por símbolos que sugieren duda o contrición, interpretados por algunos como la muestra de sus remordimientos por un suceso difícil de justificar.

En cualquier caso, ya sea en la leyenda o en la piedra, el oso permanece en el relato, aunque resulta extraño que la guardia y los caballeros que sin duda acompañaban al monarca le dejaran solo ante las fauces del plantígrado.

Alfonso I demostró ser un gran rey. Aprovechó las disensiones en el bando musulmán y las rebeliones de los bereberes contra Córdoba para apoderarse de toda la cornisa cantábrica, dominando Galicia e incorporándola a sus posesiones. Llegó a atacar y tomar ciudades como Oporto y Braga, obligando al repliegue musulmán hacia el sur.

Pero esa es una historia para otro día.

Hoy nuestro interés se detiene en San Pedro de Villanueva, nombre que recibe el templo en la actualidad y donde hoy se ubica un extraordinario parador nacional. Allí se puede contemplar este relato tallado en piedras milenarias, justo al lado del enorme tejo, símbolo astur por excelencia, que preside el lugar. A su sombra se reunió el concejo a lo largo de los siglos, y con su esencia venenosa se suicidaban los guerreros cántabros antes de dejarse esclavizar por Roma. De sus ramas nace también la tradición del cortejo: el pretendiente la colocaba en la puerta de la doncella y, si ella consentía, la asomaba a la ventana como señal de que el galanteo podía continuar bajo el árbol.

12
Adosinda

(c.728-c.785)

Nieta y guardiana del linaje de don Pelayo

El linaje de Pelayo no se mantuvo en el reino de Asturias a través de varones, sino de mujeres. El caudillo que consiguió derrotar por vez primera a los musulmanes en España y expulsarlos al otro lado de las montañas cantábricas tuvo un hijo, Favila, pero —como hemos visto— no fue él quien trasmitió su linaje, sino su hermana Ermesinda quien a la postre le daría continuidad, al morir el joven rey bajo las garras del oso famoso y no haber siquiera memoria del nombre con que bautizaron a los dos hijos que, al parecer, tuvo.

La capital astur, en Cangas de Onís, se había mantenido pegada a su primigenio refugio, el monte Auseva, donde se abría la cueva mítica de Covadonga. A Favila aún le dio tiempo de levantar allí una iglesia, la de la Santa Cruz, que albergó la de madera con la que Pelayo fue al combate y poco más. En Cangas, y para sucederle, los astures eligieron como rey a Alfonso, hijo y heredero del duque Pedro de Cantabria, que desde el inicio se había unido a la rebelión y estaba casado con la hija de Pelayo, Ermesinda. Ello supuso un

avance, pues significó unificar el territorio y aunar las voluntades de cántabros y astures. La fusión en la Corona de los dominios del ducado visigodo de Cantabria supuso no solo un salto en extensión territorial, sino también la aportación de una herencia goda que resultaría decisiva. Este legado otorgó una legitimación definitiva a la monarquía astur, haciendo aflorar de manera cada vez más pujante una idea central: la misión trascendental de recuperar el reino perdido. Este concepto, articulado no mucho después, acabaría convirtiéndose en el motor ideológico de lo que más tarde se llamaría la Reconquista.

El primero de los Alfonsos en el trono astur —origen de lo que tiempo después serían los reinos de León y Castilla— fue un monarca esforzado y eficaz. Su expansión se vio favorecida por la gran rebelión bereber, cuyos contingentes abandonaron las guarniciones y enclaves fortificados del noroeste peninsular para lanzarse contra los destacamentos árabes, quienes se habían reservado las mejores tierras. Este conflicto interno generó el caos en el islam hispano, circunstancia que el rey astur aprovechó para ampliar sus dominios, ocupando la actual Galicia y llegando a hostigar con sus campañas plazas tan lejanas como Lisboa.

Junto a su hermano Fruela, un temible guerrero, devastó los enclaves musulmanes de la Meseta y trasladó a una gran multitud de cristianos hacia el territorio norteño. Con esta estrategia vaciaron deliberadamente de población la franja al norte del Duero, creando una barrera desértica que dificultaba el avance de las tropas enemigas.

Sin embargo, a la muerte de Alfonso I la situación geopolítica dio un vuelco. Una vez que el príncipe omeya Abderramán I —

superviviente de la matanza de su familia en Damasco— logró unificar y controlar al-Ándalus, el reino de Asturias comenzó a sufrir el terrible embate del poder musulmán. Para suceder al gran monarca fue elegido su primogénito, Fruela I, hombre de un carácter todavía más violento que el de su tío homónimo. Al sospechar que su hermano menor, Vimarano —que gozaba de amplias simpatías entre la nobleza y el pueblo—, conspiraba contra él, ordenó prenderle y degollarle. La reacción de los partidarios del infante asesinado fue inmediata: conspiraron a su vez y degollaron al propio rey.

Fue entonces cuando entró en escena la hermana de ambos, Adosinda, a quien las crónicas describen como hermosa y los hechos demuestran decidida y valiente. Se convirtió en la figura clave para preservar la estirpe de Pelayo. Fruela I había dejado un hijo de muy corta edad, llamado Alfonso. Temiendo por la vida del pequeño y ante la imposibilidad de entronizarle debido a su minoría de edad, su tía le envió de forma prudente al monasterio de San Julián de Samos, en Lugo. Allí, el futuro monarca adquirió una sólida formación intelectual y cristiana que marcaría su reinado.

Mientras el niño crecía, el trono recayó en Aurelio, hijo de aquel primer Fruela que fuera hermano de Alfonso I. Por su parte, Adosinda contrajo matrimonio con Silo, el noble más influyente de Galicia. Con este enlace, la princesa no solo se protegía a sí misma, sino también los derechos de su sobrino. Silo, además de estar profundamente enamorado de ella —según cuenta la leyenda—, era un hombre de gran poder político. Así lo reflejan los anales cuando, al fallecer el rey Aurelio de muerte natural, la aristocracia eligió a Silo como su sucesor, una designación en la que pesó de manera

decisiva su matrimonio con la nieta de Pelayo. Gracias a este movimiento estratégico, el joven Alfonso pudo abandonar su refugio, recuperar su estatus en la corte y ser asimilado a las tareas de gobierno, preparando el camino para convertirse en el célebre Alfonso II el Casto.

Nueve años reinaron juntos Silo y Adosinda. Una de sus decisiones fue trasladar su capital a Pravia, con mejores comunicaciones, dadas las antiguas calzadas romanas que se cruzaban en el lugar. El suyo fue un reinado tranquilo, sin excesivos sobresaltos de aceifas islámicas, pues de nuevo los musulmanes se habían enzarzado entre ellos en el sur.

Fue al fallecer el rey Silo cuando Adosinda vio llegado el momento de restablecer en el trono a quien consideraba el más legitimado: su sobrino y bisnieto de Pelayo, Alfonso II. No contó con un hermanastro suyo, Mauregato, hijo bastardo de Alfonso I y de una esclava musulmana, Sisalda, que se había ido ganando a la nobleza y que dio un golpe de Estado. Alfonso se vio obligado a huir para salvar su vida, y Adosinda, a quien Mauregato permitió vivir, fue obligada a profesar como monja en la iglesia de San Juan Evangelista en Santianes de Pravia —una iglesia que ella misma y su esposo fallecido habían fundado, y donde Silo estaba enterrado—. Allí permaneció hasta el fin de sus días, siendo enterrada al lado de su marido.

El joven Alfonso, por su parte, estaba a salvo en la tierra de los vascones —de donde era originaria su madre, la reina Munia—, que le acogieron y protegieron de las asechanzas de Mauregato. Este se convertiría en un rey que pasaría a la historia como el símbolo de los llamados «reyes holgazanes», ya que prefirió humillarse ante el emir

cordobés y pagar onerosos y vergonzosos tributos a cambio de que le permitieran seguir en el trono. De sus años proviene la leyenda cargada de no poca verosimilitud, de «las cien doncellas», pues las mujeres astures y vasconas eran muy apreciadas en los harenes cordobeses por su pálida piel y sus rubios cabellos.

Mauregato se mantuvo en el trono durante seis años (del 783 al 788) y, a la postre, murió en su cama. Por una mueca de la historia, sus restos acabaron por reposar en el mismo templo que los de Silo y Adosinda. A los suyos, sin embargo, los acompañó una inscripción cuya traducción del latín proclama: «Aquí en Pravia yace el que fue depravado».

A su muerte, Alfonso no logró hacerse con el trono. A Mauregato le sucedió el segundo de los hijos de Fruela, hermano pequeño del rey Aurelio, conocido como Bermudo el Diacono, que por su sobrenombre no parecía muy dotado para las necesidades guerreras del momento.

Los musulmanes de al-Ándalus ya no se conformaban solo con tributos y se lanzaron al asalto del reino astur. La primera embestida fue terrible y Bermudo sufrió una derrota brutal. Decidió, con buen juicio, que aquello no era lo suyo, y abdicó. Y entonces sí, las miradas se volvieron al biznieto de Pelayo, a Alfonso II el Casto, quien iba a comenzar en el año 791 un largo, sufrido, heroico y al cabo fructífero reinado donde combatió sin tregua, hubo de contemplar por dos veces la destrucción y saqueo de Oviedo, su capital, se vio obligado a volverse a refugiar en lo más recóndito de las montañas, pero devolvió golpe por golpe y, al final, no solo resistió, sino que fortaleció su reinado.

En el trascurso de su mandato se descubrió la tumba del apóstol

Santiago, y fue el Casto el primer peregrino en hacer el Camino, saliendo desde Oviedo hasta el lugar donde había aparecido el sepulcro. Resolvió junto con el obispo Teodomiro que eran los restos del Hijo del Trueno, uno de los más dilectos discípulos y parece que cercano pariente de Jesús de Nazaret. Con ello se inició una ruta que, amén de esperanza, fortaleza y espiritualidad, trajo y trae a España cultura, arte y hermandad. Desde luego, fue el mejor hallazgo que se pudo hacer.

Dicen las crónicas, la historia, las piedras y las leyendas que Alfonso II tuvo siempre presente, a lo largo de su longeva existencia —para los tiempos que vivió—, la imagen de su tía como el mayor de sus referentes y su ejemplo como mejor guía para sus propios pasos.

13
Álvar Fáñez

(1047-1114)

Minaya, el «hermano» del Campeador

Desde Orbaneja del Castillo, a orillas del Ebro —la villa burgalesa donde nació—, hasta la ciudad de Segovia —donde murió a manos cristianas tras haber combatido durante cincuenta años a los musulmanes—, la vida de Álvar Fáñez estuvo marcada por dos lealtades. Por un lado, su devoción al rey de Castilla, ya fuera este Sancho II, Alfonso VI o la reina Urraca; por otro, el compromiso con su primo hermano o hermanastro, Rodrigo Díaz de Vivar. El propio Campeador lo llamaba afectuosamente *mi anai* ('mi hermano', en lengua vascona, un idioma con el que ambos tenían una estrecha relación, dado que el padre de Rodrigo había sido tenente de la fortaleza de Amaya, bastión del primigenio condado de Castilla). De esa expresión derivó el apelativo Minaya, que acabó por convertirse en su seña de identidad. No le resultó sencillo a Álvar Fáñez cumplir con ambas lealtades simultáneamente, pero en ellas se mantuvo firme hasta el final, aun cuando le costara la vida.

Álvar y Rodrigo, jóvenes infanzones, entraron muy pronto al

servicio de Fernando I de León y de Castilla, quien los armó caballeros en la zamorana iglesia de Santiago, apodada precisamente «de los Caballeros». Tras la muerte del monarca y la consiguiente división del reino, ambos adquirieron rápidamente relevancia en la corte castellana de Sancho II. El de Vivar ejerció como *armiger* o portaestandarte, y los dos resultaron determinantes en las batallas contra el hermano de su señor, Alfonso VI.

Esta contienda culminó con la prisión de Alfonso tras la derrota leonesa en la batalla de Golpejera (1072). Allí se pusieron en valor las características guerreras de cada uno: la capacidad de aguante y resistencia de Álvar, y la osadía estratégica de Rodrigo. Mientras Fáñez resistía la embestida leonesa —que había llegado a hacer prisionero al propio Sancho—, el de Vivar lanzó un inesperado y audaz contraataque con el que no solo liberó a su rey, sino que capturó a Alfonso.

Tras la traicionera muerte de Sancho II ante las murallas de Zamora, ambos caballeros mantuvieron su relevancia, aunque en menor grado, en la corte de Alfonso VI. Este había retornado de su exilio en Toledo, donde estuvo bajo el amparo de al-Mamún, señor de toda la Marca Media musulmana, un territorio que se extendía desde Talavera hasta Medinaceli y, por el sur, más allá del Guadiana.

El ascenso social de los dos guerreros fue notorio. Rodrigo contrajo matrimonio con Jimena, hija del conde de Oviedo y nieta de Alfonso V de León; por su parte, Álvar se desposó con Mayor, la hija del conde Ansúrez, el vasallo más poderoso y fiel de Alfonso VI. Esta cercanía hizo que el vínculo de Álvar con el rey fuera, en el futuro, mucho más fuerte que el de Rodrigo. Pese a ello, parece seguro que ambos continuaron compartiendo no pocas correrías y

enfrentamientos contra los musulmanes. La algara descrita de manera tan precisa en el *Cantar de Mio Cid* —que narra la cabalgada de la mesnada al mando de Álvar por el valle del Henares, desde Castejón hasta Guadalajara— bien pudo basarse en una de estas razias conjuntas. Incluso se apunta a que esta incursión pudo ser la causa real del primer exilio del Campeador, por haber atacado territorio toledano, entonces protegido por el monarca castellano.

Sus vidas se separaron más tarde, con Álvar cada vez más próximo a Alfonso VI y el Cid cada vez más enfrentado a él. Sin embargo, su lealtad personal siempre estuvo por encima de sus diferencias políticas. Esta fidelidad se convirtió en leyenda y se consagró en el *Cantar de Mio Cid*, el poema épico más hermoso del mundo y cuna literaria de la lengua española.

En la obra, Álvar aparece como el amigo siempre leal de Rodrigo, aunque en un papel secundario. No ocurre lo mismo en otra composición de la época, el poema sobre la conquista de Almería. Al referirse a ambos y plantearse quién sería el primero o el segundo en valor, el texto sugiere que, si se les hiciera la pregunta a ellos mismos, Álvar diría que Rodrigo, y Rodrigo afirmaría que Álvar.

Más allá de los cantares, la historia real reivindica la figura de Fáñez, tradicionalmente más opacada. Sobre todo a raíz de recientes hallazgos documentales —entre ellos, las memorias del último rey zirí de Granada, Abd Allah, contemporáneo suyo—. Álvar Fáñez se revela así como el personaje más determinante y poderoso de toda la Extremadura castellana, el máximo comandante al frente de las tropas de la frontera y de sus temibles jinetes, los llamados «*pardos*».

Álvar Fáñez aparece también en los documentos de la Cancillería

como el primer alcaide del castillo de Zorita de los Canes, que Alfonso arrebató al nieto de al-Mamún, y que era la llave del tramo alto del Tajo. Este hecho es recogido con énfasis en el poema «Minaya Álvar Fáñez, el que Zorita mandó» y que prueba la importancia de la impresionante fortaleza islámica construida con las piedras del palacio y la basílica de la ciudad visigoda de Recopolis.

Poco después y mientras Rodrigo está en Zaragoza con su mesnada y capitaneando los ejércitos de sus reyes, los Ben Hud, Álvar Fáñez se halló presente junto al rey castellano en la entrega de Toledo (1085), un hito decisivo y del mayor simbolismo por tratarse de la antigua capital del reino visigodo. Tras este acontecimiento, Minaya fue nombrado primer alcaide cristiano de la ciudad y pasó a ocupar el alcázar de los Di-l-Nun, sobre el que se asentó el edificio actual. Al mando de la nueva frontera, recibió el encargo de tomar posesión de todas las grandes plazas del reino toledano. Ejecutó la orden haciéndoselas entregar y venciendo la escasa resistencia de Alcalá y Guadalajara —en el escudo de esta última ciudad figura, de hecho, entrando en una noche de luna llena por el torreón que aún conserva su nombre—. Tras llegar a su plaza de Zorita, hubo de cumplir otra misión: restaurar en el trono de Valencia al depuesto reyezuelo toledano al-Qadir, a quien impuso mediante la fuerza de cuatrocientas lanzas castellanas que quedaron acantonadas en las afueras, en el arrabal de Ruzafa.

La caída de Toledo provocó que las atemorizadas taifas hispanomusulmanas llamaran en su auxilio a los almorávides, quienes habían creado un imperio en el Magreb y que desembarcaron entonces en la península. Para apoyar a su rey, Álvar abandonó Valencia, lo que selló el trágico final de al-Qadir y propició

que el Cid lograra tiempo después tomar la ciudad para sí. Álvar, convertido en la práctica en mandatario toledano, quedó encargado de defender un extenso territorio que traspasaba el Tajo y dominaba las tierras hasta Cuenca, incluyendo las plazas de Huete y Uclés. «La tierra que fue de Álvar Fáñez», la llamarían las crónicas musulmanas. Estas fuentes reflejan también el temor y el respeto que le profesaban los propios almorávides, quienes en una segunda oleada decidieron anexionarse la península. Tras deponer a los reyezuelos locales —a los que consideraban desviados e impíos— enviándolos encadenados al Sáhara, como a al-Mutamid de Sevilla y Abd Allah de Granada, o asesinándolos, como a al-Mutawakkil de Badajoz, se lanzaron contra la frontera dispuestos a reconquistar la emblemática Toledo.

La caballería de Álvar, la más temida por los musulmanes con permiso de las huestes de Rodrigo —entonces señor de Valencia—, estaba compuesta por los curtidos *pardos* —fronteros castellanos acostumbrados a todas las penalidades— y los aún más terribles *dawair*. Estos últimos eran tropas islámicas que, tras el asesinato de sus señores andalusíes o debido a las ofensas infligidas por los almorávides, pasaron a combatir en el bando cristiano.

Fue Álvar Fáñez quien, a pesar de las derrotas, logró salvar la línea del Tajo. Al lado del rey Alfonso había tenido que ceder el campo en Sagrajas, pero peor fue lo sucedido en Uclés. Allí, el único hijo varón del monarca, el infante Sancho —hijo de la princesa Zaida —, de tan solo doce años (quien según las crónicas «sabía montar, pero aún no tenía fuerza para defenderse»), halló la muerte junto a siete condes castellanos. Entre ellos se encontraba su ayo, el conde García Ordóñez, enemigo mortal del Cid, quien pereció heroicamente

intentando proteger al niño con su propio cuerpo. A pesar del desastre, Álvar logró cruzar la sierra de Altomira, refugiarse en Zorita y salvar a gran parte del ejército castellano.

Los ataques almorávides se recrudecieron. El Cid aguantó en Valencia hasta su muerte, pero tres años después Álvar hubo de acudir a la ciudad junto al rey Alfonso para evacuar a la viuda, Jimena, y abandonar la plaza ante la imposibilidad de defenderla. Poco después sobrevendría la ya citada derrota de Uclés, con la pérdida del infante, los siete condes y más de la mitad de los efectivos de la caballería castellana.

A pesar de la catástrofe, Fáñez no se rindió y devolvió golpe por golpe. Logró recuperar Cuenca tras haberse perdido, aunque a la postre volvió a serle arrebatada, y consiguió conservar Toledo ante el ataque más feroz del emir Alí ben Yusuf (1109). Soportó diez días de asedio y, cuando las defensas de la puerta de Almoguera parecían sucumbir tras haber tomado los musulmanes el castillo de San Servando, una salida desesperada de Álvar al frente de sus mejores tropas contuvo a los asaltantes y quemó sus máquinas de guerra, obligándolos a retirarse. Toledo había estado en un brete de volver a manos musulmanas; únicamente la capacidad de resistencia de Álvar salvó a la ciudad.

Sin embargo, el caudillo acabó quedándose solo en la frontera debido al estallido de la guerra civil entre los cristianos. Tras la muerte de Alfonso VI, su hija Urraca contrajo un desdichado matrimonio con Alfonso I de Aragón, el Batallador. El conflicto estalló de inmediato por el intento del aragonés de apoderarse de Castilla, apareciendo además como tercero en discordia el hijo de la reina con su anterior marido, Raimundo de Borgoña, el futuro Alfonso VII.

Álvar resistió en vanguardia con sus *pardos* y sus *dawair*. Perdió Cuenca, la recuperó en 1111 y volvió a caer poco después en manos islámicas. En 1113, los musulmanes dieron también por reconquistada Zorita; si bien tomaron la población, la alcazaba resistió con éxito. Lo mismo sucedió en Talavera, impidiendo que el enemigo pudiera asentarse o dejar guarnición. Aunque los almorávides lograron finalmente establecerse en Alcalá de Henares, fue a costa de grandes pérdidas, permitiendo que Álvar sostuviera la frontera.

Siendo ya casi anciano, la fortuna le deparó una trágica ironía final. Tras combatir durante medio siglo contra los musulmanes, murió en Segovia y no fue por el ataque de una cimitarra. Defendiendo a la reina Urraca —fiel a la promesa hecha a Alfonso VI en su lecho de muerte—, fue atacado a la salida de los oficios de Pascua por los partidarios de Alfonso I de Aragón. Murió leal a su reina, del mismo modo que había sido leal a su primo hermano Rodrigo. La leyenda añade que quiso ser enterrado junto a él. Hoy, en el monasterio de San Pedro de Cardeña, al lado de los sepulcros del Cid y de Jimena, en la pared cercana, se conserva su lápida.

14
Alfonso VI
(c. 1040-1109)

Un gran rey a la sombra de un inmenso cantar

Alfonso VI fue uno de los reyes más inteligentes de toda la Edad Media hispana y el que supo leer mejor el complicado tablero de ajedrez de la Reconquista. Su logro más determinante y trascendental es, sin duda alguna, la conquista de Toledo, la capital del reino visigodo, símbolo y emblema de la España cristiana, pero también mito y referencia para los musulmanes. Su pérdida conmocionó al islam entero durante más de un siglo, que puso todo su afán y su empeño en retomarla. No pudo conseguirlo, aunque bien cerca estuvo si no lo hubiera evitado su gran capitán de la frontera, Álvar Fáñez.

El segundo hijo varón de Fernando I el Grande, rey de León y de Castilla, tuvo luces brillantes y no pocas sombras en su agitada, sinuosa y batallada vida. Sus logros y claridades, sin embargo, sufrieron la mala fortuna de coincidir en el tiempo y de tener que medirse con el mito —y también con la realidad— de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Esta coincidencia ya habría sido una

sombra suficiente por sí misma, pero acabó convirtiéndose en una inmensa oscuridad debido al poema épico más hermoso que han conocido los siglos y las naciones: el *Cantar de Mio Cid*. Tan arraigados están en el sentimiento colectivo el personaje y la obra que, hoy en día, ambos siguen despertando las pasiones más encendidas y encontradas.

A su muerte, el rey Fernando dividió sus dominios. El primogénito, Sancho II, a quien correspondió Castilla, se sintió perjudicado por el reparto. No obstante, mientras vivió su madre, la reina doña Sancha —por cuyo matrimonio había llegado el fallecido monarca a ceñir la corona leonesa—, aceptó a regañadientes que sus hermanos menores gobernaran de forma independiente: García en Galicia y nuestro Alfonso en León. Este último fue siempre el favorito y el más querido de la hermana mayor de todos, la brava infanta Urraca, aunque con el tiempo el sobrenombre del «Bravo» acabaría recayendo sobre el propio Alfonso.

Fallecida doña Sancha —cuya autoridad materna los había mantenido si no en concordia al menos en paz—, comenzaron las hostilidades. Un primer pacto entre los dos hermanos mayores terminó con el encarcelamiento de García y el reparto de sus posesiones en Galicia. Poco después, eran Sancho y Alfonso quienes estaban enzarzados en una guerra directa. El castellano Sancho derrotó a su hermano, el rey de León, en las batallas de Llantada y Golpejera. Tras ser hecho prisionero, Alfonso vio cómo su hermano se apropiaba de su corona y de sus dominios, pero la mediación de la infanta Urraca logró que se le permitiera partir al exilio. El destronado monarca se estableció entonces en Toledo, bajo el amparo de al-Mamún, señor de una taifa que no había dejado de

ensanchar sus fronteras y que previamente había pagado parias, siendo un gran aliado de Fernando I.

Poco le duró la fortuna a Sancho II. Durante el cerco de Zamora, plaza donde la infanta Urraca se había encastillado negándose a entregar la amurallada ciudad, una imprudencia del monarca y una lanzada traidora acabaron con su vida: ante la imposibilidad de tomar la ciudad, el caballero zamorano Vellido (o Bellido) Dolfos fingió traicionar a Urraca y pasarse al bando de Sancho II. Llevó al rey a una zona apartada de las murallas, le asesinó por la espalda y huyó de regreso a Zamora.

Alfonso regresó de inmediato de su exilio y fue reconocido como soberano en ambos reinos. En este momento histórico se inscribe la célebre leyenda de la Jura de Santa Gadea, un episodio con posible base real, pero notablemente aumentado y exacerbado por la tradición literaria. Una de las primeras medidas del nuevo rey unificador fue mantener encadenado a su hermano García, quien terminaría sus días en prisión.

Para consolidar su poder, el monarca contó desde el principio y para siempre con el crucial apoyo de su más poderoso vasallo, el conde Ansúrez. El fundador de Valladolid, que incluso había compartido el exilio toledano con él, se convirtió en su gran consejero y sostén hasta el fin de sus días. Asimismo, Alfonso VI eligió como hombre cercano y favorito al conde García Ordóñez, enconado enemigo de Rodrigo tanto en las páginas del *Cantar* como en los anales de la historia real.

A pesar de las tensiones cortesanas, Alfonso VI no trató mal durante los siete primeros años de su reinado al de Vivar ni a su primo hermano Álvar Fáñez. Ambos ocuparon un lugar destacado en

su corte y puestos de relevancia en el reino, además de contraer matrimonio con damas de la más alta nobleza, muy por encima de su procedencia. Álvar se desposó con la primogénita del influyente conde Ansúrez, escalando posiciones en la confianza del soberano. Rodrigo ascendió aún más al casarse con Jimena, hija del conde de Oviedo y biznieta de Alfonso V, lo que le otorgaba un linaje real; como regalo de bodas, el monarca le concedió la tenencia y el mando de la poderosísima fortaleza de Gormaz. Sin embargo, a ninguno de los dos guerreros les concedió el rey la ansiada dignidad condal.

El primer destierro del Cid se fraguó hacia el año 1082, a resultas de un grave tropiezo con García Ordóñez en tierras sevillanas durante el cobro de las parias. El conde había acudido a Granada y Rodrigo a Sevilla. Ordóñez, al mando de su mesnada y reforzado por las tropas granadinas del rey zirí Abd Allah, atacó la Sevilla del rey poeta al-Mutamid, pero topó con las huestes del Campeador y acabó trasquilado. Preso, humillado con la barba mesada y desarmado, el conde fue finalmente liberado por la generosidad de Rodrigo, gesto que aprovechó para partir a escape hacia León. Allí malmetió al monarca contra su rival para ocultar su derrota, y Alfonso VI prestó más oídos a sus quejas que a las razones del Cid cuando regresó.

Ese agravio fue el detonante de la ruptura, que terminó por estallar poco después. Unas tropas musulmanas habían realizado una razia hacia el Duero, cerca de Gormaz; alertado, Rodrigo salió en su persecución y devolvió el golpe en territorio toledano. García Ordóñez le acusó de haber puesto en peligro la vida del soberano —que a la sazón visitaba la capital del Tajo— con esa represalia y el rey decretó su destierro. Esta algara tiene un eco muy sonoro en el

Cantar de Mio Cid, discurriendo por los mismos parajes donde ocurrió la campaña real.

Mientras el Cid andaba desterrado con sus mesnadas por tierras de frontera —unas veces combatiendo a los musulmanes y otras poniéndose al servicio del rey hudí de Zaragoza—, Alfonso VI puso en marcha un elaborado plan estratégico. Su objetivo era adueñarse de la Marca Media y de todo el reino de Toledo, un vasto territorio que abarcaba desde el Tajo y el Henares hasta Medinaceli —plaza que no llegó a tomar por quedar en manos zaragozanas—, descendiendo más allá de Talavera y Cuenca. Para lograrlo conjugó con maestría la fuerza, la diplomacia y la división del enemigo, prestando apoyo al poco fiable rey toledano al-Qadir contra otras taifas a cambio de la entrega de plazas fuertes. De este modo fue estrangulando la capital; la primera en caer fue la estratégica Zorita, que el monarca confió a Álvar Fáñez. En 1085, sitió Toledo y, tras un duro cerco, consiguió su entrega pactada. Fiel a su perspicacia política, garantizó a musulmanes y judíos el derecho a conservar sus bienes y practicar su fe; sin embargo, su esposa franca, la reina Constanza, y el arzobispo no toleraron «tanta transigencia» y en cuanto el rey se ausentó, convirtieron la mezquita mayor en catedral, un atropello que Alfonso prefirió pasar por alto a su regreso.

Con la anexión de Toledo, Alfonso VI se encumbró como el más poderoso soberano de la península, tanto en la esfera cristiana como en la musulmana. Su hábil política le permitía exprimir económicamente a todas las taifas mediante el cobro de parias, pero sin ahogarlas por completo, siendo Álvar Fáñez su brazo ejecutor y hombre de confianza como alcaide y *prínceps* de Toledo. Las artes

de ambos quedan retratadas en las memorias del destronado rey Abd Allah de Granada, quien se queja amargamente de cómo Alfonso, a través de su capitán, le exigía fortunas a cambio de una protección interesada, lamentando que los soberanos andalusíes pagaran con su propio oro los caballos de guerra del castellano. El rey zirí añade, con certera lucidez, que las taifas se encontraban entre el fuego y la sartén: atrapadas entre la presión de Alfonso VI y el rigorismo del nuevo Imperio almorávide que amenazaba desde el Magreb. Finalmente, la desesperación los llevó a llamar a estos últimos, una decisión que les costó la pérdida de sus tronos y el exilio en el Sáhara, destino que sufrieron el propio Abd Allah y al-Mutamid de Sevilla. Más caro le salió a al-Mutawakkil de Badajoz, que pagó con su vida.

Para entonces, el monarca ya había levantado el destierro al Cid, quien andaba de correrías por el Levante en renovada armonía con la Corona —con Álvar Fáñez la fraternidad nunca se había roto—. La concordia era más necesaria que nunca ante la ferocidad con la que los almorávides se apoderaban de al-Ándalus. En mitad de este escenario se produjo el segundo desencuentro entre el rey y Rodrigo, debido esta vez a la tardanza de este en socorrer al monarca en el asedio de Aledo. Aconsejado de nuevo por García Ordóñez, Alfonso VI consideró la demora como un acto de traición. Este segundo exilio fue implacable, ya que incluyó la confiscación de sus bienes, el aprisionamiento de su esposa e hijos y un grave insulto a su honor. La herida tardaría años en cicatrizar, hasta que una terrible incursión de castigo del Cid por el feudo riojano de García Ordóñez hizo comprender al soberano que era más inteligente tenerle como aliado que como enemigo.

Las cosas se complicaron de forma alarmante para el reino. La caballería pesada castellana, que hasta entonces batía con facilidad a las tropas andalusíes, comenzó a sufrir derrotas insospechadas ante los disciplinados ejércitos almorávides. El primer revés aconteció en la batalla de Zalaca o Sagrajas (1086), apenas dos años después de la conquista de Toledo. Aunque no conllevó pérdidas territoriales y el emir africano regresó casi de inmediato al Estrecho, los cristianos hubieron de ceder el campo tras una jornada de sangriento combate. A pesar de que la posterior embestida musulmana contra Aledo fracasó, las tornas habían cambiado: los sarracenos asumieron la ofensiva y los cristianos hubieron de pasar a la defensiva, siendo el Cid el único capaz de quebrantar ese empuje (batalla de Cuarte, 1094) tras haber conquistado Valencia.

La balanza se inclinó definitivamente del lado almorávide en la batalla de Consuegra (1097), un choque profundamente doloroso para el Cid, que allí perdió a su primogénito y único hijo varón, el joven Diego, que acudía al mando de la mesnada de su padre mientras este permanecía en Valencia. Se culpó de ello al conde García Ordóñez, por no haber flanqueado las líneas como se le había ordenado, una negligencia que obligó a Álvar Fáñez y al conde Ansúrez a realizar un esfuerzo supremo para poner a salvo al monarca.

Alfonso VI hizo honor a su apodo del Bravo al resistir un asedio de ocho días en el castillo de Consuegra, hasta que los asaltantes desistieron debido a las cuantiosas bajas sufridas.

A partir de entonces, las desgracias cayeron en cascada. El Cid falleció en el 1099 y, poco después, una gran ofensiva musulmana tomó Consuegra, desmanteló la línea de castillos fronterizos y cercó

Toledo. Álvar Fáñez resistió allí diez días a un tenaz asalto. Finalmente, Minaya logró prender fuego a las máquinas de guerra enemigas cuando ya amenazaban la torre que custodiaba el puente de Alcántara, forzando la retirada del ejército islámico. Aunque Alfonso VI acudió a Valencia en auxilio de Jimena, tras un combate indeciso asumió la imposibilidad de sostener la plaza, evacuando a la población y entregando la ciudad a las llamas antes de retirarse.

Tras unos años de hostilidades en el Tajo, sobrevino el gran desastre que amargó los últimos días del monarca: la terrible derrota de Uclés (1108).

Alfonso VI se había desposado en cinco o seis ocasiones —según se considere a la mora Zaida y a la reina Isabel como la misma persona o no—: Inés, Constanza, Berta, Zaida/Isabel y, por último, a Beatriz. Sin embargo, solo había logrado un hijo varón superviviente. Entre sus dos primeros matrimonios, el rey mantuvo una relación con la noble leonesa Jimena Muñoz (o Muñiz), de la que nacieron las infantas Teresa y Elvira. Pero el ansiado heredero varón, el infante Sancho, nació de su unión con la bellísima Zaida, viuda del hijo del rey de Sevilla, a quien el propio Álvar Fáñez había rescatado tiempo atrás de su asedio en Almodóvar del Río.

El infante Sancho contaba con apenas doce años cuando, estando su padre herido, marchó al frente de las tropas que acudían a levantar el cerco de Uclés, escoltado por los principales condes castellanos, con García Ordóñez como ayo, y con Álvar Fáñez al mando de la caballería fronteriza. La batalla de Uclés supuso una auténtica hecatombe: la caballería pesada castellana fue hábilmente frenada y envuelta por los flancos por los ligeros jinetes almorávides, lo que desencadenó una matanza espantosa. Fáñez logró replegar a

una parte del ejército atravesando la sierra de Altomira, pero los condes que intentaron huir escoltando al infante herido —«que montaba bien pero aún no tenía fuerzas para defenderse con la espada»— fueron alcanzados bajo los muros de Belinchón. La población mudéjar de dicha localidad se había sublevado previamente, degollando a la guarnición cristiana y cerrando las puertas a los fugitivos; allí perecieron los siete nobles y el joven heredero. García Ordóñez cayó mientras cubría el cuerpo del pequeño Sancho con el suyo propio.

La desolación se apoderó de Castilla y del anciano monarca. La única heredera legítima que restaba era su hija Urraca, nacida de su matrimonio con Constanza, que a la sazón se encontraba viuda de Raimundo de Borgoña. Ante la extrema gravedad de la situación, Alfonso VI concibió como última solución de emergencia desposar a su hija con el pujante y belicoso rey aragonés Alfonso I el Batallador, el único soberano que lograba frenar el empuje almorávide. Con él como sostén militar y con Álvar Fáñez defendiendo la vanguardia del Tajo, el reino de Toledo podría salvarse. Una vez pactado este enlace, Alfonso VI el Bravo falleció en Toledo, la capital que había logrado recuperar para la cristiandad. Por este logro crucial mereció pasar con letras de oro a las crónicas, aunque una arraigada tradición literaria y un inmenso poema épico hayan dejado su memoria en penumbra.

El matrimonio de la reina Urraca con el Batallador resultó ser una desdichada elección que sumiría al reino en prolongadas discordias. Pero esa es otra historia.

15
Diego Rodríguez
(c. 1075-1097)

El desconocido, valiente y malogrado hijo del Cid

Aunque tras las nuevas pautas y disparates contra la historia de España y su enseñanza a las nuevas generaciones de aquí a poco nadie sabrá ni siquiera cómo se llamaba el Cid, hoy el personal aún alcanza a decir que Rodrigo y hasta que era de Vivar. También que su mujer se llamaba Jimena, pero en cuanto entramos en sus hijos ya la cosa se complica mucho.

Muchos no dudarán en decir que tuvo dos hijas, que es verdad, pero al mentarlas serán muchos los que las nombrarán como doña Elvira y doña Sol. Pero no era así. El *Cantar* es lo que tiene, su fuerza tremenda ha consolidado los nombres que se inventó el juglar. Sin embargo, sus verdaderos nombres no fueron esos ni sus maridos los pérfidos infantes de Carrión, sino que se llamaron la una María —que casó con el infante navarro Ramiro— y la otra Cristina —que matrimonió con el conde de Barcelona Ramón Berenguer III, y que tuvo una hija que fue condesa de Besalú y murió joven sin descendencia masculina—.

Si el destino de las hijas es poco conocido, el del hijo varón permanece aún más en las sombras. Rodrigo tuvo un descendiente que encarnó su mayor alegría y, a la postre, la gran tragedia de su vida, al precederle en la tumba. Se llamó Diego y demostró ser un guerrero valiente que combatió al lado de su padre antes de hallar una muerte prematura en el campo de batalla. Aunque los datos sobre su trayectoria son escasos, en los últimos años diversas iniciativas en su Burgos natal, en el solar paterno de Vivar, y en la ciudad toledana de Consuegra —donde sucumbió— han comenzado a rescatar su figura del olvido.

Gracias a las investigaciones del historiador Gonzalo Martínez Díez en su obra *El Cid histórico*,[1] se puede afirmar que Diego nació hacia el año 1075, periodo en el que sus padres residían en tierras castellanas. Asimismo, está documentado que acompañó a Rodrigo en su segundo destierro y que cabalgó a su lado en la gran ofensiva que culminó con la conquista de Valencia. Fue precisamente tras esta victoria cuando se diluyeron las desavenencias entre el Campeador y Alfonso VI, lo que propició el levantamiento del castigo real y el inicio de una etapa de colaboración militar.

Por aquellos años, las fronteras castellanas sufrían las acometidas estivales de los poderosos ejércitos almorávides, comandados por el eficaz emir Yusuf ibn Tasufín. La obsesión del caudillo norteafricano era recuperar Toledo, un propósito que no logró alcanzar debido a la tenaz resistencia de Álvar Fáñez, capitán general de la frontera, primo hermano o hermanastro de Rodrigo y, por tanto, pariente del propio Diego. No obstante, a excepción de sus enfrentamientos contra el de Vivar, las huestes almorávides cosecharon rotundos triunfos frente a las tropas castellanas: primero en Sagrajas,

posteriormente en Consuegra y finalmente en la trágica batalla de Uclés.

Fue en Consuegra, en agosto de 1097 y en torno a los veintidós años de edad, donde Diego Rodríguez pereció de forma heroica. Su pérdida supuso una dolorosa afrenta para su padre, sobre todo porque la responsabilidad del desastre se achacó a su archienemigo, el conde García Ordóñez, quien no protegió como correspondía el flanco de la mesnada cidiana. En aquella infausta jornada, Rodrigo había confiado el mando de sus veteranas tropas a su hijo, permaneciendo él en la defensa de Valencia. Estas huestes acudieron prestas a auxiliar al rey Alfonso VI, quien pretendía interceptar el avance de los africanos en las proximidades de Consuegra, cuyo imponente castillo ofrecía un refugio seguro en caso de que el combate resultara desfavorable.

Yusuf ibn Tasufín logró contener el avance de la caballería pesada castellana y envolverla mediante las rápidas maniobras de sus jinetes del desierto, obteniendo una victoria incuestionable. El escenario volvía a emular el desastre de Sagrajas acontecido años atrás, en el primer encuentro campal entre ambas fuerzas. En aquella ocasión, Alfonso VI, confiado tras la conquista de Toledo, había levantado el sitio de Zaragoza para marchar contra las tropas africanas que progresaban hacia el interior de la península tras desembarcar en Algeciras. Tanto en Sagrajas como en Consuegra, el ejército musulmán evidenció una superioridad táctica que causó bajas cuantiosas y dolorosas en el bando cristiano.

Antes del choque en Consuegra, el emir había enviado a su general Muhammad ibn al-Hajj a Toledo. En apoyo del monarca castellano acudió la poderosa caballería de Álvar Fáñez, en cuyas

filas militaban los temibles jinetes pardos, quienes ya habían sufrido pérdidas considerables en una emboscada en las cercanías de Cuenca. La pronta llegada de Diego al frente de la reputada mesnada cidiana supuso un notable alivio para Alfonso VI y elevó la moral de los defensores.

La noche previa a la batalla, instalados todos en el campamento del castillo, el veterano Fáñez insistió ante los capitanes, y de forma particular ante el conde García Ordóñez —que debía combatir en el sector del joven Diego—, en la absoluta necesidad de mantener los flancos cubiertos y prestarse apoyo mutuo para evitar que las tropas fueran disgregadas y envueltas por el enemigo. En el orden de batalla, Alfonso VI se situó en un lado flanqueado por Álvar Fáñez y por su leal amigo, el conde Pedro Ansúrez, fundador de Valladolid, quien le había acompañado en su antiguo exilio toledano tras las disputas con Sancho II. En el flanco opuesto se desplegaron las bregadas tropas enviadas por el Cid, las únicas que conocían la victoria frente a los almorávides, con la consigna explícita de que la caballería de Ordóñez debía proteger su posición ante cualquier contingencia.

García Ordóñez albergaba una profunda enemistad hacia el Cid desde los tiempos en que ambos recaudaban las parias en Andalucía. El conde, aliado con las fuerzas granadinas del rey zirí Abd Allah, había atacado la Sevilla del rey poeta al Mutamid, pasando por alto la protección que Rodrigo dispensaba al soberano sevillano. Aquella imprudencia concluyó con la derrota y el cautiverio de Ordóñez, a quien el Campeador humilló mesándole la barba con su espada. A pesar de que el magnate fue liberado generosamente poco después, jamás perdonó el agravio. Estos antecedentes han

llevado a no pocos cronistas a sugerir que lo sucedido en Consuegra pudo ser una venganza deliberada contra el hijo ante la imposibilidad de abatir al padre, una sospecha que el desarrollo de la batalla parece respaldar y que el propio Fáñez le recriminó con dureza en el futuro.

Al iniciarse el combate, la infantería cristiana arremetió contra las líneas almorávides con el respaldo de la caballería, logrando romper las primeras filas enemigas. Sin embargo, el ímpetu inicial se vio frenado y las reservas de jinetes de Ibn Tasufín comenzaron a ejecutar su maniobra envolvente. Ante el peligro inminente, Alfonso VI ordenó una retirada organizada hacia la fortaleza. En el flanco izquierdo, el monarca, Fáñez y Ansúrez lograron replegarse sin excesivas pérdidas gracias al auxilio mutuo. Por el contrario, en el flanco derecho, García Ordóñez emprendió la huida de forma precipitada para salvar su vida, desentendiéndose por completo de la suerte de la mesnada cidiana. Diego Rodríguez, cercado junto a sus hombres por el grueso del ejército almorávide, combatió hasta la extenuación. Las masas enemigas terminaron por quebrar su resistencia, dándole muerte junto a los caballeros más fieles que decidieron mantener la posición hasta el final.

Los supervivientes se congregaron junto a Alfonso VI en la población de Consuegra y, al constatar que era indefendible, se refugiaron en el castillo. El emir almorávide, consciente de que el rey se hallaba en el interior, plantó cerco a la fortaleza e inició el asalto. El sitio se prolongó durante ocho jornadas de intensas acometidas. Escasos de agua y víveres, los defensores rechazaron, uno tras otro, los ataques, preservando el bastión. Ante el elevado número de bajas, la imposibilidad de abrir brecha y el temor a la llegada de

contingentes cristianos de refuerzo, el emir decidió conformarse con el triunfo de la batalla campal y ordenó el repliegue hacia al-Ándalus, donde celebró la victoria.

En el campamento cristiano, disipada la amenaza del asedio, la tristeza se apoderó de las tropas. El sentimiento de rabia movió a Álvar Fáñez a culpar abiertamente a García Ordóñez de haber propiciado la muerte del hijo de su pariente. Al llegar las noticias a Valencia, la desolación abatió al Cid; la pérdida de su único hijo varón y heredero truncaba definitivamente sus aspiraciones de consolidar un linaje perdurable en el tiempo, constituyendo el golpe más severo de su existencia. Años más tarde, el propio Alfonso VI sufriría un destino similar al ver morir en la batalla de Uclés a su único heredero, el infante Sancho. En aquella ocasión, García Ordóñez sí defendió con su propio cuerpo al joven infante, perdiendo la vida de forma infructuosa ante los muros de Belinchón y dejando la corona de León y Castilla en manos de la infanta Urraca.

Como homenaje a estos acontecimientos, los habitantes de Consuegra realizan desde el año 1997 una cuidada representación histórica de la batalla. Cada mes de agosto, a mediados, la recreación concita una creciente afluencia de público gracias al rigor y al esmero depositados en la evocación de aquel pasaje medieval.

16
Urraca I de León y de Castilla

(1081-1126)

La primera reina de la historia de España

No conozco, aunque quizá las haya, a quien ahora lleve su nombre, pero fue el de mayor rango y prosapia durante los tiempos medievales tanto en León como luego en Castilla. Un nombre de infantas y de reinas. De la primera reina que reinó como tal, y no como consorte, en la península ibérica y posiblemente la primera en hacerlo en Europa: Urraca I de León y de Castilla. No le fue fácil, sufrió lo suyo y no le faltó valor, aunque tampoco le sobraron virtudes. Pero fue toda una reina.

Como fue toda una infanta su tía, con su mismo nombre, y que ya ha comparecido en estas páginas, la señora de Zamora ante cuyos muros pereció a traición su hermano el rey Sancho II y por lo que se convirtió en soberano su hermano favorito, el gran Alfonso VI, conquistador de Toledo.

Fue Alfonso VI, cantares aparte, un gran rey, de afilada inteligencia y de demostrada bravura. Sin duda, un personaje determinante en su tiempo y en el devenir de la Reconquista, pero

ahora toca hablar de su hija y de cómo llegó a ceñir en sus sienes la corona.

El rey Alfonso tuvo al menos cinco esposas y una amante reconocida, pero a la postre no hubo varón alguno en su progenie que pudiera heredarle.

De su amante leonesa, Jimena, tuvo dos hijas, Teresa y Elvira. La primera sería la madre de otro Alfonso, que culminaría en rey de Portugal, independizando el territorio de la Corona leonesa. La segunda, Elvira, casada con el duque de Tolosa, sería la madre de Alfonso del Jordán, otro personaje que exige ser recuperado del olvido. Y lo haremos.

De las cuatro esposas legítimas, ni la primera, Inés, ni la tercera, Berta, le dieron descendencia. Sí lo hizo la segunda, Constanza, y precisamente a nuestra Urraca, que, dado el carácter bastardo de sus hermanastras —criadas sin embargo como infantas—, era la primera en la línea sucesoria.

Casó con un poderoso noble franco muy allegado a su padre, Raimundo de Borgoña, y no tardó en darle una hija primero (Sancha), y un heredero, quien luego sería Alfonso VII. Pero su abuelo había vuelto a matrimoniar por cuarta vez, ahora con una princesa mora, viuda del hijo del rey poeta al-Mutamid de Sevilla, que de Zaida pasó a llamarse Isabel y que trajo al mundo al ansiado vástago real, al que puso el muy castellano y antes navarro nombre de Sancho.

Creció fuerte y avisado, y era la gran esperanza de su padre hasta que a los doce años se truncó su vida en la terrible derrota de Uclés, donde los almorávides aplastaron al ejército cristiano, acabando con siete condes castellanos y con el infante, al que aquellos intentaron

proteger con sus propios cuerpos.

Un desgastado rey Alfonso VI, viendo acercarse su final, se hundió en la desolación. Temiendo por el destino de la Corona tras la trágica pérdida del infante Sancho en Uclés, y dado que su hija Urraca había quedado viuda del borgoñón Raimundo, entendió que la única solución era casarla con un soberano de acreditada condición guerrera capaz de frenar la terrible embestida almorávide. El elegido fue Alfonso I de Aragón, el Batallador, un guerrero temible, pero que se había criado entre monjes, y que no tenía ninguna afición, a lo que parece, por las carnales coyundas. Al menos con mujeres.

Urraca, nacida en León en junio de 1081, había enviudado a los veintiséis años con dos hijos a su cargo: la infanta Sancha —cuya crianza asumió su tía doña Elvira, señora de Toro— y el heredero Alfonso. Esta disposición familiar derivaba del reparto que Alfonso VI había hecho previamente de la zona noroccidental entre su hija natural, Teresa, y su hija legítima, Urraca, otorgándoles el título de condesas. Teresa, casada con el noble franco Enrique de Borgoña, recibió el territorio Portucalense —germen del futuro Portugal, entre el Miño y el Duero—, mientras que el señorío de Galicia correspondió a Urraca y a su esposo Raimundo, primo de Enrique. Tras el fallecimiento de este en 1107, Urraca asumió el gobierno en solitario con la condición de permanecer soltera, pues de contraer nuevas nupcias, el condado gallego pasaría directamente a su hijo Alfonso.

Sin embargo, el desastre de Uclés en 1108 cambió por completo los planes sucesorios. Muerto el infante Sancho, Urraca quedó como única heredera. Aunque un gobierno femenino resultaba insólito para la época, existía el precedente de su abuela, doña Sancha,

quien habiendo sido nominalmente reina de León, dejó el ejercicio efectivo del poder en manos de su esposo, el castellano Fernando I el Grande. Aquel ejemplo determinó a Alfonso VI a imponer una solución similar: Urraca ceñiría la corona, pero casada con el monarca aragonés.

Imponer este enlace no fue fácil. La nobleza castellanoleonesa recelaba de un soberano extranjero y prefería a un candidato de sus propios reinos. Dos eran los magnates que contaban con mayor respaldo, ambos de la poderosa estirpe de los Lara: su cabeza de linaje, el conde Gómez González —favorito de la nobleza y del clero —, y el conde Pedro González de Lara, quien más tarde ganaría la plena simpatía de la futura reina. Pese a la oposición cortesana, la voluntad del anciano monarca terminó por imponerse aun después de su fallecimiento, ocurrido en julio de 1109. Los esponsales se celebraron en octubre de ese mismo año.

El matrimonio no tardó en revelarse desdichado, aunque su propósito militar pareció cumplirse al principio. Después de que los almorávides se apoderaran de plazas claves en la frontera del Tajo durante el verano de 1109, el Batallador demostró su genio estratégico en la batalla de Valtierra, donde batió y dio muerte al emir zaragozano, quien, espoleado por los éxitos africanos, se atrevió a emprender una campaña invernal en suelo aragonés.

No obstante, el pacto nupcial albergaba el germen de la discordia. Se había estipulado que el infante Alfonso Raimúndez perdería su condición de heredero si nacía un nuevo vástago de la unión con el aragonés. Ante tal amenaza, el obispo de Santiago, Diego Gelmírez —tutor del niño—, y el conde de Traba, Pedro Froilaz —líder de la aristocracia gallega—, se opusieron de forma radical. La tensión

estalló definitivamente cuando el Batallador comenzó a nombrar a nobles navarros y aragoneses como alcaides de las principales fortalezas leonesas y castellanas, provocando la indignación de la aristocracia local.

La rebelión armada comenzó en Galicia, hacia donde marchó Alfonso el Batallador al frente de su ejército, acompañado por la reina. El monarca impuso su superioridad militar y aplastó el levantamiento de manera fulminante, pero su extrema crueldad al ajusticiar a quienes ya se habían rendido provocó que Urraca abandonara la campaña horrorizada. Para entonces, la convivencia matrimonial ya hacía aguas por todas partes: al desprecio del rey por las mujeres se unía una violencia física brutal contra su esposa, a quien llegó a golpear con pies y manos, según denunció la propia Urraca. El clero local, que siempre había visto con malos ojos el enlace, encontró el respaldo del papado para declarar la nulidad, debido al parentesco de consanguinidad entre ambos.

Tras consultar con sus obispos más cercanos, Urraca tomó la determinación de separarse, dando inicio a una larga disputa legal que despojó al Batallador de gran parte de su legitimidad sobre los reinos de León y Castilla.

A pesar de la ruptura, una parte considerable de los burgos y las milicias urbanas continuaron apoyando al monarca aragonés, atraídos por su indudable capacidad militar, pues seguía ganando batallas y rindiendo plazas frente a los partidarios de la reina. Al frente de las tropas de Urraca se situaba el conde Gómez González, antiguo alférez de Alfonso VI, que por entonces ya se había convertido en amante de la soberana. Para sostener el pulso, Urraca se vio obligada a realizar costosos pactos políticos con su

hermanastra Teresa de Portugal y el esposo de esta, Enrique de Borgoña; sin embargo, los escasos avances de su bando eran inmediatamente anulados por el empuje del aragonés, quien llegó al extremo de apresar a la reina y encarcelarla en la fortaleza de El Castellar bajo la acusación de adulterio.

Gómez González, en colaboración con su pariente Pedro González de Lara, logró liberarla al poco tiempo. Una vez recobrada la libertad, la reina demostró un gran instinto político al tejer una amplia alianza con los partidarios de su hijo y con la nobleza de Galicia, León y Castilla. No obstante, sus planes se vieron truncados por la traición de los condes de Portugal, quienes cambiaron de bando para aliarse con el Batallador.

El choque definitivo tuvo lugar en la batalla de Candespina (1111) y resultó desastroso para las huestes de la reina. Al verse vencido, el conde Pedro González de Lara huyó, provocando el desmoronamiento del resto de las líneas leales a la reina. El ejército de Urraca fue completamente deshecho y su principal apoyo militar, el conde Gómez González, halló la muerte en el combate.

La suerte parecía echada. Militarmente, el panorama era desolador para Urraca. A pesar de lograr una nueva alianza con su hermanastra Teresa, el precio pagado fue altísimo, costándole concesiones territoriales enormes. Hacia el año 1112, el mando de la reina se sostenía a duras penas: solo Asturias, León y Galicia permanecían bajo su mandato, e incluso esta última respondía en realidad a los intereses de los partidarios de su hijo Alfonso.

Tras un frustrado intento de reconciliación de la pareja, Alfonso I el Batallador se apoderó de la inmensa mayoría del territorio castellano. El monarca aragonés llegó a entrar en Toledo, plaza que

hasta entonces se había mantenido leal a la reina gracias a la firmeza de Álvar Fáñez, el Minaya de los cantares, quien junto al arzobispo metropolitano defendía la frontera en solitario de los ataques almorávides.

Pero en 1114, en una revuelta contra ella en Segovia, asesinaron a Álvar Fáñez, y todo pareció definitivamente desplomarse para Urraca, pues la frontera del Tajo volvió sus ojos al Batallador.

El ya casi único apoyo que le quedaba a Urraca era el poder eclesiástico leonés y castellano, enfrentado totalmente con el rey aragonés. La nulidad del matrimonio, ratificada por el papa, se convirtió en su objetivo, y en ello se esforzaron, aunque la consanguinidad era cuestionable y había que remontarse nada menos que a un bisabuelo. Pero había muchos elementos que añadir y amén de no haber tenido hijos, se anotaba la propia acusación de la reina contra su marido de intentar acabar con la vida de su hijo. «Era la pasión tan terrible que la reina afirmaba que con gran furor y odio procuraba la muerte del infante, creyendo suceder en el reino». Finalmente, ya viendo que incluso se le amenazaba de excomunión si no aceptaba la anulación del matrimonio ya acordada por la curia castellano-leonesa, decidió asumir el argumentario de sus contrarios, repudiar a Urraca y renunciar a sus supuestos derechos, aunque conservó no pocas de las tierras limítrofes con Aragón, de las que se había apropiado.

Pero no por ello llegó la paz. Se abrió entonces el problema gallego con los partidarios de su hijo Alfonso, todavía un niño. El obispo Gelmírez lo quería elevar a la corona de todos los reinos, y el conde de Traba a rey de una Galicia independiente. La reina Urraca hubo de enfrentarse a ambos —sobre todo al segundo— en un

continuo juego de alianzas y traiciones. Al fin, y con astucia —aunque en una ocasión casi la mataron en Santiago, donde fue golpeada, apedreada, arrastrada por el barro desnuda y puede que violada, salvándose de milagro de la turba—, hizo gala del coraje que nunca le faltó y logró, si no vencer, sí sobrevivir, mantenerse en el trono y salvarlo para su hijo, utilizando con mucha habilidad su posición.

El pacto que le reconocía como heredero amainó mucho las revueltas aguas. El joven Alfonso entró en Toledo, dando por concluido allí el poder de su padrastro. Urraca consiguió, además, que su ya exmarido —cuyo objetivo esencial ahora era la conquista de Zaragoza— se aviniera a cederle territorios, como las poderosas plazas de Atienza, Sigüenza y Osma, y que su hermanastra Teresa hiciera lo mismo con Talavera de la Reina. Estos enclaves no pasaban, sin embargo, a manos de la reina, sino a las de su hijo en régimen de infantado y bajo la tutela del obispo de Toledo. También logró reconquistar a su hermanastra Toro y Zamora; tras una nueva intentona de esta, Urraca cruzó el Miño, la derrotó y la obligó a reconocerla como su soberana. Habría de esperar Teresa a que su propio hijo, Alfonso Enríquez, se proclamara rey de Portugal, una vez muertas ambas.

A partir de 1118, cierto grado de paz se extendió por el reino. Su exmarido triunfaba contra los almorávides: tomó Zaragoza, los derrotó con contundencia en Cutanda y se avino al fin a pactar con ella, en Burgos, una tregua definitiva. Con los ayos de su hijo también había conseguido mantener una mejor relación y gozaba del apoyo de la nobleza; tanto fue así que convirtió a Pedro González de Lara en su amante, con quien acabó por tener dos hijos más, Elvira

y Hernando (lo que demostraba que la falta de descendencia con el Batallador no era culpa de ella).

No obstante, una rebelión en la ciudad de León resultó muy peligrosa: los sublevados apresaron a Lara y la cercaron a ella, aunque la reina logró zafarse del asedio, liberar a su amante y sofocar la revuelta.

Fue entonces cuando cometió uno de sus peores errores. Tras haberse aliado con Gelmírez para reducir al conde Pedro Froilaz, penetrar en Portugal y cercar a su hermana Teresa, se sintió fuerte. Pretendió acabar de paso con el poder del obispo compostelano y le detuvo. No contó con su hijo Alfonso, quien, leal al que fuera su valedor desde la infancia, abandonó a su madre y se unió a las fuerzas del conde Froilaz. La rebelión gallega ardió de nuevo, ahora encabezada con energía por el propio heredero. Urraca se vio obligada a liberar a Gelmírez, pero la confianza ya estaba rota y, para agravar sus problemas, Teresa tomó como amante y luego se desposó con el conde de Traba.

Esta nueva coalición exigió su abdicación y la entrega de la corona a Alfonso VII. Los ejércitos de ambas partes se plantaron frente a frente, pero finalmente se evitó la batalla y se optó por la negociación. Quien aprovechó la coyuntura fue su hermanastra Teresa, para recuperar toda la zona del Miño que había perdido.

Las aguas volvieron a su cauce gracias a la intervención papal, a la del buen juicio del futuro Alfonso VII —que estaba a punto de alcanzar la mayoría de edad— y, curiosamente, a la de su exmarido el Batallador, que actuó esta vez de forma conciliadora. Urraca renovó su acuerdo con Gelmírez, quien armó caballero al joven Alfonso, consolidándole como mayor de edad de pleno derecho.

Entre todos, metieron en cintura a Pedro Froilaz, apresándole junto a sus hijos, pero no pudieron hacer lo mismo con Teresa, que se mantuvo firme en sus tierras. Madre e hijo se avinieron esta vez de forma definitiva; tras haber pasado en su compañía la primavera de 1125 en Galicia, la reina regresó a Castilla, donde murió, en el castillo de Saldaña, en marzo del año siguiente. Fue enterrada en el Panteón de los Reyes de San Isidoro de León, templo que habían engrandecido sus padres, Fernando y Sancha, y embellecido aún más por su tía, la infanta Urraca.

Su hijo Alfonso se presentó de inmediato en la capital leonesa y allí fue proclamado rey de León. También lo fue de Castilla, de Toledo y, por supuesto, de su Galicia. Gelmírez, el gran intrigante, había conseguido al fin su propósito, pero no pasaría a la postre a la historia por ello, sino por algo que le hizo mejor merecedor de ello: la construcción de la catedral de Santiago de Compostela y su conversión definitiva en el gran punto de referencia y peregrinaje de la cristiandad europea.

Alfonso VII acabaría por ser coronado como emperador, sobrenombre por el que pasaría a la historia. A aquel magno acontecimiento acudió, desde su ducado de Tolosa, su primo Alfonso del Jordán, quien años más tarde mataría en duelo al último amante de Urraca, el conde Pedro González de Lara.

Alfonso VII repudió desde el comienzo las formas y los actos del reinado de su madre, y las crónicas de aquel siglo y de los posteriores fueron muy poco compasivas con ella, señalando sobre todo sus pasiones y no queriendo atisbar ninguna virtud en ella. Mucho tuvo que ver en ello su condición de mujer, y quizá sea ahora llegado el momento de decir que supo, y en gran soledad y a veces

con total desamparo, pelear con bravura por su reino y conservar el trono.

17
Cristina Rodríguez

(c. 1075-?)

La hija del Cid que dio origen a dos linajes reales en España

Hija mayor de Rodrigo Díaz de Vivar y de doña Jimena, Cristina Rodríguez vivió entre destierros y conquistas, entre la leyenda de su padre y el olvido de los cronistas. Sin corona ni cantar propio, fue, sin embargo, el origen silencioso de una estirpe de reyes que marcaría el devenir de Navarra y de Castilla.

> Este Mio Cid, el Campiador, ovo por mugier a doña Eximena, nieta del rey don Alfonso, filla del comde don Diago de Asturias, et ovo della un fillo et dos fillas, et el fillo ovo nombre Diago Royz, et matáronlo en Consuegra los moros; de las fillas, la una ovo nombre de doña Christina, la otra doña María.
>
> *Liber regum (1194-1209)*

Esas escuetas líneas, recuperadas para la historiografía actual por el pertinaz investigador y riguroso historiador Gonzalo Martínez Díaz sobre la vida y peripecias del gran héroe castellano enaltecido en el *Cantar*, son de lo poco que sabemos a ciencia cierta sobre la hija mayor de Rodrigo Díaz de Vivar.

Ni siquiera podemos identificar del todo a su personaje en el *Cantar de Mio Cid*. ¿Es Elvira o doña Sol? Pudiera pensarse que la primera, a quien se supone la mayor, pero otros señalan a doña Sol. En cualquier caso, fue ella, Cristina, quien casó con un infante navarro, Ramiro, nieto —aunque por vía ilegítima— del único que quedaba vivo y con rango tras las muertes y asesinatos en la dinastía del rey García Sánchez III, el de Nájera. Su hermana pequeña, María, lo haría con el conde de Barcelona, Ramón Berenguer III.

El hijo de doña Cristina y de Ramiro, llamado García en honor a su abuelo, fue quien logró ceñir esa corona a la muerte del Batallador. También un hijo de Ramón Berenguer lograría la de Aragón, pero no era nacido de María, pues esta murió de parto en su primer alumbramiento, dejando a una niña que sí la sobrevivió.

Cristina nació en Burgos, allá por el año 1075, y vivió los triunfos y quebrantos de su señor padre, al tiempo que gozó de la protección de su linajuda madre, doña Jimena, de sangre real y bisnieta de Alfonso V de León, y por tanto emparentada con el propio Alfonso VI.

El primer destierro apenas la afectó, excepto por el alejamiento de su padre. El segundo, sí, pues el airado rey ordenó su prisión en 1088, aunque el castigo duró muy poco. Al año fueron liberadas y entonces emprendieron el camino hacia tierras valencianas, entrando en la capital cuando el Campeador la conquistó en el año 1094.

El siguiente quebranto familiar sería la muerte del primogénito, Diego, en la batalla de Consuegra en 1097. Sería después de aquello cuando Cristina contrajo matrimonio con el navarro y marchó con él

al norte, a Monzón, ciudad de la que este era señor. No sabemos, sin embargo, si llegó a ver a su hijo primogénito, García Ramírez, ya coronado como rey en 1134. Este sería al cabo quien —aunque al principio tuvo desavenencias con el rey de León y Castilla, Alfonso VII el Emperador— le prestó vasallaje y colaboró en la conquista de Almería.

Cristina Rodríguez, a la postre, fue la iniciadora de un linaje que acabaría por reinar al mismo tiempo en Castilla y en Navarra. En Navarra, por medio de sus nietos y biznietos, Sancho VI el Sabio y Sancho VII el Fuerte; y en Castilla, porque de ella descendió, nada menos, que Alfonso VIII —protagonista en la trascendental batalla de las Navas de Tolosa—, engendrado por su nieta Blanca de Navarra tras casarse con Sancho III de Castilla.

No solo reinaron sus descendientes en Castilla y en Navarra, sino que dos de ellos, Sancho VII el Fuerte y Alfonso VIII el de las Navas, fueron protagonistas en la decisiva y trascendental batalla de las Navas de Tolosa, donde se selló, casi un siglo después, la permanencia del legado del Campeador en la historia de España.

Respecto al linaje cidiano por parte de María, creí durante mucho tiempo que había desaparecido o que, al menos, no había quedado huella de él. Tras morir ella de parto y volverse a casar su marido, solo se sabía que la hija de ambos había desposado con el conde catalán de Besalú. Pero muy recientemente, un enconado rastreador de linajes, Francisco Alonso Manso, me proporcionó un árbol genealógico muy preciso y bien documentado. Esa hija de María Rodríguez, a la que pusieron por razones obvias el nombre de Ximena —es decir, Jimena, como su abuela—, se casó en segundas nupcias con otro conde muy notorio. Sus hijos y sucesivos

descendientes heredaron y engrandecieron el condado de Foix, que no dejó desde entonces de aparecer en la historia tanto de la Occitania como, después, del reino galo. Llegarían incluso a mezclar esa sangre —ya solo en gotitas, claro— con la de los mismos reyes de Francia.

Los sepulcros de la reina Cristina, junto con los de muchos miembros de su dinastía, pueden admirarse en el monasterio de Leyre, en Navarra. En este panteón aún se conserva la memoria de aquel linaje que, por la sangre de Cristina Rodríguez, entroncó para siempre la gesta del Cid con la historia de España.

18
Ibn Mardanis

(c. 1124-1172)

El Rey Lobo, señor de Murcia y aliado contra los almohades

Las rebeliones, disensiones y enfrentamientos dentro del mundo islámico fueron una constante desde el primer momento de su implantación en la península ibérica hasta prácticamente los últimos días de Boabdil en Granada.

Al comienzo de la dominación musulmana, la confrontación fue entre los propios conquistadores: por un lado, los árabes (divididos de yemeníes a sirios) y, por otro, los bereberes, con sus tropas de choque provenientes del Magreb, recientemente islamizadas. Más adelante, también fueron continuas las disensiones con los hispanomusulmanes o muladíes —o sea, cristianos conversos al islam—, que pusieron en jaque a los poderes centrales cordobeses.

Entre la oposición al centralismo de los Omeyas, destaca Omar ben Hafsún, el más poderoso desde su fortaleza de Bobastro, quien incluso se permitió volver a su fe cristiana primitiva. Asimismo, los

herederos del conde visigodo Casio, convertidos en la dinastía de los Banu Qasi, que se erigieron en señores del valle del Ebro y actuaron, en la práctica, de forma independiente al poder califal; de hecho, a uno de ellos, Musa, se le llamó «el tercer rey de España». A esta resistencia se sumaron los Ben Lope toledanos, que también se las tuvieron tiesas con los Omeyas.

La gresca interna y las secesiones de los territorios solo fueron apaciguadas cuando el poder central estuvo en la cúspide de su fortaleza, pero en cuanto este declinaba —fueran los califas omeyas, los almorávides o los almohades—, la división y las taifas florecían de inmediato, una vez tras otra.

Tras la implosión del califato, a la muerte de Almanzor, estos reinos crecieron como setas por todo al-Ándalus. Ejemplos de ello son el abadí Al-Mutamid, el rey poeta de Sevilla, o los Ben Hud en Zaragoza, ambos de origen árabe; o bien los aftasíes de al-Mutawakkil en Badajoz, los ziríes de Abd Allah en Granada, o Al-Mamún de los Di-l-Nun en Cuenca y Toledo, todos ellos de origen bereber.

Esta división supuso debilidad y pérdidas de territorio. Y aunque en el lado cristiano no hubiera unidad, sino una serie de reinos en no muy buena armonía precisamente, la vulnerabilidad musulmana permitió que la frontera pasara del Duero al Tajo y se perdiera Toledo. Temerosos de perder sus tierras, llamaron en su ayuda a los almorávides, fanáticos integristas que lo primero que hicieron fue acabar con ellos, establecer un duro dominio y control sobre todo al-Ándalus y restablecer el poder sobre algunos territorios que habían sido tomados por los cristianos.

Pero el poder almorávide se deterioró rápidamente, y con él

retornaron las rebeliones y una nueva oleada de taifas, que de nuevo buscaron alianzas con los reyes cristianos para combatir tanto contra los residuos del poder central como contra otros reinos de taifas rivales.

El último de los Ben Hud zaragozanos —que habían resistido a los almorávides—, Zafadola, prendió la mecha: se alió con el rey Alfonso VII de Castilla y armó el lío, llegando hasta a apoderarse de Córdoba. Su estrella fue fugaz, pues murió en el curso de una extraña revuelta en uno de sus campamentos por una cuestión de pagos a los caballeros pardos cristianos de quienes se ayudaba.

Pero el fuego estaba encendido, y un personaje de enorme habilidad, valentía, talento y crueldad, un muladí llamado Muhammad Ibn Mardanis, iba a ocupar —en cierto modo— su puesto.

Provenía de una familia muladí —gentes de origen hispanovisigodo que, durante la dominación musulmana, se convirtieron al islam, adoptando sus costumbres— ennoblecida, cuyo apellido quizá había sido Martínez (hijos de Martín). Este líder consolidó en el Levante y buena parte del sudeste peninsular, con capital en Murcia, una esplendorosa taifa. Apoyándose en el rey de Castilla y León, Alfonso VII el Emperador, que podía presumir de haber llevado la frontera hasta el Guadiana, el murciano iba a ser conocido en toda España, cristiana y musulmana, como el Rey Lobo. Y su moneda, el morabetino lupino de oro, de cuatro gramos, se convirtió en la más codiciada y valorada no solo de la península, sino también de todo el Mediterráneo.

Ibn Mardanis nació en Peñíscola en el año 1124, en el seno de esta aristocrática familia andalusí con fuerte arraigo en el territorio.

Su padre fue gobernador de la ciudad de Fraga con los almorávides, y le tocó combatir con el belicoso rey aragonés Alfonso el Batallador, que había vencido de manera estruendosa a los temibles guerreros morabitos en Cutanda, arrebatándoles Zaragoza y propiciando con ello su declive.

Uno de los tíos de Ibn Mardanis, con el poder almorávide ya muy minado, combatió junto a Zafadola contra ellos y, a la muerte de este, se apoderó de Murcia y Valencia. Al perecer, fue el sobrino, cuyas dotes de audacia e intriga iban parejas, quien se entronizó en ambas ciudades en el año 1147 e inició una andadura que le iba a convertir en el más poderoso señor de todo el Levante musulmán y de buena parte de al-Ándalus. No le fue fácil afianzarse, pues hasta llegó a ser expulsado momentáneamente de Murcia, pero la boda con una de las hijas de Ibn Hamusk, que señoreaba la sierra del Segura, alumbró un poderoso pacto que supuso que ambos, el Rey Lobo y Amusco —como los llamaban los cristianos—, se hicieran temibles.

Su alianza con aragoneses y castellanos, en particular con estos últimos, fue muy estrecha, como también con el condado de Barcelona, así como con las ciudades italianas de Pisa y de Génova. Cuando los castellanos y las flotas de estas dos repúblicas tomaron Almería, fue el Rey Lobo el encargado por Alfonso VII de administrarla en su nombre.

Ibn Mardanis estableció entonces su corte en Murcia, que creció suntuosa, culta y con gran pujanza económica, y desde allí dominó un extenso territorio. Los cultivos agrícolas supieron aprovechar las vegas del Segura a la perfección, y el comercio se intensificó, apoyado en su moneda, los morabetinos lupinos. Además, el apoyo

dado a sabios y poetas, y la impresionante muralla que hizo levantar para proteger la ciudad le dieron un enorme prestigio.

Sus rivales de las taifas peninsulares no le inquietaban y con los cristianos tenía firmes alianzas, aunque al inicio, el conde catalán Ramón Berenguer IV le había arrebatado Fraga, Tortosa y Lérida, y luego hubo de ceder en pago por sus apoyos militares el enclave de Albarracín a los Ruiz de Azagra.

El desembarco almohade y su ejército de fanáticos guerreros lanzado a la yihad para recuperar al-Ándalus lo alteró todo. El Rey Lobo los combatió durante lustros y frenó sus intentos de ascender por la península, contando lógicamente con el apoyo de los reyes cristianos.

A los almohades se lo puso ciertamente difícil, y les hizo un gran daño. En el cenit de su poder, y siempre en alianza con Amusco, llegó a tomar Jaén, Úbeda y Baeza —a cuyo mando quedó su suegro —, así como Guadix, Écija y Carmona, amén de amenazar Córdoba y cercar la misma Sevilla. Incluso llegaron a tomar Granada, pero aquello fue su canto de cisne.

Apoyados por mesnadas castellanas al mando del nieto de Álvar Fáñez, Álvaro Rodríguez (apodado el Calvo), vencieron a los almohades y retuvieron la ciudad durante unos meses, de enero a julio de 1162; pero estos armaron un potentísimo ejército y, a la postre, consiguieron recuperarla, infligiéndoles una cruel derrota en la que murió el afamado adalid castellano.

Ahí comenzó su caída, que se aceleró cuando, al intentar contraatacar y tomar Córdoba desde sus posiciones en Andújar, los almohades hicieron pasar un poderoso ejército desde África. No solo le derrotaron en el castillo de Luque, sino que tomaron Andújar y

después le persiguieron hasta la propia Murcia, donde le cercaron. Las poderosas murallas resistieron, pero la huerta murciana, las grandes mansiones —incluida la del propio Rey Lobo— y las propiedades de muchos de sus nobles fueron arrasadas.

Unos años después sufrió el peor golpe: su suegro Amusco aceptó someterse al poder almohade para salvar el pellejo y se pasó a sus huestes. A partir de entonces, la lucha se convirtió en retroceder y resistir como podía. Desde el año 1170, las tropas almohades y las de su antiguo aliado fueron tomando cada vez más ciudades y comiéndole más terreno.

En 1172, con Valencia y Játiva ya rebeladas en su contra, su situación se volvió desesperada. Refugiado en Murcia, cercado y muy enfermo, antes de fallecer aconsejó a sus hijos que se sometieran a los vencedores. Así lo hicieron, pasando a formar parte de las tropas del califa —lo que les permitió mantener algunas de sus propiedades como gobernadores—, al que acompañaron, de hecho, en el fallido cerco de la ciudad de Huete.

El juicio sobre su reinado y su persona varía sustancialmente según las fuentes. Las crónicas cristianas lo tratan con amigable benevolencia, presentándole como un leal amigo y aliado tanto de Alfonso VII como del jovencísimo Alfonso VIII. Por el contrario, las musulmanas, escritas ya al dictado de los victoriosos almohades, se ceban en los detalles más duros de su personalidad. Aunque eran rasgos frecuentes y normales para la época, airean su implacable trato a quienes se le oponían (y aún más a quienes le traicionaban) y, por encima de cualquier otra cosa, su trato de favor con los infieles, algo que le acarreaba todas las maldiciones de los integristas. Estos últimos acabaron por ocupar toda la España

musulmana, amenazando después seriamente a los reinos cristianos, sobre todo tras el desastre castellano en Alarcos en el año 1195.

Con el Rey Lobo desapareció la última y más esplendorosa taifa de este periodo. Nadie puede negarle, eso sí, su ingente obra tanto arquitectónica como en la huerta murciana, pues dotó a sus territorios de una impresionante monumentalidad de la que aún se conservan restos. A su muerte, lo que le sobrevivió durante más tiempo fue su famosa moneda, que siguió siendo un valor seguro en todos los mercados.

Los almohades tampoco concluirían su propósito. Sí se apoderaron de todo el territorio musulmán hispano, incluso del último reducto almorávide, las islas Baleares, donde los Ibn Ganiya resistieron hasta el siglo XIII; pero a la postre no consiguieron forzar las fronteras cristianas, aunque sí lograron de forma efímera hacerlas retroceder hasta el Tajo. Tras la batalla de las Navas de Tolosa (1212), su imperio se desharía tanto en la península como en el Magreb y en las taifas. Pero en esta ocasión ya no habría un nuevo rescate africano, aunque los benimerines lo intentaran más tarde. Todo al-Ándalus acabaría en manos castellanas —las de Fernando III— o aragonesas —las de Jaime I—.

Bueno, todo no, una taifa se mantendría y el nazarí al-Ahmar, a cambio de entregar Jaén y prestar vasallaje a Castilla, se entronizaría en Granada, manteniendo el poder islámico en España durante más de dos siglos todavía.

19
Alfonso VIII

(1155-1214)

El vencedor de las Navas, el huérfano acosado que derrotó al más terrible imperio yihadista de la historia

A los tres años, cuando heredó la corona de Castilla, era un huérfano desvalido y manejado por las facciones cortesanas. Así dio sus primeros pasos en la vida y en la historia Alfonso VIII, el futuro vencedor de las Navas de Tolosa; el providencial monarca cristiano que derrotó al temible Imperio almohade —el cual quedó deshecho tras aquel encuentro— e inclinó definitivamente la balanza de la Reconquista. Su victoria no solo supuso un avance ya incontenible para los reinos del norte, sino que evitó el retorno del dominio musulmán a gran parte del territorio peninsular e, incluso, su posible expansión hacia el resto de Europa.

Sin embargo, en aquella temprana niñez, solo era un niño desamparado. Su madre, Blanca Garcés de Pamplona, hija del rey navarro, falleció a causa del parto, y su padre, Sancho III el Deseado, murió prematuramente a los veintitrés años. El pequeño

rey quedó entonces a merced de los grandes magnates de la época, los Castro y los Lara, quienes se disputaron enconadamente su tutela para hacerse con la regencia y el control de las rentas reales. A esta pugna se sumó pronto su tío, el monarca leonés Fernando II, beneficiario de la división del reino que había realizado el abuelo del niño, Alfonso VII, al entregar León a su segundo hijo.

Fueron los Castro quienes obtuvieron inicialmente la custodia, pero la astucia y ciertas estratagemas de los Lara permitieron a estos arrebatársela. Ante esto, los Castro se aliaron con el rey leonés y forzaron a sus rivales a entregar al chiquillo, que iba a ser custodiado por su tío Fernando. No obstante, la entrega, programada en Soria —ciudad natal del monarca—, se frustró al convertirse en una audaz fuga rumbo a la poderosa fortaleza fronteriza de Atienza, un episodio histórico trufado de leyenda que dio origen a la famosa fiesta de la Caballada.

Pese a que los Castro y el soberano leonés ocuparon gran parte de Castilla y dieron muerte al jefe de los Lara, don Manrique, en la batalla de Huete, el rey niño permaneció en poder de esta última familia, liderada ahora por el inteligente y capaz hermano del fallecido, don Nuño. La posesión de la regia persona terminó por otorgarles el triunfo definitivo. A medida que Alfonso crecía, las ciudades y villas retornaban a su obediencia, un proceso que culminó en 1166 con la recuperación de Toledo y, en 1169, con la caída del último bastión en manos de sus rivales: Zorita de los Canes, el imponente castillo sobre el Tajo.

Fue precisamente en este escenario donde Alfonso, a punto de cumplir los catorce años y alcanzar la mayoría de edad según el derecho castellano, dio las primeras muestras de ese carácter firme

y de la entereza para sobreponerse a las adversidades que marcarían su vida. Cuando don Nuño fue apresado arteramente por el alcaide de la fortaleza —quien asumió que el muchacho desistiría sin el apoyo de su mentor—, el joven, lejos de amedrentarse, no cejó en su empeño hasta lograr la rendición de la plaza y la liberación de su tutor.

Poco después fue definitivamente entronizado y, al poco tiempo, en 1170, desposado con Leonor de Plantagenet, de tan solo diez años de edad y hermana de Ricardo Corazón de León. El joven monarca cuidó de la niña, quien asimiló prontamente la lengua y las costumbres castellanas, manteniéndose siempre que pudo a su lado. Leonor ejerció como mecenas de artistas y constructores de catedrales, fundó el monasterio de las Huelgas y dio al rey al menos diez hijos conocidos. Pronto todos pusieron sus ojos sobre la primogénita, Berenguela, dado que los hijos varones de la pareja fallecieron de forma prematura.

Los almohades constituyeron la gran amenaza del reinado de Alfonso. Este poderoso imperio, que había desplazado a los también fanáticos almorávides en el Magreb, desembarcó en la península en 1160, destruyó los nuevos reinos de taifas y unificó todo al-Ándalus bajo su doctrina y una aplicación rigorista de la *sharía*, que incluyó la violenta persecución de judíos y mozárabes. Al leer las proclamas de su fundador, el *mahdi* Ibn Tumart, para documentar mi libro *El rey pequeño*,[2] confieso que me estremecí: eran idénticas, casi calcadas, a las que oigo hoy, ochocientos años después, a los terroristas del Dáesh para incitar sus bestiales atentados.

Alfonso no solo no se arredró ante ellos, sino que les arrebató la inexpugnable ciudad de Cuenca. Durante aquel duro asedio, en una

salida desesperada de los defensores musulmanes, pereció protegiendo la tienda real don Nuño Pérez de Lara, su antiguo tutor y lo más parecido a un padre que el monarca había conocido.

Siguieron años de notables victorias que hicieron avanzar la frontera, la cual se consolidó gracias a las recién creadas órdenes militares de Calatrava y Santiago. Asimismo, el territorio se repobló con campesinos libres a los que el rey otorgaba fueros, un privilegio que extendió a las villas cantábricas, como Laredo o Castro-Urdiales, con el fin de sentar las bases de la poderosa armada castellana que dominaría los mares durante los tres siglos posteriores.

Sin embargo, la más amarga de las derrotas le acechaba. El nuevo califa almohade, Abu Yaqub Yusuf al-Mansur, le desafió en los campos de Alarcos (1195). El monarca castellano, envalentonado y temerario, no quiso esperar los refuerzos del rey de León y ordenó la carga sin reservar tropas en la retaguardia. Frenada la acometida inicial, el ejército cristiano fue rodeado y diezmado por la caballería ligera de los agarenos.

La frontera del Guadiana se derrumbó, cayó Calatrava, y al año siguiente los almohades tomaron Trujillo y Plasencia, arrasando las vegas toledanas, en complicidad con los reyes cristianos de León y de Navarra, que también acosaron a Alfonso. El rey consiguió aguantar, pero desde entonces su objetivo fue vengarse y recuperar las tierras arrebatadas por sus primos, pues todos los reyes peninsulares lo eran, incluido el de Portugal. Un verdadero *Juego de tronos*. Con el cambio de siglo, consiguió que Vizcaya y Guipúzcoa se unieran a Castilla. Los hijos de los muertos en Alarcos, a los que protegió, serían su mejor arma, y al mando de sus tropas puso a López de Haro, señor de Vizcaya, que había sufrido en propias

carnes la afrenta.

En el año 1212, amparado por una bula papal de Cruzada, Alfonso VIII se puso en marcha con el leal Pedro II de Aragón a su lado. El monarca leonés no acudió, aunque permitió que lo hicieran sus caballeros, mientras que Alfonso II de Portugal apenas pudo enviar tropas, al ser atacado en su propio territorio. Por su parte, el rey navarro, Sancho VII, se negó inicialmente a sumarse. Quienes sí acudieron fueron los cruzados ultrapirenaicos, que no tardaron en causar problemas en Toledo, al intentar asaltar la judería, un atropello que evitaron los caballeros castellanos y aragoneses al armarse ante sus puertas. Ellos fueron también los que impidieron que se masacrara a los prisioneros tras la toma de Malagón y Calatrava la Vieja, lo que provocó el descontento de los francos, quienes, quejosos por el calor y los pocos alimentos, terminaron por desertar.

Paradójicamente, la deserción de los francos pudo ser clave, ya que hizo salir de su posición defensiva al nuevo califa, Muhammad al-Nasir —el Miramamolín de las crónicas cristianas—, quien asumió que el ejército enemigo, mermado y bloqueado, se vería obligado a una confusa retirada en la que sería fácilmente aplastado. Sin embargo, gracias a un pastor que actuó como guía, los cristianos lograron abrirse paso por sendas ocultas y plantarse ante las posiciones almohades.

La victoria de las Navas de Tolosa fue la más crucial de toda la Reconquista, tanto por el volumen de combatientes como por sus trascendentales consecuencias geográficas y políticas.

No sería Alfonso VIII, sin embargo, quien aprovecharía los frutos de aquel éxito. En los años siguientes, la sequía se ensañó con

Castilla, provocando una espantosa hambruna, y la salud del monarca no resistió más. A punto de cumplir los cincuenta y nueve años de edad, y tras cincuenta y seis de reinado, unas fiebres acabaron con su vida en la localidad abulense de Gutierre-Muñoz, mientras viajaba al encuentro de una de sus hijas, casada con el rey de Portugal. En un breve lapso de tiempo, la reina Leonor y el jovencísimo heredero, Enrique I, le siguieron a la tumba.

Berenguela, cuya unión con Alfonso IX de León había sido disuelta por orden papal, asumió la regencia. Sería el hijo de ambos, su nieto Fernando III el Santo, quien culminaría definitivamente la obra de su abuelo, al reunificar para siempre las Coronas de Castilla y León, conquistar Córdoba y Sevilla, y reducir el poder musulmán al reino nazarí de Granada.

Alfonso VIII fue un monarca trascendental para la historia de Castilla, de España y de Europa; el artífice de una victoria determinante a la que, incomprensiblemente, parece que hoy en día no se le quiere otorgar dicho rango. Sobre su figura pesa, además, una persistente leyenda negra: la presunta historia de la judía de Toledo, con la que supuestamente mantuvo una relación adúltera que lo tuvo encerrado durante siete años, desatendiendo sus obligaciones de gobierno y provocando, según el mito, el desastre de Alarcos. Además, sin que por ello no tenga que haber verdad en el amorío con la hermosa hebrea, no concuerda con la cercanía y los sucesivos embarazos de la reina Leonor. Y desde luego, ateniéndonos a sus logros y a prestigio cabe concluir en que fue un gobernante ejemplar, tal como resume el historiador Gonzalo Martínez Díez en su biografía:

> Hizo brillar la paz, la justicia y el respeto a la autoridad del monarca, sin que

las crónicas y la documentación nos registren un acto despótico, cruel o arbitrario.

20
Pedro II de Aragón
(1178-1213)

El más gentil caballero

De los tres reyes que protagonizaron la carga decisiva en la crucial batalla de las Navas de Tolosa el que ha quedado más oscurecido en la historia ha sido el joven, leal y temerario rey de Aragón. Sin embargo, si hubo alguien cuya lealtad y amistad fue decisiva para la acosada Castilla en su lucha contra el terrible Imperio almohade, ese no fue otro que Pedro II de Aragón. Él fue quien ayudó al ya entonces maduro rey castellano Alfonso VIII a aguantar los peores momentos de tribulación que habían comenzado con su derrota en Alarcos (1195) y que llegaron a su punto de máxima dificultad cuando el califa al-Nasir atacó la frontera en el año 1211, tomando el castillo de Salvatierra, en Calzada de Calatrava. Aragón, con Pedro II, siempre estuvo a su lado, jamás le falló, como buen hijo de la reina doña Sancha, tía del rey castellano, y de Alfonso II, un gran rey que, como él, unía a la Corona aragonesa el condado de Barcelona y las tierras occitanas al otro lado de los Pirineos. La defensa de sus súbditos cátaros de estas últimas le costaría a la

postre la vida a Pedro ante los cruzados de Simón de Montfort. Precisamente a él, que llevó el apodo del Católico, pero puso por delante sus deberes para con sus vasallos a todo lo demás.

En el asalto al palenque de califa almohade al-Nasir, el impetuoso Pedro había sufrido ya una lanzada en un costado que pudo acabar con su vida. Su cota de malla logró detener el acero musulmán aquel 16 de julio de 1212 en las Navas, pero no pudo parar la lanza del cruzado apenas un año después, el 13 de septiembre de 1213, en la batalla de Muret.

Pedro II de Aragón nació en Huesca en el año 1178 y, amén de ser educado junto a su hermano Alfonso, heredero luego de la Provenza, en los valores que todo rey cristiano de la época debía tener, estuvo imbuido por el espíritu caballeresco y trascendente de las órdenes militares, en su caso especialmente la del Temple. Armado caballero por su padre al cumplir los diez años en el monasterio de Sijena en 1188 le sucedió tan solo ocho después, a los dieciocho, como rey de Aragón, conde de Barcelona, con extensas propiedades en la Occitania francesa, a las que añadió luego algunas más tras su matrimonio con María de Montpellier. Su hermano Alfonso recibió la Provenza y sus hermanas fueron casando muy bien. Constanza, con Emerico de Hungría y, al quedar viuda, con Federico II de Sicilia, luego emperador del Sacro Imperio; Leonor, con el conde Raimundo VI de Tolosa; y Sancha, con Raimundo VII, hijo de aquel. Dos hermanos entraron en religión. Dolca, en el monasterio de Sijena, del que el rey fue pródigo protector, y Fernando como abad en Montearagón. Don Pedro, cosa muy inusual, tratándose de lindes y de reyes, tuvo con todos ellos el mejor y más fraternal trato.

Según el testamento de su padre, el joven rey quedaba bajo la custodia, hasta cumplir los veinte, de su madre, doña Sancha de Castilla, quien facilitó las relaciones con el entonces atribulado rey castellano Alfonso VIII. Este estaba siendo acosado tras Alarcos no solo por los almohades, sino por el rey de León, también tío suyo, Fernando, y por el de Navarra, que establecieron alianzas y hasta recibieron apoyo de las tropas africanas. Pedro II, tras solventar algunas disputas menores y fijar de común acuerdo sus fronteras, estableció un pacto con el castellano al que ambos serían siempre fieles y que incluso los trascendería y continuarían sus herederos. Entre ambos consiguieron mantener a raya a los triunfantes almohades y frenar en seco las ambiciones y ataques sobre todo del rey leonés.

La Corona de Aragón, desde la época de Sancho Ramírez, mantenía una singular relación con el papado, puesto que dicho monarca había enfeudado su reino al Vaticano, situándolo bajo la protección de San Pedro en el año 1068. Siglo y medio después, Pedro II viajó a Roma con un espectacular séquito para ser coronado por el pontífice Inocencio III. La fastuosa ceremonia se celebró el 11 de noviembre de 1204, en el Trastévere, ante un pleno de cardenales y obispos; allí, el papa le impuso las insignias reales y el monarca juró vasallaje y fidelidad a la Santa Sede. Paradójicamente, por defender a sus propios vasallos, años después Pedro II habría de enfrentarse a él.

Era Pedro II un caballero joven y gentil, muy bien servido por las damas, por quienes desde temprana edad mostró interés y afecto. Asimismo, sentía una profunda inclinación por la música y las veladas nocturnas, amenizadas por juglares, canciones y vino. Sin

embargo, el soberano se resistía al matrimonio, actitud que mantuvo hasta el mismo año de la ceremonia romana. Solo ante la urgente presión para procrear un heredero, contrajo nupcias con María de Montpellier, en 1204, quien ya sumaba dos matrimonios previos. Desde el principio, el rey le prestó tan poca atención que, según relata la leyenda, para poder concebir, la reina tuvo que hacerse pasar por una de las muchas damas que compartían el lecho real, del cual ella estaba excluida. Pedro II intentó repudiarla y anular el enlace para desposar a María de Montferrato, quien era de su agrado y ostentaba el título de heredera del reino de Jerusalén, el cual ya solo existía en el ideal cruzado.

En la península, Pedro II lidió con los asuntos políticos con extraordinario tino, obteniendo allí su mayor triunfo. Cuando el califa al-Nasir —quien amenazaba con abrevar sus caballos en las fuentes de Roma— se lanzó al ataque en 1211, el monarca aragonés convenció al rey castellano de no entablar una batalla campal ante fuerzas tan superiores. En su lugar, propuso replegarse en las sierras abulenses mientras el Miramamolín asediaba Salvatierra, aguardando al año siguiente para recabar apoyos y emprender la ofensiva mediante una cruzada proclamada por Inocencio III. Esta estrategia, a pesar de haber estado al borde del desastre debido a la deserción de los cruzados francos, el bloqueo en el desfiladero de la Losa y momentos críticos en los que la derrota parecía inminente, resultó un éxito definitivo. La victoria de las Navas de Tolosa inclinó la balanza irreversiblemente hacia el lado cristiano y supuso el fin deal-Ándalus como amenaza letal. Además de prestigio, la batalla proporcionó un inmenso botín que permitió al aragonés sanear sus arcas, que se hallaban exhaustas y endeudadas. Alfonso VIII se

mostró sumamente generoso y le obsequió, compartiendo el gesto con el rey Sancho VII el Fuerte de Navarra, las tiendas y los valiosos bienes en joyas, enseres y sedas hallados en el palenque del califa derrotado.

No obstante, ninguno de estos dos leales aliados, don Alfonso de Castilla y don Pedro de Aragón, lograría explotar plenamente el triunfo ni culminar la empresa contra el islam. El monarca castellano falleció tan solo dos años después, y el joven aragonés encontró la muerte aún antes, al año siguiente, en la batalla de Muret. Habrían de ser el nieto del primero, Fernando III el Santo, y el hijo del segundo, Jaime I el Conquistador —emparentados entre sí y firmes aliados a su vez—, quienes remataran definitivamente la obra de sus antecesores.

Como contábamos, Pedro II se vio obligado a intervenir en defensa de sus vasallos al otro lado de los Pirineos, pues aprovechando la excusa de los cátaros la monarquía capeta emprendió una campaña que el papa Inocencio III bendijo como cruzada para acabar con la herejía albigense. Lo que buscaba el Capeto era anexionarse el Midi francés. La suerte le fue adversa al rey Pedro, quien, en combate, acabó siendo aislado en medio de un potente grupo de caballeros franceses, aunque también dicen las malas lenguas que aquella noche, según acostumbraba, la había empleado en los más placenteros menesteres, y que quizá por ello sucumbió a las lanzas de Simón de Montfort.

Su cadáver fue recogido por los caballeros del Hospital de San Juan y llevado a su casa convento en la cercana Toulouse. Cuatro años después conseguiría su hijo Jaime autorización del nuevo papa, Honorio II, para trasladarlos al monasterio de Sijena, que tanto

había favorecido y en el que reposaban ya su madre doña Sancha y su hermana Dolca.

La derrota supuso un durísimo golpe para el reino, puesto que el heredero, Jaime, apenas un niño, quedó en manos de Simón de Montfort. El joven infante se encontraba en la ciudad y feudo de Carcasona debido a negociaciones previas, las cuales incluían un acuerdo matrimonial —posteriormente roto— que debía celebrarse, llegado el momento, con la hija del líder francés.

El papa Inocencio III, conmocionado quizá por la muerte de un monarca a quien, a pesar de haberse enfrentado a él, profesaba una gran estima, intervino ante la petición de la nobleza aragonesa y catalana, que exigía a Montfort la restitución del heredero. Mediante una bula papal, el pontífice ordenó la inmediata devolución del joven Jaime. Esto se materializó en Narbona, en abril de 1214, cuando fue entregado a una delegación de nobles encabezada por el maestre del Temple en Aragón, Guillem de Montredón. Dada su minoría de edad, la orden templaria se hizo cargo de su tutela y educación en el castillo de Monzón. Previamente, en Lérida, se había celebrado el solemne acto en el cual las Cortes conjuntas del reino de Aragón y del condado de Barcelona lo juraron como soberano. Aquel niño se convertiría en Jaime I el Conquistador, uno de los monarcas más poderosos y memorables no solo de su Corona, sino de toda la historia de España.

21
Alhamar el Rojo

(1194-1273)

El primer rey nazarí de Granada

Cuando se habla del último reino musulmán, el de Granada, el nombre que a todos nos viene a la cabeza es el de su último rey, Boabdil, aquel que rindió la ciudad a los Reyes Católicos no sin antes haber dividido el reino con sus conjuras y ansias de sucesión prematura. Por si fuera poco, incluso llegó a traicionar a los suyos, al ponerse al servicio de los cristianos tras haber sido capturado por estos, quienes prefirieron soltarle para que siguiera sembrando cizaña. El lloroso Boabdil goza, ya ven qué cosas, del reconocimiento y el prestigio popular —supongo que habrá incluso algún converso que se bautice con su nombre—, mientras que el olvido se cebó con quien en verdad merecía la gloria: el fundador de la dinastía, un jefe militar y hábil diplomático que supo conservar aquella última porción de al-Ándalus y crear en ella la dinastía nazarí, que resistió más de dos siglos.

Ese hombre no era granadino, sino un jiennense nacido en Arjona en el año 1194, al que los cristianos, debido a su cobriza barba,

llamaron Alhamar el Rojo, y al que tuvieron que aprender a respetar. Muhammad ibn Nasr, tal era su nombre, fue el primer rey nazarí y fundador de un Estado que resistió el avance cristiano durante más de doscientos años tras la caída de Córdoba y Sevilla.

Alhamar se decía descendiente de la muy ilustre y antiquísima familia árabe de los Ibn Nasr, quienes afirmaban haber estado entre los primeros que acompañaron al Profeta durante su hégira, es decir, la huida de Mahoma desde La Meca a Medina tras ser inicialmente rechazado. Con el tiempo, la familia acabó arribando a Zaragoza, el más poderoso enclave de la Marca Oriental musulmana, que fue señorío primero de los Banu Qasi y luego de los Hud, hasta ser efímeramente tomada por los almorávides y perdida al poco a manos del rey cristiano Alfonso I el Batallador en 1118. Los Banu Nasr, que tenían posibles, partieron hacia el sur y se establecieron en Arjona, donde adquirieron extensas propiedades agrarias y donde creyeron estar a salvo de los cristianos del norte.

Y más o menos lo lograron. Alhamar vivió dedicado a los trabajos del campo hasta la batalla de las Navas de Tolosa y al-Ándalus vio cómo se aproximaba su fin, pues el Imperio almohade, a la sazón su dueño y señor, se descompuso tras la terrible e irrecuperable derrota de su califa al-Nasir.

En el territorio musulmán, las taifas habían vuelto a brotar, y un adalid murciano de nombre Ibn Hud se había convertido en el reyezuelo más poderoso, llegando a dominar tanto su zona como las de Córdoba y Sevilla. Sin embargo, lo cierto era que los ataques cristianos le arrebataban cada vez más ciudades y le mermaban el territorio año tras año. Por el sector de Arjona, Alhamar aguantaba con mayor fortuna las embestidas, hasta que se cansó de obedecer

a un Ibn Hud que no le aportaba ayuda alguna y optó por declararse sultán de aquella región.

Ya puesto, no se conformó con el terruño, sino que rápidamente comenzó su expansión. Enfrentándose al reyezuelo murciano, le arrebató Guadix, Baza, Jaén, Úbeda, Porcuna y hasta la mismísima Córdoba en 1233. Al año siguiente, mediante una hábil conjura y el asesinato de quien custodiaba la plaza, logró colocar a un pariente suyo como rey de Sevilla.

Sin embargo, la bonanza le duró bien poco. Ibn Hud logró el reconocimiento del califa como gobernante legítimo de todo al-Ándalus, reconquistó Córdoba y los sevillanos obligaron a huir al representante de Alhamar para que no acabara degollado. El Rojo vio que la suerte había cambiado y se avino a plegarse a la autoridad de su rival, reconociéndole como emir. A cambio, consiguió conservar el señorío de Arjona, la poderosa Jaén y Porcuna. No era mucho, pero era mejor que perderlo todo en un combate desigual.

Decidió esperar su oportunidad, la cual no tardó en presentarse. Los castellanos tomaron la emblemática ciudad de Córdoba en 1236 y no solo se establecieron firmemente en ella, sino que avanzaron en todas direcciones. Ibn Hud, que se vio obligado a aceptar el vasallaje a los cristianos y el pago de enormes impuestos, decayó hasta tal punto que terminó asesinado por sus propios súbditos en el año 1237.

Entonces Alhamar se movió con gran celeridad y a lo largo del siguiente año se apoderó sucesivamente de Almería, Málaga y Granada, donde se decidió, por su emplazamiento y defensas, a fijar su nueva capital, proclamándose ya rey con el nombre de Muhammad I. Había nacido la dinastía nazarí.

Alhamar el Rojo comenzó entonces la construcción de un gran edificio monumental, que le elevará a la cima del reconocimiento, ahora mundial: la Alhambra, que tanto él como sus herederos convertirán en una de las joyas del patrimonio histórico artístico universal.

Aquel momento de expansión y tranquilidad no iba a durar mucho. El rey castellano Fernando III, que no había quitado el ojo a su crecimiento territorial, se lanzó decididamente contra él. Tomó su Arjona natal, cercó de forma infructuosa Granada y apretó el sitio sobre Jaén, una plaza donde ya había fracasado en más de una ocasión. Esta vez, sin embargo, el castellano no soltó la presa.

En el año 1246, Alhamar se vio obligado a claudicar y entregar la poderosa e inexpugnable alcazaba jiennense (Pacto de Jaén). A cambio, el nazarí consiguió mantener bajo su soberanía las ciudades de Granada y Málaga, pero con un alto precio: declararse vasallo del rey castellano, pagar un generoso tributo anual de ciento cincuenta mil maravedís y prestar auxilio militar si era requerido durante un periodo de veinte años.

Pudo parecer un mal negocio, pero a la larga resultó brillante. Al replegarse a un territorio menos disperso y más concentrado, Alhamar pudo fortificarlo a conciencia. Además, se garantizó no solo la paz con el poderoso Fernando, sino su protección frente a los aragoneses, que le amenazaban por el otro flanco y que, ante el nuevo panorama, prefirieron volcar sus esfuerzos en la conquista de Valencia y Baleares.

Por su parte, el soberano nazarí cumplió con lo estipula-do; de hecho, aunque es un episodio poco recordado, medio millar de jinetes granadinos participaron en 1248 en la definitiva toma de

Sevilla del lado de Fernando III. ¡Qué cosas tiene la historia!

Las relaciones entre ambos monarcas se mantuvieron en los términos pactados hasta la muerte del rey cristiano, e incluso continuaron siendo cordiales durante un tiempo con su hijo y sucesor, Alfonso X el Sabio. El nazarí llegó a contribuir a la toma de la única taifa que, a excepción de Granada, quedaba por conquistar en el sur: la de Niebla.

Sin embargo, tras la caída de Niebla, ya solo restaba el propio reino nazarí en el mapa. Alhamar se olió que él sería el siguiente objetivo, por lo que se apresuró a entablar negociaciones con el nuevo imperio emergente al otro lado del Estrecho: los benimerines. En 1264, el pacto con Castilla se rompió definitivamente al descubrir el Rey Sabio que el granadino alentaba con sus tropas las sublevaciones mudéjares en las zonas de Murcia y Jerez. Aquellas rebeliones fueron sofocadas por las fuerzas conjuntas de Castilla y Aragón, pero cuando estas quisieron dar un paso más y amenazaron Granada, sufrieron una seria derrota y tuvieron que volverse con las manos vacías.

Pese a este respiro, los verdaderos dolores de cabeza de Alhamar no habían hecho más que empezar, y vinieron de su propia familia. Sus parientes, a quienes él mismo había puesto al mando en Málaga y Guadix, se mostraron molestos por su peligroso arrimo a los benimerines y decidieron, por su cuenta, declararse vasallos de Castilla. El Rojo sitió Málaga para escarmentarlos, pero fue incapaz de tomarla y tuvo que acabar pasando por el aro: pactó pagar un nuevo tributo anual al castellano de doscientos cincuenta mil maravedís y renunciar definitivamente a Murcia y Jerez para que Alfonso X pudiera someterlas sin interferencias (1266). Alhamar se la

guardaría al Rey Sabio, devolviéndole la jugada en 1272, al apoyar la sublevación de los nobles castellanos contra el monarca, lo que le permitió arrebatarle Antequera.

Su reinado tocaba a su fin. Había fundado un reino de la nada y lo había sabido defender con astucia. Con todo, no iba a tener una muerte tranquila en la cama, como correspondería a un hombre de su edad. Fiel a su gran pasión, seguía montando a caballo, y fue precisamente una aparatosa caída de su montura la que acabó con su vida cuando ya acariciaba los ochenta años; una edad verdaderamente provecta para la época y para el ajetreado ritmo de vida de un rey guerrero.

A pesar de su desaparición, el pequeño reino sobrevivió. Los reyes cristianos, enzarzados en sus propias disputas dinásticas y guerras civiles, le permitieron seguir existiendo. Hubo para ello una razón muy poderosa; más allá de que su orografía defensiva y sus aliados africanos hicieran de Granada un hueso extremadamente duro de roer: los reyes castellanos preferían el oro fresco y directo, y los soberanos nazaríes siempre estuvieron dispuestos a aflojar la bolsa, antes que meterse en una guerra total que pudiera costarles el trono. Así, entre tributos, diplomacia y pactos, la dinastía fundada por Alhamar el Rojo logró estirar su existencia hasta el célebre año de 1492, cuando el lloroso Boabdil entregó las llaves de la ciudad.

22
Fernando III el Santo
(1201-1252)

El nieto que aprovechó la victoria de su abuelo para tomar Córdoba y Sevilla y terminar santificado

Su santidad es cosa divina, pero que está entre los más grandes reyes españoles es indiscutible.

La historia tiene sus ironías, y ninguno de los hijos varones de Alfonso VIII, el de las Navas, pudo explotar aquella gran victoria. El mayor, el príncipe Fernando, que apuntaba maneras y ya en su veintena se había convertido en el brazo derecho de su señor padre ayudando a organizar la cruzada contra el Miramamolín, se fue a morir justo el año anterior a la famosa batalla. Por su parte, Enrique, el más pequeño, llegó a ser entronizado, pero jugando como lo hacen los críos, con tan solo siete años, una teja caída desde lo alto de un edificio le dio en la cabeza y le mató.

Por fortuna, el rey Alfonso y la reina Leonor de Plantagenet tenían una hija primogénita que heredó lo mejor de la estirpe castellana y de la normanda: la infanta Berenguela. Fue gracias a ella que su

hijo, Fernando III, llegó a ser rey y logró unir para siempre Castilla y León bajo una misma corona. El trono de Castilla lo obtuvo porque su madre, a quien legítimamente le correspondía, renunció en su favor y se mantuvo a su lado como su mejor y más decidida consejera.

Lo de León fue más enrevesado. Aunque el rey Alfonso IX era su padre y Fernando su primogénito varón, el monarca leonés tenía un par de hijas de un matrimonio anterior. Y es que la Iglesia había disuelto el enlace de Alfonso IX con Berenguela por ser primos, aunque eso sí, el papado reconoció la legitimidad de los hijos que habían tenido. Que Fernando acabara por ceñir la corona leonesa y, más aún, que lograra mantenerla tras no pocos altibajos y conspiraciones, tuvo muchísimo que ver con los buenos oficios de su madre.

Tanto en Castilla como en León, el joven monarca se topó con las ambiciones de la nobleza. A la cabeza estaban nada menos que los Lara, quienes habían sido los preceptores de su abuelo en su niñez y formaban la familia más importante y señera de Castilla. Para colmo, su propio padre (Alfonso IX de León) pensó que, tras la cesión del trono castellano por parte de Berenguela, antes y mejor que el chico —un jovenzuelo, al cabo— lo haría él mismo, y que a su muerte todo quedaría de todas formas para su hijo. Con esta idea, el rey leonés no dudó en aliarse con los hermanos Lara, quienes se lo pusieron muy difícil a Fernando, porque no les faltaban mesnadas que los apoyaran. Pese a todo, Berenguela y su hijo lograron vencer, y Fernando, a la postre, convencer. La inteligencia, la generosidad y el verdadero amor que la reina madre demostró por su hijo y por el reino con sus renuncias iniciales cuajaron en un apoyo constante,

conformando ambos un tándem político perfectamente conjuntado.

Durante las ausencias de su hijo en las expediciones militares, la madre se ocupaba de la gobernanza cotidiana y de preparar la intendencia para las campañas. Demostró con creces sus capacidades al conseguir abastecer al ejército en la expedición que culminó en la reconquista definitiva de Córdoba (1236), amén de frenar las conjuras contra su hijo, que sobre todo al principio no faltaron.

Hay que reconocer que Fernando III el Santo tuvo muchísima suerte con las mujeres. Con su madre, desde luego, pero también con sus dos esposas, sobre todo con la primera, Beatriz de Suabia. Ella fue la máxima impulsora de una obra cultural que haría pasar el reinado a la posteridad con un enorme prestigio. Con solo dos botones de muestra se entenderá mejor: las catedrales góticas de Burgos y Toledo comenzaron a construirse bajo su reinado, en los años 1221 y 1226, y la de León, un poco posterior, ya estaba en proyecto, si bien fue su hijo Alfonso X el Sabio quien le daría inicio.

La impronta de Beatriz, hija del emperador Federico II de Alemania, se dejó notar en este florecimiento artístico. Fue una reina sumamente querida por el pueblo. De ella, el arzobispo toledano Rodrigo Jiménez de Rada nos dejó esta magnífica valoración: «*Optima, pulchra, sapiens et pudica*» («Excelente, hermosa, sabia y recatada»).

Su marido la apoyó en sus inquietudes culturales. Buscó que su corte fuera un lugar acogedor para la música y los juglares, y donde se alentara «el buen hablar literario». Además, protegió y apoyó cuanto pudo a un centro de saber que adquiriría luego fama universal: la Universidad de Salamanca, la más antigua de España y

una de las primeras de Europa.

Sin embargo, por lo que es más celebrado es por sus conquistas y avances territoriales. Nada extraño, pues para comprender la trascendencia y el significado del reinado de Fernando III, en Castilla desde 1217, y en León desde 1230 hasta 1252, en que falleció, puede que sirvan estas cifras. Cuando fue entronizado en Castilla, sus dominios, exclusivamente los de esa Corona, eran de unos ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados; cuando unió a ellos los de la Corona de León, aumentaron en otros cien mil kilómetros cuadrados, y tras sus conquistas continuas de territorio en manos musulmanas sumó otros ciento treinta mil más. Cuando murió, era ya soberano de un extensísimo dominio de cerca de cuatrocientos mil kilómetros cuadrados.

El monarca tuvo clara desde el principio su gran misión dinástica: una empresa que debía culminar el esfuerzo de sus antepasados. La batalla de las Navas de Tolosa había quebrado el espinazo del Imperio almohade y las taifas volvían a proliferar; era, por tanto, el momento de rematar la obra que su abuelo no había podido completar.

Nacido en Peleas de Arriba (Zamora) en 1201, contaba con apenas dieciséis años cuando ascendió al trono castellano, y precisó de varios más para lograr asentarse mínimamente en el poder. A los dieciocho, contrajo nupcias con Beatriz de Suabia. El enlace se celebró en Burgos y fue oficiado por el obispo Mauricio, el mismo prelado que, junto a los recién casados, colocaría la primera piedra de la nueva catedral. Cumplida la veintena, y con el respaldo de las órdenes militares de Santiago y Calatrava, se lanzó a su primera campaña contra el islam, cuyo objetivo principal fue el reino de Jaén

y la imponente fortaleza que dominaba su capital.

Dicha plaza resultaría, a la postre, el hueso más duro de roer, resistiéndosele tenazmente. No logró tomarla en aquella ocasión, y no sería la última vez que fracasaría en el intento, como demostraron las sucesivas intentonas de los años posteriores. Sin embargo, el intento no fue en vano: consiguió apoderarse de plazas tan estratégicas como Baeza, Andújar y Martos, además de otras tantas de aquellas serranías. Con ello, asentó su indiscutible hegemonía militar sobre las fuerzas musulmanas.

Se adentró en territorio enemigo hasta alcanzar la Vega de Granada. Esta incursión le permitió rescatar a más de mil trescientos cautivos cristianos y someter al vasallaje y al pago de parias a varios reyezuelos, quienes prefirieron comprar la paz y asegurarse la protección frente a los rivales de su propia fe.

Uno de ellos, Ibn Hud, lograría hacerse efímeramente con el control de casi todo al-Ándalus —a excepción de unas pocas taifas—, teniendo en Murcia, Granada, Córdoba y Sevilla los principales emblemas de su hegemonía. Estaba llamado a ser el gran rival de Fernando; no obstante, no dio la talla y no tardó en sucumbir. El primer gran mazazo que encajó fue la definitiva reconquista de la antigua ciudad califal a manos del rey castellano.

En 1230 se produjo su entronización en León, un acontecimiento que transformaría el panorama geopolítico, al duplicar de golpe su potencia militar. A partir de ese momento, las incursiones cristianas se aceleraron. Aunque durante los primeros años el monarca se centró en organizar las estructuras del Estado e instaurar la paz en sus dominios, el avance, las cabalgadas y las conquistas jamás se detuvieron.

Hasta el ya viejo obispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, quien había estado al lado de su abuelo en las Navas, tomó la plaza de Cazorla y toda su comarca. Otra potente hueste, tras bordear Córdoba y arrasar su campiña, asaltó el castillo de Palma del Río, llegó hasta el mismo Jerez y tras un combate con Ibn Hud y la retirada de este, saqueó la ciudad y regresó cargada con un gran botín.

Por el oeste, lo que fue el reino de Badajoz, ciudad que había logrado reconquistar su padre Alfonso IX, sufrió también las embestidas cristianas, que se apoderaron de Trujillo, Medellín, Alange y Santa Cruz.

Por el lado de Jaén, la pieza mayor que se cobró fue Úbeda.

La mala noticia para el rey fue la muerte de su mujer, Beatriz de Suabia. Su madre Berenguela le convenció de que debía casarse de nuevo, y ella misma, a través de su hermana Blanca, le buscó novia en Francia, Juana de Ponthieu. A nada (en 1237) hubo nueva boda en Burgos.

La conquista de Córdoba combinó una dosis de fortuna y azar con el agudo sentido de oportunidad del monarca. Todo comenzó con una audaz incursión de un grupo de caballeros cristianos en la Axarquía, un arrabal de la urbe. En lugar de saquear el asentamiento y emprender la retirada, los jinetes, al percatarse de la debilidad de las defensas, optaron por hacerse fuertes en él. De inmediato, informaron al soberano solicitando refuerzos y asegurando que la plaza entera estaba a su alcance.

Fernando III reaccionó con asombrosa celeridad: se puso en marcha sumando cuantas tropas halló a su paso. Pese a encontrarse en tierras lejanas de León, el monarca logró plantarse ante las

puertas de la ciudad y sitiarla antes de que Ibn Hud, que se hallaba a una distancia considerablemente menor, acudiese en su auxilio. Tras unas jornadas de extrema tensión entre ambos ejércitos, el líder musulmán flaqueó, evitó presentar batalla y se retiró hacia Almería. Al saberse abandonados a su suerte, los habitantes de la ciudad terminaron por capitular. El 29 de junio de 1236, el rey Fernando entraba triunfal flanqueado por su hijo Alfonso, a quien aún le faltaba un buen trecho para ser apodado el Sabio.

El impacto del acontecimiento fue colosal: su trascendencia territorial, el desaliento sembrado en las filas musulmanas y el ímpetu insuflado en el bando cristiano resultaron todavía mayores.

Entre las razones —o excusas— que el jefe musulmán esgrimió para rehuir el combate se encontraba la situación en el Levante, donde el rey de Aragón golpeaba con fuerza los dominios que Ibn Hud consideraba suyos. Fernando III mantenía un firme pacto con Jaime I, una alianza que ambos no solo respetaban, sino que entendían como la llave maestra para avanzar en sus respectivos frentes. Habían delimitado con precisión las zonas de expansión sobre el territorio musulmán y cumplían lo acordado a rajatabla.

La alianza entre ambos monarcas se escenificó de forma palmaria cuando Fernando delegó en el príncipe Alfonso la campaña del reino de Murcia. El joven infante negoció un nuevo tratado sobre la región que fijaba la frontera sur aragonesa. Aunque el Conquistador ya había tomado Valencia y Játiva, y a pesar de que las huestes aragonesas se encontraban más próximas, se acordó que Murcia correspondía a Castilla. Y tras conquistar gran parte del territorio, los aragoneses se lo cedieron a los castellanos.

El príncipe Alfonso remató la faena doblegando Mula, Lorca y

Cartagena. Para vencer la enconada resistencia de este último enclave marítimo, se mandó armar una flota en el Cantábrico, un exitoso ensayo naval que anticiparía la estrategia de la futura conquista de Sevilla. La provechosa colaboración entre ambos reinos culminó, de forma natural, con el matrimonio entre el heredero castellano y Violante, hija del monarca aragonés.

A la muerte de Ibn Hud (1238), el poderío almohade ya no era más que una pálida sombra de lo que fue. Tras arrebatar al islam Albacete, el castellano avanzó de manera implacable por Andalucía, adueñándose de Setefilla, Hornachuelos, Almodóvar, Lucena, Montoro, Aguilar, Écija, Marchena, Morón, Obejo y Estepa.

Fernando comprendió que había llegado el momento de sacarse, por fin, la espina que más se le resistía: Jaén, una plaza indomable que parecía imposible conquistar. Allí gobernaba Alhamar el Rojo, el nuevo líder hispanomusulmán nacido en Arjona, quien también señoreaba Granada.

Este constituía el tercer cerco dirigido en persona por el rey de Castilla, y en esta ocasión no estaba dispuesto a levantar el campamento con las manos vacías. El asedio se prolongó durante siete duros meses, desde agosto de 1245 hasta febrero de 1246. Incapaz de tomarla por las armas mediante el asalto directo, Fernando obtuvo la plaza cuando Alhamar la entregó tras pactar un vasallaje. Este acuerdo permitía al líder musulmán conservar el reino de Granada a cambio de convertirse en feudatario y pagar unas sustanciosas parias anuales en oro. Gracias a este pacto, el reino nazarí lograría mantenerse en pie durante dos siglos y medio más.

Aquel triunfo supuso un inmenso alivio para Fernando, aunque la euforia pronto se vería empañada por la más lúgubre de las noticias.

El año anterior había sido la última vez que el soberano vio a su madre. Ambos se habían reunido en un paraje conocido como el Pozo de don Gil —la actual Ciudad Real—. En el transcurso de aquella cita, una Berenguela ya muy fatigada confesó su deseo de retirarse definitivamente al silencio de un monasterio. Tras aquel encuentro, en 1245, volvió a Castilla, donde falleció al año siguiente. Sus restos se trasladaron al monasterio de las Huelgas Reales, en Burgos, fundado por su madre Leonor.

La mala nueva le llegó a su hijo cuando acababa de tomar el alcázar de Alcalá de Guadaíra, pues ya estaba acercándose a Sevilla, que era su objetivo final. Sabía que iba a ser difícil, a pesar de su bien engrasado poder militar, y que tendría que utilizar no solo fuerzas terrestres, sino también navales. De hecho, ya había comenzado a armar una flota que puso al mando del gran marino Ramón Bonifaz. Dos años tardó en hacerlo, pero fue determinante para conseguir que Sevilla se rindiera.

Pero antes, debía vencer a la flota musulmana e impedir que el enemigo recibiera refuerzos desde África. Tras arduos esfuerzos, lo consiguió, al tiempo que fueron cayendo los enclaves defensivos cercanos a la ciudad, que se encontró asediada por todos los lados en el 1247.

Pero al poco vieron que seguían entrando víveres en ella por el Puente de Barcas del Guadalquivir, procedentes de la fortaleza de San Juan de Aznalfarache. Durante la conquista de Sevilla, este puente —que unía la ciudad con el arrabal de Triana— estaba asegurado por un sistema de gruesas cadenas conectadas a la Torre del Oro, cuyo objetivo era bloquear por completo el paso del río.

Tras un primer intento fallido por parte de una maciza nave, una

segunda embestida liderada por el propio Ramón Bonifaz logró romper las cadenas. Con esta hazaña, Sevilla quedó definitivamente cercada y aislada. Este fue el golpe final. Al perder toda esperanza de recibir refuerzos desde el norte de África, la ciudad se rindió. Así, el 23 de noviembre de 1248, el caíd de Sevilla entregó las llaves de la ciudad al rey Fernando III.

Los años siguientes se emplearon en someter a todos los enclaves que constituían el antiguo reino sevillano, extendiéndose hasta la frontera pactada con el reino de Portugal. Así, fueron cayendo uno tras otro, aceptando la autoridad castellana, territorios como Jerez de la Frontera, Medina Sidonia, Alcalá de los Gazules, Vejer de la Frontera, Puerto de Santa María, Cádiz, Sanlúcar de Barrameda, Rota o Trebujena.

Al-Ándalus, como entidad hegemónica, había dejado de existir. Ya solo quedaba el reino de Granada, reducido a la condición de vasallo de Castilla… O eso creían ellos. El tiempo demostraría que la tranquilidad no iba a ser tan duradera. El rey Fernando comprendió que, para cerrar el círculo, era indispensable cruzar el Estrecho y tomar el control de la otra orilla: había que conquistar el norte de África, aprovechando que los almohades estaban de capa caída y los amenazantes benimerines andaban todavía en proceso de consolidación.

Él no pudo hacerlo (falleció en el año 1252), pero su hijo Alfonso X intentó continuar con el proyecto, si bien sus expediciones hacia Orán y Salé resultaron un fracaso.

El monarca exhaló su último suspiro en el alcázar de Sevilla el 30 de mayo de 1252. Lo hizo rodeado por una nutrida corte familiar: cuatro de los hijos que tuvo con Beatriz de Suabia —encabezados

por el primogénito, Alfonso—, su segunda esposa, Juana de Ponthieu, y los tres vástagos nacidos de este segundo matrimonio. Sabedor de la inminencia de su muerte, la afrontó con entereza y fervor religioso, recibiendo el viático y los últimos sacramentos.

Las loas al rey Fernando, dado su enorme poderío, fueron copiosas en vida y todavía más generosas tras su muerte. Crónicas y testimonios coinciden en retratarle como un hombre «moderado en el comer y en el beber, buen jinete, gran cazador y muy respetado por todos». Lo verdaderamente insólito para la época es que no se conservan diatribas ni acusaciones de atrocidades hacia su persona; un mérito notable, si lo comparamos con el currículum de otros de su misma alcurnia y condición.

Ha quedado constancia de sus postreras palabras antes de expirar, pronunciadas a modo de oración:

> Señor: me diste reino que no tenía, y honra y poder que no merecí; dísteme vida, esta no durable, cuanto fue tu voluntad. Señor, gracias te doy y te devuelvo el reino que me diste con aquel provecho que yo pude alcanzar y ofrézcote mi alma.

Fue enterrado en la catedral de Sevilla a los pies de la Virgen de los Reyes, una talla que recibió como regalo de su primo, el rey Luis VIII de Francia. Curiosamente, el primo francés también acabaría ascendido a los altares. El nuestro, san Fernando, obtuvo la canonización en el año 1671. Hoy en día es patrono de varias ciudades en España e Hispanoamérica, destacando entre todas ellas Sevilla, así como Aranjuez, San Fernando de Henares y Maspalomas (Gran Canaria). Por si fuera poco, su patronazgo se extiende al Arma de Ingenieros del Ejército de Tierra y a instituciones como la Universidad de La Laguna en Tenerife.

23
Jaime I
1208-1276)

La muy difícil niñez del rey que luego sería el gran Conquistador

Los reyes de León y de Castilla no son especialmente recordados en Aragón, y menos aún en Cataluña; del mismo modo, los monarcas de Aragón y condes de Barcelona tampoco tienen demasiado tirón entre los lectores de los antiguos territorios de la Corona vecina. Al margen de la estupidez que hoy reina en la enseñanza y en las Administraciones autonómicas, este olvido no deja de resultar extraño. A lo largo de la historia, ambas Coronas no solo estuvieron entreveradas de manera pertinaz y emparentadas de continuo, sino que, en multitud de ocasiones (y con los inevitables enfrentamientos de rigor), caminaron de la mano. Esta trayectoria conjunta concluyó en una fusión que alumbró a España como nación en el siglo XVI. Un proyecto que, por cierto, llevaron a cabo dos primos, pues tanto el linaje de Fernando como el de Isabel pertenecía a la mismísima dinastía de los Trastámara castellanos.

Mucho antes de la unión definitiva, cuando ambos reinos se habían convertido ya en las potencias hegemónicas de la España cristiana, su nivel de colaboración alcanzó cotas altísimas y logró sus objetivos más ambiciosos. Durante el siglo XIII, los reyes de Aragón fueron los grandes aliados de Castilla frente al Imperio almohade. Lo fue Alfonso II y lo fue también su hijo Pedro II, célebre vencedor junto a Alfonso VIII en la batalla de las Navas de Tolosa. De este legado siempre se enorgulleció su nieto, Jaime I, quien sin duda dio el empuje definitivo a la Reconquista en el Levante y las Baleares.

Mantener la paz requería pasar por el altar. La primera esposa de Jaime I, con la que contrajo matrimonio cuando él apenas tenía catorce años (1221), fue Leonor de Castilla, hija de Alfonso VIII (el de las Navas) y hermana de doña Berenguela, reina y regente castellana. Para enredar más el árbol genealógico, Alfonso X el Sabio terminó casándose con Violante de Aragón, hija del segundo matrimonio de Jaime I (después de que el papa anulara el primero por consanguinidad)… Un verdadero laberinto familiar que se habría simplificado bastante —o enrevesado aún más, vaya usted a saber— de no haber muerto prematuramente el primogénito del Conquistador y la castellana. El muchacho se llamaba Alfonso y, aunque llegó a ser reconocido como heredero y alcanzó la edad adulta, falleció en 1260, antes que su padre. Su muerte despejó el camino al trono a los hijos de la segunda esposa de Jaime, una princesa húngara por más señas.

Lo cierto es que en la vida familiar y sentimental de Jaime I no hay un solo rincón que no esté marcado por el enredo, la leyenda, la conspiración y un toque de predestinación. Se cuenta, por ejemplo, que fue engendrado mediante un engaño. Al parecer, su augusto

padre, Pedro II, no mostraba el más mínimo interés por su esposa, María de Montpellier, y mucho menos en la intimidad de la alcoba. Aprovechando una noche en la que el monarca andaba de jarana, la reina se hizo pasar por la dama a la que el rey pretendía rondar aquella velada. El cambiazo funcionó, y de esa accidentada noche nació el heredero.

Fuera o no cierta la anécdota, su andadura vital no pudo comenzar con peor pie. Como ya hemos visto, siendo una tierna criatura, y tras la derrota y muerte de Pedro II en la batalla de Muret, el infante Jaime quedó como rehén del vencedor y verdugo de su padre, el cruzado Simón de Montfort. Un comienzo verdaderamente idílico para un rey nacido en febrero de 1208.

Su bautizo tampoco careció de misticismo: para elegir su nombre, su madre hizo encender doce cirios, uno por cada apóstol, con la promesa de que el niño heredaría el nombre del que más tardara en apagarse. El cirio victorioso fue el de Santiago (que, por si no lo saben, es el mismo nombre que Jacobo o Jaime —Jaume en catalán —). Y con Jaime se quedó. Desde luego, la profecía de los cirios funcionó en cuanto a la longevidad.

Por fortuna, el pequeño fue rescatado pronto de las garras de Montfort gracias a la mediación papal y a las insistentes quejas de la nobleza aragonesa y castellana. El niño se había salvado de milagro, pues llegó a sufrir un atentado contra su vida estando todavía en la cuna. Huérfano de padre y madre, quedó bajo la custodia de los caballeros templarios. Criado entre ellos, se imbuyó de su espíritu y de sus enseñanzas militares.

Aquella impronta caballeresca le acompañaría durante una vida excepcionalmente larga y fructífera: falleció a los setenta y tres años

tras sesenta y tres de reinado. Una marca que supuso el récord absoluto entre monarcas españoles, emperadores romanos, reyes visigodos y califas musulmanes.

El historiador José Hinojosa Montalvo, citando al cronista Desclot, le retrata así para la Real Academia de la Historia:

> De considerable estatura, presencia caballeresca, blanco de cutis y de pelo rubio, hermosos dientes y finas y largas manos. Entre sus cualidades morales sobresalen dos: su generosidad y su fidelidad a la palabra empeñada. Religiosidad y belicosidad se entremezclaban en su personalidad, fruto de su crianza y educación entre los templarios, de forma que consideró su espíritu cristiano al servicio armado de la cristiandad, plasmado en la lucha contra el islam. Su valentía y orgullo también formaron parte de su personalidad, visible en el episodio de sacarse él personalmente la saeta que le atravesó el hueso del cráneo; el orgullo de su familia, en especial por su padre y su victoria en las Navas, conservado hasta su vejez; su sensibilidad, visible en el episodio de la golondrina que anidó en su tienda, las lágrimas derramadas al conquistar Valencia. Episodios que no son incompatibles con la crueldad, como cortarle la lengua al obispo de Gerona. Fue un gran creyente y un gran pecador, además de mujeriego, ya que sus últimos amores corresponden a las vísperas de su muerte.

Lo de «mujeriego» y «pecador», heredado desde luego de su «gentil» padre, al igual que su belicosidad y bravura, se puso aún más de manifiesto a la muerte de la reina Violante, en 1251, pues, como quedó anotado por los cronistas de la época, era «*hom de fembres*», que no considero necesario traducir. De los variados amoríos y el reconocimiento que no negó a sus bastardos son originarias muy linajudas casas nobiliarias de Aragón y de Valencia.

Si su niñez no resultó fácil, tampoco lo fue su juventud. En medio de constantes conspiraciones nobiliarias, el sucesor de Inocencio III, el papa Honorio III, llegó a barajar la idea de entregarle de nuevo a Simón de Montfort. Mientras tanto, los distintos territorios que estaba destinado a gobernar se disputaban su control, una tensión

que estalló definitivamente cuando las Cortes de Lérida le declararon mayor de edad ¡con tan solo diez años! A partir de entonces, los intentos por desestabilizar su reinado y las desavenencias no hicieron más que multiplicarse.

Resulta, sin duda, casi un milagro que aquel niño acabara por convertirse en un rey tan poderoso. ¿O acaso fue esa infancia desamparada la forja en la que se templaron su carácter y su férrea voluntad, al igual que le sucedió al castellano Alfonso VIII, huérfano desde los tres años? Yo creo que así fue, y que precisamente por haber pasado por ese calvario ambos fueron capaces de hacer cosas tan grandes sin dejarse vencer jamás por la adversidad.

No fue hasta cumplidos los veinte años cuando Jaime I pudo, de hecho, sentirse verdaderamente rey. Atrás quedaban tragos tan amargos como el del año 1224, cuando fue hecho prisionero por la propia nobleza aragonesa, o el de 1227, año en que un nuevo alzamiento dirigido por su tío Fernando le volvió a colocar en una situación dramática de la que se salvó, otra vez, gracias a la intervención papal.

La firma de la llamada Concordia de Alcalá (1227) marcó el triunfo definitivo de la monarquía sobre la levantisca nobleza. Entonces Jaime I pudo, al fin, emprender el camino que desde hacía años estaba decidido a acometer: la verdadera razón de ser de su reinado, que no era otra que la Reconquista de al-Ándalus, prosiguiendo la obra que su padre Pedro II y el castellano Alfonso VIII habían iniciado en las Navas de Tolosa, una victoria que ninguno de los dos pudo aprovechar debido a su temprana muerte.

Para colmo de males, durante las dos décadas siguientes el avance cristiano había quedado empantanado en ambos reinos

debido a los problemas sucesorios y a las minorías de edad de sus monarcas. Pero ahora, por fin, Fernando III ya reinaba sólidamente en Castilla —y pronto lo haría también en León (1230)— y ambos, cada uno por sus fronteras, pero de común acuerdo en sus objetivos y su sagrada misión, podían lanzarse contra el islam.

Como hemos dicho, ambos monarcas coincidían plenamente en sus objetivos, por lo que solo quedaba negociar las áreas de influencia de cada cual. Lo consiguieron y lo mantuvieron, superando con notable madurez política los desencuentros y desavenencias cuando surgieron. Y no fueron ellos dos los únicos en iniciar las hostilidades: el rey portugués, por su parte, vio que también había llegado su momento y atacó por el oeste.

Las dos décadas siguientes presenciaron el derrumbe definitivo del poder musulmán en la península. En el año 1245, Jaime I ya podía llamarse con toda propiedad el Conquistador, tras sellar el control definitivo sobre el territorio valenciano con la toma de la fortaleza de Biar. Casi al mismo tiempo, en 1248, Fernando III lograba apoderarse de Sevilla, la gran capital almohade, mientras que el rey portugués, un año después, ya había sentado sus reales en el Algarve.

Jaime I había realizado algunas intentonas poco afortunadas, la más importante contra Peñíscola, cuando el estallido de la pugna entre los líderes musulmanes que se disputaban tanto el califato como los territorios hispanos le abrió el cielo. El caos propició que Ibn Hud se proclamara emir en Murcia y se enfrentara a Abu Zayd, quien ostentaba el dominio de todo el Levante. Este último, tras verse expulsado de Valencia, optó por buscar el apoyo de Jaime I: se declaró su vasallo y le entregó a cambio algunas fortalezas y unas

cuantiosas rentas que le vinieron de perlas a la siempre maltrecha hacienda real. Fue el primer avance del joven rey, pero pronto llegaría un segundo de enorme trascendencia.

Para esta nueva empresa necesitaba una marina real. Fue ahí donde comenzó a tomar cuerpo y renombre una armada que, a la postre, se convertiría en una de las más poderosas del Mediterráneo, haciendo de la enseña cuatribarrada el distintivo más temible de esas aguas. La conquista de Mallorca, y posteriormente del resto de las Baleares, significó un vuelco absoluto para Aragón y el condado de Barcelona. El impacto económico no fue el menos importante, y no solo para las arcas reales, sino para los nobles, comerciantes, artesanos y payeses que explotaron las grandes oportunidades que se les presentaban.

De hecho, la aventura balear se puso en marcha ante la petición reiterada de los mercaderes de Barcelona, Tarragona y Tortosa, cuyos barcos eran apresados por los piratas musulmanes con base en Mallorca. Cruzar esas millas marinas no era tarea fácil. Aunque los mercaderes ofrecieron sus naves, la nobleza —esencial por sus mesnadas— exigió a cambio una parte suculenta del botín y de los dominios territoriales. Hubo división de opiniones: los aristócratas aragoneses preferían que se apuntara hacia Valencia, por lo que se alistaron menos, convirtiendo la expedición en una empresa catalana. Jaime I, tras muchas discusiones y cónclaves, se vio obligado a pasar por el aro y aceptar las condiciones, pues no tenía otro remedio.

Finalmente, el 5 de septiembre de 1229, la escuadra cristiana —compuesta por 155 naves, 1.500 caballeros y 15.000 peones— zarpó rumbo a Mallorca y desembarcó en Santa Ponsa. La primera batalla,

en Portopí, se saldó con triunfo cristiano, obligando a los musulmanes a refugiarse tras las murallas de Madina Mayurqa (la actual Palma de Mallorca). Para caldear los ánimos, los defensores crucificaron en las almenas a varios soldados aragoneses que habían capturado, a la vista de sus compatriotas. La ciudad resistió el cerco durante casi tres meses y no cayó hasta el último día del año, tras un definitivo asalto que degeneró en una terrible matanza. La población fue pasada a cuchillo; fue tal la mortandad que los cadáveres insepultos provocaron una epidemia entre las tropas vencedoras, diezmándolas. Con todo, la sumisión del resto de la isla fue rápida, quedando tan solo algún núcleo de resistencia durante unos años en la sierra de Tramontana. Los pobladores musulmanes capturados fueron convertidos en esclavos, y los que pudieron pusieron pies en polvorosa rumbo a África.

El verdadero problema le vino al rey por parte de los nobles catalanes que, insatisfechos con su parte del pastel, provocaron sucesivas revueltas. Esto debilitó enormemente al ejército para su siguiente empeño: Menorca. Al comprender que sería imposible tomarla por la fuerza, Jaime I optó por la vía diplomática para conseguir su vasallaje. Tres nobles —dos aragoneses y un catalán— junto al maestre del Temple en Mallorca negociaron en su nombre. Así, en 1231, los notables moros aceptaron la soberanía del rey Jaime. Este estatus permitió que una masiva población musulmana permaneciera en la isla durante largo tiempo, hasta que en el año 1287 el rey Alfonso III de Aragón procedió a su conquista efectiva derrotando a su caudillo Abú Umar. Menorca fue repoblada por cristianos, aunque siguió albergando a bastantes habitantes islámicos cuya connivencia con los piratas fue un problema

constante para la Corona, terminando años más tarde con el destierro de casi todos ellos.

Bastante más fáciles de someter fueron Ibiza y Formentera, que se entregaron sin excesiva resistencia en el año 1235 y fueron repobladas en su mayoría por campesinos provenientes de Ampurias.

Con las islas tomadas, el gran objetivo —por no decir obsesión— de Jaime I pasó a ser Valencia y todo su territorio. Esta joya, tras la efímera conquista en los tiempos del Cid, había pasado por épocas muy diversas, incluyendo el esplendor en tiempos del Rey Lobo, Ibn Mardanís. Bajo el yugo almohade, seguía siendo una de las zonas más ricas de todo al-Ándalus. Dejando al margen las correrías de diversos nobles que solo buscaban señorear enclaves por su cuenta, el rey Jaime preparó concienzudamente una campaña que lograra una conquista definitiva, asentando a repobladores para dejar la tierra para siempre bajo dominio cristiano. En esta ocasión, y al contrario de lo que había sucedido en las Baleares, las huestes de Jaime I contaron con un número mucho más elevado y mayoritario de caballeros y tropas aragonesas.

La magna empresa iba a durar nada menos que quince años. La primera fase tuvo como objetivo las tierras castellonenses y se culminó logrando primero que un noble aragonés, Blasco de Alagón, le entregara la potente fortaleza de Morella, para luego ya él tomar Burriana y Peñíscola en 1233. El castillo de Castellón, aunque ocupado por los cristianos, no sería cedido al rey hasta 1242, mediante un arduo pacto llamado el Laudo de los Tres Obispos, pues tres mitrados hubieron de participar en él.

Ya para entonces, Jaime I había logrado apoderarse de la pieza

esencial: la ciudad de Valencia, que fue la gran meta de su segunda ofensiva. El cerco, comenzado en abril de 1238, no dio sus frutos hasta finales de septiembre, cuando la plaza capituló tras ponerse en fuga la escuadra que el rey de Túnez había enviado en socorro de los sitiados. La entrada triunfal del monarca tuvo lugar el 9 de octubre. Esta segunda etapa culminó con la toma de Alcira (1242), un enclave estratégico por albergar el único puente sobre el río Júcar de toda la zona. Con este movimiento, la práctica totalidad del reino musulmán de Valencia quedaba bajo su poder.

El tercer capítulo del plan era alcanzar los límites territoriales acordados previamente con el infante castellano —el futuro Alfonso X, primogénito de Fernando III— en el Tratado de Almizra (1244). Este pacto fijaba las fronteras de influencia entre ambos reinos, reservando para Castilla las tierras situadas al sur, concretamente el reino de Murcia. Y aunque surgieron diversas interpretaciones de los límites, debido a que la zona había sido tomada por las huestes aragonesas, las tierras murcianas fueron entregadas a la Corona castellana en estricto cumplimiento de lo acordado.

Culminada la hazaña militar, al rey le tocó lidiar con la nobleza aragonesa, que pretendía que las tierras valencianas fueran una mera prolongación de sus propios señoríos. Don Jaime se negó en redondo; batalló políticamente y consiguió convertir el territorio en un reino diferenciado, unido dinásticamente a la Corona de Aragón, pero dotado de su propia legislación: los Fueros de Valencia. La región se repobló conjuntamente con aragoneses y catalanes, aunque durante bastante tiempo pervivió una importante población musulmana. Estos mudéjares se acogieron a las capitulaciones, que les permitían conservar sus tierras y costumbres, hasta que la

ruptura de dichos acuerdos provocó la célebre rebelión de al-Azraq (1244-1277) y la consiguiente represión.

En contraste con sus éxitos peninsulares, Jaime I prestó muy poca atención a sus dominios al otro lado de los Pirineos —donde, por cierto, había nacido— y prefirió ceder varios de sus enclaves mediante pactos con el rey francés. A cambio, cabe registrar en su hoja de servicios el intento de una malograda y un tanto delirante cruzada hacia Tierra Santa para apoyar al emperador bizantino Miguel Paleólogo. La aventura se gestó en Toledo durante la Navidad de 1268, adonde el rey había acudido para asistir a la primera misa de su hijo Sancho como arzobispo de la catedral. Allí le localizó una embajada de los tártaros que, como enemigos acérrimos de los turcos, le ofrecieron su apoyo en la empresa. El monarca se entusiasmó y llegó a aparejar una potente escuadra en la que se embarcó con rumbo a Sicilia, pero el plan se desbarató muy pronto. Una violenta tempestad obligó a la flota a dar la vuelta y buscar refugio en la costa. Don Jaime terminó recalando en su Montpellier natal y, tal vez al darse cuenta de que ya estaba bastante mayor, decidió dejar las cosas como estaban. Optó por buscar calor en los brazos de una de sus últimas amantes, la hermosa Berenguela, una de las muchas que frecuentó tras enviudar de Violante de Hungría.

En lo que respecta a su descendencia, en el año 1260 ya había fallecido el infante Alfonso, su primogénito y heredero, habido con la castellana Leonor. Este deceso obligó a rehacer el reparto de sus dominios, siendo los máximos beneficiarios los hijos de su esposa húngara: el mayor, Pedro, heredaría la Corona de Aragón, el condado de Barcelona y el reino de Valencia; mientras tanto, las Baleares quedarían para el pequeño Jaime, junto al Rosellón, la

Cerdaña y el señorío de Montpellier.

En sus últimos años, ya en claro declive físico, el monarca tuvo que soportar una vez más el descontento de la nobleza, que nunca había dejado de incordiar. La tensión desembocó en una abierta rebelión a principios de 1270, que se prolongó durante cinco años, con el agravante de estar encabezada por un hijo bastardo del propio rey. Finalmente, el infante Pedro logró derrotar a los insurgentes y dar muerte a su hermanastro.

Al año siguiente, en julio de 1276, fallecía el viejo rey. Su primogénito se convertía así en Pedro III, soberano de un territorio que —sin contar los dominios asignados a su hermano menor— casi duplicaba en extensión al que su padre había heredado siendo un niño de manos de quienes habían matado a su progenitor, Pedro II.

Sin duda, don Jaime llevaba bien puesto el apodo: el Conquistador.

24
Diego López de Haro

(c. 1250-1310)

El señor de Vizcaya que mandó el ejército castellano en las Navas

Las noches anteriores a las batallas —o, más bien, los momentos previos a situaciones en que tememos que podemos perecer—, el comportamiento humano suele ofrecer alteraciones de los más distintos pelajes. Una muy comentada es el acelerón de los impulsos sexuales (los corresponsales de guerra lo saben muy bien). Y tiene una poderosa razón impresa en los genes: «Si puedo morir, me tengo que reproducir cuanto antes». Es una de tantas reacciones quizá incardinada en nuestro ser animal. Pero hay aún otra característica diferenciadora de la humanidad. El ser humano, tan dotado para la mentira y propenso al disimulo, suele hacer aflorar la más pura sinceridad en ese instante crucial en que ve llegar la muerte.

Uno de esos arrebatos de franqueza tuvo lugar en el prólogo de la trascendental batalla de las Navas de Tolosa (1212), donde se

jugaba la suerte de la cristiandad en España y, tal vez, en toda Europa.

La noche anterior al combate, en torno a las hogueras del campamento, el aire estaba lleno de zozobra. El hijo mayor de don Diego López de Haro, quien iba a mandar la vanguardia y el cuerpo central de las tropas castellanas contra el inmenso ejército almohade, velaba armas junto a su padre. En un súbito arrebato, el joven le dijo:

—¡Que mañana, padre, no me llamen hijo de un traidor!

A lo que don Diego respondió:

—Hijo de puta sí podrán llamártelo, pero hijo de traidor, no.

Acto seguido, se fundió en un abrazo con su vástago, a quien no en vano apodaban Cabeza Brava y que al día siguiente cabalgaría a su lado.

Ambos sabían perfectamente el porqué de aquellas palabras y la razón de pronunciarlas en ese preciso lugar. Don Diego, que durante muchos años había sido alférez real de Alfon-so VIII, cargaba a sus espaldas con el peso de las murmuraciones desde la terrible derrota de Alarcos (1195). En aquella fatídica jornada, tras mandar la retaguardia y ver la batalla irremediablemente perdida, había logrado que el monarca abandonara el campo y escapara hacia Toledo con apenas una veintena de caballeros.

Posteriormente, don Diego ordenó la retirada de las tropas supervivientes y se refugió con ellas en el castillo de Alarcos, evitando así una matanza completa. Gracias a la mediación del conde Pedro Fernández de Castro —quien combatía del lado almohade—, López de Haro consiguió que el califa al-Mansur aceptara un amán: un pacto de capitulación con canje de cautivos

que permitió salir con vida a lo que quedaba del ejército castellano.

Aunque el rey Alfonso VIII comprendió la prudencia y la valía de su decisión, manteniéndolo como su alférez real, los rivales de don Diego no se lo perdonaron. Los Lara, la familia más poderosa de Castilla —cuyo anterior cabeza, don Nuño, había sido ayo y preceptor del monarca hasta su muerte en el cerco de Cuenca—, azuzaron la insidia, acusándole de cobardía. Más tarde, cuando don Diego tuvo desavenencias con el soberano, las intrigas arreciaron y lograron que perdiera temporalmente el favor del rey.

Con el tiempo, Alfonso se congració de nuevo con él, le devolvió gran parte de sus honores y le encomendó la responsabilidad de dirigir las tropas en la batalla de las Navas. Sin embargo, la codiciada alferecía real ya había sido puesta en manos del hijo de don Nuño, el conde Álvaro Núñez de Lara. La enconada rivalidad entre ambos linajes había llegado, intacta, hasta las fogatas de quienes aguardaban el amanecer para vencer o para morir.

El porqué pudieran llamar a Cabeza Brava «hijo de puta» también tenía su aquel.

Era el primogénito y el único hijo que don Diego había tenido con doña María Manrique de Lara, hija del hermano mayor de don Nuño, y prima hermana, por tanto, del actual alférez real. Y lo acaecido era que doña María había abandonado al muy poderoso señor de Vizcaya por un herrero y se había fugado con él. Mofa, befa y escarnio cayeron como pedrisco sobre las costillas de los López de Haro. Y, desde luego, aquel matrimonio celebrado para alcanzar un mejor entendimiento entre las familias rivales solo hizo que encresparlas aún más.

Al día siguiente, padre e hijo se batieron con gran arrojo y

valentía. Tras la batalla, desde luego, a don Diego padre no le llamaron ya nunca más traidor, y a su hijo se guardaron muy mucho de faltarle a su madre… Es lo que tienen las victorias.

No les quedó en absoluto a la zaga su rival, don Álvaro Núñez de Lara, quien fue el primero en asaltar la tienda del califa al-Nasir; aunque el Miramamolín ya no se encontraba allí, tras haber escapado a lomos de una mula (otra versión, convertida en leyenda y plasmada en el escudo navarro, afirma que fue Sancho VII de Navarra quien entró en el recinto rompiendo las cadenas a espadazos).

Y aún hubo algo más. Las familias volvieron a componer sus relaciones mediante la fórmula habitual de la época: casando a los hijos con los del rival. Don Diego volvió a matrimoniar con doña Toda Ruiz de Azagra, hija del señor de Estella y Albarracín. Ella le dio dos hijos varones y cinco hembras a las que casó muy bien.

La mayor de sus hijas, Urraca, se desposó con su gran rival, el conde Álvaro Núñez de Lara, mientras que su hermana María hizo lo propio con el hermano de este, Gonzalo Núñez de Lara. Otras dos hijas, Aldonza y Mencía, contrajeron nupcias con otra pareja de hermanos, los Díaz de los Cameros, señores de dicha región. Finalmente, la última de ellas casó con un infante leonés, Sancho Fernández de León, hijo del rey Fernando II y de Urraca López de Haro, quien era, precisamente, hermana del propio don Diego.

Gracias a estos enlaces, la paz entre ambos linajes se restableció por un tiempo, si bien no duraría mucho, a decir verdad. Los López de Haro, señores de Vizcaya —un señorío que el propio cabeza de linaje había incorporado a la Corona castellana—, se mantendrían siempre fieles a la monarquía. Así, tras la temprana muerte del rey

Alfonso VIII, los Lara no tardaron en conspirar, conchabados con el monarca leonés, contra el heredero, Enrique I —aún un niño— y contra su hermana mayor y regente, doña Berenguela. Sin embargo, en esta ocasión los Lara acabaron derrotados y Berenguela logró entronizar finalmente a su hijo, Fernando III el Santo. Sería él quien uniría para siempre ambos reinos y culminaría la obra de su abuelo al arrebatar a los musulmanes casi todo al-Ándalus, reconquistar Córdoba y Sevilla, y abrir para Castilla una salida al mar también por el sur.

Esta tradición de servicio e influencia se prolongó en el tiempo; durante muchas generaciones, los López de Haro bautizaron como Diego a su primogénito. De hecho, uno de ellos, Diego López de Haro V, quinto señor de Vizcaya, fue quien en el año 1300 fundó, sobre una pequeña aldea pesquera en la orilla derecha del río Nervión, la villa de Bilbao, cuya arteria principal lleva hoy su nombre (no sé si esto lo sabía Sabino Arana, ni si es conveniente que lo sepan quienes ahora mandan en el País Vasco, no sea que les dé por quitársela siete siglos después).

Tras la batalla de las Navas, Diego López de Haro celebró la victoria, pero no pudo disfrutarla demasiado. El rey Alfonso tenía previsto para él que fuera ayo y preceptor del único hijo varón que le quedaba, Enrique, tras la desgraciada muerte por unas fiebres del llorado heredero, el infante don Fernando, un año antes de las Navas, cuando era ya su mano derecha, prudente y valiente a la vez. Pero en el año 1214, don Diego fallecería y a los pocos meses le seguiría a la tumba el propio rey, a quien —disputas aparte— tan bien sirvió. Fue enterrado en Nájera, en el claustro del monasterio de Santa María la Real y su símbolo heráldico, inventado por él

mismo —un lobo con un carnero en la boca—, fue uno de los más señeros y poderosos de toda la nobleza castellana.

Porque, además, don Diego se hizo pagar muy bien sus servicios y los gestionó todavía mejor. Amén de los territorios familiares en La Rioja, obtuvo tenencias en la Bureba y Asturias de Santillana y, tras su exilio, acumuló aún más poder en el nordeste castellano, hasta el punto de acuñar la frase de que gobernaba «desde Almazán hasta el mar» (en referencia al Cantábrico). Como colofón para persuadirle de que regresara tras su última marcha, el monarca le otorgó el gobierno y señorío de Vizcaya, que sus antecesores ya habían gobernado casi dos siglos atrás.

Gracias a la victoria de las Navas de Tolosa, añadió a sus dominios la comarca de Durango. Su hijo —aquel que le interpeló la noche anterior a la gran batalla— acabaría teniendo bajo su control los extensos territorios de Castilla la Vieja, Asturias de Santillana, Vizcaya y, posteriormente, Álava. Todo ello convirtió a la casa de Haro en una de las estirpes más poderosas del reino. Incluso a veces la que más.

25
Alfonso el onceno
(1311-1350)

El rey cazador, vencedor de la batalla del Salado

Hay batallas y reyes que se recuerdan vivamente, ya sea por su inmensa trascendencia —como Covadonga, c. 718— o por su carga mítica —como la de Clavijo, del 844, de la que incluso se duda que llegara a acaecer—. Ambas permanecen fijadas en la memoria y en la leyenda. Otras, como las Navas de Tolosa (1212), adquieren una relevancia especial por marcar un antes y un después indiscutible. Por el contrario, existen contiendas cruciales a las que nos empeñamos en no hacer demasiado caso, y menos aún al rey que las protagonizó.

Es el caso de la batalla del Salado (1340) y del rey Alfonso XI, quien, por un descuido de la memoria histórica, ha pasado a la posteridad más por ser un gran cazador y por su famoso *Libro de la montería* que por cercenar la última invasión islámica africana, que se abalanzó sobre la península. Aquella embestida bien pudo haber devuelto las cosas, si no al punto de partida, al menos a la mitad del tablero.

Los protagonistas de este intento fueron los benimerines, el tercero de los grandes imperios norteafricanos que, tras la independencia de al-Ándalus del califato de Damasco, entendieron que estas tierras también les pertenecían. El impulso de la primera invasión —aquella que con inaudita celeridad se apoderó de la Hispania romana y del posterior reino visigodo— venía de más allá del Nilo, aunque el grueso de sus tropas fuera bereber.

Habrían de pasar casi cuatro siglos hasta que los almorávides, señores del Magreb, entendieran que debían restablecer una hegemonía musulmana que ya flaqueaba tras la reconquista cristiana de Toledo (1085) y el colapso del efímero califato cordobés. Los almorávides lograron en parte sus propósitos, infligieron duras derrotas a «los infieles cristianos» en Sagrajas y Uclés, y pasaron a la ofensiva; sin embargo, no consiguieron replegar las fronteras del Tajo hacia el Duero ni apoderarse de la ciudad más simbólica, Toledo. El equilibrio no tardó en restablecerse, e inclinó la balanza en su contra de forma definitiva cuando Alfonso I de Aragón, el Batallador, los derrotó en Cutanda y les arrebató Zaragoza.

Los almorávides no solo perdieron a este lado del Estrecho, sino que les costó el imperio en su propia tierra. Una nueva corriente integrista, aún más feroz si cabe, los almohades, los sustituyó y asumió el mismo empeño. Al igual que sus predecesores, empezaron bien: vencieron en Alarcos, haciendo que la frontera, que había bajado hasta el Guadiana, retrocediera de nuevo hasta el Tajo, poniendo otra vez a Toledo a tiro de piedra.

Pero entonces llegaron las Navas de Tolosa y el resultado final fue desastroso para ellos: su poderío en el Magreb se disolvió y su hegemonía en la península feneció. Fernando III, por un lado, y

Jaime I el Conquistador, por el otro, sacaron provecho a la victoria de sus ancestros. Al-Ándalus casi dejó de existir como tal, y bastante tuvieron los nazaríes de Granada con intentar sobrevivir a base de pagar su peso en oro.

Esa posición sumisa y a la defensiva fue la tónica general durante casi todo un siglo. Sin embargo, en el XIV la situación estuvo en un tris de revertirse. Y fue nuestro rey cazador quien supo impedirlo, un rey que comenzó a reinar —es un decir— siendo un bebé de tan solo un año de vida.

Esa era la edad que tenía Alfonso XI cuando su padre, Fernando IV el Emplazado, murió con apenas veintiséis años. Fernando era hijo, a su vez, de Sancho IV, el vástago mayor del Rey Sabio, contra quien se sublevó, amargándole los últimos años de su existencia. O sea, que nuestro protagonista era biznieto de Alfonso X, y es muy posible que se le otorgara el nombre en su honor.

A su padre —en cuyo haber hay que señalar que arrebató Gibraltar a los moros—, lo del Emplazado se lo encasquetaron por la maldición de dos hermanos nobles a los que mandó ejecutar. El rey ordenó despeñarlos por haber dado muerte, supuestamente, a un amigo suyo, algo que ellos negaron de manera pertinaz hasta el final. Antes de morir, los hermanos emplazaron al monarca a comparecer junto a ellos ante el tribunal de Dios en el plazo de treinta días. Leyenda o no, al cumplirse el mes, el rey falleció.

La madre del Emplazado, María de Molina —así sabrán por quién lleva el nombre una conocida calle de Madrid—, fue una señora de mucho temple, valía y el verdadero sostén de la Corona. Lo fue tanto para la de su marido, Sancho IV, como para la de su hijo, Fernando IV, y al cabo fue la que consiguió que no se la arrebataran a su

nieto, el pequeño Alfonso XI.

La reina regente le mantuvo a salvo mientras vivió; pero a su fallecimiento, el niño no había cumplido todavía los diez años. Los nuevos regentes, entre los que se contaba el infante don Juan Manuel —culto, poderoso e intrigante a más no poder—, aprovecharon el cargo todo lo que pudieron, y un poco más, para imponer su santa voluntad y cometer no pocas tropelías, particularmente contra el pueblo llano.

El chaval tomó nota de aquellos abusos y, aunque durante un tiempo no le quedó sino callar, cuando llegó a su mayoría de edad —a los catorce años— y pasaron algunos más para poderse reafirmar en el poder, hizo que uno de los ejes de su reinado fuera el respeto por la justicia y la obligación de cumplir las leyes. Le valió por ello, además, el sobrenombre del Justiciero, que es como sale en las crónicas de por aquel entonces.

Los nobles no se lo pusieron nada fácil, sino al revés; ni antes de alcanzar de pleno derecho el trono (algo que sucedió a sus catorce años), ni después, ni nunca del todo. Pero supo lidiar con ellos, aparentando ceder cuando no le quedaba más remedio y, si podía, poniéndolos en su sitio con energía y, en ocasiones, utilizando métodos expeditivos y a veces implacables.

Con don Juan Manuel tuvo que transigir y pactar que se casaría con una hija de sus hijas, Constanza, pero no consumó el contrato y, en cuanto vio ocasión, se zafó de él. Con gran enfado, claro, del poderoso señor, que tenía bajo su mando más de mil lanzas, que hasta acuñaba moneda y no dejó nunca de conspirar contra él. Con el otro de sus antiguos regentes, el señor de Vizcaya, Juan de Haro, *el Tuerto*, actuó de manera más fulminante: le hizo asesinar por un

sicario. Parecida suerte corrió su sucesor, pues supo que, tras prometerle ir con su mesnada a uno de los sitios con los que intentó retomar Gibraltar y gastarse el dinero que para ello le envió, se había dedicado en su ausencia a saquear tierras bajo protección real, incitando a otros nobles a que lo hicieran también y se sublevaran contra él. Logró encontrarle en Logroño y, tras dictar rápida sentencia, le hizo ejecutar de inmediato.

Con todos estos líos y revueltas, Alfonso se desentendió de la frontera y del combate con el islam. Fueron los moros —el poder benimerín llevaba ya tiempo haciéndose notar— quienes volvieron a tomar la importantísima plaza que su padre había logrado reconquistar. Fue algo que le dolió hasta su muerte, que le alcanzó precisamente cercándola e intentando sacarse aquella espina que siempre llevó clavada.

Consiguió, con todo, imponerse y reforzar el poder real. Incluso se inventó una particular orden de caballería, la de la Banda, que acogió en sus filas a muchos hijos segundones de las familias nobiliarias (los primogénitos no lo podían ser), y con ello engrosó el número de sus adeptos. Supo también atraer a los habitantes de burgos y ciudades. El comercio de la lana y su cada vez mayor valor hizo que prosperaran. Alfonso, con inteligencia y sin mezclarse del todo ni participar en los combates, se aprovechó de la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra para abrir para Castilla los mercados de Flandes.

Su gran problema fueron los benimerines. Se habían aliado estrechamente con Mohamed IV de Granada y su flota comenzó a dominar el Estrecho y a campar a sus anchas por toda la costa del sur andaluz. Hasta pactaron con los genoveses y se convirtieron en

una amenaza letal.

Entendió que era el momento de plantarles cara, y que solo no podía hacerlo. Aprovechó para ello su alianza con el rey Alfonso IV de Aragón y otro tanto hizo con Portugal, casándose con su hija, María de Portugal (de quien Alfonso era primo). Pero sus amores previos con quien sería su amante de por vida, Leonor de Guzmán —de lo que hablaremos luego sin falta—, iban a enturbiar mucho la relación.

Juntos, los tres reinos afrontaron los combates, aunque era Castilla la que los sufría más directamente en su territorio. Durante los siguientes años obtuvieron más disgustos que victorias, sufriendo serias pérdidas frente al enemigo.

La gran prueba iba a llegar cuando los benimerines, apoyados por los nazaríes, decidieron lanzarse masivamente al ataque y buscar una batalla frontal para dar un golpe decisivo a los cristianos.

Los Banu Marin —este era el nombre árabe de los benimerines— habían sustituido a los almohades e instalado su capital en Fez. Dominaban la mayor parte del Magreb y desde hacía ya años habían desembarcado en los puertos del reino nazarí y mantenían tropas allí. Su objetivo primero fue lograr el control del Estrecho, y estuvieron a punto de hacerlo de manera total. A finales del siglo XIII ya habían intentado tomar Cádiz, pero la resistencia previa de Tarifa —la muy mentada defensa y sacrificio de su propio hijo por parte de Guzmán el Bueno— la frustró.

Volvieron al ataque en 1329, y esta vez sí lograron una importante presa: se adueñaron de Algeciras. Aunque por el frente granadino fueron derrotados en Teba, desde esa base pusieron cerco por tierra y mar a Gibraltar, logrando retomarla en 1333. La cosa se

puso cada vez peor para los cristianos y los intentos de taponar el paso del Estrecho acabaron en la derrota tanto de la escuadra de Aragón —con la muerte de su almirante— como de la castellana, cuyo almirante, Alonso Jofre Tenorio, también pereció (fue decapitado tras ser capturado). El paso del Estrecho quedó expedito para los desembarcos musulmanes y la gran invasión norteafricana se puso en marcha.

El rey castellano recurrió de nuevo al portugués, también llamado Alfonso. El Onceno envió a la reina, su mujer, a solicitarle ayuda; pero la tenía muy abandonada, y el suegro, por ello, estaba bastante enfadado. Le contestó que si quería su apoyo se lo pidiera él mismo, y al castellano no le quedó otra que hacerlo personalmente, y con la mayor humildad. El portugués, viendo que la amenaza también se cernía sobre él, accedió a la petición.

El enfrentamiento final fue larvándose durante los años siguientes para ir a estallar en el gran choque campal en 1340. Los musulmanes fueron desembarcando cada vez más contingentes y ya aquel año se lanzaron de nuevo a una invasión en toda regla. Pusieron de nuevo cerco a Tarifa, y sería justo al lado de la plaza donde se trabaría el enfrentamiento definitivo.

Los ejércitos de ambos reyes (Aragón se limitó a enviar una pequeña flota y no participó en el combate terrestre) se dieron cita en Sevilla, llegando a las cercanías de Tarifa ocho días después, teniendo ya a la vista el gran despliegue musulmán. Los cálculos más ponderados de las fuerzas en liza elevan a unos sesenta mil el número de combatientes musulmanes por unos veinte mil del ejército cristiano, este último en una proporción de cuatro a uno entre castellanos y portugueses. Sin embargo, y aun con tal

superioridad de fuerzas, el jefe benimerí no debía sentirse muy seguro, pues dio orden de que las tropas que asediaban Tarifa levantaran el cerco y se unieran a él. Aparte de una muestra de inseguridad y debilidad, aquello sería un gran error.

Castilla convocó al combate a todas las fuerzas de las que pudo disponer, uniendo a órdenes militares, mesnadas nobiliarias (el infante don Juan Manuel no dudó en acudir con todo lo que pudo movilizar) y a las mesnadas concejiles en una causa común. Se había conseguido, además, el reconocimiento de cruzada otorgado por el papa para la ocasión.

Antes de la batalla, un consejo de guerra conjunto determinó que Alfonso de Portugal se encargaría de afrontar a las tropas, muy expertas y curtidas, del nazarí Yusuf, mientras que el castellano se las vería con la ingente cantidad de soldados benimerines de Abu al-Hasan.

El 30 de octubre de 1340, la batalla comenzó. El río Salado y su cruce por la caballería castellana iba a acabar por determinar la suerte del combate. Aunque por algunos momentos de enorme tensión el Onceno, ya al otro lado de la corriente, estuvo a punto de quedar copado y temporalmente se encontró rodeado por grandes contingentes musulmanes, sus caballeros, con él al frente, lograron imponerse a la élite de los jinetes benimerines y romper sus filas.

Entonces sucedió algo con lo que el benimerí no había contado: las tropas de la guarnición de Tarifa salieron en tromba y se lanzaron contra el campamento del propio sultán, causando la confusión general. Con ello, y por ese lado, la batalla estaba ganada.

Por el otro, el rey portugués lo había estado pasando muy mal y las tropas granadinas estuvieron a punto de imponerse; pero una

carga del propio rey luso, que se ganaría por ello el título del Bravo, consiguió revertir la situación y romper las filas islámicas. La desbandada fue ya total.

Alfonso de Castilla no solo aplicó en el combate sus propios conocimientos del arte de la guerra, sino las enseñanzas de quienes a lo largo de la historia habían sido los mejores estrategas. Uno de sus libros de cabecera fue *El libro de Alexandre* —obra en verso del siglo XIII, que narra, de manera fabulada, la vida de Alejandro Magno — y también tenía en su memoria los hechos de su ancestro Alfonso VIII en la Navas. Aprendió de ambos el concepto de *batalla decisiva*, esto es, no contentarse con vencer, sino explotar la victoria hasta el final y perseguir y acabar con cuantos enemigos se pudiera alcanzar. El «alcance» de la batalla del Salado resultó letal para el poder benimerín.

Alfonso aprovechó su triunfo para avanzar en la Reconquista y consiguió ganar al año siguiente terreno al reino nazarí, haciéndose con la poderosa fortaleza de Alcalá la Real, tras lo cual se apoderó también de Priego de Córdoba, Carcabuey y Rute. Más importante fue tomar por completo, año 1344, y de manera definitiva, Algeciras y su enorme alfoz. También logró reabrir las rutas comerciales del Mediterráneo al Atlántico. Pero no pudo sacarse la vieja espina de Gibraltar, que era la «mayor mancilla que tenía el rey en su corazón». Allí pereció, tras negarse a abandonarlo a pesar de ser alertado del peligro en el último cerco para tomar la roca, víctima de la peste que se declaró en el campamento sitiador. Murió en la Línea de la Concepción en la noche del 25 al 26 de marzo —jueves y viernes de la Semana Santa— de 1350. Sus restos fueron llevados a enterrar a la catedral de Córdoba, y luego, más de tres siglos

después, trasladados a la Real Colegiata de San Hipólito de dicha ciudad, fundada por él mismo en 1343 en conmemoración de la batalla del Salado.

De la crónica de su reinado, nos ha quedado este retrato del «muy esclarecido príncipe y rey don Alfonso el Onceno»: «*É fue este rey Don Alfonso no muy grande de cuerpo; mas de buen talle, é de buena fuerza, é blanco, é rubio, é franco, é esforzado, é venturoso en guerras*».

Sus hazañas no son hoy conocidas ni celebradas tanto como verdaderamente valieron. Resulta curioso, sin embargo, que sí lo sean entre los cazadores, en especial entre los más ilustrados y aficionados a la caza mayor. Alfonso XI fue un gran devoto de la cacería y un agudo observador de la naturaleza. Su pasión le llevó a dar a luz un famoso libro que hoy sigue sorprendiendo por el rigor de sus observaciones: el *Libro de la montería* ya mencionado. Por ejemplo, al hablar de los osos —que entonces poblaban todos los montes hispanos— relata cómo cazaron a uno cerca de la alcarreña villa de Torre del Burgo, próxima a Hita, y describe que las hembras con crías de ese año —las cuales permanecen con la madre hasta pasar la segunda hibernación— frecuentemente no hibernan. El Onceno afirma que esto se debe a «la guerra» que les dan los oseznos ya crecidos dentro de la osera, aunque hoy se piensa que es una necesidad: los jóvenes se mantienen fuera con las madres si les es posible porque no han acumulado el acopio suficiente de grasa para pasar durmiendo el invierno entero… Ahora, como todo, se lo achacan al cambio climático.

Queda hablar de su legado, en el cual tuvo mucho que ver su gran pasión amorosa y cómo esta se transformó en una envenenada

herencia para sus hijos: tanto el que tuvo de su matrimonio con María —su prima, hija del rey portugués, celebrado en 1329—, como los diez que concibió con su amante, Leonor de Guzmán. Ya desde el año anterior a casarse, el monarca había quedado prendado de esta noble sevillana, a la que jamás dejó de amar. De su hermosura mucho se dijo en sus días, y de la devoción que el rey y ella se profesaron se sigue hablando hasta hoy: «*Era dueña muy rica y muy fija dalgo, y era en fermosura la más apuesta muger que avia en el reyno*».

Con María tardó en llegar la descendencia, pero finalmente nació un varón llamado Pedro, a quien la historia apodaría el Cruel. Por el contrario, con Leonor tuvo diez hijos: los hermanos Trastámara. Tras la muerte del rey, Pedro intentó acabar con sus hermanos bastardos; sin embargo, uno de los supervivientes, Enrique, le asesinó en Montiel.

Con él nació una nueva dinastía, a la que pertenecerían, siglos más tarde, dos famosos primos: Isabel I de Castilla y Fernando de Aragón.

26
Gonzalo Fernández de Córdoba

(1453-1515)

El Gran Capitán, artífice de la imbatible infantería española

Resulta muy significativo que un personaje sea más conocido por su apodo, el Gran Capitán, que por su nombre, aunque este sea de lo más rimbombante y pertenezca a una de las más ilustres familias aristocráticas, desde la Edad Media y el Renacimiento hasta nuestros propios días, los Fernández de Córdoba.

Eran castellanos de origen, pero asentados en Andalucía tras acompañar al rey Fernando III en la reconquista de casi todo al-Ándalus, con la excepción de Granada. En ello estaría luego este vástago, Gonzalo, segundón de una rama de la familia, los señores de Aguilar, duramente enfrentada a la de sus primos, los condes de Cabra, que a la muerte de su padre don Pedro tenía como cabeza a su hermano mayor, Alfonso.

Quizá fue también esta condición de segundón —en una época en la que el mayorazgo concentraba casi la totalidad de herencias y

títulos— la que le impulsó a escalar por méritos propios hasta la cima más alta y alcanzar el prestigio militar. Dicho renombre no solo se debió a su condición de extraordinario y valeroso soldado, sino —y esto resulta determinante— a su capacidad organizativa, sus innovaciones tácticas y estratégicas y, en suma, a su invención de una nueva forma de hacer y vencer en la guerra. Con ello, convirtió a la infantería en la fuerza decisiva del campo de batalla, tras siglos de predominio de la caballería.

Además, dotó a aquel renovado ejército de un código de honor fundamentado en el estoicismo, la austeridad, el amor a la patria y —conviene no olvidarlo— el fervor religioso, pues cada época posee su propia escala de valores y, en aquella, la fe era la medida de casi todas las cosas.

Gonzalo Fernández de Córdoba transformó la infantería española en la maquinaria bélica más poderosa, determinante y eficaz de Europa, la cual dominaría los campos de batalla e incluso los mares durante siglos, al ser embarcada en las naves para operaciones de combate, lo que supuso otro gran hito militar español: la creación de la infantería de marina.

Su aprendizaje en el arte de la guerra comenzó muy temprano. Tras una primera estancia en la corte de los Trastámara a los doce años como paje del príncipe Alfonso —hermano de Isabel la Católica, fallecido antes de poder ascender al trono—, se adiestró, como correspondía a su linaje, en el manejo de las armas, al tiempo que comenzaba a formarse en las corrientes renacentistas que empezaban a llegar. Ferviente partidario de Isabel, a cuyo séquito se incorporó con una fidelidad que mantuvo de por vida y que fue correspondida por la soberana, guardaba también estrechos vínculos

familiares con el rey Fernando. Su madre, doña Elvira, era prima hermana de la reina consorte de Aragón, doña Juana Enríquez, madre del Rey Católico y de la infanta Juana, quien fuera después reina de Nápoles por su matrimonio con don Ferrante. Y en Nápoles es precisamente donde Gonzalo labraría su fama inmortal.

Antes de que esto sucediera, y tras su periodo en la corte, había regresado a su Andalucía natal. Allí contrajo primeras nupcias con su prima Isabel de Montemayor en 1470, y fue investido por el jefe de su linaje con su primera alcaldía, la de Santaella. Este nombramiento provocó que fuese apresado por su primo, el conde de Cabra, cuya casa se hallaba en constante pugna con la de Aguilar (de hecho, el hermano mayor de Gonzalo y el conde habían llegado a batirse en duelo). Apresado en el castillo de Cabra, fue liberado gracias a la mediación de los Reyes Católicos, quienes le reclamaron para su corte y sus campañas militares.

En ellas destacó muy pronto. La guerra contra Portugal, que defendía los derechos al trono castellano de Juana la Beltraneja frente a Isabel, le brindó la oportunidad de demostrar sus dotes castrenses. Participó por primera vez en combate en la batalla de La Albuera (1479) como caballero de Santiago, contienda tras la cual fue elogiado por el gran maestre de la orden debido a su valiente comportamiento.

No obstante, el crisol donde se moldearía definitivamente su talla militar fue la larga guerra de Granada (1482), emprendida por los Reyes Católicos para abolir el último reducto musulmán en la península.

Formó parte de los primeros contingentes que marcharon junto al rey Fernando y, dada su cercanía al monarca, no solo aprendió el

oficio de las armas, sino también el uso de la diplomacia como instrumento para dividir y vencer al enemigo. Esto se manifestó en la toma de Loja, plaza en la que capturó al propio monarca nazarí, Boabdil, quien se entregó tras suplicar clemencia para los moradores. Conducido por Gonzalo ante el rey Fernando, el cautivo se arrojó a los pies del soberano. Tras ser liberado Boabdil, el futuro Gran Capitán fue nombrado alcaide de Íllora, desde donde se encargó de fomentar los enfrentamientos de este con su tío, el señor de Málaga, y con su padre, señor de Granada. Estas disputas terminarían por propiciar la ocupación cristiana de todo aquel territorio. Cuando la contienda en Granada tocaba a su inevitable fin, el rey Fernando encargó a don Gonzalo, aprovechando su antigua amistad con Boabdil, la negociación de la rendición de este.

Por aquellos años, Gonzalo Fernández de Córdoba contrajo segundas nupcias con María Manrique de Lara (1489), quien le dio dos hijas. Una de ellas, Elvira, tras el prematuro fallecimiento de la primogénita, se convirtió en su única heredera y, a la postre, desposó con el nuevo conde de Cabra, sepultándose así la enconada rivalidad entre ambas familias.

En Granada, Gonzalo había aprendido valiosas lecciones, en especial las referentes a las maniobras rápidas y a la combinación de estas con la potencia de fuego de la naciente artillería. Apenas tres años después, tendría la oportunidad de poner en práctica dichos conocimientos al ser enviado a Italia para defender los intereses de la Corona de Aragón, puesto que el Rey Católico no estaba dispuesto a dejar este reino a merced de la ambición francesa. En 1495, partió para Italia con seis mil soldados de a pie y setecientos jinetes a su mando, y con Galcerán de Requesens como segundo al mando, al

frente de las galeras. Desembarcados en Sicilia y pasado Gonzalo al continente por Calabria, las cosas no pintaban bien, pues los franceses habían derrotado a las tropas del rey napolitano en Seminara. Fernández de Córdoba, con veloces movimientos, reequilibró la contienda, los venció en Atella y se combinó con Requesens, que se presentó con sus naves frente a Nápoles. El jefe francés, el duque de Montpensier, decidió salir de las murallas con sus huestes para impedir el desembarco, y lo que consiguió es que se sublevara la población intramuros. Así, Nápoles cayó en poder de los españoles.

El año siguiente, 1496, falleció el rey Ferrante (Fernando II de Nápoles) y le sustituyó su tío, don Fadrique. Los franceses se habían hecho fuertes en Gaeta, Terento y Salerno, y contraatacaron. De nuevo se puso en marcha la estrategia combinada de Fernández de Córdoba y Requesens, que bloqueó Gaeta, la verdadera llave de todo el reino, e impidió la llegada de tropas en socorro de los galos. Cercada la fortaleza, la peste vino en ayuda de los sitiadores: la mortandad francesa fue tremenda—acabó incluso con la vida de Montpensier— y Gaeta se rindió. Para colmo de sus males, a los vencidos que tras la capitulación se les permitió embarcar hacia Francia les alcanzó una terrible tempestad que hundió sus naves.

La misión de Fernández de Córdoba estaba cumplida. Aunque para ello se había saltado algunas órdenes reales —como la de no pasar de Sicilia a Calabria, lo que sirvió de excusa a los franceses para iniciar las hostilidades—. Una vez asegurado el poder del rey don Fadrique, debía regresar a España.

Antes de emprender el retorno, el papa Alejandro VI le solicitó auxilio. Un corsario vizcaíno, Menaldo Guerra, que operaba bajo

bandera francesa, se había apoderado del puerto de Ostia, enclave vital para el abastecimiento de Roma. El general marchó de inmediato hacia allá y, en tan solo una semana, tras abrir brecha en las murallas, la plaza se rindió y el corsario fue conducido prisionero ante el pontífice.

Este, sin embargo, al recibir al militar español y bajo la apariencia de un agasajo, se permitió formular acusaciones contra los Reyes Católicos, malmetiendo —como solo sabía hacerlo el Borgia—, al afirmar que los soberanos le menospreciaban y actuaban contra él. El Gran Capitán, a quien ya conocían con este sobrenombre tanto españoles como franceses, no cayó en la trampa y replicó con severidad, recordándole al pontífice lo que los reyes españoles habían hecho tanto por él como por la Santa Sede.

Al comprender el papa que por esa vía no lograría doblegarle, guardó silencio y, haciendo gala de su astucia, colmó al militar de honores y condecoraciones pontificias, tales como la Rosa de Oro y el Estoque Bendito. El rey don Fadrique, por su parte, le concedió el título de duque de Santángelo junto a extensas propiedades territoriales.

Convertido en un héroe, regresó a España, donde no tardó en comprobar que las insinuaciones del Borgia contenían cierta verdad. Se topó con los primeros reproches reales. El rey Fernando —ya que Isabel le defendió siempre— le hizo presentar un balance de cuentas y se vio forzado a retirarse a su tierra natal. En su retiro, llegó a temer que sus glorias militares pertenecieran ya definitivamente al pasado y que la reforma militar que había iniciado quedara inconclusa, perdiéndose si esto pasaba parte de su legado.

Según describe con precisión el historiador Carlos José Hernando

Sánchez, dicha transformación se llevó a cabo mediante decisiones trascendentales: se redujo el número de ballesteros debido a la escasez de arcabuceros. Con el incremento de estos últimos, el general logró potenciar el factor sorpresa, al tiempo que impulsó el despliegue rápido, manteniendo siempre un conjunto de hombres en reserva para emplearlos donde fuera necesario. El orden táctico de la caballería fue revisado, especialmente de la caballería pesada, y se recortó el exceso de jinetes ligeros. Por último, se impuso la concepción de la guerra moderna como un trabajo de equipo, donde cada individuo tenía una función específica que cumplir.

La infantería fue provista, asimismo, de espadas cortas, rodelas y jabalinas con el fin de infiltrarse y desbaratar las formaciones compactas del enemigo. Organizó la tropa en compañías, al mando de un capitán cada una, y articuló un nuevo tipo de unidad defensiva, que sería el embrión de los futuros tercios: la coronelía, compuesta por seis mil hombres y con capacidad para combatir en cualquier terreno. Los soldados, además, debían estar capacitados para realizar trabajos de atrincheramiento, fortificación y grandes marchas, emulando en ello a las antiguas legiones romanas.

Fueron los turcos, por paradojas del destino, quienes acudieron en su rescate. Al atacar la costa dálmata, el papa Alejandro VI, el dogo de Venecia y el propio rey de Francia formaron una Liga para expulsarlos, ofreciendo el mando a los Reyes Católicos bajo la expresa condición de que fuera el Gran Capitán quien dirigiera las tropas.

Al rey Fernando no le agradó la propuesta, y el propio Fernández de Córdoba recelaba. Pero finalmente se alcanzó un acuerdo y el Gran Capitán partió a combatir al ejército otomano. Se enfrentó a los

turcos en Cefalonia y los derrotó el día de Navidad del año 1500.

Este triunfo le permitió recuperar, al menos en apariencia, el favor real. Nombrado lugarteniente general de Apulia y Calabria, se dedicó durante dos años a revisar y acondicionar las fortificaciones para que resistieran la nueva artillería y la balística de la época. Asimismo, se esmeró en mantener la concordia entre sus aliados italianos: otorgó el mando de la caballería a los Colonna e intentó aproximarlos a los poderosos Orsini —con quienes se hallaban enemistados— para evitar que se revolvieran contra él.

Además, el Gran Capitán vigiló de manera constante los movimientos del rey francés, Luis XII, cuya obsesión por recuperar Nápoles conocía. Por ello, la invasión francesa del año 1502 no le tomó por sorpresa. A partir de entonces, el rey Fernando no albergó ninguna duda no solo de su fidelidad, sino de sus capacidades para hacer frente a esta amenaza.

En el pasado, el monarca francés y el rey Fernando de Aragón habían firmado un acuerdo secreto por el cual se repartían el reino de Nápoles. El soberano francés se reservaba el título de rey y se anexionaba Gaeta, mientras que los españoles obtenían la otra mitad del territorio con el título de ducado de Calabria.

Los ejércitos de ambos países se apresuraron a ocupar las zonas asignadas. Las tropas francesas fueron las primeras en desplegarse, con un contingente de veinte mil hombres que no halló resistencia inicial. Quien sí encontró obstáculos fue el Gran Capitán, al topar en Tarento con la negativa francesa a entregar la plaza. Sin embargo, Fernández de Córdoba logró transportar por tierra veinte carabelas hasta la bahía interior del recinto para atacar la ciudad por el flanco que carecía de defensas, forzando así su rendición. Con este hito, se

completaba formalmente el reparto, pero también comenzaba el estallido definitivo del conflicto.

Las huestes francesas, al mando del duque de Nemours, eran muy superiores en número a las españolas, y el rey Luis XII, comprendiendo que podía adueñarse de la totalidad del reino, no se contentó con la mitad y se lanzó a la conquista absoluta del territorio.

La prudencia del Gran Capitán al reforzar sus fortalezas y prepararlas para un ataque fue providencial, ya que en los inicios de la campaña no le quedó otra opción que resistir a la espera de refuerzos. El final del año 1502 encontró a las tropas españolas atrincheradas en Barletta, en la costa adriática. El general español rehusaba la batalla a pesar del descontento de sus oficiales y soldados, prefiriendo hostigar al enemigo mediante incursiones rápidas y ataques sistemáticos a sus líneas de abastecimiento. Durante aquellas jornadas de asedio, tuvo lugar el episodio conocido como el Desafío de Barletta, que enfrentó a trece caballeros franceses contra trece italianos. El suceso se originó tras la captura de un noble francés por parte de las tropas castellanas; el prisionero, con gran altivez, reconoció el valor de los españoles, pero tachó de cobardes a los italianos. Los soldados españoles defendieron el honor y la valía de sus aliados y propusieron un reto: un combate de trece contra trece para dirimir la afrenta.

Así se pactó y se ejecutó, con un resultado desastroso para las armas galas: un caballero francés resultó muerto, dos malheridos y el resto hubieron de rendirse. A la derrota militar se añadió el bochorno de que los franceses, seguros de su victoria, no habían provisto fondos para la apuesta —fijada en cien ducados por

caballero— y carecían de bienes para satisfacer la deuda. Por consiguiente, se determinó que permanecerían en cautiverio hasta que se abonaran los mil trescientos ducados perdidos.

Aquella no sería sino la menor de sus derrotas y la más exigua de sus pérdidas. Una vez llegados los refuerzos españoles, Gonzalo Fernández de Córdoba constató que los franceses, llevados por la soberbia, continuaban cometiendo errores estratégicos y habían dispersado sus fuerzas. Salió de Barletta, inició el contraataque y tomó la ciudad de Ruvo di Puglia.

La batalla de Ceriñola (1503), que habría de subvertir los conceptos bélicos de la época al encumbrar a la infantería como arma decisiva, estaba a punto de acontecer.

El duque de Nemours, presuntuoso y confiado, ordenó a su poderosa caballería cargar de inmediato y en bloque contra las líneas de infantes españoles con la intención de desbaratarlas. Estos aguantaron a pie firme, con las mechas de sus armas encendidas. Cuando parecía que iban a ser arrollados, abrieron fuego, y la vanguardia francesa se desplomó junto a sus monturas. El fuego de los arcabuces a escasos metros terminó no solo con la caballería francesa, sino con una forma secular de entender la guerra. En tan solo unos minutos, yacían en el campo más de tres mil muertos, entre franceses y mercenarios suizos. Tras el hundimiento de las tropas montadas, a la infantería gala no le quedó más opción que batirse en retirada para evitar una masacre, que terminó consumándose al ser alcanzada por la caballería ligera que lideraban los Colonna.

El triunfo español fue aplastante, y el desconcierto francés, absoluto. Mientras los capitanes españoles celebraban la victoria, el

Gran Capitán, compungido, se retiró a su tienda. Preguntó por su joven enemigo, a quien había conocido en los protocolos previos al combate, pero nadie le dio razón de él hasta que divisó a unos criados que transportaban ropas que reconoció de inmediato. Indignado, se hizo conducir hasta donde yacía el cadáver; el cuerpo se encontraba desnudo, despojado de armadura y vestiduras, con tan solo una teja que cubría sus partes pudendas. Ordenó que le amortajaran y trasladaran a su campamento, donde mandó rezar un oficio de difuntos. Según relata el cronista italiano Paolo Giovio, el vencedor no pudo contener las lágrimas ante el trágico fin del joven noble francés.

Asimismo, el Gran Capitán tomó las fortalezas de Castel Nuovo y Castel dell'Ovo, obligando al resto de las fuerzas francesas a encastillarse en Gaeta a la espera de unos refuerzos que no tardaron en llegar, pues la guerra aún no había concluido. Luis XII, reacio a resignarse, envió a un nuevo ejército de treinta mil soldados —diez mil de ellos jinetes—, contingentes suizos y el tren de artillería más imponente visto hasta la fecha.

El Gran Capitán, consciente de que no podía asaltar Gaeta en esas condiciones, se replegó detrás del río Garellano y, apoyándose en las posiciones de Montecassino y Roccasecca, cerró el paso a los franceses hacia la capital napolitana.

Se inició así una larga y fría campaña otoñal que se prolongaría durante meses. Gonzalo Fernández de Córdoba supo esperar con templanza, conteniendo incluso las protestas de sus oficiales más cercanos, como Colonna, quienes le instaban a presentar batalla. Tras esta calculada espera, la noche del 27 de diciembre de 1503, a través de un puente de barcas tendido con astucia sobre el río, el

general se lanzó sobre un sorprendido ejército francés que no preveía semejante maniobra en pleno invierno.

Como estratagema de distracción, Gonzalo había enviado previamente una tropa hacia el norte bajo el mando de Bartolomeo d'Alviano, y otra hacia el sur capitaneada por Andrade. En estos movimientos se concentraba la atención francesa cuando el Gran Capitán, al frente del grueso de sus fuerzas, cruzó el río e irrumpió en el campamento enemigo. Pese a la dificultad inicial, ya que fue rechazado en un primer embate, la llegada de la infantería provocó la desbandada general de los franceses. Estos huyeron dejando atrás miles de bajas y gran parte de su artillería, la cual intentaron retirar hacia Gaeta, pero terminó perdida en el fondo del río o en manos de las tropas españolas.

El éxito fue absoluto, y el desaliento francés tan enorme que, al día siguiente, cuando las tropas españolas se disponían a asaltar el monte Orlando, llegó un mensajero de la plaza proponiendo la capitulación. La rendición resultó sorprendente, dado que Gaeta contaba con numerosas tropas, una potente artillería, abundantes víveres y la flota francesa fondeada en la bahía. Sin embargo, fue tal la desmoralización de los galos tras las dos derrotas consecutivas que abandonaron por entero el reino de Nápoles, plaza que se convirtió en la llave de acceso para España a la alta política europea.

Gonzalo Fernández de Córdoba se convirtió en virrey de Nápoles, cargo que ejerció durante cuatro años, gozando del afecto del pueblo. Esta circunstancia no hizo sino acrecentar los celos del rey Fernando. No obstante, la protección que la reina Isabel brindaba al Gran Capitán impidió al monarca tomar medida alguna en su contra. Sería tras la muerte de la soberana, en el año 1504, cuando la

suerte del militar cambió. Primero se firmó un nuevo tratado, el de Blois, por el cual el Rey Católico devolvió al monarca francés parte de los territorios que el virrey había conquistado. Poco después, llegó el revés definitivo para Gonzalo: el rey viudo contrajo matrimonio con Germana de Foix y visitó Nápoles en 1506. El Gran Capitán organizó un espléndido recibimiento, pero don Fernando se mostró aún más receloso al comprobar que las muestras de afecto de la población eran, ante todo, para el general. Su cese fulminante como virrey se consumó de inmediato.

Melancólico y dolido, Gonzalo Fernández de Córdoba regresó a España. Juana I de Castilla, como reina legítima, le concedió la tenencia de la fortaleza de Loja —el mismo escenario donde en su juventud hiciera prisionero a Boabdil—, y allí se instaló el 15 de julio de 1508.

Bajo su protección, Loja se transformó en un activo observatorio de la política nacional e internacional, al que acudían notables y hombres de las artes y las letras, pues el militar se había imbuido en Italia de las corrientes renacentistas. En tierras italianas se le añoraba, en especial cuando las armas españolas fueron derrotadas en Rávena, a pesar de que los franceses perdieron en el combate a su general, el conde de Foix, y apenas pudieron explotar el triunfo.

La alianza constituida por España, Venecia y el papado —entonces regido por Julio II, tras el deceso de Alejandro VI— quiso ofrecerle el mando supremo de las tropas, pero la obstinada animadversión de Fernando el Católico malogró la iniciativa.

En aquellos años finales vividos en Loja mantuvo una importante correspondencia con el cardenal Cisneros y otros grandes del reino, y contó como secretario con Gonzalo Fernández de Oviedo, quien

más tarde se convertiría en el gran cronista de las Indias. En el año 1515, gravemente enfermo de malaria, se trasladó a Granada. Allí, el 30 de noviembre, consintió en que se hiciera constar en su testamento el título de «Gran Capitán»—honra que hasta entonces había declinado usar en documentos oficiales— y dispuso que su cuerpo fuera sepultado en el monasterio de los Jerónimos. Falleció dos días después.

A partir de entonces, su leyenda no hizo sino agigantarse, espoleada por las plumas más insignes del Siglo de Oro español y de toda Europa. Entre ellas, destacó Lope de Vega, autor de la comedia *Las cuentas del Gran Capitán*, donde se recoge la ingeniosa y literaria respuesta dada al rey Fernando cuando este, supuestamente, le exigió por segunda vez el balance de sus campañas italianas durante su visita a Nápoles (un episodio que muchos historiadores consideran una leyenda malévola contra el Rey Católico). Más allá de la ficción literaria, don Gonzalo sí presentó unas cuentas detalladas que se conservan en el Archivo General de Simancas, las cuales demuestran que las acusaciones sobre presuntas apropiaciones de bienes eran enteramente falsas.

Con todo, prevalecen en la memoria popular las «otras» cuentas, las que Lope de Vega puso en su boca, llenas de agudeza e ironía, y que siguen siendo motivo de regocijo:

> Por picos, palas y azadones, cien millones de ducados; por limosnas para que frailes y monjas rezasen por los españoles, ciento cincuenta mil ducados; por guantes perfumados para que los soldados no oliesen el hedor de la batalla, doscientos millones de ducados; por reponer las campanas averiadas a causa del continuo repicar a victoria, ciento setenta mil ducados; y, finalmente, por la paciencia de tener que descender a estas pequeñeces del rey a quien he regalado un reino, cien millones de ducados.

Sus restos reposaron en la cripta de los Jerónimos junto a los de su esposa, rodeados por setecientos trofeos de guerra, hasta que en el año 1810 las tropas napoleónicas, en una miserable venganza por las derrotas que el estratega les infligió en vida, profanaron su tumba e incineraron las banderas capturadas. El general Sebastiani, que comandaba las fuerzas francesas, se llevó consigo la calavera y la espada de gala del héroe en su huida de España en 1812, objetos que, aún hoy, permanecen en paradero desconocido. Lo que se pudo rescatar de sus restos mortales descansa aún en el panteón granadino, mientras que sus revolucionarias enseñanzas sobre el arte de la guerra son aún hoy objeto de estudio en las academias militares de todo el mundo.

27
Beatriz de Bobadilla, la Cazadora

(c. 1460-1504)

Tan hermosa como sanguinaria

En la historia de España existen dos mujeres llamadas Beatriz de Bobadilla que en su tiempo alcanzaron renombre y celebridad. Fueron tía y sobrina. Ambas nacieron en Medina del Campo con veinte años de diferencia, y ambas vivieron en la corte y en la cercanía de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel. La primera, la tía, ha pasado a los textos históricos como un dechado de lealtad y de virtudes. Amiga desde la infancia de la reina Isabel, no tuvo esta mejor consejera ni valedora; incluso estuvo a punto de entregar su vida por ella. Durante la guerra de Granada, en el sitio de Baza, un enemigo se abalanzó sobre la dama apuñalándola en reiteradas ocasiones. Sin embargo, no logró causarle herida alguna, pues las ricas vestiduras de doña Beatriz sirvieron de eficaz escudo y resultó indemne. Para su fortuna, el sicario no debía de ser muy ducho en el oficio ni gozar de excesiva fuerza en el brazo. La reina Isabel la apreció siempre en grado sumo y la íntima amistad entre ambas perduró de por vida.

No profesó, sin embargo, la soberana el mismo afecto por la sobrina. Y no le faltaron razones para ello, aunque inicialmente la protegiera y no dejara de otorgarle mercedes, quizá con el propósito de mantenerla alejada. Esta fue Beatriz de Bobadilla y Osorio, poseedora desde su niñez de una belleza deslumbrante que la convirtió en objeto de deseo de toda la corte. A sus encantos no fue inmune ni el rey Fernando, cuyas aventuras extramatrimoniales no fueron precisamente escasas, lo cual despertó una honda preocupación en la reina. La inquietud de Isabel aumentó cuando la joven, viéndose desconsolada tras la muerte de su amante, congregó a una larga hilera de pretendientes dispuestos a ofrecerle alivio, entre los cuales el monarca aragonés gozaba sin duda de preferencia.

Si este primer romance de la bella Beatriz hubiese acontecido en nuestros días, a buen seguro que habría copado las portadas de las crónicas de sociedad. Su amante era nada menos que el joven gran maestre de la milicia de Calatrava, don Rodrigo Téllez Girón. Formaban la pareja de moda, pero se trataba de un matrimonio imposible, puesto que el galán no podía contraer nupcias, al ser de los calatravos freires, es decir, religiosos que conjugaban la vida monástica cisterciense con la defensa militar del reino de Castilla. El celibato, no obstante, era para ellos una cuestión discutible.

De hecho, el padre del muchacho, Pedro Girón —anterior gran maestre de la orden—, dejó una prole de cuatro hijos legítimos reconocidos. Don Pedro había renunciado al cargo en favor de su vástago cuando este contaba con tan solo diez años de edad, con el propósito de desposarse nada menos que con la princesa Isabel, antes de que irrumpiera en escena Fernando. Como es bien sabido,

el enlace no llegó a celebrarse. Apenas un par de días antes de la fecha señalada, mientras se dirigía a sus esponsales, sufrió un repentino colapso y falleció de forma fulminante, lo que supuso un inmenso alivio para la futura reina.

El hijo mantuvo el cargo a pesar de su corta edad, aunque el ejercicio efectivo de la dignidad recayó en su tutor y tío, Juan Pacheco, hasta que el joven cumplió los dieciocho años. Pese a que el pontífice había transigido con la condición de que debía esperar hasta los veinticinco años para asumir el maestrazgo, finalmente fue investido con todas las bendiciones. En un principio, don Rodrigo se alineó en contra de la reina Isabel, apoyando la causa de Juana la Beltraneja, aunque posteriormente cambió de bando, siendo muy bien recibido en la facción isabelina. La mejor acogida se la brindó la propia Beatriz, y los amores entre ambos no tardaron en ser no solo notorios, sino pregonados en la corte.

Todo transcurría dentro de los márgenes de lo tolerable para la época —pues la imagen que se tiene de ciertos periodos históricos en cuanto a conductas y permisividad suele ser un tanto pacata—, hasta que el maestre, cumpliendo con su deber en la guerra de Granada, fue alcanzado por dos saetas moras durante el cerco de Loja. Una de ellas, fatal, penetró por su ojo y le causó la muerte en la flor de la vida, a los veintiséis años. La hermosa Beatriz contaba entonces con tan solo veintidós.

Los caballeros dispuestos a consolarla no tardaron en cercarla, momento en el que hizo su aparición el solícito rey Fernando, provocando el inmediato deseo de doña Isabel de confinar a la joven lo más lejos posible de la corte: por ejemplo, enviándola a las islas Canarias, cuya conquista había comenzado pocos años antes.

La ocasión se presentó propicia aquel mismo año de 1482. Se hallaba encausado y bajo amenaza de horca un caballero llamado Hernán Peraza, apodado el Joven por ser hijo de Peraza el Viejo, señor y conquistador de La Gomera. El mozo había participado activamente en la conjura que culminó en el asesinato del gobernador de Gran Canaria, Juan Rejón, crimen por el cual varios de sus cómplices ya habían pagado con su vida. Se le hizo, por tanto, una propuesta imposible de rechazar: desposar a Beatriz —lo que constituía una auténtica prebenda— y regresar con ella a La Gomera. Peraza aceptó complacido y a la dama tampoco le desagradó la idea, máxime cuando la reina Isabel le otorgó una sustanciosa dote para asegurar su establecimiento en la isla.

A Beatriz la apodaban la Cazadora, sobrenombre que en principio heredó de su padre, cazador mayor del reino, pero que en La Gomera adoptaría una significación mucho más sombría. Hernán Peraza, su esposo y padre de sus dos hijos, Guillén e Inés, no tardó en involucrarse en nuevos altercados al seducir a una princesa nativa llamada Iballa. Sorprendido por los familiares de la joven, los guanches acabaron con la vida de Peraza, lo que desató una violenta rebelión en toda la isla contra el dominio castellano. Beatriz demostró entonces un notable coraje; se encastilló en la torre del Conde, en San Sebastián, y resistió el asedio hasta la llegada de refuerzos procedentes de Gran Canaria, comandados por el gobernador Pedro de Vera, quienes levantaron el cerco e hicieron huir a los rebeldes.

Lo que aconteció a continuación transformó por completo la imagen de la bella Beatriz. Vera y ella ofrecieron a los sublevados una amnistía a cambio de su rendición. Sin embargo, faltaron a su

palabra y desataron una represión feroz. Asesinaron a numerosos indígenas, tanto de las tribus rebeldes como de aquellas que habían permanecido al margen del conflicto, e iniciaron una sistemática cacería con el propósito de exterminar a todo varón mayor de quince años. Semejante crueldad motivó que ambos fueran denunciados por el obispo de Gran Canaria y llamados a rendir cuentas ante los reyes. A Pedro de Vera —abuelo paterno del célebre explorador Álvar Núñez Cabeza de Vaca, conspicuo defensor de los indígenas americanos—, la atrocidad le costó el cargo y la pérdida definitiva del favor real. A ambos se les impuso, además, una multa de medio millón de maravedís destinada al rescate de los nativos que habían esclavizado. Gracias a los buenos oficios de su tía, la condesa de Moya, la sobrina pudo regresar a La Gomera, aunque su nombre quedó manchado para siempre.

Durante sus estancias en la corte en los años finales de la guerra de Granada, parece que Beatriz se dedicó a otra suerte de caza en la que no hallaba rival. Cristóbal Colón, quien por entonces deambulaba por los palacios intentando vender su proyecto atlántico, fue una de sus piezas. Tal fue el impacto que la dama causó en el almirante que este llegó a sopesar el matrimonio. Sin embargo, las aspiraciones de Beatriz eran más elevadas.

La leyenda de la Cazadora ya estaba forjada: «Mujer despiadada, cruel, sanguinaria, ambiciosa, loba y ninfómana», también llamada la Dama Sangrienta, traficante de esclavos y envenenadora, pues se dijo que así acababa con algunos de sus amantes en La Gomera cuando se cansaba de ellos. Pero nada de esto pudo borrar la huella de su belleza. Colón prosiguió cortejándola: la vio antes de partir en el Puerto de Santa María e intentó encontrarse con ella en La

Gomera al llevar allí a reparar a La Pinta, pero ella estaba ausente de la isla. Sí lo consiguió en su segundo viaje, cuando ya era el descubridor de las Indias, y fue un encuentro muy sonado, según cuenta Michele Cuneo, que iba en el viaje. Ella, viuda entonces, le recibió con alegría y hospitalidad íntima, al decir de las malas lenguas. Cuneo escribió: «Todo ello se hace por causa de la señora de este dicho lugar, de la cual nuestro señor Almirante está encendido de amor [*tincto de amore*] desde otros tiempos. En este dicho lugar recogeremos refrescos y todo lo necesario. Me ha dicho que el día 10 de octubre daremos a la vela para tornar a nuestra derrota».

No sabía Colón que no mucho después, y en lo que creía sus dominios, se iba a topar con otro Bobadilla: el hermano de Beatriz, que fue enviado por los reyes a La Española (actual República Dominicana y Haití) para cortarle las alas. Bobadilla se lo tomó tan a pecho que acabó mandándole cargado de cadenas de vuelta a España, un exceso que desagradó a los Reyes Católicos, aunque de Colón ya no se fiaron el resto de sus días, si bien le dejaron volver en el cuarto y último viaje. En este, Colón pasó de nuevo por La Gomera, pero se encontró a Beatriz de nuevo casada —lo había hecho en 1498—, esta vez con el adelantado de Canarias, Alonso Fernández de Lugo, a quien ayudó a financiar la conquista de Tenerife. La Cazadora había cazado marido y no solo eso: aunque era ella la señora de El Hierro y La Gomera, su hijo Guillén heredaría los derechos, y su hija Inés se casaría con el hijo de su marido, Pedro Fernández de Lugo —pues entre ambos no había parentesco consanguíneo alguno—, que a la postre heredaría de su padre sus tierras y el cargo de adelantado.

La Cazadora tenía prohibido por la reina Isabel regresar a Castilla, a no ser que fuera requerida por ella o por la justicia. Andaba muy metida en pleitos por sus derechos canarios y acechada por los no pocos enemigos que se había ganado. Al fin pudo hacerlo a la muerte de Isabel, a principios de 1504, y regresó a su ciudad natal, Medina del Campo. Aquel mismo año, en noviembre, la encontraron muerta en su cama. Tenía cuarenta y dos años y seguía siendo una mujer muy hermosa. Quedó sembrada la duda de si había sido por causas naturales o si había sido envenenada: otra leyenda que añadir a la historia de la Cazadora.

Su tía, protectora y confidente de la reina Isabel, veinte años mayor que ella, tardaría en bajar a su sepultura —rodeada de alabanzas— siete años más que su sobrina.

28
Juan de la Cosa

(?-1509)

Autor del primer mapa de América, dio su vida por salvar a su gran amigo, Alonso de Ojeda

Puede que los informes del cántabro Juan de la Cosa tuvieran algo que ver, aunque no directamente, en la decisión de los reyes en quitar la exclusiva de los viajes y exploraciones a Cristóbal Colón, pero lo que es evidente es que fue el primero junto a los Pinzón en hacer uso de esa posibilidad. Lo hizo, con quién si no, con su amigo Alonso de Ojeda, acompañados también del comerciante italiano asentado en Sevilla Américo Vespucio, quien acabaría por darle nombre al continente.

De esta manera, navegaron derechitos a Tierra Firme, al golfo de Paria y a la desembocadura del Orinoco. Los palafitos en los que vivían los indígenas en las orillas de ríos y lagos hicieron que le dieran el nombre de Venezuela —Pequeña Venecia— a aquella tierra que recorrieron costeando por Margarita, la isla de las perlas; a continuación, por la península de Coquibacoa, llegando al Maracaibo

y a la actual Colombia. De allí se dirigieron a La Española, donde no fueron muy bien recibidos por el alcalde Roldán, que tras sublevarse había hecho un pacto con Colón, con el que llegaron a tener enfrentamientos armados y darse más de tres cuchilladas. Colón accedió a entrevistarse con el cántabro a pesar de sus disensiones. En aquella reunión, De la Cosa y el almirante cotejaron planos e información cartográfica, y el primero pudo hacer copia de algunos mapas del segundo, pues ya estaba enfrascado en dibujar su gran obra.

Después retornaron a España, donde llegaron en la primavera de 1500. Hay diversas opiniones sobre el beneficio material obtenido: escaso según algunos, pero bastante substancioso en oro y perlas según otros. En cualquier caso, Ojeda sí encontró al amor de su vida, la Guaricha de Coquibacoa, con quien se casó y con quien permaneció hasta su muerte; y De la Cosa, que se había llevado un flechazo caribe que por fortuna no tenía veneno y no fue mortal, acrecentó sus conocimientos hasta poder realizar para los reyes su famoso —y aún debía serlo más— mapamundi, en el que aparece la primera representación del continente americano. En él no se le olvidó poner en una esquina una imagen de san Cristóbal en honor a Colón. El mapa, el más antiguo que refleja las tierras americanas, está dibujado sobre dos pieles de pergamino de 96 centímetros de ancho por 183 de largo con esta firma: «*Juan de la Cosa la fizo en el puerto de Santa María en año de mil e quinientos*».

En él, De la Cosa no solo refleja los viajes realizados por él mismo —los tres con Colón y el de Ojeda—, sino también los de Vicente Yáñez Pinzón, Juan Caboto y los de los portugueses Cabral, Bartolomé Díaz y Vasco da Gama. Suponía, con acierto, que las

tierras americanas descubiertas al sur y al norte podían estar unidas y formar un solo continente, y dejó abierta la posibilidad de que existiera un paso marítimo en el que Colón creía y que intentó encontrar en su último viaje, buscándolo con enorme intuición por el lugar más estrecho, donde ahora se abre el canal de Panamá.

Su siguiente viaje lo hizo con el rico notario sevillano Rodrigo de Bastidas, que tras consultar con él qué ruta tomar, decidió nombrarle piloto mayor de la expedición, en la que también iba un hombre que pasaría después a la gran historia de América y del mundo: Vasco Núñez de Balboa.

Salieron de Cádiz a finales de 1500 con dos barcos y se dirigieron al golfo de Urabá, llegando hasta el territorio del actual Panamá. Consiguieron importantes beneficios, pues lograron atesorar una importante cantidad de oro, pero el mal estado de las naos los obligó a dirigirse a La Española. Allí, amén de naufragar y hundirse gran parte del botín al llegar —aunque parece que pudieron rescatar bastante y consignaron de inmediato el quinto real—, cayeron en manos de Bobadilla, que los arrestó, pues los documentos autorizando el viaje se habían perdido en el naufragio. Hubo de liberarlos con prontitud y, aunque con cargos, regresaron a España a finales de año.

Una vez más, la mano de la reina Isabel se hizo notar. Nombró a De la Cosa alguacil mayor de Urabá en recompensa por sus servicios, amén de hacerle oficial con salario de la recientemente creada Casa de Contratación. Y ambos, tanto Bastidas —a quien premió con una renta vitalicia— como él, fueron exonerados de todos los cargos que el quisquilloso Bobadilla había levantado contra ellos.

Las siguientes peripecias del piloto le devolvieron a sus quehaceres primeros de espía real, y de nuevo fue enviado a Portugal a enterarse de lo que estaban haciendo los lusos por las Américas, pues sabían que andaban por Brasil y parecían haberse metido en las Indias castellanas. Esta vez tuvo menos suerte y le pillaron muy pronto, metiéndole en prisión. Pero había cumplido su misión, pues hechas las gestiones oportunas no tardó en ser liberado y en el mes de septiembre era recibido por la reina Isabel en Segovia. Allí le entregó cumplido informe de la actividad portuguesa y un par de mapas, «dos cartas de marear de las Indias», que reflejaban los viajes de Cabral y de Vespucio —que en esta ocasión había ido con Portugal—, donde aparecían los lugares en los que habían estado.

Desdichadamente estas cartas no han llegado hasta el día de hoy. A lo mejor aparecen mañana en algún lado, pues fe de que existieron sí hay, y en estas cosas de espías nunca se sabe qué es lo que pudo ocurrir.

En 1504 hizo su primer viaje al Nuevo Mundo bajo su propio mando y como capitán general con una cédula real que le encargaba descubrir y vigilar las costas de Tierra Firme con cuatro navíos. Cumplió su misión y tuvo grandes enfrentamientos con los caribes, a los que combatió, tras sacar de un gran apuro al mercader sevillano Cristóbal Guerra cerca de la actual Cartagena, haciendo luego juntos muchos prisioneros al estar alzados y combatirlos —pues sí se los podía cautivar legalmente—, y encontrar importantes cantidades de oro en los arenales del Urabá. Con los barcos hechos una ruina, logró llevarlos sanos y salvos a La Española. Pero allí se tuvo que quedar casi dos años, pues las naves terminaron por hundirse. Sin

embargo, el botín fue espectacular. El quinto real entregado al rey ascendió a 491.700 maravedís, lo que significaba que la ganancia total era de unos 2,5 millones de esta moneda. Además, se le premió con otros cincuenta mil que habían sido acordados antes de partir.

Al volver a España, su gran protectora, la reina Isabel, ya había fallecido, pero su viudo, el rey Fernando, siguió dispensándole el favor real. En 1507 le encontramos al mando de una flota para vigilar y combatir a los piratas, sobre todo a un tal Juan de Granada, «vizcaíno» como él, que acechaba entre Cádiz y el cabo de San Vicente a las naves que volvían cargadas desde Santo Domingo. Unos meses después hizo un rápido viaje de ida y vuelta a las Indias para luego informar y decidir las futuras expediciones, por el que recibió cien mil maravedís.

En marzo de 1508 estaba ya de regreso para participar en la junta auspiciada por el rey Fernando junto con Vicente Yáñez Pinzón, Juan Díaz de Solís y Américo Vespucio, un cónclave destinado a hallar la forma de encontrar un paso que permitiera cruzar hacia Asia, algo que parecía misión imposible. En aquella reunión representó los intereses de su amigo Alonso de Ojeda, que aspiraba a la gobernación de Tierra Firme frente a su antiguo compañero de expediciones, Diego de Nicuesa. Al final se optó por dividir el territorio en dos: al oeste del golfo de Urabá quedaría la gobernación de Nicuesa, que se llamaría Veragua, mientras que la parte oriental correspondería a Ojeda con el nombre de Nueva Andalucía.

Juan de la Cosa, con su cargo de alguacil mayor de Urabá, elevado además a la categoría de hereditario, partió junto a Ojeda en lo que iba a ser su último viaje, el 10 de noviembre de 1509.

Iban a repoblar aquellas tierras y, esta vez, con De la Cosa viajaban también su mujer, su hija y un hijo menor. Entre los trescientos hombres que embarcaron en los bergantines se encontraba un soldado llamado Francisco Pizarro. Al llegar a su destino, De la Cosa trazó la línea divisoria entre los territorios de Nicuesa y Ojeda, señalando el río Atrato (en la actual Colombia) como límite entre ambas gobernaciones.

Ojeda, siempre belicoso, decidió desembarcar en la bahía del Calamar, desoyendo los consejos de su amigo, que le advirtió del peligro que representaban aquellos indios, ya muy maleados por las anteriores expediciones. Él mismo los había combatido y sabía que eran feroces y que utilizaban flechas envenenadas. Le aconsejó establecerse en otro emplazamiento, donde los indígenas —a los que también conocía bien— eran más pacíficos y no habían tenido enfrentamientos con los españoles. Pero se impuso Ojeda y De la Cosa acató su decisión.

Los combates no tardaron en comenzar. Un primer enfrentamiento en un poblado costero se saldó, tras una dura pelea, con la victoria española. Los indios huyeron hacia el interior de la selva y se refugiaron en otro poblado de mayor tamaño. Ojeda, acompañado por De la Cosa y unos setenta soldados, los persiguió y logró derrotarlos de nuevo, aumentando el número de prisioneros hasta cerca de un centenar.

Dándolos ya por vencidos, fatigados por la batalla y el calor, los españoles se detuvieron en un claro para descansar sin tomar la menor precaución. Fue entonces cuando fueron sorprendidos por un gran número de guerreros caribes procedentes del poblado de Turbaco que, armados con flechas ponzoñosas, se lanzaron sobre

ellos y los persiguieron sin tregua, matando a cuantos lograron alcanzar, que, al final, fueron todos menos Ojeda y un soldado.

Juan de la Cosa fue el último en caer, protegiendo la retirada de su amigo. Al enfrentarse a los atacantes y atraer sobre sí toda su furia, consiguió que Ojeda pudiera escapar y alcanzar la costa, en la bahía del Calamar, donde encontró el socorro de quienes habían permanecido allí.

Alonso de Ojeda, tan acongojado como rabioso por la muerte de su camarada de tantos años, encontró el apoyo de Nicuesa, que llegaba con sus hombres en aquel mismo momento. Aparcadas sus diferencias, ambos se lanzaron juntos para vengar a los caídos.

Ojeda demostró entonces su pericia militar y su valentía. Y también su crueldad. Se aproximó al poblado de Turbaco con todas las precauciones. Una vez llegado, apostado en sus inmediaciones y con el lugar completamente rodeado, lanzó un asalto despiadado y feroz que los caribes no pudieron resistir. Allí dieron muerte a todo aquel que se puso a su alcance, sin respetar sexo ni edad. Finalmente, entregaron el poblado al fuego.

Alonso de Ojeda buscaba con desesperación los restos de su amigo y, aunque más tarde algunos llegaron a decir que había sido devorado por los indígenas, una fuente más precisa describe cómo lo encontró: con el cuerpo tan hinchado por el veneno y tan cubierto de flechas que parecía un erizo. «Como un eriço asaeteado, porque de la yerva ponçoñosa debia de estar hinchado i disforme, y con algunas espantosas fealdades», dice la crónica de aquel día.

Se sabe que su mujer sobrevivió y regresó a España con su hija (del hijo no hay noticias posteriores), a la que se entregaron, por orden real, cincuenta mil maravedís para su dote de boda. También

se concedió a la familia la propiedad de todos los indios caribes capturados, pues al ser hostiles no tenían la protección de las leyes de la Corona y podían ser vendidos como esclavos —argumento legal que sirvió como trampa para esclavizar indígenas, fueran pacíficos o no, que utilizaron bastantes conquistadores—.

Fray Bartolomé de las Casas, contundente en la defensa de los indios, mostró sin embargo su afecto por Juan de la Cosa y por Ojeda, a quienes tenía en bastante estima. De Juan de la Cosa dejó escrito quizá el mayor elogio sobre su hacer y el que más le hubiera gustado recibir. «Juan de la Cosa, vizcaíno, que por entonces era el mejor piloto que por aquellos mares había».

29
Alonso de Ojeda

(c. 1468-1515)

Los amores del capitán de la Virgen

Pequeño de estatura, ágil como un gato, letal con el acero, vivo de genio, audaz, valiente y temerario, compasivo y vengativo al tiempo, devoto de la Virgen —de quien llamaron capitán— y de la bellísima guaricha venezolana Palaaira Jinnuu, su Isabel, con quien protagonizó una de las más hermosas historias de amor de las Indias. Fue él quien descubrió el lago Maracaibo y le puso nombre a Venezuela, «la Pequeña Venecia», por los palafitos indígenas que contempló. Todo ello forma parte de su leyenda y no lo desmiente la historia.

De Ojeda decían sus soldados y compañeros de venturas y desventuras —nombres que hoy son leyenda como él: Pizarro, Juan de la Cosa, Américo Vespucio o Vasco Núñez de Balboa— que se batió en mil duelos a espada y que tal era su destreza y rapidez que no le hirió nunca el acero contrario. No pasaba ofensa alguna y aún menos que se la hicieran a la Virgen María, cuya figura llevaba siempre encima, y fue lo único que salvó en su último naufragio.

Alonso de Ojeda nació en Torrejoncillo del Rey (Cuenca) en 1468, hijo de un hidalgo de poca fortuna, pero con un tío influente. Este, con su mismo nombre, era inquisidor y cercano al obispo Fonseca, que se fijó en el joven conquense y le consiguió plaza en el segundo viaje de Cristóbal Colón, con quien embarcó a los veintiséis años y con quien desembarcó, ya gozando de su confianza, en La Española. Allí comenzó a escribir su leyenda, venciendo y apresando con tan solo quince hombres al cacique Caonabo. Luego derrotó, ya al frente de las tropas castellanas, a todas las tribus confederadas en la decisiva batalla de Jáquimo o de la Vega Real (1495), donde se ganó su primer apodo: el Centauro de Jáquimo.

La derrota de miles de indígenas a manos de apenas cuatrocientos españoles supuso el dominio total de la isla donde solo la hermosa Anacaona, mujer del cacique apresado Caonabo, continuó la resistencia taína. Anacaona subyugó a los conquistadores, presentándose en un palanquín adornado con hojas y flores cubriendo su cuerpo desnudo. Dice otra leyenda que fue ella la subyugada por el galante Ojeda. La historia de Anacaona acabaría después, tras la marcha de este, trágicamente, pues, aunque ella intentó alcanzar la paz, fue obligada por las violencias castellanas a hacer la guerra. Terminó siendo ejecutada en la horca por el gobernador Nicolás de Ovando.

Alonso de Ojeda regresó a España, ya alejado de los Colón, que perdieron además el favor de los reyes, sobre todo de Isabel, por haber traído esclavizados a indios, que ella le obligó a devolver, pues los consideró sus súbditos, y como tales hombres libres. La decisión real culminaría más tarde, tras arduas discusiones jurídicas y teológicas con las Leyes de Burgos, que dictaminaron cuál debía ser

el trato a los indígenas y que estableció que a las expediciones fueran comisarios frailes que las hicieran cumplir. Aunque estas leyes se burlaron con excesiva frecuencia, fueron elementos decisivos en la diferenciación del Imperio español respecto a otras colonizaciones y conquistas.

Separado del almirante y enfrentado a sus partidarios, Ojeda logró el permiso de los reyes para embarcar por su cuenta, y lo hizo con el florentino Américo Vespucio y con el cartógrafo Juan de la Cosa, que realizó sus reputados mapas del litoral venezolano, adonde llegaron recorriendo el golfo de Paria, la isla Trinidad y la desembocadura del Orinoco, entre otros lugares.

Su segunda expedición fue en 1502, tras nuevas capitulaciones de los reyes y el nombramiento de gobernador. Fundó una colonia, la primera en el actual territorio colombiano, pero sus nuevos socios, dos mercaderes sevillanos, Juan de Vergara y García de Campos, le apresaron, cargándole de cadenas y arrebatándole cuanto había conseguido atesorar. Además, lograron que fuera encarcelado en La Española durante dos años, hasta 1504, cuando su valedor, el obispo Fonseca, consiguió su liberación.

Se quedó en América, pero tuvieron que pasar todavía cuatro años para que se le presentara una nueva oportunidad, de nuevo de la mano de Juan de la Cosa, a quien se sumó Diego de Nicuesa, poseedor de una gran fortuna. Como vimos en el capítulo anterior, los reyes repartieron las gobernaciones de Tierra Firme entre ambos: Veragua para Nicuesa y Nueva Andalucía para Ojeda. Ojeda partió primero y desembarcó en la bahía del Calamar, nombre con el que entonces se conocía el lugar donde hoy se alza la fabulosa Cartagena de Indias. Allí se produjo el primer choque con los

indígenas. Ojeda derrotó a los de la costa, pero, al internarse en la selva, estos contraatacaron y acabaron con la vida de casi todos los españoles. Esta aventura le costó la vida a Juan de la Cosa, quien se sacrificó para permitir a Ojeda regresar a la bahía, donde permanecían la flotilla y el resto de la expedición.

Allí se encontró con Nicuesa, quien acudió en su ayuda, cediéndole armas y hombres. Juntos emprendieron una nueva entrada y se vengaron de los indígenas, asaltando sus poblados y masacrando a sus habitantes.

Volvieron a separarse, y Ojeda, costeando hacia el sur, llegó al golfo de Urabá, donde fundó la colonia de San Sebastián de Urabá y levantó un fuerte. Las penalidades fueron enormes: el clima, las ciénagas y los indígenas, que emponzoñaban sus flechas y convertían cualquier herida en una sentencia de muerte. De aquellos tiempos procede otra de las grandes leyendas sobre el valor de Ojeda. Herido por una de aquellas flechas en un muslo, se hizo aplicar dos planchas de hierro al rojo vivo, una a cada lado de la herida, y así, soportando dolores atroces, consiguió neutralizar el veneno y sobrevivir.

Ocho meses después, cercado, cada vez con menos hombres y sin que llegara la ayuda prometida desde Santo Domingo, decidió dirigirse allí en busca de auxilio. Embarcó con algunos de los suyos en un bergantín que había arribado a la colonia y que mandaba Bernardino de Talavera, quien se comprometió a transportarlo.

Ojeda dejó al mando de Urabá a un desconocido soldado, aunque ya curtido en las guerras de Italia, llamado Francisco Pizarro. Le ordenó esperar cincuenta días y, si él no regresaba, intentar por su cuenta la vuelta a La Española. Eso fue exactamente lo que hizo

Pizarro. Cumplido el plazo, embarcó con dos bergantines y setenta colonos y regresó a la isla.

Una parte de los pobladores, sin embargo, decidió permanecer allí. Poco después llegó por fin el socorro prometido, con Fernández de Enciso al frente, acompañado de otro nombre ilustre: Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico. No pudieron resistir mucho tiempo. Finalmente, la colonia fue evacuada y el fuerte terminó incendiado por los indígenas.

La razón por la que Ojeda nunca regresó fue Talavera, que resultó ser un desertor y un pirata. Una vez a bordo le apresó, pensando en obtener por él un rescate, pero un huracán le obligó a ponerle en libertad para que salvara la nave, pues era mucho mejor marino que él. Lograron alcanzar la costa de Cuba, donde finalmente naufragaron. Desde allí emprendieron una penosa marcha en busca de algún asentamiento habitado. Entre el naufragio, las penalidades y el hambre, al final solo quedaron doce hombres.

De toda la catástrofe, el capitán únicamente había logrado salvar la imagen de la Virgen que llevaba consigo desde que embarcó rumbo a las Indias por primera vez. Durante el huracán había prometido que, si se salvaba, levantaría un templo y la dejaría allí. Y cumplió su palabra. Construyó una pequeña ermita en el primer poblado indígena que los socorrió, y durante mucho tiempo la Virgen de Ojeda fue venerada tanto por sus habitantes como por las tribus de los alrededores.

Finalmente, consiguieron llegar, gracias a la ayuda de Pánfilo de Narváez, lugarteniente en Cuba del gobernador Velázquez, hasta Jamaica, donde Talavera fue apresado. Ojeda continuó hasta La Española. Fracasado en sus aspiraciones y enterado de que sus

hombres de Urabá habían recibido por fin auxilio y de que Pizarro y los suyos también habían logrado ponerse a salvo, renunció a su cargo de gobernador.

Pasó sus últimos cinco años en Santo Domingo. Nunca volvió a dirigir una expedición. Vivió pobre y humildemente, pero acompañado de su gran amor, la Guaricha, su Isabel, con la que tuvo tres hijos y cuya historia constituye, quizá, la más hermosa de sus leyendas.

La había encontrado en el primero de sus viajes a Venezuela, a las orillas del lago de Maracaibo. Era la mejor perla de las que consiguió en aquel viaje. Se llamaba Palaaira Jinnuu, una bella guaricha (indígena joven y soltera) de Coquivacoa; se bautizó como Isabel, se casó con Ojeda, y se amaron de por vida. Ni siquiera la muerte los separó.

Ojeda la llevó orgullosamente a España cuando regresó, la vistió con las mejores telas y brocados castellanos y la acompañó a la corte de los reyes, donde causó una profunda impresión. Era de una belleza sin igual: esbelta y altiva, de cutis trigueño, pelo azabache, ojos almendrados y de un andar tan elástico que la vista se perdía sin querer en su figura. Ojeda y ella no se separaron nunca. Le acompañó siempre: en Santo Domingo, en sus viajes de conquista —donde le servía de intérprete— y en España, donde fue admirada en la corte. Lo acompañó en sus momentos de victoria y en los de penuria. Cuando a la vuelta de otro de sus viajes por Venezuela fue traicionado por sus socios, encadenado y llevado preso a La Española, ella le salvó la vida, pues el temerario Alonso se lanzó al mar desde el barco cargado de hierros y cadenas, y a punto estuvo de perecer ahogado de no ser por la ayuda de la Guaricha, que le

rescató de un manglar. Y también fue ella quien le salvó cuando estuvo a punto de perecer en aquella expedición saldada con la muerte de su fiel amigo Juan de la Cosa.

La pobreza no les hizo perder la dignidad, aunque rebajó hasta acabar por entero con el orgullo de Alonso de Ojeda. Frecuentaba mucho el convento de San Francisco, entre cuyos frailes había viejos compañeros de armas y descubrimientos, a quienes pidió, sintiendo llegar su muerte, que le pusieran una humilde lápida donde estuviera escrito: «Aquí yace Alonso de Ojeda, el desgraciado», y que se le enterrara a la entrada del templo, para que todo el que entrara o saliera hubiera de pisarlo y, con él, su soberbia.

Murió en 1515. A los tres días de ser enterrado, un amanecer, los frailes encontraron a Isabel tendida y muerta, abrazando su tumba. No quiso seguir viviendo sin él.

Sus restos estuvieron largos siglos allí, hasta el mismo siglo xx, cuando los trasladaron. La lápida y su tumba desaparecieron en el año 1962.

El matrimonio de Ojeda, aunque relevante, no fue una excepción. La reina Isabel ya había aconsejado tales matrimonios mixtos y, en el año 1514, su viudo, Fernando, lo hizo ley y lo promulgó para que no hubiera duda alguna de que sus descendientes tendrían idénticos derechos que cualesquiera otros. El mestizaje fue desde el primer instante un verdadero hecho diferenciador con las colonias inglesas, y la prueba son las actuales poblaciones en América. ¿Saben ustedes cuándo se aceptó el matrimonio interracial en Estados Unidos? Pues hubo que esperar hasta 1967. Un hecho que tal vez contradiga no solo la leyenda negra, sino también a sus más devotos seguidores nacionales: la extrema izquierda y la ignara incultura de quienes se

autocalifican de progres e intelectuales. Alonso de Ojeda echaría pestes si le mentaran a la Virgen o a su Guaricha, y más les valdría a estos echar a correr.

30
Ponce de León

(c. 1460-1521)

Fundador de Puerto Rico y descubridor de la Tierra Florida

La familia de Juan Ponce de León era de tan rancio abolengo que ya eran condes, los Ponce de Cabrera, cuando la frontera entre cristianos y musulmanes andaba por el Tajo y el rey Alfonso VIII era todavía el Rey Pequeño, quien más tarde les daría tierras en la zona, entre ellas el pueblo de Almonacid de Zorita.

Eran originarios, sin embargo, del reino de León, y al casar un Ponce de Cabrera con una infanta leonesa, hija ilegítima del rey Alfonso IX de León, consiguió añadir «de León» a su patronímico —ya lo conservarían siempre—, pero manteniéndose como muy leales súbditos del rey castellano, pues con él combatieron, orgullosos, en las Navas de Tolosa, aunque el rey leonés no acudiera a la contienda. Unificadas las Coronas, los Ponce de León siguieron estando en el favor de los reyes durante siglos, consiguiendo gran poder y extensos territorios y mercedes en Andalucía, en especial en

Cádiz, zona en la que competían en influencia con los duques de Medina Sidonia. En la gracia real permanecían, y aún más si cabe, cuando se produjo la fusión de Castilla con Aragón, pues Juan Ponce de León, nacido en Santervás de Campos (Valladolid), pero educado por sus familiares en Sevilla, había sido paje en la corte del rey Juan II de Aragón del entonces todavía príncipe Fernando, quien le profesó siempre particular aprecio.

Ingresado en los ejércitos había participado activamente en la guerra y toma de Granada y fue seleccionado por los soberanos para acompañarlos en el cortejo triunfal que entró en la ciudad.

Allí había conocido a Cristóbal Colón y, tras la vuelta del primer viaje del almirante, el del descubrimiento, fue uno de los notables que por indicación real embarcaron en el segundo, junto a Juan de la Cosa —cartógrafo amigo de la reina Isabel— y Alonso de Ojeda entre otros.

Fue en ese segundo viaje cuando los españoles toparon con unos indios diferentes a los pacíficos taínos que habían hallado en La Española: los terribles caribes, que aterrorizaban a los primeros y que, para temor de los españoles, no solo utilizaban flechas envenenadas, sino que eran caníbales y consideraban a los enemigos un manjar exquisito, fueran estos indios o blancos. Tal gusto tenían por la carne humana que, si los capturaban todavía jóvenes, los capaban y los engordaban para que estuvieran más tiernos. El primer testigo de ello fue Ponce de León, y de ello dejó constancia el escribano Diego Álvarez Chanca, quien anotó:

> A los muchachos de los pacíficos que cogen cautivos lo primero que hacen es cortar a ras de la barriga sus partes, luego los mantienen a su servicio hasta que son hombres y entonces se los comen. Que también cautivan a las mujeres y buscan las más jóvenes y hermosas para llevárselas y tener placer

con ellas. Cuando tienen un hijo de ellos se lo comen también recién nacido, como si fuera un ternasco, pues no quieren que los haya mezclado con la estirpe de los otros y solo crían a los que nacen de mujeres caribes.

El primer encuentro con los caníbales caribes lo tuvo Ponce de León en aguas cercanas al que luego sería su solar más querido de América, cerca de la isla de Puerto Rico, a cuya capital daría nombre tras fundarla. Se encontraba Ponce con el italiano Cuneo —amigo del almirante, a quien también le gustaba escribir, y hasta lo hizo sobre los amores de don Cristóbal con Beatriz de Bobadilla, la Cazadora— cuando supo lo que podía esperar de ellos.

Habíamos echado el ancla y desembarcado en un batel cuando vimos venir una gran canoa india y, como teníamos el batel en tierra, saltaron varios a él y le dieron caza. Venían cuatro indios y dos mujeres, todos caníbales, y traían dos indios cautivos a los que no hacía mucho les habían cortado el miembro a ras del vientre. Los caníbales flecharon a los castellanos al acercarse, y solo los paveses que llevaban los salvaron; pero a uno que llevaba una adarga se la atravesaron y le entró la punta varios dedos en la carne. Al cabo de poco tiempo, la ponzoña hizo efecto y murió de aquello. A los caribes los cogimos presos, y también a los capados. A uno de los caníbales que se tiró al agua herido de una lanzada lograron engancharlo con un bichero y le cortaron la cabeza con una hoz. El italiano se quedó, por regalo de su amigo el almirante, con una de las caribes; pero cuando quiso cumplir su deseo —he de decir a vuestra merced que andan todas casi desnudas—, se le revolvió como una gata y le dejó marcadas las uñas. Luego nos contó que le dio azotes con una cuerda hasta que consiguió, tras muchos y grandes gritos que oíamos todos, someterla. Después de ello, y consumada la coyunda, ella le buscaba, y el italiano decía que «parecía haber sido criada en una escuela de putas».

Poco después, Ponce de León vería por primera vez la isla donde luego haría fortuna. Unos indios pacíficos pidieron ayuda al almirante contra los caribes, y fueron con ellos hasta su costa, a una bahía que llamaron Boquerón. Los indios, al verla, se tiraron a nado sin esperar a que atracaran, y Colón bautizó la isla como San Juan. Pasado el

tiempo, Ponce de León, que no regresó a España, la utilizó como puerto de atraque y la llamó Puerto Rico, nombre por el que acabaría conociéndose a la isla entera.

La causa de que Ponce de León no volviera, tras haber participado de manera muy intensa en toda la expedición y en la batalla de la Vega Real —donde se acabó con la resistencia indígena y se encumbró la figura de Alonso de Ojeda, como viéramos—, tuvo que ver con Puerto Rico, pero también —o más si cabe— con el amor. Al igual que le ocurrió a Ojeda, él también caería hechizado por una indígena y, como el anterior, haría de ella su esposa, antes incluso de que lo recomendase la reina Isabel y lo sancionara legalmente después su viudo Fernando.

Ponce de León se casó con una taína a la que se bautizó como Leonor, de gran belleza, que le dio cuatro hijos, y a la que conoció sirviendo esta de mesonera en la ciudad de Santo Domingo. Al linajudo Ponce de León el que Leonor fuera india no le importó en absoluto, y no quiso —como otros hicieron— tenerla de barragana hasta traer a una mujer de España para casar con ella.

Se instaló en Santo Domingo y, tras los tropiezos de los Colón con Bobadilla y la posterior muerte de este último, Ponce se convirtió en la mano derecha del nuevo gobernador, Nicolás de Ovando. Su ayuda fue esencial para sofocar la rebelión taína que de nuevo había incendiado La Española, y fue recompensado con el gobierno de toda la parte oriental de la isla, la provincia de Higüey. Ponce no lo quiso fiar todo a la búsqueda de oro, sino que puso a los indios a cultivar yuca en ingentes cantidades y a hacer pan con ella. Así se hizo rico, pues todos los barcos españoles tenían que aprovisionarse vituallas, en especial cuando los viajes eran muy largos, como el de

regreso a España.

Fueron sus indios, a los que daba mejor trato que otros colonos, quienes le hablaron de las riquezas de Borinquen, es decir, la isla de San Juan, en la que ya había estado con el almirante Colón. Decidió partir y firmó una alianza con un viejo cacique. Se estableció, creó un asentamiento y preparó las tierras para el cultivo de yuca, y consiguió ser nombrado gobernador en 1509. Pero Diego Colón, muerto su padre, pleiteó contra él, alegando que ese derecho le correspondía por herencia, al haber sido otorgado a su progenitor junto con todos sus descubrimientos. Al fin, el rey Fernando respetó los derechos del hijo de Colón, pero quiso mostrar su favor a su antiguo paje enviándole treinta hombres de guerra, varios religiosos sevillanos, ganado y caballos, y concedió a la isla un escudo de armas propio.

Los soldados no le vinieron nada mal, pues el viejo cacique arahuaco (taíno) murió y le sucedió su belicoso sobrino, quien se confabuló con los caribes y atacó a los españoles, matando a la mitad de ellos y paralizando toda la producción de yuca y las minas de oro. Ponce de León contraatacó y logró vencerle y matarle. Pero los problemas seguían. La sentencia de que la gobernación de San Juan de Puerto Rico pertenecía a Diego Colón fue confirmada por la justicia, y Ponce decidió que no estaba dispuesto a servirle en un lugar que consideraba suyo por derecho. Además, las contiendas y la enfermedad habían diezmado la población, y los yacimientos de oro no daban más de sí. Pidió al rey Fernando que le dejara explorar los lugares que pudiera hallar al norte de Cuba. Le fue concedido con el beneplácito no de Diego Colón, sino de su tío Bartolomé, hermano del almirante, con quien siempre había congeniado mejor.

Así, Ponce partió con tres barcos y un timonel muy ducho, Antón de Alaminos, quien había ido en el cuarto viaje de Colón y era considerado el mejor conocedor de aquellas aguas. Tras navegar por el mar Caribe con rumbo norte, avistaron lo que creyeron que era una gran isla, en la que finalmente atracaron después de varios días. Llegado a la playa en un bote, Ponce de León ascendió a lo más alto de unas grandes dunas, y lo que divisaron sus ojos le asombró: una inmensa planicie cubierta de bosque se extendía hasta donde la vista se perdía en el horizonte. La exuberante vegetación era una sinfonía de flores y fragancias, y aves de gran colorido y armoniosas voces cruzaban el cielo. Reclamó aquellas tierras para España y para su rey, y las llamó Tierra Florida. Luego, él y sus hombres volvieron a las naos.

Navegaron muchos días por aquellas costas, bordeando los cayos y bajando a veces a tierra, pero unos nativos eran amistosos y los invitaban a desembarcar, y otros los recibían a flechazos. Pronto descubrieron que aquellas flechas eran muy peligrosas, pues iban emponzoñadas y hubieron de cuidarse de ellas. En uno de sus desplazamientos con rumbo sur les cogió una corriente que, a pesar de tener viento a favor, no les permitía avanzar y que, al acercarse a tierra para echar anclas, seguía siendo tan potente que las hacía garrear. Los marineros tomaron buena nota y le dijeron a su capitán que aquello sería de mucha utilidad para los navíos. No lo sabían, pero acababan de entrar en la corriente del Golfo, que también Colón había aprovechado.

Siguieron costeando y acercándose a tierra cuando entendían que era factible y tomando todas las precauciones con los indígenas. En una de aquellas aproximaciones se acercaron canoas a sus barcos

fondeados, y Ponce se llevó la sorpresa de que un indio hablaba algo de español. Quizá algunos españoles de los que no había noticia y se suponía muertos habían ido a parar allí, aunque también era posible que el viaje lo hubiera hecho el indio y luego vuelto a su tierra otra vez. Sabía de ellos, sin duda, y de sus ansias, pues les dijo que si desembarcaban su jefe tenía mucho oro y comerciaría con ellos. Lo hicieron, pero los indios no acudieron a ellos con oro, sino con los arcos dispuestos. Enseguida comenzaron a lanzarles sus mortíferas flechas, por lo que tuvieron que regresar a los barcos a todo lo que les daban sus remos.

Ponce de León ordenó entonces el regreso definitivo por La Habana hasta Santo Domingo, desde donde emprendió viaje a España en 1514. Recibió autorización del rey Fernando para una expedición cuyo propósito era conquistar toda aquella tierra que había descubierto y se puso a preparar el viaje para retornar, pero aquello se demoró durante cinco años, hasta que logró partir con doscientos hombres, entre los que no solo había soldados, sino también labradores, herreros, artesanos y sacerdotes con sus aperos e instrumental para sus labores y oficios. Los acompañaba una cincuentena de caballerías, entre mulas y caballos.

Buscó y creyó encontrar en la costa del suroeste un lugar idóneo cerca de un gran campamento indígena, y allí comenzó a construir una colonia. Todo parecía ir bien con los indígenas y se mantuvo una cierta tranquilidad durante cerca de medio año. Hasta que de golpe sucedió que toda la tribu, los del poblado vecino y los venidos de otros muchos lugares, todos ellos de un mismo clan, los calusas, los atacaron con sus mortíferas flechas y una de ellas alcanzó a Ponce de León en una pierna. Lograron rechazar el primer ataque, pero la

ofensiva no tardó en recrudecerse. Cuando la resistencia se hizo imposible, mientras los indios incendiaban su colonia, el capitán logró llegar a La Habana y poner a su gente a salvo.

Juan Ponce de León expiró nada más poner el pie en tierra cubana. Sus hombres se llevaron después sus restos a Puerto Rico, donde quisieron darle sepultura. Su tumba se encuentra actualmente en la catedral de San Juan Bautista, en el interior de un monumento, tras haber sido exhumados de la iglesia de San José, donde estaban enterrados.

Su nombre ha quedado unido a la quimérica idea de la búsqueda de la fuente de la eterna juventud, que se suponía que se hallaba en aquella Tierra Florida, pero tal cosa parece más bien ensoñación romántica, aumentada hasta el delirio por los escritores alemanes que la difundieron.

31
Becerrillo

Los perros en la conquista de América

Cuando los españoles llegamos a América encontramos en las islas caribeñas, y más tarde en Tierra Firme, que los indígenas ya tenían perros. Con los primeros habitantes, venidos desde Asia a través del estrecho de Bering, había llegado también el perro, el primer animal que decenas de miles de años antes que cualquier otro había trabado vínculo con el hombre, en el Paleolítico, mucho antes de que se domesticara a ningún otro animal ya en el Neolítico.

A los primeros descubridores, los de las tres carabelas, en las que no hay noticia de que fuera ningún can, les sorprendió que los perrillos indígenas, a los que llamaron «*gozques*», fueran unos mansos y pequeños animalitos, que tenían en sus cabañas más como mascotas y a los que se comían.

Según el relato de los primeros cronistas, no ladraban y eran casi por completo mudos, emitiendo tan solo gañidos y gemidos de dolor cuando se les hacía daño. Ellos también los comieron y, según Fernández de Oviedo, quienes se llevaron una ración a la boca «loan este manjar y dicen que les parece no menos bien que cabritos».

Igualmente habla de ellos como apetitosa comida el hambriento Cabeza de Vaca en su inaudita epopeya cruzando todo el continente desde la Florida al Pacífico y a quien le son obsequiados por las tribus de las praderas como pago y homenaje a sus curaciones.

Los primeros perros hispanos en arribar al Nuevo Mundo lo hicieron ya en el segundo viaje colombino, compuesto por diecisiete naves, decididamente de conquista y asentamiento en el territorio y en el que iban también caballos acompañando a los soldados. Eran dogos y alanos, entrenados para la guerra, que alcanzaban hasta los cuarenta y cinco kilos de peso, ataviados y protegidos para el combate con escaupiles de algodón, pectorales tachuelados y gruesos collares de cuero con púas de acero. Habían sido ya utilizados con éxito en la guerra contra los moros que culminó en la Reconquista de Granada, donde se habían curtido varios de los capitanes que iban en aquella singladura, como Alonso de Ojeda o Juan Ponce de León. Precisamente uno de los hombres de confianza de este último, Sancho de Arango, era el amo de quien acabaría por ser el perro más famoso de la conquista de América: Becerrillo.

Su nombre le venía de haberse criado en una dehesa entre vacas bravas y, según lo describe López de Gómara, era «bermejo, boquinegro y de mediana robustez». Era un alano bravo y fuerte, de poderosa mandíbula y ojos que parecían echar fuego cuando se abalanzaba con ferocidad tremenda contra sus enemigos. Su estreno en las Indias tuvo lugar en la batalla de la Vega Real (1495), en La Española; allí, junto a los veinte caballos de Ojeda, los veinte perros que formaron en el contingente fueron determinantes para que los más de diez mil indios que tenían enfrente acabaran huyendo aterrados.

Becerrillo destacó entre todos ellos, y Bartolomé Colón —hermano del almirante y quien dirigió aquel día a los españoles— alabó a los canes asegurando que prefería a cada uno de ellos que a diez hombres, y a Becerrillo que a veinte. De hecho, con el tiempo, el can llegó a cobrar su propia soldada (percibida por su amo, huelga decirlo): recibía la paga de un ballestero y una parte y media en los repartos de botín.

Becerrillo se convirtió en leyenda, y no solo por el pavor irrefrenable que infundía en los indígenas, sino por su olfato para descubrirlos en la foresta: «Sintiendo el olor de los indios que estaban en la emboscada, comenzó a ladrar y descubrió la celada». Tenía incluso criterio para distinguir la belleza femenina, pues según Fernández de Oviedo: «A las indias guapas se las quedaba mirando en silencio y a las feas les ladraba». Era cruel y sanguinario en la lucha, pero alegre para salir cabrioleando ante su amo, especialmente si este montaba a caballo y se dirigía al monte. Asimismo, se contaba que era capaz de perdonar la vida a quien se hallaba indefenso.

Se narra que un día, para «hacer risas» —de esas tan crueles que suelen gastar los soldados—, el capitán Diego de Salazar entregó una carta a una vieja india de entre sus prisioneros. La soltó, ordenándole que la llevara a su poblado y la entregara allí al español al mando. Al poco de partir la mujer, Salazar azuzó a Becerrillo tras sus pasos con la orden de capturarla, lo que en la práctica equivalía a destrozarla a dentelladas.

El alano no tardó en darle alcance y se abalanzó sobre la anciana, presto a matarla. Esta, indefensa y aterrada, comenzó a suplicar y a mostrar la carta que llevaba. Entonces el perro, tras girar en torno a

ella y orinar, detuvo su ataque y le perdonó la vida. Cuando Salazar, Arango y los demás llegaron, se quedaron mudos; quizá alguno llegó a pensar que aquel fiero animal les había dado una lección de compasión de la que ellos mismos habían carecido.

Becerrillo murió en combate defendiendo a su amo, quien había sido herido por los feroces caribes en Puerto Rico, donde Ponce de León había asentado sus reales tras dejar La Española. Los caribes habían llegado en canoas y asaltado la casa de Arango; salieron estos a defenderla, pero los indígenas lograron prender al amo y ya se lo llevaban para comérselo cuando apareció el alano y comenzó a destrozarlos. Logró que lo soltaran y dio tiempo a que llegaran refuerzos, si bien el animal pagó el rescate con su vida: una flecha envenenada le atravesó el costado y murió allí mismo, en la playa, a pesar de los esfuerzos de su dueño por salvarlo.

Aquel día, Sancho de Arango no había tenido tiempo de colocarle la coraza de algodón que solía protegerlo de los dardos. Becerrillo murió como un gran soldado; se le enterró bajo una alta ceiba y se mantuvo su muerte en secreto para que los indígenas siguieran creyendo que aún vivía, pensando que era alguno de los otros perros de la tropa.

La leyenda de Becerrillo tuvo continuidad en su hijo, llamado Leoncico, quien fue nada menos que el primer perro en bañarse en el Pacífico. Sancho de Arango se lo había vendido de cachorro a Vasco Núñez de Balboa, a quien acompañó en todas sus peripecias, desde sus días de polizón hasta ser gobernador de Veragua. Su muerte en la actual Panamá —envenenado, no se sabe si por mano blanca o india— fue el preludio del triste fin del gran Núñez de Balboa, hecho decapitar al poco tiempo en Acla por el duro y

vesánico Pedrarias.

Hubo otros perros cuyos nombres también han pasado a la historia. Entre ellos destaca Bruto, el inseparable compañero de Hernando de Soto, el gran jinete y conquistador del Perú. Se lo había regalado el propio Felipe II cuando este aún era príncipe y Hernando ejercía de gobernador en Cuba.

Fue en la expedición a la Florida donde Bruto encontraría, al igual que su amo, la muerte. El can descubrió a un grupo de indios dispuestos para una emboscada en la otra orilla de un río que los españoles se disponían a cruzar. Bruto se lanzó a las aguas y, tal como cuenta el Inca Garcilaso, a pesar de recibir cincuenta flechas (algunas de ellas atravesándole la cabeza), logró llegar a tierra y ladrar para dar el aviso antes de expirar. Era de pelaje arlequinado y, de él, Fernández de Oviedo llegó a decir que «parecía que tuviera entendimiento humano».

32
Vasco Núñez de Balboa
Aventurero entre aventureros

(1475-1519)

Por la vida de Vasco Núñez de Balboa se cruzan y entrecruzan los nombres y leyendas de los conquistadores y aventureros que cambiaron la faz de la tierra y descubrieron al mundo lo que el mundo desconocía de sí mismo. Pizarro, Ojeda, Juan de la Cosa, Américo Vespucio, Bastidas, todos compartieron con él singladuras, fatigas y combates, y con otros muchos tuvo trato, desde Cortés hasta Almagro y Bartolomé de las Casas, pasando por el gran cronista de las Indias, Fernández de Oviedo, que le vio morir, o el intrigante y despiadado Pedrarias, que le hizo decapitar.

Núñez de Balboa fue aventurero entre los aventureros. Se embarcó como polizón junto a su siempre leal perro Leoncico y terminó siendo el fundador de la primera ciudad en Tierra Firme, Santa María de la Antigua del Darién. Fue descubridor entre descubridores en un mundo volcado al descubrimiento, y amante de la hermosa princesa indígena Anayansi, quien le mostró el camino hacia su mayor gloria: alcanzar el mar del Sur, hoy conocido como el gran océano Pacífico.

Él fue el primero en oír hablar, en aquellas orillas, del Imperio inca

y del Perú, hacia donde pensaba dirigirse cuando fue detenido por quien años más tarde lo conquistaría: el entonces teniente al servicio de Pedrarias, Francisco de Pizarro, de quien Balboa había sido jefe y amigo.

Vivían un tiempo en que el mundo se descubría a sí mismo y cambiaba a cada paso o a cada borda de las naos españolas. Ni en Europa, ni en Asia ni en África había nadie que supiera de la existencia de otro gran continente al otro lado del Atlántico; ni los habitantes de América tenían la más remota idea de que, fuera de sus tierras, existieran más gentes.

La negación y el odio feroz que la *progrecracia* hispana siente hoy hacia la propia palabra *descubrimiento* solo puede entenderse como consecuencia del sectarismo ideológico y la ignorancia más supina. Por más que este discurso sea hoy hegemónico e impuesto como dogma de obligado acatamiento, no dejaré de señalar que su soberbia y presunta superioridad no es más que el fruto de su propia merma y carencias. Vasco Núñez de Balboa, tras Colón, dio el segundo y gigantesco paso en esa percepción del mundo. El tercero lo darían, muy pocos años después, Magallanes y Elcano.

Núñez de Balboa nació en Jerez de los Caballeros (Badajoz) en 1475, vástago de una familia de hidalgos de ascendencia galaica. Su apellido proviene de un castillo cercano a Villafranca del Bierzo, en la montaña leonesa, pero la hacienda familiar era tan reducida que su padre marchó a Extremadura, donde nacieron Vasco y sus tres hermanos: Gonzalo, Juan y Álvaro.

Siendo muy joven, entró como sirviente del señor de Moguer y, entre tareas de criado y paje, aprendió —algo nada usual en la época— a leer y a escribir, además de hacerse diestro en el manejo

de las armas. A los veinticinco años era ya todo un real mozo: «Bien alto y dispuesto de cuerpo, y buenos miembros y fuerzas, y gentil gesto de hombre muy entendido, y para sufrir mucho trabajo», según la descripción que fray Bartolomé de las Casas haría años después tras conocerle.

Viviendo en Moguer, el sueño de las Indias estaba presente a todas horas. En 1501, se embarcó como escudero en la expedición de Rodrigo de Bastidas, en la que también viajaba el renombrado cartógrafo Juan de la Cosa. Esta era una de las expediciones auspiciadas por la Corona para quebrar la «exclusiva» del almirante Colón. Con ellos recorrió las costas venezolanas, colombianas y panameñas antes de que el propio Colón lo hiciera en su último viaje.

Sin embargo, cinco meses después, las naves estaban a punto de hundirse debido a la broma (un tipo de molusco que horadaba los cascos de madera). Lograron llegar a duras penas a La Española, donde los barcos se fueron a pique en 1502.

Núñez de Balboa, que se había ganado fama de espadachín arriesgado, decidió quedarse en Santo Domingo. Allí recibió tierras y montó un negocio de cría de cerdos que resultó ser un desastre absoluto. Arruinado y acosado por sus acreedores, intentó huir con la expedición de Ojeda en 1509, pero aquellos le impidieron embarcar.

No se dio por vencido. Un año después, cuando partía el barco del bachiller Fernández de Enciso para socorrer a Ojeda en Urabá, Balboa se coló clandestinamente la noche anterior. Se ocultó en la nao envuelto en unas velas junto a su perro Leoncico, hijo del mítico Becerrillo.

Ya en alta mar, Balboa fue descubierto. Enciso, furioso, ordenó abandonarle en el primer islote desierto que avistaran. Sin embargo, Balboa y su perro eran muy conocidos y admirados por la tropa. Vasco convenció al bachiller de que, además de su habilidad con la espada, conocía la zona por haberla navegado previamente con Bastidas. Enciso le perdonó la vida y, con ese indulto, Balboa entró de lleno en la gran historia de América y del mundo.

La expedición de Ojeda era conjunta con otro explorador, el muy pudiente y adinerado Diego de Nicuesa. Como vimos en capítulos anteriores, compartían objetivos, pero cada una gozaba de una gobernación diferente otorgada por la Corona, limitadas ambas por el golfo de Urabá. Al este, la Nueva Andalucía de Ojeda; al oeste, la Veragua de Diego de Nicuesa.

Ojeda había fundado San Sebastián de Urabá en su demarcación, donde sufría el ataque continuo de los indios caribes, quienes habían causado ya numerosas bajas. El Capitán de la Virgen, como era conocido, fue herido por una de estas saetas y tuvo que aplicarse hierro al rojo vivo en la herida para salvar la vida. Como el bachiller Enciso —mandado con refuerzos— no aparecía, pues se demoró muchos meses en su llegada, y ante la angustiosa situación del fuerte, Ojeda decidió embarcarse en busca de ayuda.

Dejó el lugar al mando de Francisco Pizarro —quien allí cruzaría por primera vez su vida con la de Núñez de Balboa— con la orden de esperarle cincuenta días. Si transcurrido ese tiempo no había regresado, Pizarro debía hacer lo que estuviera en su mano para volver a La Española. En esas andaba Pizarro cuando se produjo el encuentro.

Toparon con Enciso, que asomaba al fin, aunque de mala manera,

pues su nave embarrancó y acabó naufragando. El bachiller —que lo era y hacía ostentación continua de su título— ordenó a los supervivientes de Pizarro y a los recién llegados que, como alcalde mayor de Ojeda que se pretendía, regresaran todos al poblado destruido. La protesta surgió de inmediato: el fuerte estaba en cenizas y los caribes los esperaban con sus flechas envenenadas listas. Para colmo, en el naufragio, Enciso había perdido las credenciales de su cargo.

Fue el momento en que emergió la figura de Balboa. Él conocía bien la zona y, levantándose en la reunión, propuso trasladarse al otro lado del golfo de Urabá, al Darién. Era una tierra mejor, pero, sobre todo, allí los indígenas no envenenaban sus dardos.

> Yo me acuerdo que los años pasados, viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas a descubrir, entramos en este golfo; y a la parte de occidente, a mano derecha, según me parece, salimos en tierra y vimos un pueblo de la otra banda de un gran río, que tenía muy fresca y abundante tierra de comida, y la gente de ella no ponía hierba (veneno) en sus flechas.

Aquel argumento convenció a la mayoría y contó con la aprobación de Enciso. El grueso de la expedición se puso en marcha, mientras sesenta y cinco hombres quedaban en San Sebastián custodiando los pertrechos a la espera de que la vanguardia lograra asentarse.

El cacique de aquel territorio, Cémaco, no estaba dispuesto a consentirlo y se dispuso a impedirlo con medio millar de guerreros. Temerosos por la superioridad numérica del enemigo, los españoles se encomendaron a una Virgen muy venerada en Sevilla, la de la Antigua, e hicieron voto de bautizar la ciudad con su nombre si salían victoriosos. El combate fue duro, pero Cémaco, derrotado, se retiró al interior de la selva dejando su poblado en manos de los

hombres que, ya más que al bachiller, seguían a Núñez de Balboa.

En el saqueo de las chozas encontraron un botín importante de adornos de oro. Así, Santa María de la Antigua del Darién fue fundada en diciembre de 1510, convirtiéndose en la primera ciudad española en Tierra Firme. Los hombres que aguardaban en San Sebastián se unieron pronto a ellos, y Vasco Núñez de Balboa, ya líder de hecho, no tardó en forzar el derecho para ser también su alcalde.

El descontento con Enciso creció cuando este se negó a repartir el oro, pretendiendo guardarlo para hacer las particiones una vez que regresaran a La Española. Pero Balboa, que además de buena espada no tenía mala lengua, arguyó que aquella zona no correspondía a la gobernación de Ojeda, sino que habían cruzado la linde con la de Nicuesa; por tanto, el lugarteniente de Ojeda no tenía allí jurisdicción alguna. Encima, como sus credenciales habían desaparecido en el naufragio, Enciso carecía de pruebas de su autoridad.

En fin, que por votación mayoritaria, el bachiller fue destituido. Se constituyó un cabildo abierto y se eligieron dos alcaldes. El primero, como era de esperar, fue Balboa.

La gente de Nicuesa no tardó en aparecer por la Antigua. Una flotilla que buscaba a su gobernador, quien se hallaba en apuros por el norte, divisó la ciudad. Su capitán, Colmenares, acordó que los nuevos colonos se someterían a la autoridad de dicho gobernador, para lo cual enviaron dos representantes a su encuentro. Lo hallaron malherido en Nombre de Dios, lugar donde se había refugiado.

Al ser informado Nicuesa de la intromisión en su jurisdicción, y a pesar de la propuesta apaciguadora de los colonos de aceptar su

mando, se tomó muy a mal el asunto. Se aprestó a llegar hasta allí para imponer su autoridad y castigar severamente al cabecilla, que a todos los efectos era ya Núñez de Balboa. No obstante, algunos de sus propios hombres, descontentos con sus modales, avisaron a los enviados de Santa María de sus verdaderas intenciones.

Así, cuando Nicuesa se presentó en Santa María de la Antigua del Darién, no salieron precisamente a recibirle con los brazos abiertos. Le impidieron desembarcar y no consintieron en ello ni siquiera cuando renunció a su cargo de gobernador; simplemente, no se fiaban de él.

Para colmo, muchos de los que iban con Nicuesa, hartos de desastres y fracasos, le abandonaron y se pasaron al bando de Balboa. Entre los primeros estuvieron Colmenares y los suyos. A la postre, Nicuesa se quedó sin barcos y sin gente; hubo de subir a una nao desvencijada con tan solo diecisiete tripulantes y hacerse a la mar el 1 de marzo de 1511. Nunca más se supo de ellos. Se dice que en un bohío de Cuba, donde parece que naufragó y fue apresado por los indios, se encontró después escrito: «Aquí feneció el desdichado Diego de Nicuesa».

Aquel episodio, que con el tiempo se convertiría en un cargo legal en su contra, otorgó a Vasco Núñez de Balboa —el hombre que se había embarcado como polizón y estuvo a punto de ser abandonado en un islote— el poder sobre todas aquellas tierras. Su autoridad se vería confirmada y oficializada por el nuevo virrey, Diego de Colón, hijo del almirante, recién llegado a La Española.

Núñez de Balboa se daba buena maña para jugar sus cartas ante quien correspondía. Santa María de la Antigua del Darién no dejaba de crecer: las gentes de Nicuesa se habían ido asentando en ella y la

ciudad se volvía cada vez más próspera y populosa. La tierra era generosa y los cultivos progresaban; el maíz daba excelentes cosechas y la «otra» cosecha, la del oro, empezaba a fluir en abundancia.

Balboa tenía el cuidado de separar, antes que nada, el quinto real, y ponerlo a buen recaudo. Por ello, cuando envió a España a Zamudio (su coalcalde y hombre de confianza) en el mismo barco en el que viajaba el despojado Enciso —a quien Balboa llegó a encarcelar para luego liberarle—, el emisario no solo llevaba noticias: portaba para el virrey quince mil pesos de oro.

Zamudio se dirigió después a la península y, en la víspera de Nochebuena de 1511, la Corona nombró oficialmente a Balboa «gobernador y capitán» de la provincia del Darién. Las protestas de Enciso no encontraron en Santo Domingo oídos que las escucharan, pero el bachiller, como buen hombre de leyes, era sumamente perseverante.

Desde Santa María de la Antigua el audaz aventurero comenzó su expansión y sus conquistas. Utilizó tanto las armas como los acuerdos y reafirmó sus alianzas con el matrimonio, gracias a la bella Anayansi, hija de uno de los caciques más poderosos que se le enfrentó, Chima de Careta, al que primero venció en batalla y luego hizo aliado y amigo, y acabó por recibir el bautismo cristiano. En una carta a la corte, Núñez de Balboa, amén de pedir ayuda y bastimentos para repoblar y construir un astillero, y aunque había utilizado gran violencia en algunos casos, pedía que se aplicara la más benevolente política con los indígenas, aunque excluía de ella a los caníbales caribes, para los que exigía severidad extrema.

El cacique Chima de Careta acordó con él abastecer a la colonia

castellana a cambio de su apoyo contra sus rivales y la entrega de algunos utensilios de hierro que los indígenas apreciaron en grado sumo. La alianza se selló tomando Balboa a la jovencísima Anayansi «como si mujer fuera legítima», atacando a sus enemigos, haciendo huir y saqueando las aldeas de quien se le opuso y pactando con quienes se le sometieron y recibieron pacíficamente.

Fue en los dominios de uno de estos últimos caciques, Comagre, donde en compañía de Anayansi escuchó hablar por vez primera no solo del gran mar que estaba cercano, sino que en aquella costa había un gran pueblo cargado de riquezas y dominado por grandes señores que llevaban cubierto su cuerpo de adornos de oro y que comían y bebían en vasos y cuencos de ese metal en vez de hacerlo en los de madera.

El hijo de Comagre, Panquiaco, alterado por el ansia de los españoles por aquel metal del que tan poco encontraban, le dijo: «Si tan ansiosos estáis de oro que abandonáis vuestra tierra para venir a inquietar la ajena, yo os mostraré una provincia donde podéis a manos llenas satisfacer ese deseo». Nombró el lugar como el Birú, que acabaría en el Perú castellano. Estaba hablando con los conquistadores del Imperio inca.

Estas noticias encendieron de tal manera los ánimos de Núñez de Balboa y de sus gentes que, tras regresar a Santa María, en 1513, este decidió pedir hombres y pertrechos a La Española para emprender la expedición hacia aquel gran mar, pero no solo no la obtuvo, sino que se enteró de que la versión de Enciso iba haciendo mella. Entonces, envió a sus hombres a España para solicitarla, pero también allí había llegado la denuncia de Enciso y le fue denegada, por lo que decidió a emprender la aventura contando solo con sus

fuerzas.

Ante él estaban la gloria y la fortuna, y se lanzó a por ellas.

Cuando Balboa emprendió el viaje que le haría entrar en la historia, llevaba ya doce años en las Américas; en los tres últimos, vividos en Panamá, había aprendido mucho de aquel territorio y aún más de sus gentes. Había pasado, sin dejar de serlo nunca, de aventurero a explorador y conquistador. Ahora sabía exactamente adónde quería llegar y, lo más importante, cómo alcanzarlo.

Las noticias sobre el gran mar, su cercanía y la relativa facilidad para llegar a él le fueron transmitidas por Panquiaco en 1511 y corroboradas después por otros informantes. Sin embargo, Núñez de Balboa no emprendió la marcha hasta dos años más tarde. Sin duda, quiso prepararla a conciencia y tomar todas las precauciones necesarias. Pero antes de lanzarse a lo desconocido, exploró en 1512 otra ruta posible por el golfo de Urabá, como si intuyera que por allí el camino hacia su objetivo podría ser más sencillo.

Durante esa exploración hizo acopio de oro por la zona, aunque no logró alcanzar aquel fabuloso lugar donde, según le decían, había pepitas del tamaño de naranjas que se recogían en cestas. Tuvo que regresar precipitadamente al recibir noticias de una conspiración indígena liderada por varios caciques derrotados que pretendían destruir la Antigua. Su sola llegada desarticuló el plan. Incluso cincuenta guerreros, disfrazados de campesinos, le prepararon una emboscada para matarle, pero su imponente presencia los asustó de tal modo que salió ileso del trance.

Pero lo peor le vino de sus propios compatriotas. Varios vecinos con cargos relevantes en la ciudad —incluso algunos a los que consideraba leales— marcharon a La Española y a España mientras

él ya caminaba hacia el Pacífico para «echar pestes» de él y de su gobernación, exigiendo su sustitución. En la propia ciudad, alcaldes y regidores conspiraron también en su contra e intentaron apoderarse de diez mil pesos en oro de la tesorería; pero Balboa les ganó por la mano: los encarceló y los entregó en custodia a los franciscanos.

El virrey Diego Colón no dio crédito a los críticos, pero, consciente Balboa de que le estaban segando la hierba bajo los pies y de que se tramaba su relevo, envió a través de Andrés de Ocampo un memorial para el rey Fernando. En aquel documento, fechado el 20 de enero de 1513, ponderaba sus logros, la pujanza de Santa María de la Antigua, su buena relación con los indios y el gran acopio de oro, realizado en los ríos que, según señalaba, ya fluían hacia el otro mar. Lo malo fue que Ocampo no llegó a España hasta 1514, y lo hizo solo para morir allí, por lo que la defensa de Balboa tuvo que transferirse a otra persona.

Balboa comprendió que no podía demorar más su expedición: el descubrimiento de aquel gran mar era su mejor baza política. Dejó en Santa María de la Antigua unos doscientos españoles y partió con ciento noventa, su jauría de perros comandada por Leoncico y un pequeño bergantín escoltado por nueve canoas indígenas. Navegó hacia las tierras de su amigo, el cacique Careta, y desembarcó cinco días después en lo que luego sería la ciudad de Acla —fundada por él y que, a la postre, le traería tan trágica suerte—.

Allí se le unieron más de mil hombres de las tribus de Careta y Comagre, estos últimos al mando del aguerrido e inteligente Panquiaco. Cruzaron las tierras del cacique Ponca, quien, tras ser vencido y comprobar la enorme superioridad de los españoles, se

sometió y les proporcionó guerreros y guías para proseguir por las mejores trochas de la selva.

Avanzaron sin más oposición que la de la espesa jungla, aunque se toparon con algunas tribus cuya piel oscura, casi negra, les causó gran sorpresa. Finalmente, chocaron con la resistencia del cacique Torecha en su poblado de Cuarecuá. Se libró una feroz batalla en la que los hombres de Núñez de Balboa sufrieron bastantes bajas y heridos, y que solo concluyó cuando el líder indígena pereció en combate.

Al entrar en la casa principal del poblado, la del cacique muerto, encontraron a su hermano vestido de mujer y rodeado por otros notables ataviados de la misma guisa. Aquello llenó de escándalo y repulsión a Balboa y a sus hombres, quienes vieron en el harén una muestra de la peor de las perversiones. La respuesta fue terrible: azuzaron a la jauría contra ellos y los perros los despedazaron allí mismo.

Habían pasado veinticuatro días desde su salida y los expedicionarios necesitaban reponerse. Se establecieron en el poblado de Cuarecuá y resultó que los guerreros vencidos, muchos de los cuales habían huido a las selvas, retornaron para ofrecerle alianza. Núñez de Balboa aceptó y decidió dejar allí a buena parte de su tropa e indígenas para proseguir el camino con solo sesenta y siete españoles —entre los que figuraba Francisco Pizarro, quien no se había separado de Balboa desde su encuentro en el Urabá— y varios centenares de indios con Panquiaco a la cabeza.

Los guías indígenas le habían asegurado que, tras cruzar algunos ríos, se llegaba a una cordillera —las montañas Urrucallala— desde la cual se divisaba a lo lejos el gran mar. Decían que estaba muy

cerca, y Núñez de Balboa estaba dispuesto a alcanzarlo aquel mismo día. Así, a las seis de la mañana del 25 de septiembre de 1513, salió del poblado. A las diez, los guías le indicaron la cumbre desde la cual se divisaba el horizonte azul. Balboa ordenó a todos detenerse y subió solo, pues deseaba ser el primero en ver el mar del Sur. El escribano de la expedición, Andrés de Valderrábano, dio fe del momento:

> En veinte y cinco de aquel año de mil e quinientos y trece, a las diez horas del día, yendo el capitán Vasco Núñez en la delantera de todos los que llevaba por un monte raso, vido desde encima de la cumbre del mar del Sur antes que ninguno de los cristianos compañeros que allí iban.

Subieron los demás y juntos contemplaron, emocionados, aquel impresionante escenario con el gran mar al fondo ocupando la totalidad del horizonte. Tomaron posesión del lugar: cortaron ramas, erigieron montículos de piedras y grabaron con sus puñales en los troncos los nombres del rey Fernando y de la reina Juana, la fecha y los suyos propios. El clérigo Andrés Vera entonó el tedeum, coreado con emoción por todos ante la estupefacta mirada de los indígenas. Balboa ordenó anotar los nombres de los sesenta y siete presentes, comenzando por el suyo, seguido por el del clérigo, figurando en tercer lugar el de su teniente, Francisco Pizarro.

Tras la ceremonia en la cumbre, comenzaron la bajada hacia aquella orilla todavía lejana para tomar posesión formal en nombre de la Corona de Castilla. Hubieron de pasar por tierras del cacique Chiapes, quien opuso una breve resistencia antes de someterse y colaborar. Desde allí, Núñez de Balboa envió a tres grupos en busca del mejor sendero hacia la costa. El liderado por el extremeño Alonso Martín de Don Benito fue el primero en llegar; dos días

después, embarcado en una canoa, pudo decir que había navegado por aquellas aguas.

Regresó a toda prisa para avisar a Balboa, quien se puso de inmediato en camino con veinticinco hombres seleccionados. Todos lucían sus mejores galas de combate: corazas, cascos y plumas, llevando en vanguardia un estandarte con la imagen de la Virgen y las armas de Castilla. Al llegar a la playa, se encontraron con un fangal debido a la marea baja, por lo que esperaron a que esta subiera para no deslucir la ceremonia.

Cuando el agua regresó, Balboa se caló el yelmo y, con el estandarte en una mano y la espada en la otra, se adentró en el mar hasta que el agua le llegó a las rodillas, proclamando:

> Vivan los muy altos e poderosos señores reyes don Fernando e doña Juana […], en cuyo nombre e por la Corona real de Castilla tomo e aprehendo la posesión real e corporal e actualmente destas mares e tierras.

Tras preguntar si alguien se oponía —a lo que solo replicó el silencio y el rumor de las olas— y recibir un sonoro «sí» de sus hombres ante la promesa de defender tal posesión con sus vidas, dio unos sablazos al agua. El escribano anotó los nombres de los veintiséis presentes, encabezados por Balboa y Pizarro. Los testigos hubieron también de probar el agua y asegurar que, como la del otro mar, era salada. Bautizó aquello como mar del Sur y al golfo como de San Miguel, por ser el 29 de septiembre, día del arcángel.

Resuelta la cuestión del mar, y para que no hubiera duda, un mes después realizó otra ceremonia de posesión en mar abierto. Pero quedaba pendiente la otra promesa: la del oro del que hablara Panquiaco. En ello se empeñó durante los meses siguientes, recorriendo las tierras de diversos caciques y requisando todo el

metal que podía. Sin embargo, el oro no era tan abundante como esperaba; en su lugar, halló perlas de excelente calidad.

Decidió entonces dedicarse a estas últimas tras recibir noticias de unas islas donde se producían en cantidades ingentes. Partió hacia allá, pero el tiempo era pésimo para navegar; apenas pudo avistarlas y acercarse a la más grande, que llamó isla Rica (hoy isla del Rey), bautizando al conjunto como archipiélago de las Perlas, nombre que conserva con toda razón hasta el día de hoy.

Núñez de Balboa regresó triunfante a Santa María de la Antigua siguiendo una ruta distinta, aprovechando para someter a nuevos caciques y aumentar su botín. En enero de 1514, tras pasar por las tierras de sus aliados, Panquiaco —ya convertido en cacique tras la muerte de su padre—, Ponca y Careta, Balboa entró en su ciudad. Traía consigo, además del descubrimiento del siglo, un botín de más de cien mil castellanos de oro, una gran cantidad de perlas y hermosos tejidos de algodón. Vasco Núñez de Balboa había alcanzado su sueño y se disponía a vivirlo, aunque el destino, como bien sabemos, le guardaba otros planes.

Nada más llegar, Balboa recibió noticias inquietantes: el quinto real que había enviado no había llegado a su destino, perdido en un naufragio; sus procuradores habían informado en su contra y su sustitución ya estaba en marcha. Vasco Núñez de Balboa no era, sin embargo, hombre que se arrugara ante la adversidad, y se dispuso a remediarlo. Tenía además en sus manos una baza que creía definitiva: había descubierto el mar del Sur, el océano que permitiría dar, al fin, con las codiciadas islas de las especias.

Así pues, envió presto rumbo a España a uno de sus fieles, Pedro de Arbolancha, para dar noticia de sus descubrimientos al rey. Le

hacía llegar un nuevo quinto real, varios regalos adicionales y la petición de que se enviaran barcos, pertrechos y gentes para poblar aquel vasto territorio que él había descubierto y conquistado.

Apenas descubierto el mar del Sur, justo cuando Núñez de Balboa creía llegado el momento de explotar su éxito y saborear el triunfo, su suerte comenzó a torcerse y a enredarse en los hilos de un destino funesto.

La señal fue la reaparición —de quién si no— del bachiller Enciso. Este había persistido en la corte con sus acusaciones, a las que se unió la denuncia de sus propios enviados por haber abandonado a su suerte a Nicuesa. Fernández de Enciso encontró, al fin, los oídos apropiados: los del muy poderoso obispo Juan Rodríguez de Fonseca, quien le dio total credibilidad y aprovechó la coyuntura para colocar sus piezas y aumentar su ya vasta influencia.

El elegido para la tarea fue el ya entonces viejo y curtido Pedro Arias de Dávila, quien ya había dado muestras de su carácter: mano dura, crueldad con los vencidos, celo por su poder y fidelidad absoluta a la Corona. Pedrarias, como se le conocía, había nacido en Segovia en 1440 en el seno de la nobleza. Señor de Puñonrostro, estaba casado con una Bobadilla, familia muy cercana y querida por la difunta reina Isabel (de hecho, su cuñado había sido aquel enemigo de Colón que le envió encadenado a España desde La Española). Era un tipo duro que se había fogueado en la guerra de Granada y en África, donde participó en la toma de Orán y protagonizó el asalto al castillo de Bugía. Allí, con solo cuatro soldados, mató con su propia mano al jefe musulmán, ganándose el apodo de Furor Domini.

El rey Fernando lo había nombrado gobernador de Castilla del

Oro, nombre con el que se llamó a la nueva provincia. Pedrarias se dirigió hacia allí con diecisiete naves y mil quinientos hombres, llegando a Santa María de la Antigua tan solo cuatro meses después del regreso de Balboa del mar del Sur.

Al arribar al puerto, mandó dar aviso de su llegada. Vasco, en ese momento, estaba reparando el tejado de una casa y fue a recibirle con la ropa que llevaba puesta: una camisa y un calzón viejo de algodón. Se encontraron a mitad de camino entre el puerto y la villa. Balboa iba a pie, sudoroso y sucio; Pedrarias, a lomos de un caballo enjaezado, con armadura completa y acompañado de su señora, parientes y criados. Le seguía un séquito encabezado por el obispo franciscano Juan de Quevedo, quien marchaba bajo palio, con mitra y cruz de plata. Tras ellos venía una comitiva de funcionarios de alto rango: el licenciado Gaspar de Espinosa, como alcalde mayor; el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo; el piloto Juan Vespucio; el capitán Juan de Ayora y, cómo no, la némesis de Balboa: Fernández de Enciso, como alguacil mayor de la ciudad, a quien Vasco reconoció de inmediato.

Balboa, con humildad, besó el anillo del obispo e hizo una reverencia a Pedrarias. Este le entregó desde el caballo sus credenciales; Balboa las leyó, las besó y las puso sobre su cabeza en señal de acatamiento.

La visión de Santa María de la Antigua desagradó profundamente a Pedrarias. Eran apenas doscientas casas de madera y paja donde vivían unos quinientos españoles y el triple de indios. Aquello no podía acoger ni al gobernador, ni a su séquito, ni al ingente número de colonos que traía consigo.

Sin embargo, Pedrarias comenzó a ejercer su autoridad de

inmediato. Pidió un informe exhaustivo sobre la colonia, las tribus aliadas y la ruta hacia el mar del Sur, informe que Balboa entregó con presteza. Al mismo tiempo, y según dictaba la costumbre, ordenó abrirle el preceptivo juicio de residencia, encargado a Gaspar de Espinosa. No contento con ello, intentó iniciar de forma subrepticia una pesquisa secreta por su cuenta, a la que se opuso el obispo y a la que tuvo que renunciar de momento.

Del juicio de residencia, Núñez de Balboa no salió del todo mal parado: aunque hubo de afrontar el pago de indemnizaciones a Enciso y a otros supuestos perjudicados, resultó absuelto del asunto de Nicuesa. No obstante, lo que acabó destrozada fue la labor pacificadora de años. Pedrarias, a quien ahora le sobraban tropas, ordenó campañas contra los territorios indígenas sin distinguir entre aliados y hostiles. En una de estas expediciones murió Panquiaco, el gran amigo y aliado de Balboa, lo que convirtió a las tribus de la zona en enemigos declarados para siempre.

La buena noticia para Vasco llegó el 20 de marzo de 1515, aunque había sido expedida en España en septiembre de 1514. Los buenos oficios del enviado de Balboa a la corte y la noticia del descubrimiento del mar del Sur hicieron reflexionar al rey, quien le nombraba adelantado de la mar del Sur y gobernador de las provincias de Panamá y Coiba, aunque sujeto a Pedrarias.

Pedrarias quiso ocultar la cédula real, pero ante la firme oposición del obispo, no tuvo más remedio que entregársela a Núñez de Balboa. Eso sí, lo hizo prohibiéndole reclutar hombres para sus empresas, alegando que los necesitaba a todos para las suyas. Sin embargo, la cédula ordenaba explícitamente a Pedrarias que concediese a Vasco libertad en sus asuntos de gobierno y territorios,

los cuales quedaban, además, muy difusamente delimitados.

La tensión entre ambos fue constante. Núñez de Balboa acabó enviando al rey una queja formal contra el gobernador, denunciando el maltrato a los indígenas y cómo las acciones de Pedrarias habían convertido a los antiguos aliados en feroces enemigos. Por otro lado, ya rumiaba el proyecto de un camino con ciudades en ambos mares —el que luego sería el trayecto Nombre de Dios-Panamá— y buscó apoyo en La Española para construir naves en el Pacífico. Su plan era adentrarse en el mar del Sur, explorar el archipiélago de las Perlas y, sobre todo, descender hacia el sur en busca de aquel imperio donde los platos eran de oro, según le contara Panquiaco. También buscaba algún paso natural que comunicara ambos océanos.

Para este fin, hizo venir desde Cuba a setenta soldados y un barco. Al ser descubierto, Pedrarias —furioso— le acusó de conspiración y rebelión frustrada, encerrándole en una jaula en el patio de su propia casa durante dos meses. No obstante, pasado ese tiempo, el propio gobernador se presentó ante él, le pidió perdón y le ofreció poner fin a sus disputas. Como prueba de buena voluntad, le entregó la mano de su hija María (que estaba en España), con la idea de que, convertidos en suegro y yerno, afrontarían el futuro como familia.

Esta solución había sido pergeñada por el obispo Quevedo —harto del conflicto y valedor de Núñez de Balboa— e Isabel de Bobadilla, quien convenció a su marido. La idea resultó del agrado de todos, excepto, lógicamente, de Anayansi. La princesa se disgustó sobremanera, pero permaneció fiel a Vasco; de hecho, cuando fue requerida por uno de los hombres más cercanos a Balboa, Garabito,

le rechazó de plano. Aquel desplante sería, a la postre, mortal para Balboa.

El obispo partió hacia España en busca de la novia tras celebrarse la boda por poderes en abril de 1516. La relación entre Pedrarias y Vasco adquirió entonces tintes de colaboración familiar. Núñez de Balboa recibió permiso para iniciar sus expediciones, aunque con un límite de un año y medio de duración. A finales de 1516, fundó la ciudad de Acla en el poblado de su viejo amigo Careta; allí organizó la Compañía del Mar del Sur y comenzó a ensamblar bergantines en el puerto de Yaviza.

Logró poner a flote dos naves y llegar a las islas de las Perlas —ya muy esquilmadas— y, con dos más que botó más tarde, comenzó a costear rumbo al sur. Llegó al lugar que años después Pizarro bautizaría como Puerto Piña en su ruta hacia el Perú. Allí recibió nuevas noticias sobre el gran Imperio austral y se dispuso a partir cuanto antes. Envió a Valderrábano a pedir una prórroga de dieciocho meses, pero el escribano regresó con un rumor que se daba por cierto: Cisneros, como regente, había sustituido a Pedrarias y el nuevo gobernador ya estaba en camino.

Aquello resultó fatal. Según Fernández de Oviedo, Núñez de Balboa temió que el nuevo gobernador le impidiera continuar sus planes, por lo que precipitó la fundación de una ciudad con puerto en la costa pacífica y organizó una expedición hacia el sur. Ingenuamente, creía que su «suegro» Pedrarias le permitiría seguir adelante. Sin embargo, cuando Luis Botello, hombre de confianza de Núñez de Balboa, entró en Acla, fue detenido por oficiales de Pedrarias. Bajo presión, confesó los planes de Balboa, lo que desencadenó el apresamiento de sus seguidores más fieles en la

Antigua.

Pedrarias escribió a su «yerno» en términos muy cariñosos, pidiéndole que acudiera a Santa María para tratar asuntos de la expedición. Vasco, sin recelar nada, se puso en camino. A mitad de trayecto fue interceptado por un destacamento a las órdenes de Francisco Pizarro, enviado expresamente para apresarle. Fue entonces cuando Balboa pronunció aquellas palabras cargadas de dolor ante su viejo camarada: «Vos, Pizarro, no solíais recibirme así», a lo que el ya veterano rodelero respondió: «Mi capitán, yo solo cumplo órdenes».

Fue acusado de traición y de intentar usurpar el poder para crear un gobierno independiente en el mar del Sur. Balboa negó con vehemencia los cargos y exigió ser trasladado a La Española o a España para ser juzgado ante una audiencia neutral, pero Pedrarias estaba decidido a ejecutarle.

El gobernador mantuvo su farsa de «suegro amistoso» un poco más: visitó a Núñez de Balboa en su cautiverio, dándole falsas seguridades y diciéndole que no se preocupara, pues su detención era un mero trámite. Sin embargo, en una segunda visita, mostró su verdadera cara, le acusó de traición al rey y ordenó trasladarle a la cárcel común.

En connivencia con el alcalde Gaspar de Espinosa, el juicio se celebró con una celeridad pasmosa. Espinosa dictó sentencia de inmediato: muerte por decapitación. En el proceso —por llamarlo de alguna manera— testificaron todos sus enemigos, incluyendo a Garabito, quien, movido por el despecho del rechazo de Anayansi, declaró contra su jefe tras recibir promesas de salvar su propia vida.

Pedrarias añadió una larga lista de acusaciones: desde haberle

engañado en los informes sobre los indios para que sus expediciones fracasaran, hasta haber vejado a los indígenas contraviniendo órdenes. Incluso resucitó el asunto de Nicuesa, del que Balboa ya había sido absuelto. Como gobernador, rechazó el recurso de apelación de inmediato. Tenía prisa por acabar con él.

El 15 de enero de 1519 se dictó la sentencia; el 16 se rechazó la apelación; el 17 se levantó el cadalso en Acla y el 19 de enero les cortaron la cabeza. Junto a Balboa fueron ajusticiados Fernando de Argüello, Luis Botello, Hernán Muñoz y Andrés de Valderrábano. Solo se salvaron el sacerdote Rodrigo Pérez, por su condición, y el citado Garavito, de la pena capital.

Vasco Núñez de Balboa dio muestras de gran entereza y gallardía al ser conducido al patíbulo. Cuando, antes de decapitarlo, el pregonero proclamó en voz alta: «Esta es la justicia que el rey y su teniente Pedro Arias Dávila mandan hacer contra este hombre por traidor y usurpador de los territorios de la Corona», Núñez de Balboa respondió con voz serena y potente: «Mentira, mentira; nunca halló cabida en mí semejante crimen. He servido al rey como leal, sin pensar sino en acrecentar sus dominios».

Según cuenta el cronista de Indias Fernández de Oviedo, quien presenció la ejecución: «Desde una casa que estaba diez o doce pasos de donde los degollaban, estaba Pedrarias mirándolos por entre las cañas de la pared de una casa o bohío». Las cabezas cayeron sobre una artesa y permanecieron expuestas al público durante varios días para acrecentar el temor hacia el gobernador.

Pedrarias no solo no recibió castigo alguno por aquella falaz y miserable acción, sino que sacó gran provecho de lo que no fue otra cosa que un crimen. Permaneció en el gobierno de Castilla del Oro

durante varios años más, fundó la ciudad de Panamá en 1519 y siguió sembrando el terror entre sus subordinados; tanto era así que se decía: «Cuando el viejo gobernador hablaba, nos mojábamos en los calzones».

Cuando finalmente fue destituido en 1526 —debido a acusaciones muy graves y probadas sobre su trato a los indios—, se le entregó poco después el gobierno de la vecina Nicaragua, donde falleció en 1531, cumplidos ya los noventa años.

Participó, además, como accionista y valedor de la expedición que Pizarro —buen conocedor de los planes e intenciones de Núñez de Balboa— organizó con Almagro rumbo al Perú. De aquella conquista y su botín se aprovechó Pedrarias más que nadie, enriqueciéndose él y toda su familia por encima de cualquier otro conquistador del Imperio inca. Una de sus hijas acabó casándose con el gran jinete y capitán de aquella aventura, Hernando de Soto, futuro descubridor del Misisipi.

A pesar de sus riquezas, la memoria de Pedrarias quedó manchada para siempre. El testimonio de Fernández de Oviedo fue demoledor, reforzado además por las crónicas del obispo Quevedo y fray Bartolomé de las Casas. Mientras Pedrarias y su linaje se aplicaban en la destrucción de todas las pruebas y documentos que pudieran incriminarlos, la figura que emergió con fuerza desde su tumba fue la de Vasco Núñez de Balboa.

Su nombre, sus hazañas y sus proyectos fueron recuperados por autores como el español Manuel José Quintana, su primer biógrafo, y por el estadounidense Washington Irving, gran amante de la cultura española. Su persona y su obra fueron finalmente valoradas como merecían, especialmente en Hispanoamérica y, sobre todo, en

Panamá, donde su figura es aún hoy excepcionalmente respetada y querida.

La propia moneda panameña lleva su nombre y su efigie en el anverso, al igual que uno de los principales puertos del canal. Además, la Orden de Vasco Núñez de Balboa constituye la máxima condecoración del país. Incluso un cráter de la Luna fue bautizado como Balboa en su honor.

Capítulo aparte merece la idea, ya esbozada por el propio Vasco, de lograr abrir alguna especie de pasillo entre ambos océanos más allá de encontrar un paso natural. No debía ser tan descabellada la propuesta cuando el emperador Carlos V encargó a sus ingenieros un proyecto para abrirla, algo a todas luces irrealizable con los medios de entonces, pero que volvió a estar sobre la mesa en tiempos de su heredero Felipe II. Aquel sueño persistiría a través de los siglos hasta que se llegó a construir y, recientemente, a ampliar y desdoblar el canal que hoy une al mundo.

33
Gonzalo Guerrero

(c. 1470-1536)

De arcabucero español a jefe maya

Nació en el puerto de Palos de la Frontera alrededor de 1470, y bien podía haber partido con los hermanos Pinzón —de edad pareja a la suya— en las carabelas de Colón. Sin embargo, Gonzalo de Acosta o Guerrero (existe cierta duda sobre su apellido natal) no hizo carrera como marinero, sino que desde muy joven fue soldado y, pronto, un experimentado arcabucero. Era muy ducho en la carga de precisión —tarea esencial—, capaz de mantenerse firme y sereno para soltar el escopetazo justo cuando la caballería ya se le echaba encima.

Participó en la campaña de Granada y, para cuando se produjo la rendición de Boabdil, apenas cumplidos los veinte años, ya estaba más que curtido en batallas. Había combatido a las órdenes de Gonzalo Fernández de Córdoba y le siguió, enrolado en su compañía, hasta Italia. Allí le vio convertirse en el genio militar que le valdría el apodo de Gran Capitán, y, aunque no sabemos con certeza en qué combates participó, consta que entró triunfante con él en Nápoles.

Tras el periplo italiano, retornó a España y se enroló en una de las

primeras singladuras no «colombinas», una vez que la exclusiva real de los Colón había decaído. Partió en la expedición de Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda (1510), de quienes ya sabemos por páginas anteriores. El arcabucero Gonzalo Guerrero formó parte de la hueste de Nicuesa, quien pronto andaría a la greña con Ojeda por las lindes de sus territorios.

No repetiremos las enconadas luchas e intrigas entre los conquistadores españoles —Nicuesa, Ojeda, y el valeroso Núñez de Balboa—, ya que buena cuenta hemos dado de ellas al ver las historias de algunos de estos hombres, pero valga saber que Gonzalo, con Juan de Valdivia —capitán de Núñez de Balboa, enemigo de Nicuesa—, acabó siendo ascendido y figuraba como oficial en la nao Santa María de la Barca, donde iba a cargo de la tripulación y los esclavos. Su primera escala debía ser La Española, donde llevaba cartas de recomendación para que Diego de Almagro le nombrara oficial del galeón San Pelayo de Antequera.

Sin embargo, nunca alcanzarían su destino. Al amanecer del 18 de agosto de 1511, apenas tres días después de haber zarpado con buen tiempo, se desató una tormenta pavorosa que lanzó el barco contra las escolleras de las Víboras, frente a la costa de Yucatán. El navío se fue a pique, llevándose al fondo el oro, los relatos y las esperanzas de la mayoría. Solo lograron salvarse en un pequeño batel una veintena de personas, entre ellas dos mujeres.

Sin provisiones ni agua, la situación en la pequeña embarcación se volvió desesperada, llegando los supervivientes a beber sus propios orines. Finalmente, tan solo ocho alcanzaron la costa, solo para caer en manos de los indígenas. Nada más desembarcar, los nativos se abalanzaron sobre ellos, matando a cuatro e ignorando a

los demás como prisioneros.

Uno de los supervivientes, a quien un guerrero maya había hundido el cráneo con una macana, huyó despavorido hacia la espesura sujetándose la cabeza con ambas manos. Se le dio por perdido, pero resultó que una mujer india le encontró y le curó la herida. No obstante, tras «perder la sesera» por el impacto, quedó viviendo en el bosque, del que solo salía para pedir comida en las aldeas. Los indígenas, que le reconocían por el gran hoyo de su cráneo y su risueño delirio —pues reía continuamente—, le daban sustento y no le hacían daño, convencidos de que su curación era voluntad de los dioses. Vivió así tres años más, hasta que finalmente murió. Así lo cuenta uno de los tres que quedaban, y que al poco ya fueron solo dos, Jerónimo de Aguilar, un clérigo, y Gonzalo Guerrero, quienes se habían convertido en esclavos del cacique Taxmar de la ciudad-Estado de Mani, que se los entregó a su sacerdote Teohom. Este era un hombre cruel que los maltrataba de continuo. Amén de hacer los más duros trabajos y faenas —recoger y traer leña, agua o pescado, cavar los maizales y todo cuanto su señor ordenara—, sufrían los golpes y castigos que quisieran propinarles tanto su amo como cualquier otro indio. Todo habían de hacerlo, y con el mejor rostro, pues de ello dependía que no los mataran al instante.

El cacique Taxmar sería, a la postre, quien salvaría a ambos españoles de la muerte, pues el sacerdote que los custodiaba los martirizaba de continuo y planeaba acabar con ellos como ya había hecho con otros. Resultó que los dos españoles, cuando los indios combatieron contra otros de su raza, demostraron gran valía enseñándoles tretas y artimañas. Francisco Cervantes de Salazar transcribió estas palabras de boca de Aguilar sobre una de sus

estrategias:

> Será de esta manera: que al tiempo que las haces se junten, yo me tenderé en el suelo entre las hierbas con algunos de los más valientes de vosotros, y luego nuestro ejército hará que huye. Nuestros enemigos, con la alegría de la victoria, se derramarán e irán descuidados; y ya que los tengáis apartados de mí, volveréis sobre ellos, que entonces yo los acometeré por las espaldas. Así, cuando se vean cercados, por muchos que sean desmayarán, porque los enemigos cuando están turbados, mientras más son, más se estorban.

Taxmar, impresionado, los reclamó para sí y les otorgó mejor trato y empleos de mayor responsabilidad.

Jerónimo de Aguilar, hombre de firme fervor cristiano, se mantuvo fiel a sus creencias y costumbres. Tanto fue así que el cacique, para intentar atraerle a su cultura, decidió tentarle con mujeres. En una ocasión, le envió a pescar a la costa dándole por compañera a una india muy hermosa de catorce años, la cual había sido instruida por el señor para provocar al español. Según las crónicas:

> Diole una hamaca en que ambos durmiesen. Llegados a la costa, colgando la hamaca de dos árboles, la india se echó en ella y llamó a Aguilar para que durmiesen juntos; él fue tan sufrido, modesto y templado que, haciendo lumbre cerca del agua, se acostó sobre la arena. La india unas veces le llamaba y otras le decía que no era hombre, porque quería más estar al frío que abrigado con ella. Él, aunque vaciló muchas veces, al cabo se determinó a vencer su sensualidad y cumplir lo que a Dios había prometido: no llegar a mujer infiel para que le librase del cautiverio.

Poco después, el cacique regaló a Gonzalo Guerrero a un gran jefe de los mayas, Na Chan Can, líder de Chactemal (hoy Chetumal). Este, a su vez, le entregó al jefe de sus tropas, Balam, quien, consciente de su valía, le mantuvo cerca. Esta cercanía le salvaría la vida y le otorgaría la libertad: al atravesar un río, Balam fue atacado por un gran caimán; ante la parálisis de los presentes, Guerrero se

lanzó contra el reptil, matándolo y librando a su amo de una muerte segura. En agradecimiento, Balam le concedió la libertad.

Convertido ya en un guerrero de élite, el antiguo arcabucero se hizo tatuar en cara y cuerpo los signos propios de su rango. Encabezó expediciones tan exitosas que terminó siendo nombrado jefe de todos los guerreros de Na Chan Can y tomó por esposa a la hija de este, la princesa Zazil Há. Guerrero se sometió a todos los rituales mayas, incluidos los de mutilación con los que los guerreros mostraban su desprecio al dolor, y permitió que a sus hijos se les aplanara la frente según correspondía a su estirpe.

Se asegura incluso que años más tarde permitió que su hija mayor, Ixmo, fuera sacrificada en la pirámide de Chichén Itzá como ofrenda para acabar con una plaga de langostas. Es muy probable que en aquellos tiempos Guerrero contribuyera a la derrota de las expediciones de Grijalva (1518) y, sobre todo, a la de Francisco Hernández de Córdoba, destacando en la batalla que las crónicas hispanas recordarán como la Mala Pelea.

Gonzalo Guerrero, aunque tuvo oportunidad de hacerlo poco después, no quiso volver con los españoles; prefirió ser ya para siempre un maya. Sucedió cuando Hernán Cortés desembarcó en la isla y santuario de Cozumel (1519), antes de lanzarse a la conquista del Imperio mexica. Cortés, siempre hábil en su trato con los indios —a los que no hizo ofensa alguna allí—, fue informado de que, tierra adentro, vivían dos hombres barbudos como ellos. Deseoso de rescatarlos para que le fueran útiles como intérpretes o *lenguas*, decidió enviar a varios indígenas con cartas y regalos (cuentas y abalorios) para que sus amos los dejaran partir.

Ordenó también que una tropa de veinte ballesteros y

escopeteros, al mando de Diego de Ordaz, los esperara durante ocho días en la costa. Cortés escribió:

> Señores y hermanos, aquí en Cozumel he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos. Yo os pido por merced que luego os vengáis aquí a Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hubiéredes menester, y rescate para dar a esos indios con quien estáis […]. Veníos con toda brevedad: de mí seréis bien mirados y aprovechados.

A los dos días, los emisarios dieron con Jerónimo de Aguilar. El clérigo, lleno de alegría tras recibir la carta y los rescates, acudió a su amo. Los indios explicaron al cacique lo poderoso que era el señor que los enviaba y la cantidad de guerreros que traía; ante esto, el jefe aceptó los regalos de buen grado y dio licencia a Aguilar para partir, pidiéndole que comunicara al capitán español su deseo de paz.

Aguilar se puso en marcha de inmediato y, alborozado, llegó hasta donde se encontraba Gonzalo Guerrero. Tras abrazarse y entregarle la carta de Cortés, se produjo un momento que, narrado por el propio Aguilar con sencillez y hondura, constituye uno de los parlamentos más hermosos y profundamente humanos de la crónica de Indias. Las razones de Guerrero para no regresar fueron estas:

> Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos. Tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras. La cara tengo labrada y horadadas las orejas. ¿Qué dirán de mí esos españoles si me ven ir de este modo? Idos vos con Dios, que ya veis que estos mis hijitos son bonitos; y dadme, por vida vuestra, de esas cuentas verdes que traéis para darles, y les diré que mis hermanos me las envían de mi tierra.

Es una respuesta que conmueve de la primera a la última sílaba. Esa despedida de quienes fueron los suyos y de su tierra natal flota en sus palabras finales. Por ellas, resultaría profundamente injusto no intentar comprender a Gonzalo Guerrero. Fue un hombre que

decidió dónde quedarse y lo hizo, ante todo, por el amor a sus hijos.

Aguilar partió hacia el encuentro de Cortés y, tras enlazar con la tropa de Ordaz, llegó a Cozumel. Allí fue reconocido por un antiguo compañero de los tiempos de Nicuesa, Andrés de Tapia, con quien se fundió en un abrazo. Hernán Cortés le recibió con gran afecto e, inmediatamente, le integró en su círculo cercano como intérprete. Aguilar sería su lengua principal durante la conquista hasta la aparición de la Malinche, quien, además del maya, dominaba también la lengua de los aztecas.

Guerrero quedó atrás, sabiendo que habría de combatir a quienes partían como enemigos y en la seguridad, como español, de que volverían. Lo hizo y con no poca destreza y éxito. Siguió adiestrando a los mayas e hizo fracasar varios intentos de adentrarse en su territorio, el que ahora está ocupado por el Parque Natural de Champotón, en el estado de Campeche (México).

En el año 1527 se enfrentó a los Montejo, padre e hijo, que con cuatro navíos y cuatro mil soldados se lanzaron a la conquista del Yucatán y, aunque les fue muy difícil, lograron adentrarse y ocupar parte del territorio. Se le dio entonces por muerto, pues así se lo hicieron creer los prisioneros mayas que el capitán Dávila cogió en 1531 en Chetumal, donde vivía, y que le dijeron que había fallecido por causas naturales. Así se lo trasmitió a los Montejo en Campeche, pero no era cierto. La resistencia siguió fuerte y los Montejo no consiguieron culminar sus propósitos.

Guerrero reapareció en la historia en 1537, cuando se enfrentó a las tropas de Pedro de Alvarado. El encuentro tuvo lugar en un poblado llamado Ticamaya, a orillas del río Ulúa, donde Gonzalo había acudido al frente de cincuenta canoas para socorrer al cacique

local frente al capitán Lorenzo de Godoy. Allí encontró la muerte, en pleno combate, y a una edad ciertamente avanzada para la época.

Una flecha de ballesta le alcanzó atravesándole el costado, y un disparo de arcabuz le hirió mortalmente en ese mismo flanco. Sus hombres le retiraron del fragor de la batalla y le llevaron bajo unas palmeras donde, tras pedirles que cuidaran de sus hijos, expiró. Al replegarse los indios, su cadáver quedó en campo enemigo. Algunos soldados españoles afirmaron después haberle visto, tatuado y vestido como un indígena, pero conservando su espesa barba. Sin embargo, al caer la noche, los mayas aprovecharon la oscuridad para recuperar su cadáver y arrojarlo a las aguas del río Ulúa, con el fin de que la corriente le devolviera al mar por el cual un día había venido.

Para los españoles de su época, Gonzalo Guerrero no fue más que un traidor y un renegado; para el indigenismo actual, es el padre del mestizaje. Sus hijos —dos varones y dos niñas— son considerados por muchos como los primeros mestizos, en un intento de otorgarles una primogenitura histórica sobre el hijo de Hernán Cortés y la Malinche.

Un gran monumento, situado curiosamente al final del paseo de Montejo, en la ciudad de Mérida (Yucatán), obra del escultor Raúl Ayala, honra su memoria. Su figura es también glorificada en el *Himno a Quintana Roo* con estos versos:

Esta tierra que mira al oriente
cuna fue del primer mestizaje
que nació del amor sin ultraje
de Gonzalo Guerrero y Za'asil.

Yo me he limitado a contar su historia: una de tantas que apenas conocemos de aquel tiempo en que los españoles cambiaron los mundos.

34
Juan Bravo

(1484-1521)

El leal amigo de Padilla, que exigió subir antes al cadalso que él

Juan Bravo, el comunero, es una de las señas de identidad de Segovia, que le rinde homenaje con estatuas, poniéndole su nombre a su teatro más principal y enalteciendo su figura en libros y recordatorios. Que Atienza, la no menos histórica ciudad castellana, hoy provincia de Guadalajara, reclame su paternidad es también comprensible, pues Juan Bravo nació allí, y tiene también su derecho a presumir. El nombre del líder, uno de los tres cabecillas ajusticiados en Villalar, ha sido muy mentado a lo largo de la historia, amén de en muchos discursos, en el libro de Lorenzo Silva, titulado *Castellano*,[3] que ha sido todo un éxito.

El dirigente comunero, uno de los primeros en encabezar la sublevación contra los impuestos y desafueros de Carlos V —ambiciones imperiales que el monarca había logrado costear, pero que alguien debía pagar—, nació en 1484 en Atienza, en la Peña

Fort, lugar así mentado en el *Cantar de Mio Cid*.

Era hijo de su alcaide, Gonzalo Bravo de Lagunas, perteneciente a la baja nobleza. Sin embargo, su madre —al igual que la esposa de su compañero Padilla— procedía de la más alta alcurnia: era una Mendoza, de la rama del Gran Tendilla. Juan Bravo era, por tanto, biznieto de este y nieto del conde de Monteagudo; en definitiva, primo de la célebre María Pacheco. Los Bravo de Laguna, originarios de la localidad soriana de Berlanga de Duero, podían presumir también de una estirpe de prelados, pues el abuelo de Juan había sido obispo de Ciudad Rodrigo, Calahorra y Coria.

En 1505, a los veintiún años, se trasladó a Segovia tras casarse con Catalina del Río, hija del regidor de la ciudad, Diego del Río. Con este enlace ingresó en la aristocracia urbana segoviana y tuvo seis hijos: cuatro eligieron como primer apellido el de Mendoza y dos el de Bravo. Al enviudar en 1519, contrajo segundas nupcias con doña María Coronel, hija del regidor Íñigo López Coronel —un converso judío inmensamente rico, hijo del rabino, banquero y político Abraham Senior—. Con María tuvo dos hijos más antes de que el hacha del verdugo segara su vida; en este caso, los descendientes sí mantuvieron el apellido Bravo como primero. En el mismo año de su boda, y de acuerdo con su suegro, este le cedió su puesto de regidor yel mando de las milicias, con la condición de que los honores y bienes derivados de dicho cargo fueran heredados por los hijos de este segundo matrimonio.

El conflicto estalló en mayo de 1520. De regreso de las Cortes de Santiago de Compostela, el procurador Rodrigo de Tordesillas —quien había representado a Segovia y votado a favor del servicio económico pedido por el rey— fue recibido con furia. Juan Bravo

encabezó la revuelta contra él: el procurador fue detenido y finalmente ahorcado por la muchedumbre.

A partir de ese momento, Bravo se hizo con el control de Segovia y dirigió la resistencia contra el alcalde Rodrigo Ronquillo, a quien el cardenal Adriano de Utrecht —gobernador de España en ausencia del rey— había encargado sofocar la rebelión.

Juan Bravo acudió personalmente a Toledo para solicitar auxilio, argumentando que «ellos, que les habían puesto en que se levantase la dicha ciudad de Segovia, ahora les socorriesen». La respuesta fue inmediata: Juan Padilla, regidor toledano y marido de su prima, junto al capitán de Madrid, Juan Zapata, marcharon con él hacia Segovia y obligaron a huir a Ronquillo.

Tras liberar Segovia del asedio, prosiguieron su campaña hacia el norte, aunque dejaron una espina clavada: las tropas realistas se habían hecho fuertes en el alcázar segoviano desde el inicio de las revueltas. Pese a los intentos comuneros, no hubo manera de desalojarlas y allí permanecieron los leales al emperador hasta el fin de la guerra.

Bravo, Padilla, Zapata y los primos Maldonado (Francisco y Pedro) se convirtieron en las cabezas visibles del movimiento. Tras la toma de Medina del Campo —donde Ronquillo había causado grandes estragos— y de Valladolid, donde capturaron al Consejo Real, nombraron a Padilla jefe máximo de la rebelión.

Aquel verano de 1520 fue el periodo de mayor esplendor: en agosto entraron en Tordesillas y se entrevistaron con la reina Juana la Loca. Sin embargo, no lograron convencer a la soberana para que firmara los decretos que legitimaran su causa y se pusiera al frente del reino.

Juan Bravo conquistó después Simancas y Zaratán, mientras que Padilla, tras recuperar el liderato perdido brevemente por la traición del conde de Salvatierra, tomaba Torrelobatón. Fueron estos sus últimos éxitos antes del fatídico desenlace.

El año 1521 sería aciago para todos ellos. Tras haber fracasado en su intentona contra Burgos, en la que estuvo también el obispo Acuña —pariente, por cierto, de Juan Bravo—, las fuerzas comuneras regresaron a Torrelobatón de donde salieron el 23 de abril en dirección a Toro. Alcanzados por la caballería realista en el pueblo de Villalar los comuneros, carentes casi de ella, se derrumbaron y muchos se dieron a la huida. Padilla se arrojó lanza en ristre, buscando la muerte, contra los caballeros del conde de Benavente. Desarzonó a uno, pero le hirieron en la pierna y en la cara, y le hicieron caer. Junto a Bravo y los Maldonado, fueron todos hechos prisioneros. Se hizo correr que Padilla ofreció a su captor, Alonso de la Cueva, cincuenta mil ducados si le dejaba escapar para poder así seguir la lucha, pero este se negó.

Un inmediato juicio sumarísimo, en el que reconocieron haber participado en los combates contra las tropas reales, como no podía ser de otra manera, los condenó por traición y los hizo subir al cadalso al día siguiente, aunque solo lo hizo un Maldonado, Francisco, pues su primo Pedro era familia —por parte de su mujer— del propio conde de Benavente, jefe de las tropas realistas que los habían derrotado, aunque a la postre tampoco se libró del hacha del verdugo al año siguiente.

Sí está documentado el suceso protagonizado por Juan Bravo instantes antes de su ejecución. Al oír proclamar que los ajusticiaban por traidores, no se contuvo y contestó volviéndose hacia el

pregonero: «Mientes tú, y aún quien te lo manda decir; traidores, no, más celosos del bien público, sí, y defensores de la libertad del reino». El alcalde Cornejo, que presidía en cierto modo el acto, le mandó callar y como Bravo porfiaba, le dio con la vara en el pecho diciéndole que se dejara de vanidades en el trance en que se hallaba.

Pero fue su amigo Juan Padilla quien hizo por serenarle, y lo consiguió con estas palabras: «Señor Juan Bravo, ayer era día de pelear como caballero, y hoy de morir como cristiano».

Lo aceptó Juan Bravo e hizo a continuación una petición, subir el primero a poner su cabeza en el tajo, para así no ver decapitar a quien había sido su leal compañero y líder, lo que le fue concedido. Luego lo hizo Padilla, y al pasar junto al cuerpo ya muerto de su amigo, exclamó: «Ahí estáis vos, buen caballero», a título de despedida. Tras la ejecución pusieron las cabezas cortadas de los tres en la picota, para que pudieran verlas todos. Los cadáveres fueron finalmente enterrados en la propia iglesia de Villalar, pero ya el 18 de mayo, se autorizó a exhumar los cuerpos del salmantino Maldonado y de Juan Bravo, aunque no el de Padilla, y trasladarlos a sus respectivas ciudades.

En el caso de Juan Bravo, la llegada de sus restos a Segovia para su entierro, el primer domingo de junio de 1521, provocó una enorme afluencia de público. Una multitud recorrió en procesión un largo trecho, atravesando la ciudad y sus arrabales hasta llegar a la iglesia de Santa Cruz, situada ya extramuros, donde iba a recibir sepultura. El ambiente, tenso y cargado de emoción, acabó por estallar. Entre los sollozos de los presentes, no faltó quien llamó «traidor» al ajusticiado, siendo inmediatamente linchado por la

muchedumbre. Este hecho obligó a intervenir a las fuerzas que el corregidor Vozmediano, con la ayuda de su yerno Gonzalo de Herrera, había desplegado en previsión de tumultos. Los soldados arremetieron contra el cortejo y dispersaron al gentío de forma violenta. Aquella noche, la ciudad estuvo al borde de una nueva insurrección, pero al día siguiente los realistas lograron controlar la situación e hicieron ahorcar a dos de los organizadores del cortejo, señalados como responsables del linchamiento.

Tras estos incidentes, se intentó incluso expulsar de la ciudad a su viuda y a sus parientes, pues continuaban recibiendo muestras de gran afecto por parte del pueblo. Las represalias alcanzaron también a su suegro, el anterior regidor Íñigo López Coronel. Apresado por haber sido firme defensor de la causa comunera y principal soporte de su yerno, López Coronel no alcanzó el perdón otorgado por el rey Carlos en 1523. Aquel «perdón general» fue selectivo, pues dejó fuera a casi trescientos de los miles de encarcelados que habían participado en la rebelión.

En aquel mismo año de 1523 se aceptaron en parte las reclamaciones económicas de la familia, aunque no fue hasta años más tarde cuando se resolvió la devolución de algunos bienes. En estas demandas participaron tanto los hijos de su primer matrimonio con Catalina del Río (quienes, como ya se ha dicho, usaban el apellido Mendoza), como la hija de su segunda esposa, María Coronel, quien reclamó con éxito la dote que pertenecía a su madre.

35
María Pacheco

(c. 1496-1531)

La Mendoza comunera

María López de Mendoza y Pacheco —María Pacheco para la historia y la leyenda— no era precisamente una plebeya. Ninguno de los dirigentes comuneros lo fue, pues la mayoría pertenecieron a la pequeña y mediana nobleza castellana, y algunos a la más alta, como la propia María. Ella era nada menos que una Mendoza, la casa nobiliaria más poderosa del momento, hija del conde de Tendilla, primer alcaide de la Alhambra, donde nació, y capital general del recién conquistado reino de Granada, amén de sobrina nieta del Gran Cardenal y hermana del que luego sería primer virrey de la Nueva España (México), Antonio de Mendoza, entre otros muchos y cercanos parentescos de alcurnia. Eso por parte de padre, pues por su madre, era una Pacheco, de la también muy linajuda y poderosa casa de los marqueses de Villena: su sobrina, vamos.

Fue la séptima de los ocho hijos del Gran Tedilla y se casó a los quince años, en 1511, con un hidalgo toledano, llamado Juan de Padilla, hijo del regidor de Toledo, de menor prosapia que su familia,

pero fue un matrimonio aceptado por ella gustosa y amorosamente, a tenor de la complicidad y lealtad que hasta el fin de su vida, y hasta más allá de la muerte de su marido, profesó a este.

María Pacheco, quien adoptó el apellido materno para diferenciarse de sus hermanas —con las que compartía nombre—, se crio en el ambiente culto y renacentista del palacio de su padre. Allí se instruyó en matemáticas y letras, además de dominar el latín y el griego. Debido al menor rango de su novio, renunció a su herencia paterna y a los derechos derivados de ella, aunque no se fue de vacío: fue compensada, a cambio, con nada menos que 4,5 millones de maravedís.

A los cinco años de casada, alumbró al que sería su único hijo, de nombre Pedro, quien lamentablemente no llegó a alcanzar la mocedad. El matrimonio se estableció inicialmente en Granada, viviendo en la propia Alhambra. Su padre, que llegó a profesar un gran afecto por su yerno, le proporcionó cargos de importancia y buen sustento, tal como se desprende de sus propios escritos: «De acá no hay más que decir sino que el señor mi hijo Juan de Padilla está aquí, que le quiero más que a los otros».

El cambio definitivo se produjo en 1518. Al morir el padre de su marido, regidor de Toledo, Juan de Padilla le sucedió en dicho cargo y como capitán de gentes de armas. La vida de María Pacheco estaba a punto de dar un vuelco irreversible. Aunque no fue la única Mendoza que simpatizó con la rebelión comunera —también lo hicieron algunos de sus hermanos y su primo, el conde de Saldaña —, otros miembros de la familia fueron reprendidos y salvados de las represalias reales, de modo que acabaron por abandonar la causa comunera. No fue el caso de María.

Parece que fue ella misma quien animó a Juan de Padilla (aunque a este no le hacía ninguna falta) no solo a secundar, sino prácticamente a iniciar y encabezar el movimiento de protesta. La rebelión se dirigía contra el rey Carlos, su corte flamenca, los impuestos exigidos para sufragar su nombramiento imperial y los agravios contra los fueros de las ciudades y el estatus de muchas gentes.

Tras triunfar el levantamiento de las Comunidades en Toledo bajo el mando de Padilla, este partió con sus milicias y las de Madrid, comandadas por Zapata, para socorrer a Juan Bravo. El regidor segoviano, vinculado también por parentesco con la casa de Mendoza a través de su mujer, sufría el asedio de las tropas realistas del alcalde Rodrigo Ronquillo. Lograron que este se retirara, y el movimiento comunero avanzó entonces con firmeza por toda Castilla hasta constituir en Ávila su Santa Junta, que nombró a Padilla capitán general de las tropas en julio de 1520.

El 24 de agosto de 1520, Padilla entró en Medina del Campo, ciudad que había sido incendiada por las tropas de Ronquillo en su retirada. El día 29 llegó a Tordesillas, donde se encontraba confinada la reina Juana. El jefe comunero y sus capitanes más destacados propusieron a doña Juana liberarla de su cautiverio y proclamarla única y legítima reina de Castilla.

Sin embargo, la hija de los Reyes Católicos y madre de Carlos, aunque los recibió en audiencia varias veces, se negó rotundamente a firmar cualquier documento u orden al respecto. Aquello supuso un gran chasco para los comuneros y un indudable alivio para los partidarios de Carlos I. A partir de ese momento, la alta nobleza comenzó a cerrar filas sin fisuras en apoyo al rey al comprender que

sus intereses peligraban si los comuneros se hacían con el poder absoluto. Pese a todo, la rebelión parecía imparable: a finales de aquel septiembre, Padilla entró en Valladolid y detuvo a los miembros del Consejo Real.

Fue aquel el momento cumbre de su prestigio y su fama. Gozaba en Castilla de una inmensa popularidad, pero no tanto entre quienes conformaban la cúpula que manejaba los hilos de la rebelión. Estos recelaban del poder creciente del toledano y, el 11 de octubre, entregaron el mando del ejército comunero a un noble de rancio abolengo: Pedro Girón. Padilla, muy disgustado, regresó a Toledo.

En cierto modo, fue el principio del declive de la sublevación, que comenzó con la ineptitud y traición final de Girón; este desertó, lo que costó la derrota de Tordesillas y la entrada de los realistas en la emblemática villa el 5 de noviembre.

Las Comunidades tocaron a rebato y llamaron de nuevo a Padilla, devolviéndole el mando. A su regreso a Valladolid fue acogido como un salvador. Y pareció serlo de inicio, cuando retomó la iniciativa, logró algunas victorias y el asalto de la fortaleza de Torrelobatón en febrero de 1521, donde se encastilló, cometiendo con ello el error que a la postre le costaría la derrota y la vida.

Los realistas se reagruparon y, cuando Padilla, percatándose del peligro, intentó dirigirse a Toro, ya era tarde. Alcanzado en Villalar, su ejército sufrió una terrible derrota y él, junto a los otros dos líderes comuneros más conocidos, Juan Bravo y el salmantino Francisco Maldonado, fueron sumariamente juzgados e inmediatamente decapitados.

Todo parecía perdido y, ciertamente, lo estaba; pero Toledo resistió, tras Villalar, todavía nueve meses más, y de ello tuvo la

«culpa» María Pacheco. La causa de las Comunidades parecía derrotada del todo, pero la mujer de Padilla no estaba dispuesta a rendirse.

La noticia de la ejecución del jefe comunero llegó a Toledo el 27 de abril y la Pacheco, que había ocupado el cargo de regidora de la ciudad en ausencia de su marido, se dispuso a resistir. Lo hizo a pesar de que, desde marzo, había tenido que compartir el poder con el recién llegado obispo Antonio de Acuña, afín a los comuneros, pero cuyo objetivo real era la mitra toledana (a la que también aspiraba un hermano de doña María). Aquella era una situación cada vez más difícil.

En un abrir y cerrar de ojos, las tropas realistas rindieron Madrid el 7 de mayo, y Toledo se quedó ya sola y aislada. El obispo Acuña ya había puesto para entonces pies en polvorosa y varios notables, como los Laso de la Vega —emparentados con los Mendoza—, optaban por la rendición.

María Pacheco no se arredró: hizo traer cañones desde Yepes e incluso apuntar con los del Alcázar —adonde se trasladó para dirigir la resistencia— contra las casas de quienes pretendían entregar la ciudad. Llegó a requisar, aunque postrada de rodillas como buena cristiana, la plata del mismísimo altar y sagrario de la catedral para pagar a sus tropas.

Cercada definitivamente la ciudad tras diversos combates, a finales de agosto de 1521, los defensores tuvieron que avituallarse realizando arriesgadas salidas que en ocasiones costaron bajas dolorosas, pero consiguieron el objetivo de seguir aguantando.

Mientras, sus poderosos parientes hacían todo lo posible por mediar y darle una salida. Su hermano mayor Luis Hurtado de

Mendoza, ya marqués de Mondéjar y capitán general de Granada, tras la muerte de su padre, firme partidario de Carlos I de España y V de Alemania, escribió al cardenal Adriano, mano derecha de Carlos y gobernador del reino, y su tío, Diego López Pacheco, marqués de Villena, intentó mediar y conseguir un acuerdo. Pero todo fue en vano. El bombardeo comenzó y el asedio se estrechó cada vez más. A finales de octubre, sin embargo, las múltiples mediaciones lograron un sorprendente armisticio. Los comuneros entregaban el alcázar, pero seguían al mando de la ciudad con María Pacheco, que hizo fortificar y artillar su casa, como regidora.

El acuerdo disgustó profundamente a la corte y a los gobernantes castellanos, pero se mantuvo en vigor durante cuatro meses. Finalmente, la tensión acabó por estallar y el 3 de febrero de 1522 se produjo un nuevo enfrentamiento. Los comuneros, alentados por María Pacheco, asaltaron el alcázar y liberaron a los compañeros que permanecían allí encarcelados.

La reacción realista fue inmediata y esa misma tarde comenzaron a recuperar el control de Toledo. Al caer la noche, un hermano de Padilla, una hermana de María Pacheco —María de Mendoza, condesa de Monteagudo— y su tío, el marqués de Villena, lograron pactar una tregua. En realidad, aquella negociación no fue más que una añagaza para facilitar la huida de la viuda de Padilla, que, junto a su hijo y disfrazada de aldeana, logró escapar de la ciudad con la connivencia de los guardias de la puerta del Cambrón.

Los fugitivos se dirigieron a Escalona, donde el marqués le proporcionó mulas, provisiones y dinero para el viaje, aunque se negó a darle alojamiento. Quien sí la acogió fue otro de sus tíos, Alfonso Téllez de Girón, en su señorío de La Puebla de Montalbán.

Sin embargo, al cabo de un tiempo María también se vio obligada a abandonar aquel refugio. Emprendió entonces camino hacia Portugal, utilizando veredas y trochas apartadas para evitar los caminos principales, donde era buscada para ser detenida.

Una vez llegada al país vecino, el rey Juan III rechazó las peticiones castellanas que exigían su expulsión y le permitió permanecer en sus dominios. María encontró allí amparo, primero bajo la protección del arzobispo de Braga y, más tarde, bajo la del obispo de Oporto, Pedro de Acosta, quien la hospedó en su propia casa.

Excluida del perdón real que Carlos V concedió a los comuneros que habían participado en la rebelión —gracia denegada a 293 personas, entre ellas varios nobles, como el citado Pedro Maldonado —, María tampoco se rebajó a solicitar clemencia. Por ello fue juzgada en rebeldía y condenada a muerte en 1524.

En Toledo, apenas hubo partido, el corregidor Juan Zumel ordenó derribar sus casas y propiedades y esparcir sal sobre los solares. Además, mandó grabar en una lápida de mármol la sentencia que condenaba a Padilla como traidor.

Tampoco se permitió que los restos del capitán comunero fueran trasladados a su ciudad natal. Años después, aunque al hijo menor de los Padilla, superviviente de la guerra, se le reconoció el mayorazgo, el emperador no autorizó ni la reconstrucción de la casa familiar ni la repatriación de los restos de su padre, manteniendo, por el contrario, aquel infamante grabado como recuerdo permanente de la condena. Sus hermanos, el marqués de Mondéjar y el embajador y poeta Diego Hurtado de Mendoza, fueron quienes más empeño pusieron, intentaron que Carlos levantara el castigo,

pero se mostró inflexible.

María Pacheco murió en el exilio en marzo de año 1531. Se mantuvo firme y retadora hasta el final y en su testamento dejó escrito «que, pues la majestad de César no le diera licencia para ir viva a acabar la vida en Villalar, adonde está sepultado el cuerpo de Juan de Padilla, su marido, que enterrasen su cuerpo en la seo de Porto, delante el altar de san Jerónimo, que está detrás de la capilla mayor, y, comido el cuerpo, llevasen sus huesos a sepultar con los de su marido en la dicha villa de Villalar donde yace». Pero el rey Carlos tampoco dio el visto bueno a esta póstuma petición.

Fue ella misma quien compuso su propia glosa para que fuera labrada en su sepulcro y lo hizo en un cuidado latín, que había estudiado junto a su hermano Diego Hurtado de Mendoza en los felices tiempos de niñez en la Alhambra, aprovechado las enseñanzas de Pedro Mártir de Anglería, de las que salió «muy docta en latín y en griego y matemáticas, y muy leída en la Santa Escritura y en todo género de historia, en extremo en la poesía». Diego, su hermano pequeño, fue quien mayor devoción tuvo por ella, y hasta siendo proscrita y él un leal servidor de Carlos V no se recató en ir a visitarla a Oporto. Él fue quien escribió su epitafio, en el que asoma un indisimulado orgullo:

Si preguntas mi nombre, fue María,
si mi tierra, Granada; mi apellido,
de Pacheco y Mendoza, conocido
el uno y el otro más que el claro día.
Si mi vida, seguir a mi marido;
mi muerte en la opinión que él sostenía.

España te dirá mi cualidad,
que nunca niega España la verdad.

La imagen que se tuvo de María Pacheco en su propio tiempo fue, en general, positiva y elogiosa, pese a la derrota de la causa comunera, o quizá precisamente a causa de ella. Se la llamó Leona de Castilla, «brava hembra» y «centella de fuego», y se admiró tanto su firmeza como la lealtad que mostró hacia su esposo, el no menos admirado Juan Padilla. No faltaron, sin embargo, las críticas, procedentes no solo de sus enemigos realistas, que la consideraban «más propensa a los excesos que a la moderación».

Con todo, la cultura popular y la leyenda aseguraron su pervivencia en la memoria colectiva. Gracias también a numerosas obras literarias y pictóricas, su figura ha llegado hasta nuestros días convertida en una auténtica heroína. Todavía hoy se la presenta como ejemplo de resistencia, fidelidad a unos ideales y compromiso con una causa. Asimismo, su condición de mujer en una época dominada por los hombres ha llevado a considerarla una figura adelantada a su tiempo. No es casual que siga recibiendo homenajes en la actualidad: incluso en los últimos años se le han dedicado calles y espacios públicos, como hizo la ciudad de Guadalajara con motivo del quinto centenario del alzamiento comunero.

36
Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza

(1466-1523)

El más bello pecado del Gran Cardenal

Fui el pecado de mi padre. Nunca debí ser concebido, ni nacer. Pero soy un Mendoza. Y ello no es baladí. Hijo y nieto de los más grandes de la más grande casa de las Españas. Hijo del Gran Cardenal, quien puso la cruz en la Alhambra y trajo a España el renacer del arte y del saber, y nieto del mejor marqués, el primer Santillana, el poeta y el político, la pluma, la inteligencia y la espada. Esa es mi familia, y aunque yo fuera hijo del pecado, en mi padre todo era grande, hasta sus faltas. No solo no las ocultó, sino que las llevó a la propia corte, y allí hubo de ser la muy católica reina Isabel quien como hermoso pecado me bautizó.

Si alguna vez, y no lo descarto en absoluto, escribo una novela de este fascinante personaje, prometo que estas líneas serán su comienzo. Y estas que le siguen su continuación:

Jugábamos mis hermanos pequeños y yo junto a los hijos de los reyes y de otros nobles de la corte de Fernando, el aragonés, el rey a quien los Mendoza siempre admiramos, y la castellana Isabel, la reina a la que supimos servir, Trastámara los dos, a quienes mi familia debe su haber y a quienes ellos deben no pocas veces el ser. Jugábamos los niños y entró alguien, no voy ni hacerle el honor de recordar su nombre, que me miró con abierto desagrado e hizo un ponzoñoso comentario sobre mi condición. No pasó aquello desapercibido a la reina, que bien quería a mi padre y al que

tanto debía, y con una sonrisa se acercó a mí, me acarició con dulzura los rizos rubios de la cabeza, y con una sonrisa y en voz bien alta proclamó ante la más alta nobleza de Castilla y de Aragón:

—¿A que son en verdad bellos los pecados del cardenal?

Se miraron condes y marqueses los unos a los otros, sonrieron casi todos y alguno llegó a no poder reprimir una corta carcajada. Rio la reina y rieron sus damas. Y el pequeño pecado del cardenal, que era yo, miró a todos y luego siguió jugando con los hijos de los reyes, con los hijos de la alta nobleza, con los hijos de los grandes castellanos, porque el hijo del más grande tras los reyes, el más poderoso y el más temido y respetado en todo el reino era mi padre, Pedro González de Mendoza, y por más que fuera cardenal y primero de España en Roma, y de Roma en España, yo era su hijo primogénito, a quien había dado orgullosamente los apellidos de mi familia y a quien, señalando, enalteciéndome y enalteciéndolo a él, al más valiente de los guerreros castellanos de cuya sangre decíamos descender, el Cid Campeador, había puesto por nombre Rodrigo Díaz de Vivar. Yo era el pecado de mi padre, sí. Y un Mendoza. Y todo ha sido grande en mi familia. Nuestros pecados también.

Rodrigo Díaz de Vivar y de Mendoza tiene historia y argumentos, desde su nombre y nacimiento, y no digamos su vida, sus peripecias, sus hazañas guerreras y sus caballerescos lances amorosos, ya no para una novela, sino para dos y tres series de televisión. Es un personaje poliédrico, cargado de todos los matices, que vivió las más increíbles aventuras y que protagonizó la más apasionante historia de amor de toda su época, que incluso le valió la pérdida de la gracia de la propia reina Isabel, muy enfadada por aquello con él. Sin contar con su relación con nada menos que con Lucrecia Borgia, con quien tuvo intención de casarse.

El «más bello pecado del cardenal» nació en el año 1466, fruto de los amoríos de Pedro González de Mendoza con doña Isabel de Lemos, una dama de la corte, con quien tuvo otro vástago, Diego. El poderoso clérigo aún tuvo un hijo más, Juan, con otra dama castellana, Inés de Tovar. Los tres se criaron y educaron en la corte,

y tuvieron desde siempre trato y deberes correspondientes con su rango.

Rodrigo descolló bien pronto en el oficio de las armas y fue nombrado capitán del arzobispado de Toledo, del que su padre era la mitrada cabeza. Se ganó el puesto en la guerra de Granada, tanto en el asedio de Alora (1484) como en la sufrida toma de Baza (1489), donde dio muestra de valor y tesón contra los muy aguerridos defensores nazaríes.

La toma de esta estratégica plaza supuso que la petición de su padre de que se legitimara un mayorazgo en su persona tuviera una respuesta positiva y generosa de los Reyes Católicos, quienes dispusieron para él un gran patrimonio territorial. Este iba desde la localidad alcarreña de Jadraque hasta la granadina de Guadix, a las que se añadieron las baronías valencianas de Alberique, Alcocer y Alázquez. Para que nada le faltara, se le proveyó de una sustanciosa renta anual de veinte mil maravedís. Su ascenso culminó dos años después —uno antes de la toma de Granada—, cuando se le otorgaron los títulos de marqués de Cenete y conde del Cid. Este último título era un guiño más a su entronque cidiano; por ello, hoy el imponente castillo de Jadraque es conocido como «castillo del Cid», por ser él quien le otorgó su porte actual, y no —aunque así lo piensen muchos— por el héroe burgalés, que jamás pisó por allí (aunque en el *Cantar* sí lo hiciera su mano derecha, primo hermano o hermanastro, Minaya). Al fin y al cabo, todo quedaba en la familia.

El interés de los Mendoza, poseedores de media Guadalajara, pagó muy bien a los más doctos historiadores para que descubrieran los entronques genealógicos oportunos, amén de que el prestigio de tal antepasado servía también como legitimación del derecho a tan

extensos territorios, como zona conquistada por su antecesor a los moros. Con la toma de Granada, los Mendoza alcanzaron la cúspide de su poder y, entre ellos, sin duda, descollaba el hijo mayor del cardenal.

> Había servido don Rodrigo de Mendoça, señor del castillo del Cid, y estado de Xadraque y su tierra, desde su edad floreciente y antes de gozar del título de marqués de Zenete, a los Reyes Católicos en todas las guerras y conquistas del Reyno de Granada, haziendo hechos de famoso capitán, mostrando en todo el valor de su persona y la clara sangre de sus mayores.

Pero don Rodrigo iba a asombrar también por una nueva faceta. No solo era un aguerrido caballero que brillaba en el combate y en las justas, sino también un galante cortesano, lo que le convirtió en el más popular de la corte, sobre todo entre las damas. Fernández de Oviedo, el más afamado cronista de Indias, describió así al marqués:

> Su perssona fue tal e de linda dispusición que ninguno he yo visto tan bien dispuesto, ni tan galán ni tan agraçiado en quanto hazía, ni tan polido e gentil cortesano. ¡Qué afabilidad, qué lengua e qué hermoso ombre! […] Y en todo de más estremada ventaja a todos otros mançebos de su prosapia.

Todo perfecto, pero agudamente añadía:

> *A bueltas de todo esto, era tenido por trauieso e mal sesado.*

Y las «travesuras» del marqués a punto estuvieron de dar al traste con todo. Había contraído matrimonio con la hija y heredera de los duques de Medinaceli, Leonor de la Cerda, en 1492. El matrimonio se estableció en sus dominios alcarreños, frecuentando el castillo de Jadraque y el resto de sus dominios. Un hijo, Luis, heredero de dos poderosas casas nobiliarias, parecía culminar su dicha cuando de repente todo se convirtió en muerte y tristeza.

Primero murió el niño, en 1497, y al poco su madre. Don Rodrigo entonces quiso escapar de sus recuerdos y se unió al ejército que defendía en Nápoles los derechos del rey Fernando, dando de nuevo pruebas de su destreza y su valía en el combate. Pero también en otras lides, según escribe el gran historiador alcarreño Francisco Layna Serrano, a quien se debe la mejor historia del linaje (*Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos* XV *y* XVI):[4]

> En lides de guerra reverdeció viejos laureles cosechados en la de Granada siendo mozo, y con sus aventuras amorosas llegó a escandalizar la inescandalizable y corrompida Roma de los Borgias, al punto de trascender su desenfreno a Castilla, donde prosiguió en idéntico plan con no poca ira de la reina Isabel que tanto le estimaba como a hijo del Gran Cardenal.

Fueron tales sus hazañas romanas que el papa español Alejandro VI, un Borja —o sea, un Borgia—, a quien tales artes no le molestaban en absoluto, planeó el casarle con su propia hija, Lucrecia. La hija de un papa casada con el hijo de un cardenal no estaba, según parece, mal visto, y menos cuando eso entroncaba al papado con la más poderosa familia, reyes aparte, de España. Pero la cosa no fructificó. Don Rodrigo se había enamorado…, pero de quien no podía estarlo.

Una Fonseca, María, sobrina del arzobispo de Sevilla, Alonso de Fonseca —ahora el más cercano a la Corona tras la muerte del Mendoza—, a quien su familia tenía decidido casar con un primo suyo, Pedro Ruiz de Fonseca, para no desperdigar el patrimonio familiar. Y lo peor de todo fue que a pesar de su gran diferencia de edad (ella tan solo tenía quince años), la joven cayó rendida ante Rodrigo, y la locura de amor fue mutua y compartida. Reyes y familias ordenaron a ambos, en pro de los entendimientos e intereses, que aceptaran lo decidido y que renunciaran a sus deseos.

No lo hicieron y fue tal su perseverancia y desacato, enfrentándose a todo y a todos, incluida la reina Isabel —antes su protectora—, que se enfureció con él y le hizo encarcelar hasta que ella falleció. Su viudo, don Fernando, también le negó largo tiempo su perdón y su gracia.

La larga peripecia de los amantes la cuenta otro gran historiador alcarreño, Juan Catalina. A ella, tras recluirla en principio en Arévalo, la casaron por poderes; pero se negó a cohabitar y yacer con su supuesto marido y, cuando este pretendió hacerlo, le puso un puñal en el cuello advirtiéndole de que le mataría si se atrevía a tocarla. Acabaron por encerrarla en el monasterio de las Huelgas, en Burgos, suponiendo que con ello doblegarían su voluntad. Sucedió todo lo contrario, y un golpe de audacia de Rodrigo acabaría por resolverlo todo. Con la complicidad de la madre de María —¿qué no hace una madre por la felicidad de su hija?—, asaltó los muros del convento, raptándola, huyendo juntos, y contrayendo y consumando el matrimonio.

Aquello supuso una enorme conmoción, pues era una desobediencia directa a las órdenes de la Corona, pero el desafío tuvo por último un final feliz. El rey Fernando —ya regente de Castilla tras la muerte de Felipe y la pérdida de cordura de Juana— optó por resolver de una vez el asunto. Perdonó al marqués y se recelebró con todas las garantías el desposorio, aunque ella fue desheredada por sus parientes. No les importó absolutamente nada. A don Rodrigo no le faltaban riquezas ni ganas de agasajar a su amada. Para ella, tras haber contemplado en Italia los nuevos y bellos edificios, hizo construir el hermoso castillo renacentista de La Calahorra, obra de Lorenzo Vázquez, en territorio granadino. O sea,

que en cierta forma esos amores trajeron el Renacimiento a España, algo que se vincularía ya para siempre a la casa de los Mendoza, que lo extendió por todo el país, como prueba el fabuloso y único palacio del Infantado en Guadalajara.

Sin embargo, el rey Fernando ya no quiso tenerle jamás a su lado, ni darle confianza ni cargo alguno. También se enemistó con su tío, el conde de Tendilla, siempre partidario del Rey Católico, y que era la máxima autoridad en toda Andalucía.

Hubo de esperar algún tiempo para una reconciliación con la Corona, que vino ya con el nuevo rey y luego emperador, Carlos, y de la mano de su hermano Diego Hurtado de Mendoza. Este, en Italia y al lado del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, había logrado gran prestigio militar, se le había otorgado el título de conde de Mélito y, de regreso a España, había sido nombrado virrey de Valencia. Y allí se trasladaron don Rodrigo —que también tenía, y no pocas, propiedades en aquella tierra— y sus hijas Mencía y María.

Pero la oposición de los comuneros en Castilla al joven rey venido de Flandes tuvo su reflejo en la Valencia de las Germanías, que se sublevaron a las órdenes de Vicente Peris. Este puso en serios aprietos a las tropas realistas, en las que combatió codo con codo junto con su hermano, lo que no les salvó de sufrir incluso alguna derrota. La habilidad diplomática de Rodrigo logró que pudiera mantenerse en Valencia como gobernador; pero al poco tiempo los más radicales, tras haber mediado él en Játiva —que su hermano asediaba—, le hicieron prisionero y amenazaron su vida.

Al final consiguió liberarse y fue entonces cuando dio muestras de su saber y estrategia militares, tendiéndoles una emboscada definitiva en la ciudad del Turia, hacia la que se dirigían, y

derrotándolos por completo. Peris y sus capitanes fueron hechos prisioneros y se ordenó su ejecución de inmediato por mandato suyo. Fue el final definitivo de las Germanías, y el marqués recuperó con ello toda la gracia y la confianza del nuevo rey, don Carlos.

No pudo ya disfrutarlo demasiado. Su amada esposa, doña María de Fonseca, murió a los pocos meses de su triunfo, y su salud, que ya era precaria entonces, se vio tan afectada por ello que falleció un año más tarde, el 23 de febrero de 1523, a los cincuenta y siete años.

Dejaron tras de sí —amén del recuerdo de su amor, la belleza de sus palacios y la protección que siempre dieron a literatos y artistas— dos hijas. Doña Mencía, la mayor, fue una mujer de gran sensibilidad y cultura en quien afloró, más que en nadie, esa impronta familiar de pasión por las artes y las letras; y María, la menor, casó con su primo, el primogénito del duque del Infantado, Diego Hurtado de Mendoza, uniendo con tal matrimonio linajes, títulos y propiedades.

37
Juan Sebastián Elcano

(1486-1526)

El que no debería haber dado la vuelta al mundo, pero fue el primero en hacerlo

Juan Sebastián Elcano no era un reputado cosmógrafo, ni había entrado en las cortes ni tenido trato con reyes.

Fernando de Magallanes, sí, y por ello era reconocido tanto en Portugal como en España, las entonces dos grandes y competidoras potencias marítimas europeas. Había salido tarifando con su soberano natural y se había puesto al servicio de Carlos, el español.

Elcano sí era, desde luego —y bien lo demostró—, un avezado piloto, un extraordinario marino y poseía una indudable capacidad de liderazgo y la determinación necesaria para tomar la decisión más acertada en el momento más difícil. Y por eso fue el primero en circunnavegar el globo y dar la vuelta al mundo. Pues fue él, y ningún otro, quien la dio, aunque no falte quien le atribuya a este o a aquel (los ingleses a Drake) la hazaña, y la suya, la de verdad, se empeñen en no querer recordarla. Y no solo en otras naciones, sino

también, y tristemente para nosotros, en la misma España que le vio nacer.

Magallanes no la dio. No solo no era ese el objetivo de su expedición, sino que tenía la terminante prohibición del rey Carlos de hacer tal cosa. Su misión era encontrar un paso que se llevaba buscando infructuosamente desde el año 1502 —cuando lo intentó el almirante Colón por el istmo de Panamá— para cruzar del Atlántico al mar que había al otro lado, al cual unos años antes había llegado Balboa por tierra. Y eso sí lo consiguió, siendo su descubridor: por eso el estrecho lleva su nombre.

Después de conseguirlo, su misión era ir adelante por aquel océano hasta llegar a las Molucas, las islas de las especias, que valían más que el oro y a las que los barcos portugueses, doblando África por el cabo de Buena Esperanza y prosiguiendo por aguas del Índico, habían logrado llegar; el clavo, la canela y la nuez moscada estaban haciendo del reino portugués el más rico de Europa.

Si los españoles lograban llegar por el otro lado, Carlos ganaría la partida a los portugueses. La faena habría de culminar después de tomar posesión de aquellas islas que, tras la repartición en el Tratado de Tordesillas, entendían que quedaban del lado español, cargando los barcos de especias y regresando por donde habían venido, sin meter quilla alguna en aguas portuguesas. La primera parte de esta segunda tarea casi la concluyó también, pero de ahí no pasó, por la simple razón de que los indígenas de la isla de Mactán acabaron con él. Pero si su imprudencia no le hubiera costado la vida, Magallanes tampoco hubiera dado la vuelta al mundo, porque eso no estaba en sus planes y hubiera significado desobedecer la orden que personalmente, de viva voz y por escrito,

le había dado el rey.

Que es lo que sí se atrevió a hacer Elcano cuando, tras la muerte de Magallanes y de otros capitanes, le fue entregado el mando de la nao Victoria, una de las dos que quedaban. La otra, la Trinidad, quedó al mando de Gonzalo Gómez de Espinosa. Este último hizo lo que tenían mandado: poner proa hacia América, adonde no pudo llegar por más que lo intentó, y sus hombres acabaron por caer prisioneros de los portugueses.

Juan Sebastián Elcano, sin embargo, decidió tomar la ruta prohibida y burlar a las naves portuguesas, aunque al llegar y tener que abastecerse en Cabo Verde estuvieron a punto de ser capturados; de hecho, apresaron a casi la mitad de la tripulación, teniendo los dieciocho que lograron escapar que regresar a Sevilla para, ahora sí, dar la vuelta al mundo y hacerlo saber.

Y ello fue hazaña y obra de Elcano y de nadie más, excepto, claro está, de los diecisiete que culminaron el viaje con él. El rey le concedió honores y le permitió ponerlo como leyenda en su escudo, pero tuvo mala suerte de cara a la posteridad. Entre esos diecisiete viajaba un tal Pigafetta, que era, entre otras cosas, escritor y muy admirador de Magallanes, mientras que le tenía mucha tirria al guipuzcoano. Tanto que hasta se le «olvidó» anotar en su diario que era Elcano quien comandaba la nave que desde las Molucas, por el Índico, hasta doblar Buena Esperanza y Atlántico arriba, acabó por conseguir regresar al sitio de donde partió: Sevilla.

Esa vengativa omisión no le ha dejado de lastrar y, a pesar de estar profusamente documentado y demostrado, el de Guetaria acaba una y otra vez siendo ninguneado. Por ello he decidido incluirlo en esta saga; y aunque se va escribiendo bastante sobre su

peripecia, y algunas muy buenas novelas, como *La ruta infinita* de José Calvo Poyato,5 o *Poniente* de Álber Vázquez,[6] lo han hecho ya, y mejor, también he querido rendirle este humilde homenaje.

Nuestro héroe, que lo fue, nació en la marinera población de Guetaria, donde —he de decirles— fue donde yo, muy de secano y entonces un chaval hijo de emigrantes, vi por vez primera el mar. Fue gracias a la generosa amabilidad de un compañero de colegio que era de allí, de apellido Lazcano (aún lo recuerdo), y a su padre, patrón de un pesquero, quien me hizo feliz dejándome embarcar en él. Comprenderán por ello que a Elcano no le podía dejar de traer aquí.

Juan Sebastián, que tiene una muy visitada estatua allí, vino al mundo hacia 1486 en el seno de una familia a la que no le marchaba nada mal (de los ricos del pueblo, vamos); era el cuarto de ocho hijos, tres de los más pequeños también marineros, como él. De hecho, le acompañaron en su segunda expedición por el Pacífico, durante la cual Elcano falleció.

Su padre murió siendo él aún joven, pero su madre le sobrevivió y, de hecho, la dejó como usufructuaria de sus bienes. Desde pequeño, su sitio estuvo en la mar, y a los veinte años ya era propietario y maestre de una nao con la que sirvió al rey Carlos en sus guerras por el norte de África. Al no recibir la paga comprometida por ello, se arruinó y hubo de venderla a unos comerciantes del ducado de Saboya, con lo que incurrió en delito, pues no estaba permitido vender naves a extranjeros. Por ello se le llegó a tachar de delincuente, algo que el rey, tras su hazaña de dar la vuelta al mundo, le perdonó en 1522.

Tres años antes había partido desde Sevilla, donde había sido

contratado como contramaestre en la nave con la que al final también retornó, la Victoria, aunque a lo largo de la travesía también estuvo en la Concepción con el rango de piloto y maestre.

La flota estuvo compuesta por cinco naves: la Trinidad (la capitana, mandada por el propio Magallanes), la Victoria, la Concepción, la San Antonio y la Santiago (la más pequeña). En total eran unos doscientos cincuenta hombres, de los cuales tres quintas partes eran españoles (la inmensa mayoría castellanos), junto con veintiocho portugueses, un número parecido de italianos, así como griegos, franceses y hasta algún alemán. También iba a bordo un malayo, Enrique, esclavo del jefe de la expedición.

El 10 de agosto de 1519 partieron del muelle de Sevilla y descendieron hasta Sanlúcar de Barrameda, donde se quedaron durante cuarenta y un días. Demasiado tiempo empleado en avituallarse, pero parece que pudo ser porque la flota portuguesa podía estar acechándolos, dispuesta a abortar la expedición. Los lusos parecían saber que su paisano, al que consideraban un traidor, quería llegar a las islas de las especias y estaban dispuestos a evitarlo como fuera. El retraso también pudo deberse a que se esperaba a Juan de Cartagena, que como veedor real venía a ser el segundo al mando y el encargado de vigilar que se cumplieran las órdenes de la Corona.

Los problemas entre él y Magallanes empezaron a aflorar nada más salir a mar abierto y, ya en Canarias, Magallanes fue instado con vehemencia a que revelara el destino al que tenían previsto llegar y que hasta entonces se había reservado para sí y algún otro portugués de su círculo más privado.

El primer incidente, sin embargo, no tuvo origen en estas disputas

entre los dos mandos de mayor rango. El causante fue el maestre de la Victoria por violar a un grumete. Fue condenado a muerte, aunque se pospuso la ejecución hasta llegar a tierra firme. Tras aquello, la tensión entre Cartagena y Magallanes estalló, y este hizo meter en el cepo al español.

Por noviembre ya andaban por las costas brasileñas, y en enero del siguiente año habían llegado a la desembocadura del río de la Plata, la actual Argentina. Tuvieron la esperanza de que pudiera ser aquella la boca del estrecho y enviaron a la Santiago aguas arriba, donde comprobó con decepción que estas eran dulces, y por tanto no había comunicación con el otro mar, pues de haberlo hubieran sabido algo a sal.

El invierno se les fue entre tormentas, cada vez más al sur, pero sin hallar paso alguno. Magallanes ordenó desembarcar en un lugar que se bautizó como San Julián, y allí fue donde explotó con virulencia el descontento de buena parte de los mandos españoles. Este levantamiento estuvo capitaneado por Juan de Cartagena, a quien liberó el capitán de la Concepción, Gaspar de Quesada; este último hirió de gravedad al maestre de la misma nao, Juan de Elorriaga, quien terminaría por morir a causa de las heridas. Otras dos naves —la Victoria y la San Antonio, en la que Elcano iba como maestre, y que justificó su participación en el levantamiento— se sumaron a la rebelión.

Pero Magallanes reaccionó con mucha presteza y revirtió la situación. El alguacil mayor, Gonzalo Gómez de Espinosa, bajo el pretexto de entregar una carta de Magallanes, dio muerte a quien había tomado el mando de la Victoria, Luis de Mendoza, y retomó el barco. La Trinidad hizo fuego contra la San Antonio, y esta, junto a

la Concepción, optó por rendirse.

Magallanes quiso entonces dar un escarmiento ejemplar. Hizo descuartizar el cadáver de Mendoza, y decapitar y trocear también a Gaspar de Quesada por el apuñalamiento de Elorriaga. A Juan de Cartagena le reservó una suerte aún peor.

Ya por las costas de la Patagonia, envió por delante a la Santiago, cuyos tripulantes dijeron haber encontrado a unos nativos de gran tamaño a los que pusieron, por su altura y corpulencia, el nombre de patagones. La nao naufragó, pero lograron salvarse todos sus tripulantes, excepto un esclavo negro que se ahogó. Dos de los náufragos, tras atravesar un río y caminar ciento veinte kilómetros, lograron llegar a la bahía donde estaba la flota para dar el aviso y conseguir que rescataran con vida a todos los demás. Tras quedarse en San Julián durante varios meses, y en pleno invierno patagónico, fue cuando Magallanes dictó la sentencia más terrible contra Cartagena y el clérigo Pedro Sánchez de la Reina por haber apoyado la rebelión: desterró a ambos y los dejó allí abandonados a su suerte —lo que no era sino la peor condena a una muerte por desolación—, y zarpó.

Fue ya casi a finales de octubre cuando llegaron al cabo de las Once Mil Vírgenes (Vírgenes, a secas, hoy), y un poco más abajo es donde dieron al fin con el ansiado estrecho; si bien vieron que iba a ser muy difícil de cruzar. Hubo por ello una fuerte discusión sobre si seguir adelante o regresar a España. Magallanes decidió continuar y se adentraron por él, pero al llegar a una bifurcación y separarse los barcos, la San Antonio dio media vuelta, retornó a la entrada y puso rumbo a España, adonde llegaría el 6 de mayo del año siguiente, 1521.

Solo quedaban tres naves, y con ellas, al fin, consiguieron cruzar merced a un buen viento del Este, pues el dominante del Oeste se lo habría impedido. El 27 de noviembre de 1520 llegaron a mar abierto, al que llamaron océano Pacífico.

Se llenaron de alegría, sin saber que lo peor para ellos iba a comenzar allí. Aquel océano era inmenso, mucho más grande de lo que se suponía, y no parecía tener final. La travesía se hizo eterna y cada vez más angustiosa. Las provisiones se fueron agotando hasta reducirse a nada; tuvieron que comerse los cueros que protegían los palos y considerar una rata como un festín, por la que se llegaba a pagar medio ducado. Las enfermedades —el escorbuto en particular— hicieron estragos. No fue hasta primeros de febrero cuando pudieron desembarcar en una pequeña isla y pescar para conseguir algo con qué alimentarse. Llegarían luego a la de Guam, que ellos llamarían de los Ladrones, pues sus habitantes subían a los barcos y se apoderaban de todo aquello a lo que podían echar mano. Acabaron por robarles un batel. Magallanes hizo desembarcar un pelotón de cuarenta hombres armados que lo recuperó, incendió el poblado y mató a siete indígenas.

Su siguiente escala fue un archipiélago que más tarde sería bautizado por López de Villalobos como Filipinas —eso fue en 1543, en fecha muy posterior— en honor al monarca que ya entonces había sustituido al emperador Carlos, su hijo Felipe II.

En abril, Magallanes llegó a la ciudad de Cebú. El trato con el rey nativo fue amistoso y fueron bien recibidos. Tanto es así que se procedió a evangelizarlos con inusitada rapidez: se bautizó a ochocientos, entre ellos al rey y a la reina. Se erigió una cruz en la plaza y, al enseñarle a la soberana unas imágenes de la Virgen y el

Niño Jesús, esta quiso quedarse con el Niño, el cual se le entregó. La cruz se ha perpetuado allí hasta hoy, y el Santo Niño de Cebú sigue siendo objeto de una extraordinaria devoción.

Luego todo se torció. El rey de Cebú avisó a Magallanes de que en la isla vecina los nativos eran hostiles y querían acabar con ellos. Magallanes, sin querer ayuda ninguna, partió hacia Mactán, y desembarcó con un destacamento de medio centenar de hombres. En la misma playa, y aún con los pies en el agua, sufrieron un feroz y masivo ataque de los indígenas que logró romperles las filas y los derrotó, dando muerte al propio Magallanes.

Junto al capitán general, perecieron otros siete hombres y otros treinta resultaron heridos. El mando de la expedición recayó en otro portugués, Duarte Barbosa. Poco le iba a durar. Enrique, el esclavo de Magallanes a quien este había prometido liberar, se encontró con que nada de eso iba a ocurrir, sino que seguía siendo esclavo. Barbosa lo maltrató llamándole «perro», por lo que Enrique se confabuló con el rey de Cebú, quien arteramente invitó a los españoles a un banquete. Barbosa acudió y, en medio de la comida, un gran número de guerreros cayeron sobre ellos, dando muerte al capitán y a otros veintisiete más. De Enrique ya no se volvió a saber nada.

Los expedicionarios hubieron de embarcar y huir precipitadamente de Cebú. Solo quedaban ya ciento dieciséis hombres y se tuvo que tomar la decisión —al no haber dotación suficiente para navegar los tres barcos— de quemar uno de ellos, por lo que se prendió fuego a la Concepción. Se nombró a Carvalho, otro portugués, como jefe, quedando al mando de la Trinidad; pero Gonzalo Gómez de Espinosa, como capitán, y Elcano, como maestre,

se hicieron cargo de la Victoria, y comenzaron a ganarse la confianza de la mayoría de la flota. La buena noticia es que enseguida llegaron a Mindanao y, de allí, por la isla de Palawan, a Borneo. En julio estaban ya en la ciudad de Brunéi, gobernada por un rajá que les envió mensajeros para que le visitaran. Acudieron Elcano y Espinosa, a quienes subieron a lomos de elefantes, pero tuvieron que hablar con su interlocutor —que no se dejaba ver— a través de una pared. Fueron muy bien atendidos, pero también retenidos, y la situación se volvió difícil; aunque al final consiguieron regresar a los barcos. El golpe de suerte vino cuando el capitán de un junco que abordaron resultó ser el hijo del rey de Luzón, que llegaba a Brunéi para casarse con la hija del rajá; a cambio de unas joyas fue liberado, y al final las dos naves españolas pudieron salir de Brunéi y poner rumbo, sabiendo ya cómo llegar, a las Molucas: las islas del clavo, de la canela, del sándalo y de la nuez moscada a las que tanto ansiaban arribar.

Cada vez más descontentos con el jefe portugués, este fue depuesto, quedando como jefe Espinosa, y Elcano como capitán de la Victoria. En noviembre llegaron al fin a la especiería y comenzaron a cargar sus barcos de las preciadas mercancías. Tidore, gobernada por el musulmán Almansur, con quien trabaron buena relación, se convirtió en su residencia. Las naves se llenaron hasta no caber nada más. De hecho, tenían tanto clavo que al no poderlo embarcar hicieron allí un almacén donde dejaron el sobrante custodiado por un pelotón de hombres para cuando pudieran volver.

Pero los portugueses estaban cerca, llevaban ya diez años por allí y en cualquier momento podían ir contra ellos y hacerlos presos. Sin embargo, supieron que en la cercana isla de Ternate había muerto

hacía poco un antiguo compañero de Magallanes llamado Francisco Serrano, que era quien le había dado la situación de las Molucas y por quien este había emprendido la expedición. Su mujer, su hijo y el portugués que había al mando allí contactaron con ellos y manifestaron su voluntad de unirse a los españoles. Como la flota portuguesa podía aparecer en cualquier momento, decidieron zarpar cuanto antes. Sin embargo, nada más hacerse a la mar, la Trinidad, sobrecargada, comenzó a hacer aguas y hubieron de regresar a Tidore. Los buceadores nativos comprobaron que los daños eran graves y que iba a llevar tiempo repararlos. Fue entonces cuando Espinosa y Elcano decidieron que este último partiría de inmediato y el otro lo haría en cuanto pudiera, pero con rumbos diferentes.

Gómez de Espinosa intentaría volver a las costas americanas para llegar al Darién panameño y, por tierra, llevar el clavo al Atlántico, para embarcarlo desde Portobelo hacia España. Elcano tomó la otra ruta: la prohibida. Navegó hacia el oeste, hacia el poniente. Una trascendental decisión —que supondría la primera circunnavegación del globo— consistente en penetrar ya del todo en aguas otorgadas por el Tratado de Tordesillas a los portugueses, doblar Buena Esperanza y, evitando los puertos para no caer en sus manos, regresar a España.

Lo pasaron realmente mal y estuvieron a punto de perecer. De hecho, solo sobrevivieron treinta de la cincuentena de hombres que quedaba al salir, y tres de los trece indígenas de las Molucas que iban a bordo junto a ellos.

Tras innumerables calamidades, ruptura de palos y desperfectos de todo tipo en la maltrecha Victoria, amén de una creciente mortandad a bordo, consiguieron atravesar el cabo de Buena

Esperanza el 21 de mayo de 1522. Y aunque las penalidades y las muertes prosiguieron mientras iban subiendo hacia el norte por aguas africanas, hambrientos y sin provisiones, llegaron a Cabo Verde y avistaron la isla de Santiago. Elcano decidió que trece hombres desembarcaran para comprar víveres. Al principio todo fue bien; dijeron que venían de América, pero al ir a pagar lo adquirido con clavo fueron descubiertos y apresados. La nao Victoria, que había seguido navegando alrededor de la isla de Santiago, esperando el regreso del batel, se acercó al puerto tras días sin noticias; de inmediato les salió al encuentro un barco portugués que les comunicó la detención de los otros y los conminó a que entregaran el barco. Elcano largó velas y salió a escape.

Así se lo contó en su carta a Carlos I cuando, en ese último momento, todo se pudo truncar:

> Resolvimos de común acuerdo morir antes que caer en manos de los portugueses, y así, con grandísimo trabajo de la bomba, bajo la sentina, que día y noche no hacíamos otra cosa que echar fuera el agua, estábamos tan extenuados como ningún hombre lo ha estado.

En ese tramo final se produjeron los dos últimos fallecimientos: el día 6 de agosto, el del grumete español Andrés Blanco, y el 8, el del marinero francés Esteban Villón. Pero el 6 de septiembre de 1522, tres años después de su partida, llegaron a la Barra de Sanlúcar. Elcano escribió, aún a bordo, su carta a Carlos I, dando cuenta del viaje y de la llegada a la península.

El día 8, la Victoria atracó en el muelle de Sevilla con los dieciocho expedicionarios y tres nativos que habían logrado sobrevivir. La tripulación bajó al puerto portando cirios que habían mandado llevar a bordo para, en procesión, ir a dar las gracias a la Virgen en su

convento de la Victoria y, luego, a la capilla de la Antigua en la catedral.

En las bodegas de la Victoria venían veintisiete mil kilos de clavo que supusieron unos ingresos de 8.680.051 maravedís; y, aun habiendo regresado tan solo un barco y haber costado toda la expedición un total de 8.334.335 maravedís, salió un saldo favorable. Estas cifras dan buena muestra del inmenso negocio que suponían las especias y del porqué el pequeño reino de Portugal se estaba convirtiendo en el más rico de toda la cristiandad.

El rey Carlos respondió rápidamente a Elcano dándole «infinitas gracias», citándole a presentarse ante él con algunos de los que hubieran participado en la travesía y prometiéndole que se encargaría del rescate de los españoles apresados en Cabo Verde, algo que de inmediato consiguió, pues unas semanas después fueron liberados. Las relaciones estaban muy mejoradas tras su matrimonio con Isabel de Portugal.

Elcano se encontró con él en Valladolid y, entre los acompañantes elegidos —a los que añadió a los tres nativos que habían aguantado la singladura—, no estuvo Pigafetta, algo que hizo que este se enconara aún más contra él. Como presente, le llevó una caja donde había muestras de todas las especias que habían recogido, dos aves del paraíso disecadas y, muy importante, un mensaje donde se afirmaba que las Molucas quedaban dentro de la demarcación española del Tratado de Tordesillas. Entregó igualmente todos sus apuntes y libros de la travesía al secretario del Consejo de Invasiones, textos que, desdichadamente, están desaparecidos.

En otra carta posterior, cuyo original se ha logrado reencontrar en el año 2016, Elcano solicitó al rey algunas mercedes de las que se

creía merecedor: ser nombrado capitán mayor de cualquier armada que el rey enviase a las islas de las especias y ser caballero de la Orden de Santiago. No consiguió ninguna de las dos.

Sí que le otorgó una renta vitalicia de quinientos ducados anuales que él no llegó a cobrar, pero parece que su madre sí; pues, al menos, se sabe que se dio la orden de pago de lo que le correspondía cuando volviera de la expedición de Loaísa. Se le concedió también, para él y sus descendientes, un escudo de armas. Dividido en dos partes, en la superior aparece un castillo y en la inferior dos ramas cruzadas de canela, escoltadas por tres nueces moscadas y doce clavos. Como timbre, en la parte superior, hay un yelmo cerrado y, sobre él, un orbe con la leyenda en latín: «Primus circumdediste me» («Fuiste el primero en circunnavegarme»).

Todos los tripulantes supervivientes, incluidos los de Cabo Verde, obtuvieron recompensa. El rey renunció a una cuarta parte del quinto real que le correspondía para que se lo repartieran entre todos ellos, y les eximió de pagar impuesto alguno por lo que hubieran traído en sus cajas personales.

Juan Sebastián Elcano volvió a embarcarse tres años después, de nuevo rumbo a las islas Molucas, en una potente expedición de siete barcos y cuatrocientos cincuenta hombres, de armas en su mayor parte. La intención era tomar el control del territorio que se consideraba español y establecer allí guarniciones.

El mando se le dio a García Jofre de Loaísa, nombrado al efecto gobernador y capitán general de la armada; Elcano se tuvo que conformar con ir como segundo y piloto mayor. Tres de sus hermanos pequeños se alistaron con él; y otros tres hombres que habían hecho con él la vuelta al mundo —Hernando de Bustamante,

Roldán de Argote y el maestre Hans— también le acompañaron.

Pero la expedición fue terrible y acabó en desastre. Para Elcano, el final fue literal, pues en ella pereció. Consiguieron atravesar el estrecho de Magallanes el 26 de mayo de 1526 con no pocas dificultades, pero sin grandes pérdidas gracias a los conocimientos previos de Elcano; hasta ahí llegó su fortuna. En el Pacífico, grandes tormentas separaron la flota. Tres barcos se perdieron: sigue siendo un misterio dónde acabó el San Lesmes; otro, el patache Santiago, logró llegar meses después a un puerto del litoral mexicano; y el tercero, el Santa María del Parral, fue a parar a las islas Sangihe, donde los nativos mataron a algunos de los tripulantes y esclavizaron a los demás.

El escorbuto hizo presa en el resto de la expedición, y antes de poder alcanzar algunas islas donde reponerse, o puede que también por comer algunos un gran pez que resultó letal, acabaron por perecer. Loaísa primero, el 30 de julio, y apenas una semana después, Elcano, al mando de la flota en su triste fin, el 6 de agosto. Había hecho ya antes testamento, que se conserva en el Archivo de Indias, en Sevilla. Quien en su mayor parte lo escribió y firmó como testigo fue un joven llamado Andrés de Urdaneta, fraile luego, y que había de resolver más tarde lo que era una tortura para las naves españolas: el no poder encontrar vientos que les permitieran regresar desde allí a las costas americanas, el famoso *tornaviaje* que acabó por ser la solución y el inicio de la gran ruta comercial que globalizó el mundo —cuyo símbolo fueron los galeones de Manila—. La nave de Elcano —Santa María de la Victoria— sí consiguió llegar, aunque ya sin él, a las Molucas.

El intento de Carlos I de hacer suyo todo aquel territorio decayó.

Acabó por vender, debido a sus apuros económicos, los presuntos derechos sobre esa zona a Portugal, y a la larga se comprobó que, en realidad, según Tordesillas, lo era por derecho también.

Lo que sí floreció, después del tornaviaje, fue la ruta de Filipinas y el comercio con toda Asia —sobre todo con el otro gran imperio, el chino—; eso sí, cruzando por tierra, de Acapulco a Veracruz, el paso de un mar a otro.

Pero esa es otra historia.

38
Isabel de Portugal
(1503-1539)

La más hermosa reina de España

Tuvo y mantiene fama verdadera de haber sido la más hermosa reina, y en su caso también emperatriz, que España ha tenido. Era portuguesa de nacimiento, de ascendencia española, eso sí, y se llamaba Isabel. Como su abuela, pues era nieta de la reina de Castilla y del rey de Aragón, católicos los dos, y como tal para siempre apodados.

Sus abuelos también lo eran de su augusto marido, Carlos I de España y V de Alemania; o sea, que Isabel era prima hermana de su esposo. Aquella costumbre fue norma casi de obligado cumplimiento en la casa de Austria y acabó trayéndoles con el tiempo problemas muy serios: no solo una mandíbula prominente, sino taras bastante peores.

De la belleza de Isabel de Portugal, hija del rey Manuel I y de María de Aragón, han quedado pruebas fehacientes tanto en los lienzos como en las crónicas. El maravilloso retrato de Tiziano y, no muy a la zaga, el de Leoni, siguen despertando admiración hoy en

día, y no solo por la maestría de sus autores. Aunque, como siempre, tiene que haber algún maledicente, se dice que el maestro italiano, por orden del emperador, retocó ligeramente la nariz de la soberana. La tuviera como aparece en el cuadro o algo más aguileña, como quiso propalar la murmuración, lo cierto es que nadie puede negar que poseía una belleza serena e impactante.

Pero la reina Isabel no fue solo hermosa y gentil. Fue también una monarca avisada, prudente y extraordinariamente eficaz, y ejerció sus responsabilidades con notable acierto. No falta quien sostenga incluso que salvó a su marido de más de un aprieto, que sostuvo su imagen y su corona en los momentos difíciles, y que contribuyó decisivamente a convertirlo en un auténtico monarca español. Y no era cuestión menor, porque al principio muchos de sus súbditos no le veían así, y no sin razón, lo que le ocasionó más de un disgusto, hasta que corrigió el rumbo y enderezó el paso. Ahí está, por ejemplo, el episodio de los comuneros. E Isabel, que había heredado de su abuela el temple, la inteligencia y la capacidad para afrontar con energía y tino las situaciones más peliagudas, tuvo mucho que ver en ello.

Porque Isabel de Portugal fue una reina que reinó de verdad. Durante los trece años que duró su matrimonio con Carlos —celebrado en el alcázar de Sevilla el 11 de marzo de 1526, cuando ella tenía veintidós años y él ya había cumplido veintiséis—, el emperador hubo de recorrer sin descanso sus vastos dominios por Europa y el norte de África, ocupado en guerras, campañas y asuntos de gobierno. En sus largas ausencias de la península, que fueron más prolongadas que sus estancias en ella, era Isabel quien tomaba las riendas y las mantenía firmemente sujetas. Los

historiadores coinciden en señalar que sus sucesivas regencias —entre 1529 y 1533, en 1535-1536 y nuevamente entre 1538 y 1539— no solo resultaron beneficiosas para el reino, sino que contribuyeron a mantener a España algo más al margen de los problemas del Sacro Imperio, que, a decir verdad, proporcionó abundantes quebraderos de cabeza y todavía mayores quebrantos de hacienda.

Sin embargo, aquel matrimonio no tuvo un comienzo fácil, a pesar de que la infanta portuguesa, bajo los auspicios de su madre —y quizá también por influencia de su abuela—, casi se considerara predestinada a él. Y de que la idea, dicho sea de paso, le entusiasmaba una barbaridad.

La alianza con Portugal había sido siempre uno de los objetivos esenciales de la Reina Católica. Para lograrla, casó a su hijo mayor, Juan, con una infanta portuguesa que, si hemos de creer la leyenda, sucumbió a la fogosidad amorosa del príncipe. Fracasado aquel enlace, Isabel no cejó en su empeño. Al final, el rey Manuel I de Portugal acabó siendo esposo, sucesivamente, de tres infantas españolas: las dos primeras, Isabel y María, eran hijas de los Reyes Católicos —María sería precisamente la madre de la futura emperatriz—. La tercera esposa fue Leonor, nieta de los Reyes Católicos y hermana de quien después sería el marido de Isabel de Portugal, Carlos V.

Un lío, vamos. Pero, por lo visto, algo bastante normal en aquellos tiempos y en aquellos círculos. Eso de que tu padre hubiera estado casado con la hermana de tu marido no parecía llamar demasiado la atención entre las familias reinantes. Yo, desde luego, ya me he liado; y sospecho que ustedes también.

A pesar de las intenciones castellanas y de la propia interesada, al principio la cosa se torció. Los consejeros flamencos tuvieron de entrada más influencia y eran más escuchados por el joven Carlos —al cabo, no era precisamente la lengua española la que este sabía mejor—, y estos preferían una alianza con Inglaterra, por más que los castellanos y sus levantiscas Cortes y comunidades fueran acérrimos partidarios de la portuguesa, que por algo era Portugal —cuya flota era la única que podía competir con la castellana en el Atlántico y ultramar— el reino más rico de la cristiandad, señores de la ruta de las especias (la mostaza valía más que el oro), y el mejor aliado que podía tenerse contra los berberiscos. Se impusieron los flamencos, aunque algo hubieron de respetar los deseos de los autóctonos. Así que se casó al ya anciano rey Manuel y a su hijo con dos hermanas de Carlos: la mayor (la ya citada Leonor) con el padre, y se acordó que la menor, Catalina, se casaría con su heredero, el luego rey portugués Juan III. Pero se desdeñó para Carlos a la Isabel portuguesa y se le adjudicó otra prima, nieta también de los Reyes Católicos: la inglesa María Tudor, hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, apenas una niña entonces, porque a los flamencos les interesaba más romper la alianza de Francia con Inglaterra.

La primera parte del convenio llegó a buen puerto y al tálamo; pero la segunda —que, además, disgustó bastante a los portugueses y, según dicen, aún más a la descartada— se frustró. Aunque, a la postre, María Tudor se casaría muchos años más tarde con un español y sería la primera esposa —siendo ella ya bastante mayor— del joven príncipe e hijo mayor de Carlos e Isabel: Felipe II. ¡Qué cosas y vueltas tiene y retuerce la historia!

Para que Isabel volviera a tener una nueva oportunidad, hubo de morir su padre, don Manuel, en el año 1521. Tras subir al trono su hijo Juan III, se llevó a efecto al año siguiente la boda con la hermana menor de Carlos, Catalina. Entonces ya sí, menguada bastante la influencia flamenca y dejada atrás la guerra comunera, los deseos castellanos se impusieron: la boda del ya emperador Carlos V y la bella Isabel de Portugal se comenzó a preparar, y finalmente se celebró, tras acordarse en 1525, al año siguiente, en territorio español. Tuvo lugar el magno acontecimiento en Sevilla, entonces la más floreciente ciudad —y no es en absoluto una exageración— de todo el mundo. El hecho de que de allí hubieran de partir y hasta allí hubieran de arribar las flotas de Indias había convertido la ciudad en el lugar al que tenía que ir todo aquel que buscara fama, gloria, negocio, dinero y poder.

Fue una boda por interés político y conveniencia económica. La novia, que era rica en dineros, aportó novecientas mil doblas de oro, mientras que el novio, que lo era en territorio y poder, otorgó rentas de ciudades (entre ellas, Albacete y Alcaraz) y una cantidad en oro tres veces menor, trescientas mil doblas, tras hipotecar nada menos que tres de las ciudades más importantes de Jaén: Úbeda, Baeza y Andújar.

Pero resultó también ser un matrimonio de amor y por amor, que trajo a ambos felicidad, prontos herederos al reino, la mejor de las compañías cuando podían estar juntos y el mejor sostén para el gobierno de España cuando el rey tenía que ausentarse.

Carlos había tenido no pocos devaneos y varios hijos durante su soltería, y volvió a tenerlos en su viudedad, pero mantuvo una gran lealtad a su esposa, de la que siempre y para siempre quedó

enamorado. No quiso volver a casarse tras su muerte, y su recuerdo fue tan perdurable que, tras caer inicialmente en una profunda depresión de la que logró recuperarse, la melancolía por su ausencia no dejaba de asaltarle. Es bien conocido que, en su retiro final en Yuste, el cuadro que siempre estuvo a su vista, y ante sus ojos cuando la muerte le alcanzó, era el más hermoso retrato de Isabel.

El matrimonio no pudo tener mejor inicio. La pareja dedicó tras la boda un buen tiempo a recorrer Andalucía, instalándose al final en la Alhambra granadina, de la que quedó prendada la emperatriz, donde permanecieron varios meses y a la que le gustó mucho volver.

Fue una reina fértil, algo que se tenía en mucha estima por ser la trascendental y primera misión de una reina dar descendencia al trono. En sus trece años de matrimonio tuvo cinco hijos, aunque el único varón en sobrevivir a la infancia fue el mayor, Felipe II, y dos abortos, al segundo de los cuales, acaecido en el palacio de Fuensalida en Toledo, no pudo sobrevivir.

La postración de Carlos fue tal que, tras retirarse angustiado a un monasterio, encomendó a su hijo Felipe, un niño aún, que encabezara la comitiva fúnebre que llevara sus restos a Granada, donde había elegido ser enterrada a buen seguro, amén de por otras cosas, por el recuerdo de aquellos sus primeros tiempos casada con quien ella desde niña quiso hacerlo, y al que ya desposada amó con devoción, entrega y lealtad. Dirigió la comitiva fúnebre un noble caballero de la corte de muy ilustre nombre y rango, Francisco de Borja, joven duque de Gandía, casado con Leonor de Castro —portuguesa e íntima amiga de la emperatriz—, quien se dijo que andaba platónicamente enamorado de la reina. Al llegar a su destino, era preceptivo —y así lo reclamaron los Monteros de

Espinosa, el cuerpo de la Guardia Real más antiguo de Europa, que no habían descuidado su vigilancia ni un instante— abrir el ataúd. Al aparecer el cuerpo, muy descompuesto por el tiempo transcurrido y el elevado calor del viaje, se dice que Francisco de Borja juró: «No volveré a servir a señor que se me pueda morir». Y lo cumplió. Al fallecer no mucho después su propia esposa, tomó los hábitos e ingresó en la Compañía de Jesús, recién creada por Ignacio de Loyola. Logró, además, ser elevado a los altares, igual que el santo vasco. Hoy es san Francisco de Borja. Hasta ese punto alcanzó a lograr, en cierta manera, a la hermosa y gentil Isabel.

39
Antonio de Mendoza y Pacheco

(c.1491-1552)

El primer virrey de las Américas

Se crio en la Alhambra, jugó de niño en los jardines del Generalife, hablaba árabe, vestía a la morisca, tuvo simpatías comuneras, como su hermana María, fue fiel servidor luego del emperador Carlos V y pacificador de la Nueva España y del Perú. Ejerció al tiempo como guerrero y diplomático, y fue muy leído y culto, inteligente, avisado y ambicioso, siempre preocupado por el engrandecimiento de su familia.

Era, por todo ello, el perfecto prototipo de Mendoza, digno heredero de su bisabuelo, el marqués de Santillana; de su tío abuelo, el Gran Cardenal; y de su padre, Íñigo López de Mendoza, primer alcaide de la Alhambra y de Granada. De todos aprendió y a todos se pareció en defectos y en virtudes.

Nació en Mondéjar (Guadalajara), provincia solar y predio de su todopoderosa familia. Era hijo del Gran Tendilla, y de su segunda esposa, Francisca Pacheco y Portocarrero, de no menor linaje y poderío, pues era hija del marqués de Villena y duque de Escalona.

Pasó su niñez en Granada y en la Alhambra, absorbiendo los dos mundos que allí coexistían. Cuando fue enviado a casa del marqués de Denia para instruirse en las letras y la milicia bajo la tutela del humanista Pedro Mártir de Anglería, su padre hubo de advertirle que procurase usar, durante el viaje y la estancia, ropas castellanas.

Era el segundo de los hijos varones, pero su padre sintió por él una marcada predilección. El primogénito varón era Luis y, por ello, fue quien sucedió a su padre a su muerte como capitán general de Andalucía y como cabeza de familia en 1515. Antonio tuvo seis hermanos, muchos de los cuales destacaron de una u otra manera. Luis, además de los cargos heredados, fue consejero de los Reyes Católicos y más tarde del emperador Carlos V, con quien mantuvo una gran cercanía; también fue presidente del Consejo de Indias. Diego Hurtado de Mendoza fue el más culto de la familia, embajador y gran poeta. Estudios recientes le atribuyen la autoría del *Lazarillo de Tormes*. Francisco llegó a ser cardenal; Bernardino, capitán de las galeras del Mediterráneo; y María Pacheco, esposa del comunero toledano Juan de Padilla, pasaría a la historia como símbolo de lealtad y valentía.

Antonio aprendió junto a su padre las dificultades de gobernar entre culturas, religiones y costumbres diferentes, e incluso enfrentadas, así como la necesidad de combinar templanza y firmeza a partes iguales. Ingresó muy joven en la Orden de Santiago y su padre le consiguió el título de comendador de Socuéllamos en 1510. En 1513 fue nombrado regidor del cabildo de Granada.

A la muerte de su progenitor, y una vez que su hermano heredó la jefatura de la casa, Antonio permaneció a su servicio. Fue precisamente Luis quien, como capitán general de Andalucía, tras la

muerte del Rey Católico, proclamó en la Alhambra a Carlos como rey para que ocupase el trono junto a su madre, Juana. Antonio de Mendoza fue el encargado de viajar a Bruselas para encontrarse con él y trasladarle la lealtad de toda la familia. De paso, consiguió que el rey Carlos confirmara a Luis en la Capitanía General andaluza. Después acompañó al monarca en su desembarco en España, en Tazones, y en su llegada a Villaviciosa el 2 de octubre de 1517.

Se casó en 1518 con Catalina de Vargas y Carvajal, hija de Francisco de Vargas, contador mayor de los Reyes Católicos, con quien tuvo tres hijos. El mayor, Íñigo, desarrolló una importante carrera militar hasta que la muerte le alcanzó —porque también en las victorias perecen los vencedores— en la batalla de San Quintín (1557), cuando su padre ya había fallecido. El segundo hijo, Francisco, fue marino, acompañó a su padre en Nueva España y el Perú, y más tarde combatió en el Mediterráneo junto a su tío Bernardino. La tercera fue Francisca.

Poco después de su boda comenzó para Antonio de Mendoza un periodo de dudas, problemas y hasta contradicciones. Los Mendoza, encabezados por el duque del Infantado, apoyaban al rey Carlos, pero —como hemos visto— al estallar la rebelión comunera, no fueron pocos los miembros de la familia que manifestaron simpatías por esta. Notoria y vibrante fue la de su hermana María en Toledo, pero también la del propio primogénito del duque, el conde de Saldaña, en Guadalajara. Sofocada la revuelta alcarreña, volvió al redil, fue perdonado y acabaría heredando el ducado.

Antonio de Mendoza atravesó una peripecia semejante. En su calidad de procurador por el cabildo de Granada en las Cortes de Valladolid de 1518, y pese a su relación con el rey, apoyó al doctor

Zumel y votó en varias ocasiones contra las pretensiones de Carlos, para gran disgusto de su hermano mayor. En la guerra de las Comunidades, la villa de Socuéllamos, de la que era comendador, resultó la única de toda la Mancha que se opuso a las tropas reales.

Pero su veleidad comunera duró poco. Cuando el cabildo granadino quiso enviarle de nuevo a las Cortes de Santiago al año siguiente, la familia le llamó al orden y él acató la advertencia. Y no solo eso: junto a su hermano combatió a los comuneros en la batalla de Huéscar, donde comandó una tropa de cuatro mil moriscos. Castigó con dureza a los cabecillas vencidos, aunque sus buenos oficios consiguieron cierta benevolencia para el resto.

Parecía que el asunto había quedado resuelto cuando volvió a torcerse. Su hermano Luis le envió, junto a Bernardino, a defender los intereses de otra de sus hermanas —la mayor, también llamada María—, casada con el conde de Monteagudo. Este había partido hacia Flandes dejando como alcaide de Almazán a Juan Garcés de Ágreda, quien negó a los Mendoza la entrada en la villa. Los hermanos respondieron atacando con extrema dureza, utilizando fuego de alquitrán. Garcés fue apresado, torturado y finalmente ajusticiado. Como consecuencia, Antonio de Mendoza acabó procesado y condenado a un año de destierro en la sede de su orden, Uclés. Aprovechó aquel castigo para residir en Socuéllamos y rehabilitar el convento de la encomienda santiaguista. Para entonces, sin embargo, Carlos ya no contaba demasiado con él, ni tampoco con su familia.

Todo cambió en 1526, en parte gracias a la esposa de Carlos V, la bellísima Isabel de Portugal. El emperador se casó con ella aquel año en Sevilla y, tras la boda, emprendieron un viaje por toda Andalucía

para conocer una región que se había convertido en pieza clave del entramado imperial y del comercio con América. Cuando llegaron a Granada, acabaron permaneciendo allí más de seis meses.

La hospitalidad de los Mendoza —del capitán general Luis y sus hermanos— y el arrobo de la emperatriz ante la belleza de la Alhambra los reconciliaron con el rey Carlos. Ese mismo año, el monarca nombró a Antonio embajador en Hungría y Bohemia, territorios esenciales en el entramado de los Habsburgo, pues allí gobernaba su hermano menor, Fernando, criado en Medina del Campo. Al año siguiente otorgó el mismo cargo a Diego en la esplendorosa Venecia. El primogénito de la familia vio aumentado su rango nobiliario con la concesión de la grandeza de España y, por último, Bernardino obtuvo en 1535 el mando de La Goleta y de las galeras del Mediterráneo.

Las misiones reales encomendadas a Antonio no cesaron desde entonces. De hecho, antes de partir hacia Hungría hubo de pasar por Londres para entrevistarse con Enrique VIII y lograr su apoyo contra Francia. A Fernando le llevó cartas de crédito del emperador por una importante suma de dinero destinada a afianzar su posición, estableciendo además una relación de amistad personal con él. Conscientes de la amenaza turca que se cernía sobre aquellos territorios, Antonio regresó a Madrid para alertar de la situación y solicitar nuevas ayudas frente al creciente peligro otomano.

La siguiente misión tuvo lugar en Hornachos. Para entonces, ya le precedía la fama de pacificador y de buen conocedor del mundo morisco. Allí se sucedían los disturbios, y los castigos no hacían sino agravarlos. Consiguió apaciguar la situación y comenzó a pensarse en él para un cometido hasta entonces impensable. La emperatriz

Isabel, que le había tomado especial aprecio durante su estancia en Granada, le consideraba la persona más adecuada por su capacidad de entendimiento y su mesura ante mundos diferentes. Lo que sabía hacer con los moriscos en España bien podría hacerlo también con los indígenas americanos.

Fue ella quien por primera vez le llamó a la corte y, en nombre del rey, le ofreció trasladarse a América. Sin embargo, la coronación imperial se cruzó en el camino y Antonio acabó convirtiéndose en enlace y hombre de confianza entre los dos esposos reales hasta que aquella pudo celebrarse. Asistió a la ceremonia en Bolonia el 24 de febrero de 1530. Desde allí hubo de partir de nuevo hacia Innsbruck para un nuevo encuentro con el hermano del emperador, Fernando.

Fue ya en 1531 cuando volvió a ser llamado por la ya emperatriz y se le ofreció el virreinato de Nueva España. Pero tampoco entonces pudo concretarse el nombramiento, pues antes hubo de acompañar al emperador a Hungría en su campaña contra los turcos y en las negociaciones que desembocaron en la paz de 1532. Solo después discutió con la emperatriz y sus consejeros los términos de la misión que se le encomendaba.

En aquellas deliberaciones participó también el obispo Zumárraga, llegado expresamente desde México, cuyos informes habían suscitado una seria preocupación en la Corona. El nombramiento no se hizo efectivo hasta 1535. Las atribuciones que se le concedían eran las de virrey, con plenos poderes, a las que se sumaban los cargos de gobernador, capitán general de Nueva España y presidente de la Real Audiencia de México. Toda autoridad existente en aquellos territorios quedaba, por tanto, subordinada a la suya.

Antonio de Mendoza preparó su viaje a conciencia, llegando a Veracruz en septiembre de 1535 y haciendo entrada en la ciudad de México el 14 de noviembre, donde fue recibido con arcos triunfales, pero donde le esperaban los mayores problemas.

Hernán Cortés, el conquistador, había regresado y se había establecido allí como marqués de Oaxaca. Proseguía sus campañas hacia el norte y deseaba extenderlas también por el Pacífico. Sin embargo, chocaba con numerosas oposiciones y, en particular, con la inquina de Nuño Beltrán de Guzmán, gobernador de Nueva Galicia, fundador de Guadalajara y acusado de cometer continuas atrocidades contra los indígenas, alimentando con ello las rebeliones. Para completar el cuadro, Francisco de Montejo gobernaba Yucatán, y Pedro de Alvarado, asentado en Guatemala, también disputaba con él espacios de poder e influencia.

El virrey llegaba además con instrucciones muy precisas en materia de evangelización, conversión y trato a los indígenas, así como con el mandato de prestar especial atención a las autoridades eclesiásticas. Todo ello estaba contenido en las veinticuatro instrucciones dictadas por la Corona y firmadas por el rey Carlos. Iban desde las cuestiones más urgentes y esenciales hasta las más minuciosas, pero de todas debía ocuparse.

Entre ellas figuraban la creación de una casa de la moneda para acuñar piezas de vellón y plata; la elaboración de una relación detallada de los conquistadores que seguían vivos, su situación y si eran o no merecedores de cargos o repartimientos; otra semejante sobre los caciques indígenas, su disposición hacia la Corona y la posible existencia de riquezas ocultas. También debía informar sobre la apertura de nuevas minas de oro y sobre la eventual necesidad de

importar esclavos negros. Se le ordenaba remitir una relación del número de corregidores, la forma en que habían sido nombrados, y los haberes y rentas que percibían. Lo mismo debía hacerse con los religiosos, comenzando por los obispos, así como con los límites de sus diócesis.

Las instrucciones incluían también la construcción de fortalezas y nuevas poblaciones. El propio Mendoza fundó una de ellas, Valladolid, la actual Morelia. Se hacía especial hincapié en la elaboración de un informe sobre la situación de los indígenas y sobre los medios empleados en su gobierno y protección, de manera que «cesasen las muertes y robos y otras cosas indebidas hechas en la conquista y en cautivar y haber por esclavos a los indios».

El virrey debía aprobar las bulas y los breves pontificios, así como ser informado preceptivamente de los nombramientos y destinos de sacerdotes y frailes. También le correspondía, en su condición añadida de gobernador, ocuparse de los ingresos y gastos de la Real Hacienda, de las obras públicas y de la explotación de los recursos del territorio. Como presidente de la Audiencia, ejercía además la máxima autoridad judicial.

A todas estas tareas se entregó con diligencia, e incluso con alguna añadidura. Y no fue la menor procurar que la población indígena conociera las leyes, especialmente aquellas que la favorecían. Para ello ordenó que se tradujeran a sus lenguas y fueran leídas públicamente en plazas y lugares de reunión. El propio virrey dio ejemplo de esta práctica en la ciudad de México, en presencia de la Audiencia.

Su primer gran acto de gobierno fue llamar a México y someter a juicio de residencia al gobernador de Nueva Galicia, Nuño Beltrán de

Guzmán. Este intentó sustraerse al proceso alegando incluso razones de paisanaje alcarreño, pero hubo de responder a graves acusaciones de corrupción y malos tratos a los naturales. Los cargos quedaron plenamente probados. Nuño fue enviado preso a Castilla, y acabaría sus días en prisión en 1538.

En 1537 había llegado a la capital mexicana, tras su increíble periplo, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, acompañado de los otros tres únicos supervivientes de la expedición de Narváez a la Florida: Castillo, Dorantes y Estebanico. La noticia de un fabuloso e inexplorado reino situado al norte impulsó al virrey a promover diversas expediciones hacia aquellas tierras, entre ellas la de Vázquez de Coronado, que acabaría llegando hasta el Gran Cañón del Colorado.

Durante su mandato comenzó a funcionar la primera imprenta del continente. Fue instalada en Ciudad de México en 1539 por Juan Pablos, quien, aunque natural de Brescia, se había formado en aquel arte en el taller sevillano de Juan Cromberger.

También se fundó el Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco, destinado a la educación de los indígenas nobles, en cuya labor colaboró fray Bernardino de Sahagún. A este se sumaron otros centros, como el de San Juan de Letrán, para indios y mestizos, y el de La Concepción, destinado a mujeres. Asimismo, se emprendieron numerosas obras públicas que mejoraron las condiciones de la Ciudad de México, que continuaba edificándose a marchas forzadas. Mendoza impulsó el acondicionamiento de los muelles y de los edificios de la aduana, además de reforzar las defensas del puerto de Veracruz. Por aquellos años, inició también las gestiones encaminadas a crear la primera universidad de México.

En cuanto a la expansión de los dominios españoles, avanzó en la conquista de Yucatán, aunque con una fuerte resistencia indígena. Finalmente, el territorio quedó sometido, al igual que Guatemala, donde Francisco de Montejo logró hacerse con el mando tras la marcha de Pedro de Alvarado.

Fueron igualmente trascendentales las exploraciones marítimas en busca de nuevas rutas hacia el Pacífico y de posibles pasos hacia el norte. Mientras tanto, atravesando el océano por la ruta descubierta por Magallanes, Ruy López de Villalobos llegó al archipiélago que el navegante portugués había denominado San Lázaro y que comenzó entonces a ser conocido como Filipinas, en honor del infante heredero, don Felipe. Mendoza envió también socorros, por medio de hombres vinculados a Cortés, a la expedición de Loaísa, en la que participaba Andrés de Urdaneta.

En 1543, tras una reunión del Consejo Real, el rey Carlos promulgó nuevas leyes para regular el trato dispensado a los pobladores de las Indias y nombró visitadores encargados de aplicarlas. La iniciativa acabaría revelándose poco menos que imposible. Los encomenderos no estaban dispuestos a renunciar al trabajo forzoso de los indígenas, y la excepción que permitía esclavizar a los prisioneros capturados en guerras contra los «alzados» se convirtió en un amplio coladero. El intento terminó fracasando ante la oposición frontal de muchos conquistadores.

Peor que todo ello fue la peste, que asoló gran parte del territorio y provocó una mortandad devastadora, reduciendo drásticamente la población indígena. El virrey hizo cuanto estuvo en su mano para combatirla, aunque los remedios de la época eran escasos. Entre otras medidas, promovió la creación de nuevos hospitales. Cuando

finalmente la epidemia remitió, sus consecuencias demográficas y económicas resultaron terribles.

Las malas noticias comenzaron a llegar entonces desde el Perú, donde Gonzalo Pizarro, el menor de los hermanos, se había sublevado contra la Corona. El hijo del virrey, Francisco, se puso al frente de un ejército para acudir en auxilio de las autoridades reales. En agradecimiento por los servicios prestados, el rey concedió a la Ciudad de México el título de «muy noble, insigne y leal».

Al año siguiente, la salud de Antonio de Mendoza sufrió un grave quebranto. Un ataque de apoplejía le incapacitó para el gobierno, responsabilidad que delegó en su hijo Francisco, quien demostró notable acierto en el desempeño de sus funciones. Algunos personajes influyentes escribieron entonces a la corte solicitando que se le confirmara en el virreinato, lo que habría dado lugar a una suerte de herencia dinástica de padre a hijo. La posibilidad alarmó al Consejo de Indias, presidido por su hermano Luis, que se opuso de plano.

El descubrimiento de las fabulosas minas de Zacatecas supuso una enorme inyección económica para el virreinato y puso de manifiesto un error de cálculo de los encomenderos, a quienes Mendoza había ofrecido sustituir su condición por la de propietarios. No aceptaron la propuesta y terminarían lamentándolo.

Pero la situación en el Perú seguía enquistada y la guerra civil no cesaba. Fue entonces cuando el rey Carlos ordenó a Mendoza abandonar el virreinato de Nueva España, al que fue destinado Luis de Velasco, para hacerse cargo del de Lima. La decisión coincidía además con las especulaciones que circulaban en la corte acerca de la supuesta ambición de Mendoza de instaurar una gobernación de

carácter hereditario en Nueva España.

Aunque ya muy mermado de fuerzas, su presencia resultó beneficiosa desde el primer momento, «por la buena fama que ya tenía en el Perú de varón de gran modestia, estudioso, sabio y rudentísimo». Era un hombre de edad avanzada, fatigado y enfermo. Pese a ello, «comenzó a gobernar y presidir en la Audiencia, procuró tratar y entender de todas las cosas y negocios para en todo proveer con maduro consejo», arrancando al cuerpo unas energías que ya apenas le quedaban.

Aun así, logró realizar una primera visita general del virreinato, cuyos resultados envió a la corte por medio de su hijo. También alentó a Juan Díez de Betanzos a redactar su crónica *Suma y narración de los incas*, considerada la primera gran descripción del territorio peruano, de las costumbres indígenas y de la historia del Imperio del Tahuantinsuyo.

Sin embargo, los enfrentamientos entre los españoles continuaban. Hubo de hacer frente a un nuevo levantamiento en Cuzco, que concluyó con la decapitación de sus tres principales cabecillas.

Muy enfermo, siguió despachando asuntos de gobierno a diario, pero poco más tiempo le quedaba ya para emprender nuevas empresas. A menos de un año de su llegada a Lima, falleció el 21 de julio de 1552. La petición formulada por la Audiencia de Lima y por la ciudad de Trujillo para que su hijo fuese nombrado sucesor fue rechazada de inmediato. No estaba el rey de España dispuesto a tolerar la aparición de nuevas dinastías «reinantes» en sus dominios.

Tras una solemne ceremonia en la catedral de Lima, Antonio de Mendoza fue sepultado en su sacristía.

40
Francisco de Orellana
(1511-1546)

El descubridor del Amazonas

En la fachada de la catedral de Quito —muy hermosa, por cierto—, hay una placa que proclama con mucho y bien fundado orgullo que el Amazonas se descubrió, exploró y se recorrió hasta su desembocadura desde allí, desde Ecuador, nación que pocos relacionan con el río más caudaloso y la selva virgen más extensa de la Tierra.

Fue desde aquella gobernación de Quito, dependiente entonces del Perú, desde donde salió la expedición que acabaría por dar con el poderoso Amazonas. Iba comandada por el más pequeño, y muy bravo, de los hermanos Pizarro, Gonzalo, que a la postre acabaría levantándose, y no sin que le faltaran razones, contra la Corona.

Pero él no sería el descubridor del gran río, pues ese honor le correspondería a su segundo, Francisco de Orellana. Aunque, en realidad, ni Pizarro ni él iban buscándolo. Los españoles seguían intentando dar con las codiciadas especias que no aparecían por ningún lado, y su objetivo era llegar al País de la Canela. No dieron

con él, pero Orellana sí dio con el río, por el que navegó hasta su desembocadura, aportando pruebas al mundo de su existencia e inmensidad.

Francisco de Orellana había tenido relación con los Pizarro desde niño. No solo eran todos de la misma ciudad extremeña de Trujillo, sino que tenían parentesco, aunque algo lejano, tanto con Francisco —el bastardo y conquistador del Imperio inca— como con los hijos legítimos encabezados por Hernando. Y el más parejo en edad, y con quien había jugado por las calles y los campos trujillanos, era Gonzalo, que había nacido tan solo un año antes que él, pues lo trajeron al mundo en el año 1511.

Fue aquella amistad y parentesco —alentada por la irresistible atracción de las Indias, sobre todo en quienes buscaban escapar de las penurias y lograr gloria y fortuna— la causa de que participara con ellos en la conquista del Perú, donde destacó por su valor, lealtad y prudencia. Este último rasgo de su carácter hizo que no despilfarrara la parte del cuantioso botín que le tocó en el reparto, ni volviera a España a exhibirlo como casi todos, sino que supo guardarlo y hasta sacarle fruto, convirtiéndose en uno de los conquistadores más ricos de la época. Su valor le costó perder un ojo en la toma de Puerto Viejo (1535) y su tino sirvió para fundar, al fin y en el sitio adecuado, la ciudad de Guayaquil (Santiago de Guayaquil) en 1537, que había sido destruida por los indígenas.

Demostró su lealtad hacia los Pizarro en su disputa con Almagro, a pesar de su primera derrota en Abancay (en el Cuzco) por la traición del lugarteniente de su tropa, Pedro de Lerma, y la prisión de Hernando, Gonzalo y Alonso de Alvarado. Este último logró fugarse, y Almagro aceptó un gran rescate en oro por los otros dos.

Fue un gran error por su parte. Una vez liberados, y reforzados por una tropa enviada desde Lima por Francisco Pizarro en la que iba Orellana, la revancha llegó en las Salinas en abril de 1538, donde los almagristas fueron derrotados, Lerma y otros cabecillas resultaron muertos. Diego de Almagro fue apresado y, tras un juicio de tres meses, ejecutado. Sus partidarios iniciaron tras ello una guerra civil de quince años de duración en la que murió asesinado Francisco Pizarro (1541).

Francisco de Orellana fue enviado al norte, al actual Ecuador, y nombrado teniente de gobernador de Guayaquil (1538), cargo que ejercía cuando Gonzalo de Pizarro fue encumbrado como gobernador en Quito en 1540 (región que había sido conquistada años antes por Sebastián de Benalcázar). Gonzalo llegó con la misión de realizar una expedición hacia las selvas del interior, hacia el Oriente, en busca de dos mitos que entonces se tenían por cercanas realidades: el Dorado y el País de la Canela.

Gonzalo de Pizarro partió en febrero de la pequeña población vecina a Quito, Guápulo —donde, por cierto, está ahora la espléndida residencia de la embajada española—, al frente de una tropa numerosa, bien pertrechada y avituallada. Estaba compuesta por unos doscientos españoles a caballo y numerosos perros, apoyada por cuatro mil indios con toda la impedimenta, la cual consistía esencialmente en una «despensa viva», pues llevaban con ellos reatas y piaras con centenares y acaso millares de cerdos para su manutención. Orellana, pagando una tropa de su propio bolsillo —ahí comenzó a gastarse su «tesoro», pues le costó cuarenta mil pesos de oro—, se unió a ella en marzo con veintitrés hombres a caballo tras darles alcance, y se convirtió en el segundo al mando.

El camino estaba siendo penoso. Primero, soportaron un gran frío y mal de altura, al tener que atravesar los Andes, y luego se metieron en el infierno verde de las selvas, cada vez más asfixiantes según iban descendiendo. Las provisiones se fueron agotando rápidamente y las enfermedades hicieron estragos cuando, casi un año después, llegaron a las orillas del río Coca sin haber hallado nada de lo buscado, y sin tan siquiera dar con lugares habitados, sino rodeados por la maraña verde y casi impenetrable de la selva.

Hoy se levanta allí la ciudad Francisco de Orellana, en la actual provincia también bautizada como Orellana, aunque lo cierto es que la gente conoce a la población como Coca, y así figura hasta en los luminosos de su aeropuerto.

Al llegar a aquel lugar, quedaban ya poco más de ciento cuarenta españoles de los doscientos veinte que habían partido, y solo mil indios de los cuatro mil que comenzaron la marcha.

Decidieron construir un bergantín, el San Pedro, para trasladar en él a los más perjudicados y los suministros. Este iría aguas abajo, mientras que el resto procuraría seguir la ruta por la orilla. Así llegaron al río Napo, y por él siguieron descendiendo hasta su confluencia con el Aguarico donde, sin poder conseguir comida alguna —tan solo algún pescado—, se encontraron ya con las provisiones completamente agotadas.

Gonzalo de Pizarro ordenó entonces a Orellana que, con cincuenta y seis hombres bien armados con arcabuces y ballestas, descendiera en busca de poblados y comida, y que regresara en quince días. La barcaza, que de bergantín tenía poco, se metió en la cada vez más poderosa corriente y descendió velozmente río abajo. Una semana después, resultaba evidente que iba a ser imposible remontar el río

por la fuerza de las aguas.

Orellana atracó y esperó a Pizarro, pero de este no había señal alguna. Pidió voluntarios para que fueran por la orilla a su encuentro, seis al menos, pero solo se ofrecieron tres, y el resto acabó por convencer a su jefe de algo de lo que él ya estaba persuadido: que lo mejor era continuar río abajo y salir al mar. En la nao viajaban dos frailes, un mercedario y un dominico, Gaspar de Carvajal, quien fue anotándolo todo, incluidos los nombres de todos ellos, excepto los de dos negros que también participaron en la gesta.

La *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río Grande* de Carvajal dice que llegaron a la confluencia con el río Curaray el 2 de febrero encontrando un asentamiento indígena. Los irimaes eran pacíficos y les dieron comida, pero por la turbulencia de las aguas perdieron durante dos días a dos canoas con once tripulantes. Orellana ordenó navegar en zigzag, de orilla a orilla. Pasaron por nuevos asentamientos de indios amistosos que se acercaron en sus canoas y con los que intercambiaron baratijas por provisiones. El cauce era cada vez más ancho, con la afluencia de diversos ríos que iban vertiendo en él, y finalmente desembocaron en el inmenso Amazonas (el 12 de febrero), al que llamaron, en principio, Marañón, que más bien les pareció un mar, si no fuera por no tener sal sus aguas.

En ocasiones ya no distinguían ni siquiera la otra orilla. Cualquiera de sus afluentes era más grande que el río más grande de España. Estaban sobrecogidos por la grandiosidad, el verdor, la inabarcable selva, pero debían conseguir algo más de comida que los pocos peces que podían pescar. Solo pensaban en el hambre que tenían.

Llegaron al poblado del cacique Aparia, quien los recibió bien y llamó a otros caciques de poblados cercanos para que acudieran a verlos. Allí, Orellana decidió la construcción de otro barco. Cortaron la madera precisa y montaron una fragua para fabricar hierros y clavos. Otros prepararon estopa con algodón y resina para calafatear, y acabaron una nao mejor que la que llevaban.

Zarparon río abajo y volvieron a las penalidades. La amabilidad de los indígenas se tornó en hostilidad. Cuando, agotados y hambrientos, llegaron el 12 de mayo a los dominios del cacique Machiparo, hubieron de ganarse los alimentos con la espada, terminando con dieciocho españoles heridos, uno de ellos de muerte. Solo pudieron usar las ballestas, porque la pólvora, mojada, impedía disparar los arcabuces. Los acosaron hasta que una saeta acabó con el jefe indio y las canoas dieron la vuelta. Entonces, asaltaron un poblado en la ribera, lo tomaron, comieron y durmieron. Volvieron a embarcar y llegaron a los dominios del siguiente cacique, Paguana, cuyos poblados atacaron. Alcanzaron la confluencia con el río Negro, al que Orellana bautizó así por el color de sus aguas, y prosiguieron el viaje yendo de pueblo en pueblo, desembarcando y consiguiendo comida por las buenas o por las malas.

El día 7 de junio salieron contra ellos muchos indios que, en plena noche, intentaron abordarlos. Fue el preludio de continuos ataques que no cesaban, como tampoco cesaba la necesidad de los españoles de encontrar sustento. Una semana después lograron asaltar otro poblado y abastecerse. Fue entonces cuando se toparon con las mujeres guerreras: las amazonas. Varios españoles fueron heridos; uno de ellos fue el cronista dominico Carvajal, quien hubiera

muerto a no ser por lo grueso de sus hábitos, que le protegieron de los dardos, aunque no le salvaron el ojo, el cual perdió, uniéndose así a Orellana en su condición de tuerto.

Las amazonas fueron después motivo de incredulidad y burla, y los eruditos se mofaron y siguen haciéndolo hoy; pero Carvajal describió con precisión y sin lugar a dudas aquel encuentro: «Estas mujeres son muy blancas y altas, y tienen el cabello muy largo, trenzado y enrollado sobre la cabeza, y son muy robustas y van desnudas pero con las partes íntimas cubiertas». Y añade: «Nosotros mismos las vimos luchando delante de los hombres indios, y ellas luchaban con tanto valor que los indios no se atrevían a huir».

Aquello sucedió en la mañana del 24 de junio, día de San Juan. En la refriega, consiguieron apresar a uno de los hombres que acompañaban a aquellas amazonas, quien les contó que ellas dominaban sobre ellos, tenían una reina que se llamaba Conori y poseían grandes riquezas.

Maravillada, la gente de Orellana comenzó a llamar al río «el de las Amazonas», nombre que al final se impuso sobre todos los demás. Prosiguieron río abajo y la muerte de otro expedicionario a causa de una flecha envenenada hizo que Orellana recalara en una isla en medio de la corriente. Allí, levantó con madera las bordas de las naos como barrera defensiva, aunque no pudo evitar que otro de sus hombres muriera de la misma manera un poco más adelante.

Al fin llegó una buena nueva. Los que sabían de mares y aguas percibieron el efecto de las mareas y supieron que el océano estaba cerca. Aún tuvieron que soportar un duro enfrentamiento que estuvo a punto de hacerlos sucumbir, pues aprovechando la bajada de las

aguas vinieron en gran número sobre los barcos, y solo la pericia y rapidez en conseguir que volvieran a dar con fondo de agua suficiente y navegar los salvó.

Se habían quedado ya del todo si vituallas, pero la fortuna les trajo un tapir muerto que flotaba en la corriente. Se lo comieron. Los barcos estaban al borde de zozobrar y hubieron de atracar para repararlos, demorándose medio mes hasta volver a navegar. Era ya agosto cuando alcanzaron la desembocadura (día 26 de agosto). Salieron a mar abierto, navegaron los dos barcos cuatro días juntos y al quinto se perdieron de vista. La Victoria, en la que iba Orellana, costeó por el golfo de Paria (actual Venezuela) hasta volver a dar con el San Pedro, que había llegado días antes, a la isla de Cubagua el 11 de septiembre de 1542. Habían recorrido en siete meses una distancia de cuatro mil ochocientos kilómetros.

Gonzalo de Pizarro también había logrado regresar a Quito. Lo suyo fue otra increíble hazaña. Tras comerse todos sus caballos, casi desnudos y exhaustos, solo ochenta hombres lograron culminar el infernal camino de regreso. El último en perecer lo hizo al remontar el último repecho desde donde se divisaba ya la ciudad. Venían tan destruidos que las mujeres quiteñas, para que no sintieran la vergüenza de su desnudez, cerraron sus ventanas a su paso. El pequeño de los Pizarro, airado, escribió a la corte acusando a Orellana de abandono y traición. Pero Orellana se dirigió a España y expuso sus razones y su peripecia al rey. El monarca le excusó y, aunque aquello volvía a poner en cuestión los límites pactados con Portugal, se le nombró gobernador de aquellas tierras y desembocaduras, y se le dio el plácet para que volviera y tomara posesión del lugar. Los portugueses —pues había recalado a su

llegada en Lisboa— le habían ofrecido pertrechar una expedición bajo bandera lusa, pero él se mantuvo leal a Castilla y lo rechazó. La Corona española le dio el título y las órdenes, pero no los medios para llevarlas a cabo. Gastó entonces lo poco que le quedaba, se endeudó y a duras penas consiguió fletar algunos pobres navíos. En ellos embarcó con su joven esposa, con quien acababa de casarse, Ana de Ayala, una joven de origen humilde, hermosa de rostro y de gran entereza, que le acompañaría hasta su final.

Zarparon de Cádiz, pero fueron detenidos en Sanlúcar porque iban embarcados demasiados no castellanos y eso incumplía la ley. Lograron burlar el trámite y hacerse a mar abierto el 11 de mayo de 1545, pero todo comenzó a torcerse nada más comenzar la singladura. Una nao se perdió antes de alcanzar Cabo Verde; otra, en el Atlántico; y una tercera hubo de ser abandonada nada más llegar a la desembocadura del Amazonas.

Desembarcaron poco antes de las Navidades. Orellana se internó en el río tras construir un barco fluvial. El hambre y la enfermedad hicieron estragos en el campamento, que Orellana encontró vacío a su regreso. Los que allí se habían quedado, desesperados por el hambre, habían construido otro barco y llegado a una isla donde encontraron indios que les dieron de comer. De allí partieron, al no tener señales de Orellana, hacia el mar Caribe, arribando a la isla Margarita, en la actual Venezuela.

Mientras tanto, la suerte se había acabado para el descubridor del Amazonas. En su intento por encontrar su canal principal y comenzar a remontarlo, fueron atacados por los indios caribes, que utilizaban flechas venenosas. Diecisiete hombres murieron, y el propio Orellana, aunque sobrevivió unos días, acabó por fallecer también a

resultas de la ponzoña en noviembre de 1546.

Los supervivientes de su grupo consiguieron alcanzar también Margarita, donde se hallaba la mujer de Orellana, Ana de Ayala. De los trescientos que partieron, solo quedaban cuarenta y cuatro, y tuvieron al cabo la fortuna de ser rescatados por un barco español que los avistó en la playa. Ana de Ayala se casó con otro superviviente, Juan de Peñalosa, con el que vivió hasta su muerte en Panamá. Los huesos de Orellana reposan en algún bajío en las orillas del Amazonas. Sin duda, en el mejor lugar donde pudieran estar.

41
Sebastián de Benalcázar

(c.1490-1551)

El analfabeto y duro capitán de Pizarro en Cajamarca

Al primero a quien oí hablar de Sebastián de Benalcázar fue al catedrático de Historia peruano José Antonio del Busto Duthurburu, la mayor autoridad mundial en Francisco de Pizarro —su biografía es una obra imprescindible, y a su conocimiento dedicó buena parte de su vida—. Del Busto —quien se definía como habitante prototípico de su país, al tener entre sus ancestros a españoles, indios chachapoyas y negros— me lo descubrió allá por julio de 2001, mientras en la plaza de Armas de Cajamarca me explicaba la trascendental batalla. Su fábrica y dimensiones siguen siendo las mismas que en aquel lejano 1532 en que los españoles capturaron a Atahualpa y el Imperio inca cambió de manos. Sebastián Moyano de Benalcázar —ese era su apellido, que acabó por desaparecer para quedar solo el patronímico adquirido del pueblo de la sierra cordobesa de los Pedroches donde había nacido allá por el año 1490 — tuvo bastante que ver en aquello. Él fue, junto a Hernando de Soto, uno de los capitanes que mandó el ataque de la caballería que

provocó el pánico en la masa indígena y volcó la suerte del inca y de Pizarro.

José Antonio del Busto me explicó cómo, a mediodía de aquel 15 de noviembre, Pizarro había llegado, en medio de una ventisca, entre nieve y granizo, con ciento sesenta hombres a la ciudad, la cual halló desierta. Habían divisado al caminar hacia ella, en las alturas que la dominaban y desde donde bajaba una calzada empedrada, en los ahora llamados Baños del Inca, un inmenso campamento. Allí, Atahualpa acababa de recibir de sus generales Quizquiz y Rumiñahui la noticia de la total victoria y captura de su hermano y rival Huáscar, y de que el Cuzco y el Imperio del Tahuantinsuyo le pertenecían por completo. Los españoles, al ver la gigantesca concentración de tropas indígenas, que compararon al campamento del Gran Turco, temieron por sus vidas. La camisa no les llegaba al cuerpo, y menos cuando al preguntarle a una india, de las pocas que vieron en la vacía Cajamarca, por qué estaba llorando, ella les contestó: «Por vosotros, pues estaréis muertos mañana».

Aquella noche fue en la que Hernando de Soto subió a caballo hasta los Baños, cabrioleó ante el inca y, con mucha arrogancia, le invitó a bajar y comer con Francisco Pizarro al día siguiente.

El jefe español preparó lo que tenía —que era nada frente a lo que había enfrente— y organizó su golpe de mano. De los ciento sesenta hombres, sesenta eran de a caballo; cada tercio de ellos estaba al mando, respectivamente, de su hermano Hernando, de Soto y de Benalcázar, apostados tras los galpones en la parte superior de la plaza, mientras que quienes combatían generalmente a pie quedaron a su lado. Disponía tan solo de diez arcabuceros y de dos falconetes —aunque uno de ellos no funcionaba—, como toda

potencia de fuego. La moral de la tropa era peor que mala, pero Pizarro logró insuflarle ánimo: «Mañana saldrá el sol», les dijo. Se confesaron todos y amaneció despejado.

El inca se demoró en bajar y lo hizo ya tarde, con mucha parada, celebración, música y jolgorio, hasta asomar a la plaza y abarrotarla con los miles de hombres que le acompañaban.

Hacia él se dirigieron Pizarro y un cura, que le mostró un misal; un lengua le hizo saber que ahí estaba la Palabra divina y se lo ofreció. Atahualpa lo cogió y quiso abrirlo, pero por el canto. Frustrado, lo arrojó al suelo, voceó el fraile y se produjo la degollina. La caballería castellana emergió desde los galpones en tres cuñas, aterradoras para los indios, y comenzó la matanza. Tan solo falló un capitán: Hernando Pizarro, hermanastro mayor de Francisco (que era hijo natural), quien se golpeó la cabeza al salir de debajo del techado y quedó conmocionado en el suelo, lo que hizo que, para el resto de sus días, Hernando de Soto, el mejor caballista de los conquistadores, se burlara de él. Nunca se tuvieron aprecio. «Vos, Hernando, que os perdisteis la batalla», solía recordarle, viniera al caso o no.

Sebastián de Benalcázar cumplió como los buenos, comandando a sus jinetes y a los del derribado Hernando Pizarro, y aumentó aún más su fama de guerrero eficaz, implacable y seguro.

Atahualpa fue derribado del palanquín; Pizarro le protegió con su rodela, recibiendo incluso una cuchillada de uno de los suyos, pues le quería vivo. El pánico al ver caer a quien, además de su rey, era para ellos un dios fue total, y los indios, en su intento de huida, se aplastaron unos a otros contra los muros de la plaza. Soto persiguió a los fugitivos hasta los Baños del Inca.

Aquello fue el principio del fin del Imperio inca, un imperio que llegaba desde el sur de Chile hasta Quito, en el actual Ecuador, y se adentraba en las selvas amazónicas. Quito sería, a la postre, la mayor de las conquistas —esta vez por su cuenta, y hasta con el enfado de Pizarro— del duro, analfabeto, valiente, cruel y honrado Benalcázar.

Cuando llegó a Cajamarca, Sebastián tenía mucha experiencia a sus espaldas, casi tanta como Pizarro, que era aún más viejo que él, con más puñaladas dadas y recibidas. Benalcázar procedía de una familia tan pobre y con tanta necesidad que tuvo que buscarse la vida. Quedó, además, huérfano de padre y madre al poco tiempo, y hubo de trabajar en el campo desde niño, al igual que su hermano gemelo, en las más duras labores. Jamás fue a la escuela y no aprendió a leer ni a escribir nunca. Huyó de su pueblo porque, al quedársele un burro en un cenagal, intentó sacarlo, le dio un golpe y lo mató. Sabedor de lo que le esperaba por haber provocado semejante pérdida, puso tierra de por medio. Cómo sobrevivió no se sabe; se supone que deambulando de pueblo en pueblo, enganchándose a lo que podía y echando mano de cualquier cosa con la que matar el hambre.

Llegar a Sevilla e intentar embarcarse para las Indias era la única y casi obligada salida que tenía, y a ello se lanzó cuando contaba ya con diecisiete años. Consiguió enrolarse en un barco y en él llegó a La Española, donde estuvo seis años. Tampoco se conoce apenas nada de su estancia en la isla, aunque sí parece que hizo allí sus primeras armas, pues al cabo consiguió plaza de soldado para llegar a Castilla del Oro, ya en 1513. Llegó a Santa María la Antigua del Darién, pero no estuvo en la expedición de Balboa que descubrió el

Pacífico.

Con el nombramiento del gobernador Pedrarias, se convirtió desde el primer momento en un firme y decidido partidario suy, puesto que el carácter peñascoso de Pedrarias y el suyo eran muy parejos. Estuvo ya inmerso en su pugna con Balboa, la cual acabó con la decapitación de este en Acla. O sea, que el trato con quien era su jefe en Cajamarca ya venía de mucho antes.

No sería la única ejecución ordenada por Pedrarias a la que asistiera, pues también, y años más tarde (1526), el que sufrió esa misma suerte fue Francisco Hernández de Córdoba, conquistador de Nicaragua, campaña en la que también participó Benalcázar, quien se había ido labrando fama de buen soldado y obediente al mando. Participó en la primera gran expedición de conquista del gobernador a la península de Azuero, al mando del capitán Gaspar de Espinosa, de quien se haría amigo personal y duradero. En Azuero obtuvo su primera recompensa, pues se le entregó una encomienda de indios en Natá, donde se estableció y nacieron sus primeros hijos, Francisco y Sebastián. Benalcázar los tuvo con una indígena, pues, según algunos historiadores, su analfabetismo, rudos modales y timidez ante las mujeres españolas le retraían de tal manera que nunca contrajo matrimonio con ninguna. A sus hijos mestizos sí los reconoció a todos, como tales los trató siempre y como herederos suyos quedaron. Ya por aquel entonces tenía también amistad con Pizarro y su socio Almagro, y estos le tenían en gran estima, algo que prueba el hecho de que figurara como padrino del hijo de este último, Almagro el Mozo.

En el año 1523, y llamado por Pedrarias, acompañó a Hernández de Córdoba en su conquista de Nicaragua, participando en la

fundación de la ciudad de León y siendo luego enviado a Panamá para informar de todo. Retornó a León y, al poco tiempo, tras ser acusado su capitán de levantarse contra la autoridad del gobernador, este acabó por correr la misma suerte que Balboa… Que estuvo a punto de ser también la suya, aunque en este caso no por Pedrarias, sino por servirle y caer en manos del recién nombrado gobernador de Honduras, Diego López Salcedo, cuando cumplía una misión allí para devolver a la autoridad del primero un enclave portuario.

Acabó preso y enviado a Santo Domingo para ser juzgado, y pudo haber encontrado allí su final, si no fuera porque su viejo amigo, el licenciado Espinosa, era uno de sus jueces, algo que le salvó y le permitió ser puesto en libertad.

En mayo del año siguiente ya estaba de nuevo en León, donde se encontró con Pedrarias, que tras algunos traspiés por su excesiva dureza en Panamá había logrado ser nombrado gobernador de Nicaragua. Este le dio una nueva encomienda y llegó incluso a ser regidor de la ciudad. Allí se trajo a sus dos hijos de Natá, a los que se sumaron, fruto de relaciones con varias indígenas, otros cuatro: Lázaro, Catalina, María y Magdalena. Siempre fiel a Pedrarias, le ayudó a sofocar una rebelión en 1530 y esperaba ser nombrado su sucesor cuando este falleció un año después, ya con noventa y un años cumplidos.

Pero no fue así. Su condición de analfabeto pesó demasiado, lo que le afectó profundamente. Desengañado, estaba pensando hacia dónde dirigirse cuando le llegó la invitación de Pizarro para acompañarle al Perú con mando de un tercio de caballería. El viejo rodelero sabía de su valor en combate y de su capacidad de mando sobre la tropa. Al frente de este tercio, participó decisivamente en la

batalla de Cajamarca.

Eso le iba a hacer muy rico, pues su rango y desempeño aquel día le convirtieron en uno de los más privilegiados en el reparto del inmenso botín obtenido. Solo le superaron en el reparto Francisco Pizarro y sus hermanos, Hernando y Juan, y Hernando de Soto. Él obtuvo 407 marcos, 2 castellanos de oro y 9.909 pesos, a los que luego, en Cuzco, se añadieron otros 1.250 marcos más. Era una gran fortuna, y con ella en el bolsillo Sebastián de Benalcázar entendió que había llegado el momento de volar más suelto y ser su propio jefe.

Francisco Pizarro y Almagro prosiguieron su conquista hacia el sur, tomando la capital, Cuzco; pero el norte, el territorio del que era originario Atahualpa, lo conquistó Benalcázar. Lo hizo a sus propias expensas, pues tras el botín obtenido en Cajamarca era uno de los hombres más ricos de América. Emprendió la campaña con sus fuerzas y con hombres a los que reclutó y pagó personalmente, lo que llegó a indisponerlo tanto con Pizarro como con Alvarado —el capitán de Cortés—, quien también deseaba apoderarse de esa zona.

Hacia allí se había retirado el grueso del ejército indígena, dirigido por sus renombrados generales Quizquiz y Rumiñahui. Era una zona muy rica y, además, se decía que en Quito había un gran tesoro. Así que Benalcázar comenzó a reclutar hombres, muchos de ellos provenientes de Nicaragua, donde había estado afincado y era de sobra conocido. Estos contingentes fueron concentrándose en la localidad de San Miguel. Por mucho enfado que esto causara en los Pizarro, se lanzó una vez más hacia el norte con el apoyo de Gaspar de Espinosa, después de que este hubiera escrito, en su nombre,

una carta al emperador informándole de la situación y de que Pedro de Alvarado, desde Guatemala, pretendía apoderarse de aquel lugar sin tener allí derecho de conquista alguno.

A principios de 1534, Benalcázar se puso en marcha y avanzó al encuentro de lo que quedaba del gran ejército del Tahuantinsuyo, todavía inmenso y con mandos muy capaces. Doscientos hombres de armas lo seguían, cincuenta de ellos a caballo, pues él sabía que esa era la fuerza decisiva.

Tuvo su primer éxito al llegar a Tomebamba, la ciudad de los cañaris que había sido conquistada por el gran Túpac Yupanqui, quien llevó el Imperio inca a su esplendor máximo. Los cañaris, sabedores de la derrota del inca, vieron la oportunidad de sacudirse su dominio y se unieron a Benalcázar. Pero enfrente tenían al hábil Rumiñahui, que les preparó una encerrona que pudo haber sido letal. Les cortó el paso en un gran llano, donde colocó a sus treinta mil hombres detrás de un extenso terreno lleno de hoyos y trampas para que en ellos cayeran los caballos y se lisiaran. Pero un guía indio le traicionó, llegó al campamento castellano y les enseñó los pasos por donde, tras caminar toda la noche, pudieron situarse a la retaguardia del ejército quechua. Fue tal la sorpresa de estos al amanecer, al ver al enemigo montado y tras ellos, que se produjo una desbandada. Benalcázar se apoderó de toda la intendencia de Rumiñahui: cuarenta mil llamas, ciento cincuenta mil raciones de comida y cinco mil mujeres.

El siguiente objetivo fue Riobamba, pero en el camino le esperó otro general, Zocozopagua, con diez mil soldados que atacaron su vanguardia mientras Rumiñahui hostigaba la retaguardia. Sin embargo, los caballos y el apoyo cañari lograron romper su

formación y los españoles siguieron avanzando, metiéndose ya de lleno en la Ruta de los Volcanes. Estos flanqueaban su paso a ambos lados, como el Cotopaxi, que entró en erupción en aquellos días, dejándolos asombrados. Los generales indios seguían hostigándolos y preparándoles trampas, pero los guías cañaris las descubrían y las evitaban, dando los rodeos necesarios.

Así llegaron a Riobamba, donde libraron el combate decisivo, poniendo en fuga al enemigo y entrando en la ciudad el 3 de mayo. Poco después estaban ya a tan solo veinte kilómetros de Quito. Rumiñahui hizo entonces su último y desesperado intento por detenerlos. Sus mejores escuadrones de flecheros y honderos se enfrentaron con enorme valentía a la caballería castellana, pero al final fueron derrotados. Su general decidió entonces que Benalcázar no tomaría Quito, sino sus ruinas, por lo que la incendió y la destruyó, llevándose el tesoro imperial, a once hijos de Atahualpa y a cuatro mil mujeres, aunque a otras muchas las mandó matar para que no entorpecieran su marcha.

Aquella misma noche (la del 24 de mayo de 1534), los caciques de la zona, reagrupados, atacaron el campamento que estaba situado dentro de Quito. Como en la oscuridad no podían utilizar los caballos, los españoles lo pasaron mal y hubieron de defenderse a pie, muriendo un buen puñado de ellos. Sin embargo, tras el amanecer, montados de nuevo, se lanzaron a un sangriento ataque que acabó con toda resistencia. La mayor parte de los caciques se sometió.

Sebastián salió en persecución de Rumiñahui intentando apoderarse del tesoro, pero este logró huir. Cuando creía haberlo alcanzado en El Quinche, se encontró con que había vuelto a

escapar, dejando allí tan solo a las mujeres y a los niños que llevaba consigo. Furioso por ello, Benalcázar entró en cólera y cometió la peor atrocidad de su vida, al realizar una gran matanza entre ellos.

Cuando se aprestaba a continuar tras las huellas del general hacia el norte, le llegó un emisario enviado desde Riobamba por Diego de Almagro, avisándole de que Alvarado había llegado con cuatrocientos hombres a caballo. Benalcázar hubo de regresar a Quito y juntarse allí con Almagro —que traía una treintena de jinetes y más de cien infantes— para intentar entre ambos detener su avance.

Pedro de Alvarado era ya por entonces consciente de que en la zona había castellanos, pues sus hombres habían encontrado huellas de caballerías, y tuvo la completa certeza cuando se topó con la vanguardia de las fuerzas de Almagro y Benalcázar en Mocha. Estos le exigieron que presentara las cédulas reales que le permitían conquistar aquella zona y le señalaron que ellos no solo estaban ya allí, sino que incluso habían fundado ciudades. Alvarado no quería combatir, pues sabía que aquello, aun ganando, haría caer sobre él la ira del rey, pero tampoco quería volverse con las manos vacías. Las negociaciones, llevadas a cabo en Riobamba, se saldaron con la venta de todo lo que traía —caballos, armas e incluso esclavos— por una cantidad total de cien mil pesos, con los que regresó a Guatemala. A Benalcázar le vino de perlas porque, además, al firmarse el acuerdo, Pizarro le nombraba oficialmente teniente de gobernador en Quito, con lo que su rebeldía quedaba saldada, y su situación, legalizada.

Con todas sus tropas, ahora reforzadas, reemprendió la caza de Rumiñahui y Quizquiz. Sin embargo, estos, junto al general

Zocozopagua, lograron evadirlo una vez más. A pesar de ello, la descomposición del bando inca era total. Quizquiz fue asesinado por sus propios soldados y una delación reveló el lugar donde Rumiñahui estaba escondido. Este fue apresado por el capitán Luis de Daza y posteriormente ejecutado. Zocozopagua, tras ser capturado, fue conducido a Quito, donde Benalcázar le hizo quemar en la hoguera. Con ello, la resistencia indígena en el norte terminó.

Benalcázar se dedicó entonces a levantar la ciudad de Quito, repartiendo solares y casas entre los castellanos, nombrando su cabildo y buscando un lugar apropiado que le sirviera de puerto de apoyo; el sitio más cercano posible lo halló en Puerto Viejo, cerca de donde ahora está Guayaquil.

Del tesoro de Quito jamás se supo nado. Fue entonces cuando Benalcázar escuchó la leyenda de El Dorado y se lanzó en su búsqueda. Lo hizo con permiso real, por supuesto; en este caso de la emperatriz Isabel de Portugal, gobernadora en funciones del reino por ausencia de su marido, Carlos V. También consiguió la autorización de Pizarro y, en los primeros días del año 1536, Sebastián de Benalcázar, el niño huérfano y hambriento que había escapado de su pueblo, salió con trescientos soldados y un par de miles de indios cargueros en busca de El Dorado.

No lo encontró, claro. Y eso que lo intentó no una, sino dos veces, y hasta estuvo a punto de hacerlo una tercera, pues tras fracasar aquel año volvió al siguiente —era bastante terco—. En la segunda ocasión, amén de andar por selvas, ríos y montañas, se llevó el disgusto de dar con huellas de otros caballos; resultaba que otros dos capitanes, Gonzalo Jiménez de Quesada y Nicolás de Federmán —este último llegado desde los llanos venezolanos—, andaban

también, cada cual por su lado, intentando encontrar el mítico enclave. Estuvieron a punto de echar mano a las armas, pero por una vez prevaleció la cordura. Además, entre todos lograron tomar el territorio de los chibchas —bautizado como Nueva Granada— y se hicieron con un buen botín, que se repartieron a razón de veinte mil pesos por barba. Los tres emprendieron luego el viaje a España para exponer ante la corte lo hallado y conquistado, y para que se les otorgaran gobernaciones; pero los dos rivales de Benalcázar se quedaron con las ganas, pues no se les concedió ninguna. A él, en cambio, sí le tocó una buena tajada: fue nombrado en 1540 mariscal, capitán general y gobernador de Popayán, la provincia situada entre la desembocadura del río San Juan en el Pacífico colombiano, Cartagena al norte y Quito al sur, amén de lograr la legitimación de sus hijos Francisco, Sebastián y Catalina.

A su vuelta, se encontró una guerra civil desatada entre los españoles. Benalcázar iba preparado: arribó a La Española al mando de siete navíos y una fuerte hueste, que reforzó todavía más en Santo Domingo. Al llegar a su gobernación, se encontró con que en el río San Juan había otro en su puesto, nombrado por la Audiencia de Santo Domingo. Reclamó, pero no se le hizo caso, por lo que marchó hacia Cali a encontrarse con el intruso, llamado Pascual de Andagoya. El cabildo se puso a favor de Benalcázar, le reconoció como gobernador legítimo y Andagoya acabó preso en Popayán.

Pero aquello no era nada comparado con lo que había estallado en el Perú. Almagro se había enfrentado a Pizarro y había acabado en la cárcel. Sus partidarios, después, habían asesinado al conquistador, y ahora el hijo de Almagro, apodado el Mozo —de quien Benalcázar había sido padrino de bautismo—, estaba alzado. A

este último le llegó una embajada desde Lima urgiéndole a ponerse en marcha para combatirle. Lo hizo a regañadientes, pero hubo de partir hacia Quito para evitar la sospecha de que él era también un rebelde encubierto. Allí, al fin, logró que se le eximiera de continuar —adujo motivos de edad— y pudo volver a Popayán. Él lo que quería, al fin y al cabo, era encontrar el País de la Canela y El Dorado. En ello estaba cuando le llegó una carta sobre la desastrosa expedición de Gonzalo de Pizarro, el menor de los hermanos: en las selvas amazónicas no habían hallado ni canela ni oro, pero Orellana, por su cuenta, había navegado el inmenso Amazonas hasta desembocar en el Atlántico.

Benalcázar entonces optó por cuidar de su gobierno. Su segundo, Robledo, se había rebelado y había huido a España, y no dejaban de hacer incursiones desde Venezuela en busca de oro. Pero faltaba la revuelta más dolorosa: Gonzalo Pizarro se rebeló contra la propia Corona. Hasta escribió una carta a Benalcázar instándole a que diera muerte al virrey del Perú, Blasco Núñez Vela. Benalcázar, a pesar de sus simpatías hacia los Pizarro, optó por permanecer leal al rey y se unió a las tropas del virrey, que habían ido retrocediendo hasta Quito tras ser desalojadas por Gonzalo Pizarro.

Pero se trataba de una trampa bien urdida. Pizarro emboscó con sus setecientos hombres a los trescientos del virrey en el llano de Iñaquito y los derrotó completamente (el 18 de enero de 1546). Benalcázar fue herido de un arcabuzazo y estuvo a punto de morir, pero dos soldados de Pizarro le reconocieron y auxiliaron. Enterado Gonzalo Pizarro, no solo le perdonó la vida, sino que le hizo trasladar a Quito para que se curara, y luego, tras dos meses de convalecencia, le autorizó a volver a su gobierno en Popayán. El

virrey corrió peor suerte: un hachazo le destrozó el morrión y la cabeza, y murió junto a un centenar de sus soldados.

En Popayán le esperaban más problemas. Su antiguo segundo, Robledo, había vuelto de España con el título de mariscal e, ilegalmente, había sido nombrado gobernador. A Benalcázar le perseguía además la sospecha de connivencia con el rebelde Pizarro. Sin embargo, los cabildos estaban con él y rechazaron la autoridad de Robledo.

El viejo Sebastián no era de los que se arrugaban. Cogió a sesenta de sus hombres, se dirigió al lugar donde Robledo se había fortificado, le atacó por sorpresa y le tomó preso. Al revisar sus papeles, encontró comprometedoras cartas de connivencia con Armendáriz, y ni corto ni perezoso ordenó que se le diera garrote vil.

La guerra civil seguía, mientras tanto, en toda su crudeza, y el rey tomó cartas en el asunto. Don Pedro de la Gasca, apodado el Pacificador —un enviado real con plenos poderes—, desembarcó en 1546 en Nombre de Dios y se puso manos a la obra. De entrada, le dijo a Armendáriz, quien quería someter a juicio a Benalcázar, que no era precisamente el momento de acabar con él, sino de tenerle de su lado, y le mandó llamar para que se uniera a sus tropas. Benalcázar —que sería analfabeto, pero no tonto— vio allí su salida y no dudó en partir con sus huestes. Llevaba trescientos hombres, buena parte de ellos a caballo, para engrosar las filas realistas, a las que se unió a principios de enero de 1548. El ejército real era ya una gran fuerza, compuesta por cuatrocientos jinetes, seiscientos arcabuceros y setecientos piqueros, con capitanes competentes y curtidos como Pedro de Valdivia.

La batalla decisiva se dio en abril, a veinte kilómetros de Cuzco,

en el llano de Jaquijahuana. Gonzalo de Pizarro había logrado armar un ejército de cerca de mil hombres —claramente inferior al del enemigo, en cualquier caso—. A Benalcázar le tocó la parte más dura: enfrentarse con su escuadrón de ciento cincuenta jinetes a la temible caballería pizarrista. Pero fue una victoria fácil. Las deserciones en la hueste de Pizarro comenzaron nada más iniciarse el combate y, al poco tiempo, todo estaba perdido para el hermano pequeño del gran conquistador, quien fue de inmediato ajusticiado, concluyendo así la rebelión.

Benalcázar debía regresar a Popayán, pero no quería hacerlo deprisa y corriendo, pues sabía que allí le esperaban el juicio y Armendáriz para condenarle a la pena capital. Así que se demoró cuanto pudo y apareció por allí más de un año largo después, tras haber escrito al rey un largo memorial donde resaltaba sus muchos servicios y su penoso estado económico, pues su fortuna se había evaporado y solo tenía deudas, que pedía que le fueran canceladas. Ha quedado para la posteridad esta frase que resumía su situación: «Estoy muy viejo y cansado. Indios yo no los tengo, por haberlo mandado V. M. El salario que se me da no me puede sustentar».

El juicio de residencia se retrasó hasta la llegada del nuevo oidor, Francisco Briceño, nombrado en 1550. Pero todo estaba ya muy bien preparado por Armendáriz, y Benalcázar, que no compareció, sabía que la sentencia estaba dictada. Le condenaron a muerte por garrote, pena firmada por Briceño, además de por haber proferido supuestamente denuestos contra el rey —a quien, sin embargo, siempre fue leal— y por haber tomado fondos de las cajas reales, que eran precisamente las deudas que él pedía que le fueran perdonadas.

El oidor Briceño captó que sería muy penoso ajusticiar a Sebastián de Benalcázar en la ciudad que él mismo había fundado, y, atendiendo a su recurso para apelar su sentencia ante la justicia en España, le dio permiso para partir hacia allí. Lo intentó, pero en esta ocasión ya le fallaron las fuerzas y, antes de conseguir defender su suerte ante la justicia real, le alcanzó de manera natural la pena a la que le habían condenado. Murió en Cartagena de Indias en 1551, donde optó por desembarcar cuando se sintió ya tan mal que entendió que su vida se acababa. Hizo un nuevo testamento, en el cual dejó el gobierno de Popayán al marido de su hija María —Alonso Díaz de Fuenmayor— y lo poco que tenía a repartir entre los seis hijos que al menos se sabe que tuvo. Y ese mismo día, o al siguiente, falleció. El respeto que se debía a su persona se lo demostró el gobernador de Cartagena, Pedro de Heredia, quien ordenó —a pesar de haber sido su enemigo en otro tiempo— que fuera enterrado en la catedral, donde ha permanecido hasta hoy.

Al valorar los bienes que dejaba, quedó demostrado que Benalcázar no mentía en su memorial al rey sobre su penuria económica. Su legado más valioso fueron cuatro kilos de oro de todo aquel que había obtenido en el reparto tras la conquista del Imperio del Tahuantinsuyo. Por su espada, la cual se subastó al igual que sus otras pertenencias, nadie quiso pujar, y fue su fiel criado, Francisco Lozano, quien se la quedó en el remate final por la cantidad de dos pesos.

42
Hernando de Soto
(1500-1542)

El mejor de los jinetes que cabalgó por las Indias

El día 15 de noviembre de 1532, el quiteño Atahualpa se encontraba en los Baños del Inca, cuyas aguas termales gustaba de frecuentar, rodeado por un gran ejército de ochenta mil hombres. Entre ellos se encontraba su tropa de élite, la guardia imperial —compuesta por ocho mil guerreros—, y sus dos grandes generales, Quizquiz y Rumiñahui. Los Baños se situaban en la falda de la montaña desde la cual se divisaba la ciudad de Cajamarca, a la que muy poco antes había llegado una tropilla de barbudos invasores. Eran tan solo 166 hombres con metálicas armaduras, algunos de ellos montados en unas bestias que sus espías habían descrito como «llamas con herraduras de plata». Esos hombres llevaban un tiempo merodeando por sus dominios y había llegado el momento de hacerlos desaparecer.

Aquel había sido un día de júbilo para el inca: habían llegado emisarios anunciándole que sus tropas no solo habían derrotado por completo a su hermano Huáscar y tomado el Cuzco; además, le

habían hecho prisionero con toda su familia, quedando por tanto a su merced. Aquel día, rememoraría no mucho más tarde Atahualpa, fue el más resplandeciente de su vida —el colofón de su larga lucha por el trono del Tahuantinsuyo, que dominaba tribus y viejos reinos desde las costas del sur de Chile hasta las faldas del Cotopaxi— y, a la vez, el preludio de su mayor y definitiva desgracia.

Aquella misma tarde, mientras celebraba su triunfo, fue avisado de que una pequeña tropa montada en aquellos extraños animales venía desde Cajamarca hacia allí, y decidió recibirla. Al frente, en un brioso corcel, iba un hombre que, al contrario que los otros, no se cubría la cabeza con un casco, sino tan solo con un pañuelo cuya punta se agitaba con el viento. El inca estaba sentado con su guardia imperial delante —imponentes e inmóviles como estatuas— cuando el jinete, que se aproximaba a paso lento, hizo avanzar a su corcel con un impulso repentino que luego refrenó, parándolo en seco ante él. Algunos de los soldados de la guardia, aunque no movieron los pies, sí hicieron un pequeño gesto de susto con la cabeza. Atahualpa no se inmutó.

Tras ello, se estableció un parlamento en el que se acordó que, al día siguiente, él bajaría hacia Cajamarca a parlamentar con aquellos barbudos. El inca tenía curiosidad por conocerlos antes de mandarlos matar.

El jinete, junto con sus acompañantes, regresó hacia Cajamarca. Se llamaba Hernando de Soto y era el mejor caballista de toda la hueste de Pizarro, y de todos los que por las Indias habían cabalgado. El inca, en cuanto los castellanos partieron, dio la orden de ejecutar a todos los miembros de su guardia que habían dado aquel pequeño respingo de temor.

La historia de lo que aquella noche y al día siguiente aconteció nos la contó, en el verano de 2001, el gran catedrático e historiador peruano José María del Busto al periodista José Luis Pérez Regueira —uno de los miembros de la redacción fundacional de *El País*, autor años más tarde de una novela sobre Soto, *Las huellas del conquistador*—[7] y a mí, ambos expedicionarios de la Ruta Quetzal. Lo hizo mientras recorríamos la plaza de Cajamarca, cuya forma, tamaño y distribución se mantienen idénticas a como era.

El inca bajó, dejando a su gran ejército atrás, con tan solo los ocho mil hombres de su guardia. No consideraba necesario nada más contra aquel puñado de barbudos. Llegó en lo alto de su palanquín y se acercó a él un extraño hombre que le dijo extrañas y ofensivas palabras, y le ofreció un objeto que intentó abrir como el otro había hecho; al no poder, lo arrojó con desprecio al suelo. Atahualpa no había visto nunca a un fraile, lo que le tradujeron era una blasfemia contra sus dioses, y lo que le ofrecieron era un libro, la Biblia, que él intentó abrir por el canto.

Fue su gesto lo que precipitó la señal de ataque que los españoles tenían dispuesta de antemano como medida desesperada, pues se sabían condenados si no conseguían lo único que podía salvarlos: apresar al inca.

De lo que pasó aquella jornada hemos dado ya buena cuenta al hablar de don Sebastián de Benalcázar. La batalla de Cajamarca fue decisiva, y su conclusión es bien conocida: la conquista de todo el Imperio inca. Otras cosas no lo son tanto. Hernando de Soto frecuentó a Atahualpa en su prisión, llegando a entablar amistad con él. Quizá esa fuera la causa de que los Pizarro le enviaran junto con Benalcázar hacia Quito, tras las tropas de Rumiñahui, para así poder

cumplir sin trabas con su designio de ajusticiar al inca, poniendo como excusa que este había mandado asesinar a su hermano Huáscar.

Cuando Soto retornó, todo se había consumado. Caminó hacia la capital del imperio, Cuzco, y tras combates de diversa fortuna para él, finalmente —y con la ayuda de Almagro—, logró su conquista. Fue entonces cuando intentó mediar en la creciente hostilidad que terminaría en guerra entre los Pizarro y los de Almagro, aunque de manera infructuosa. Primero perecería el segundo y, más tarde, sus partidarios acabarían asesinando a Pizarro. Hernando de Soto, para entonces, ya había regresado a España, inmensamente rico, con cien mil pesos de oro, su parte en el fabuloso botín de la conquista del Imperio inca.

Fue recibido como un héroe, se afincó en Sevilla, y allí se casó con Isabel de Bobadilla, hija del duro y cruel gobernador de Panamá, Pedrarias Dávila —el que hizo decapitar a Vasco Núñez de Balboa—, a cuyas órdenes había estado en su juventud.

Porque aquella expedición con Pizarro no había sido su primera aventura. El gran jinete extremeño, natural de Jerez de los Caballeros —aunque otros afirman que de la vecina Barcarrota—, nació en 1500 en el seno de una familia hidalga pero pobre y con muchos hermanos. Por ello, probó suerte con tan solo catorce años, llegando a Panamá con su espada y su escudo como únicas pertenencias al servicio del citado Pedrarias. Diez años después ya era capitán de una unidad de caballería y había explorado tierras de Nicaragua y Honduras. Ya era muy renombrado como jinete y buen estratega, y fue decisivo en la consolidación del poder del gobernador, a cuyas órdenes estaba también Francisco Pizarro. Este

último, que ya era un veterano de más de cincuenta años y había combatido tanto en Italia como en las Indias junto a Alonso de Ojeda y al propio Vasco Núñez de Balboa, no tuvo que hacer apenas nada para convencer a Soto de que marchara hacia el Perú con él, ofreciéndole el puesto de segundo al mando y el grado de capitán. Con Pizarro había alcanzado fama y fortuna, pero Hernando de Soto quería buscar las suyas propias, y realizar una hazaña al menos similar.

Por ello, en 1539 volvió a embarcarse de nuevo para cruzar otra vez el Atlántico. Su destino era la Tierra Florida, de la que había regresado Álvar Núñez Cabeza de Vaca, superviviente de la desastrosa expedición de Pánfilo de Narváez, y protagonista, junto con solo otros tres hombres, de la prodigiosa odisea de atravesar América a pie de mar a mar, desde Florida hasta el golfo de California. Soto había leído su libro *Naufragios*, y le propuso unirse a él, pero Cabeza de Vaca declinó su invitación y marchó por su cuenta hacia el Río de la Plata, donde descubriría las cataratas del Iguazú. Con Hernando de Soto fueron hacia la Florida cerca de setecientos hombres, entre los que se contaban veinticuatro sacerdotes, y su líder se cuidó mucho de que llevaran con ellos una impresionante tropa de doscientos veinte magníficos caballos.

Su larga incursión por la Florida encontró grandes dificultades desde el comienzo, atravesando pantanales y luchando de continuo contra temibles flecheros, que ya habían combatido con éxito a la hueste de Narváez. Sin embargo, Hernando era un gran líder, y su genio para el combate y el trato a los indígenas le granjearon pronto su admiración. Sus hombres se exponían a severas penas si maltrataban a los nativos o abusaban de sus mujeres. Además,

contó con la ayuda de un español, Juan Ortiz, que había sido prisionero de los indios durante largos años y que le sirvió de intérprete y guía.

El largo periplo por todo el sur de los actuales Estados Unidos les llevó primero a atravesar Georgia, Alabama, las dos Carolinas y Tennessee. Las batallas fueron a veces de gran dureza y en varias ocasiones estuvieron a punto de sucumbir. Especialmente sangrienta fue la librada contra la tribu choctaw, que defendió su ciudad de Mauvila, muy bien fortificada. Fue un combate terrible en el que casi ningún español se libró de heridas, y cerca de cincuenta y tantos caballos sucumbieron. La mortandad india fue terrible, y la tribu, casi al completo, pereció.

Tras ello, la expedición, cada vez más mermada y hostilizada por guerrillas indígenas, volvió hacia el norte sufriendo un nuevo ataque masivo y nocturno de una nueva tribu hostil que le causó otras cuarenta bajas. El 8 de mayo de 1540, las tropas de Hernando de Soto llegaron a orillas del caudaloso Misisipi, siendo los primeros blancos en verlo. Tuvieron que cruzarlo, lo que les costó un increíble esfuerzo, hostigados de continuo por los flecheros. Finalmente, con todavía unos cuatrocientos hombres consiguió atravesarlo y siguió su periplo por tierras de Arkansas, Oklahoma y Texas, haciendo invernada aquel año de 1541 en la ribera del río Arkansas.

Al comienzo de la siguiente primavera intentaron seguir adelante, pero el intérprete Ortiz murió y la hostilidad india era cada vez mayor; sus guerreros eran cada vez mejores en el combate, como demostraron en la batalla de Caddo Gap (octubre de 1541), donde la suerte fue incierta y solo la habilidad y los caballos de Soto lograron volcarla de su lado. Tras ello, comenzó el retorno. La tropa

emprendió el camino de regreso hacia el Misisipi, a cuya orilla occidental llegó en mayo de 1542. Presa de las fiebres, Hernando de Soto fue a morir allí, a orillas del gran río por él descubierto, en el poblado de Guachoya el 21 de aquel mes.

Quedó como jefe de la expedición Luis de Moscoso de Alvarado, quien dio la orden de enterrar su cuerpo envuelto en lonas y muy lastrado en el lecho del propio río, para que los indígenas no supieran de su muerte, pues lo consideraban inmortal. Cerca de trescientos cincuenta supervivientes, al mando de Moscoso, y tras llegar de nuevo a la costa, consiguieron regresar a las bases castellanas en el golfo de México y llegar hasta la propia capital.

La leyenda de Hernando de Soto perduró entre los nativos. Es el conquistador español que goza de mayor prestigio, y su memoria y estatuas son apreciadas sin que hasta el momento hayan sufrido ataques vandálicos. Otra leyenda cuenta también que el semental que cabalgaba, el único no castrado de la caballada, fue puesto en libertad junto con algunas yeguas. Sobrevivieron y se multiplicaron, y el caballo de Soto fue el padre de todos los caballos que pastaron libres después por las praderas al oeste del Misisipi. No hay documento alguno de su veracidad, pero es hermoso pensar que así fue.

43
Los caballos de la Conquista

Y su impronta en las actuales naciones americanas

Hay algo en lo que, por encima de todas las polémicas, coinciden todos los historiadores: la conquista de América por los españoles no hubiera sido posible sin el caballo. Añado: y el caballo es, tras el mestizaje con la población indígena, el legado más sentido y asimilado como propio por sus habitantes, desde las llanuras y praderas montañosas de Estados Unidos hasta las inmensidades pamperas argentinas del sur del continente. El jinete indio, el *cowboy* y el gaucho fueron las traslaciones de los caballistas castellanos.

Quizá algo tenga que ver con ello que el equino, en cierta manera, volvía —aunque millones de años más tarde, unos cincuenta y cinco, dicen— a los parajes originarios de sus ancestros: el *Eohippus* o *Hyracotherium*. Este era un animalejo del tamaño de un perro, habitante de los bosques y praderas americanas, que cruzó hacia Asia por el estrecho de Bering y dio lugar en aquellas grandes estepas al *Equus ferus caballus*, o sea, el caballo actual, mientras su antepasado se extinguía en su continente primigenio.

Los españoles lo que hicimos fue devolverlo a casa, donde reencontró su paraíso perdido. Al cabo, también propiciamos que se reencontrara con los humanos que habían llegado allí por vez primera hacía unos quince mil o veinte mil años, también por Bering, desde el extremo asiático de Kamchatka hasta Alaska, y que luego tiraron hacia abajo hasta llegar al límite terrestre; unos humanos que ni tenían memoria de que tal animal existía y menos aún de que había sido domesticado, montado y convertido en el máximo ayudante del hombre, tanto para la paz y el trabajo como para la guerra.

Su contribución para imponerse a los enormes, poderosos y militarizados imperios con los que chocaron —el mexica y el inca— fue decisiva en aquellos momentos. Unos y otros lo han dejado reflejado tanto en los pictogramas aztecas como en las crónicas españolas de quienes vivieron los primeros instantes del encuentro.

Los equinos formaron parte ya de la segunda singladura colombina en el año 1493, donde también tuvo lugar la primera confrontación violenta: la batalla de la Vega Real, en lo que es ahora la República Dominicana (entonces La Española, que abarcaba también a Haití). Una confederación de los cacicazgos taínos —pacíficos y sin apenas armas, pero alentados por el belicoso caribe Caonabo, que se había hecho con el poder en parte de la isla y había acabado con la totalidad de los treinta y ocho españoles que se quedaron en el Fuerte Navidad, dejándolo reducido a cenizas— se había rebelado y unido para presentar batalla. Aunque el líder de los invasores caribes había caído prisionero del valiente y habilidoso Ojeda, quien le capturó merced a una añagaza, los nativos presentaron batalla y pusieron en liza a unos diez mil guerreros.

Las fuerzas españolas, comandadas por el hermano del almirante, Bartolomé Colón, apenas llegaban a los cuatrocientos hombres, pero la carga del pequeño destacamento de caballería —quizá una veintena— al mando del capitán Ojeda, quien había traído y cuidado con esmero su propio animal durante el viaje, los desbarató por completo y los hizo huir despavoridos cuando la infantería y los perros alanos llegaron tras ellos. Alonso de Ojeda, considerado el héroe del día, fue apodado después por ello como el Centauro de Jáquimo, nombre indígena del lugar. El nombre de su caballo, descrito como de capa negra y de gran alzada, no aparece reflejado en las crónicas más relevantes, pero sí se le mienta como Malabestia en algún lugar debido a su envergadura y genio. Solo el Capitán de la Virgen, como también se conoció al conquistador conquense, sabía dominarlo y hacerlo obediente a sus órdenes, como el día en que se trajo engrilletado a Caonabo a su grupa.

Los caballos que Cortés llevó a México están ya muy bien documentados y tienen nombres más bonitos. Su protagonismo aquí fue, además, muchísimo más determinante, pues los castellanos hubieron de enfrentarse a las más poderosas, aguerridas y feroces tropas, las cuales habían sojuzgado a todas las etnias y tribus a su alcance, haciendo gala de un formidable y bien adiestrado ejército perfectamente organizado, para el que no había rival.

Hernán y sus hombres llevaron con ellos desde Cuba un total de dieciséis, entre caballos y yeguas, cuyos propietarios y nombres quedaron todos cuidadosamente anotados por Bernal Díaz del Castillo, al principio un joven soldado de a pie que añadió su juicio sobre su desempeño y carácter señalando a los mejores en la carrera y también una descripción.

Nada más ser desembarcados en Tabasco, en bastante malas condiciones por la larga travesía, y en cuanto se desentumecieron y pudieron caminar un poco, se les pusieron las protecciones de acero de las que además colgaban cascabeles para hacer un ruido mayor y sembrar más miedo aún al galopar, hubieron de entrar en combate contra una concentración de indios en formación de guerra tres veces superior en número. Su carga rompió las líneas y los infantes completaron la victoria, que se saldó con cerca de ochocientas bajas indígenas y varios de sus jefes apresados. Cortés, con astucia, los dejó marchar a sus pueblos en gesto de paz y permitió además que retiraran y enterraran a sus muertos.

De ese primer contacto quizá vino la creencia —que duró muy poco, eso sí— de que caballo y jinete eran un mismo ser, aunque el susto fue aún mayor cuando al tropezar uno, caer el hombre también y levantarse uno por cada lado, pensaron que la criatura podía desdoblarse y volverse a juntar a su antojo.

Para infundir todavía más pavor y hacer creer a los indígenas que el caballo por sí mismo quería hacerles mal, recurrió a una treta en un segundo encuentro, este ya amistoso, con los caciques del territorio. Una yegua había parido hacía poco e hizo traerla al aposento donde luego iba a recibir a los indios y la retiró antes de que estos la vieran. Luego hizo traer un caballo «muy rijoso, que una vez que tomó el olor de la hembra, se puso a piafar, relinchar y dar corcovas como un verdadero demonio; ello hizo entender a los caciques que el animal por su propia voluntad quería atacarlos, lo que les llenó de un pavor aún mayor».

> Los caciques creyeron que por ellos hacía aquellas bramuras, y estaban espantados. Y desque Cortés los vio de aquel arte, se levantó de la silla y se fue para el caballo y mandó luego a dos mozos de espuelas que se lo

llevaran de allí lejos y dijo a los indios que ya mandó al caballo que ya no estuviese enojado, pues ellos venían en son de paz y eran buenos.

La habilidad, astucia y diplomacia de Cortés comenzaron a funcionar y, unido a que hizo disparar un cañón y colocó al ejército tras él en formación, acabó por aterrorizarlos; de modo que, amén de declarar la paz, le trajeron abundantes provisiones y presentes.

La descripción que los propios indios hicieron del animal al emperador Moctezuma —aunque los llaman «*ciervos*», al no reconocer su especie— es ya mucho más precisa:

> Los ciervos avanzaban con los soldados montados sobre sus lomos. Estos animales iban guarnecidos con numerosas campanillas. Cuando galopaban, el repiqueteo de tantas producía un ruido ensordecedor. Estos ciervos resoplaban y sudaban en abundancia, y el sudor se deslizaba por sus cuerpos. La espuma salía de sus bocas a borbotones y caía al suelo en grandes gotas, como espuma de amole [planta con la que ellos elaboraban jabón]. Al correr hacían gran estruendo, con un clamoroso estrépito como de piedras arrojadas contra el suelo, y el camino quedaba luego picado y lacerado por las huellas de sus cascos. A cada golpe, los cascos dejaban un pequeño hoyo.

En su primera entrada en Tenochtitlán, Cortés les otorgó un protagonismo principal. Marchó en cabeza a lomos de Arriero, un hermoso tordo, y tras él iba una fila de cuatro jinetes más, un abanderado y los perros alanos con sus defensas de cuero y carlancas con hierros en punta en sus cuellos. En una tercera fila iban los ballesteros y luego varias hileras de caballistas con los escopeteros detrás. Unos diez metros después, iba el grueso de los infantes y de los aliados tlaxcaltecas que se habían unido a él. Vamos, una puesta en escena perfecta.

También entró a caballo la segunda vez que lo hizo, tras haber tenido que huir en la jornada de la Noche Triste y haber tomado al

fin la ciudad, después de un largo asedio por tierra y agua. Lo hizo en esta ocasión a lomos de Romo, «un caballo muy bueno de capa castaña oscura».

Y uno más, quizá el más famoso de todos: el Cordobés, el que se dice que le salvó en aquella aciaga noche y con el que cargó en Otumba en aquel combate decisivo y a la desesperada, en el que su arrojo y estrategia convirtieron la casi cantada derrota y muerte en una victoria decisiva. Hernán Cortés murió en Castilleja de la Cuesta (Sevilla) en 1547, y en un patio de lo que pudo ser su residencia existe una lápida que lleva grabado tan solo ese nombre: Cordobés. ¿Dedicada al animal por Cortés? Crean ustedes lo que gusten.

En la conquista del Imperio inca, los caballos fueron decisivos también, aunque Francisco Pizarro era mucho más avezado en el combate a pie, en el que se había curtido en las guerras de Italia antes de partir para el Nuevo Mundo. Su hermanastro mayor, Hernando, sí combatió montado en Cajamarca, pero él mismo se desmontó sin asestar golpe alguno, pues se golpeó la cabeza en la arrancada con un galpón de los soportales de la plaza de la ciudad.

La carga, que parecía suicida y acabó derribando a Atahualpa de su palanquín y desatando el pánico, la encabezaron Sebastián de Benalcázar y Hernando de Soto, considerado en la posteridad como el mejor jinete de todos los caballistas que cabalgaron por las Indias. Él fue quien, la noche anterior, en los Baños del Inca —situados en lo alto de unos montes con la ciudad en el valle a sus pies—, le metió el caballo a un palmo de las caras de los guardias imperiales que protegían a Atahualpa. Y fue su famoso Bragao el que se llevó a la Florida y al descubrimiento del Misisipi, de quien se dijo que fue padre de las caballadas cimarronas que luego se extendieron por las

llanuras americanas. Cuenta la leyenda que, al morir Soto, soltaron a su caballo, que no estaba castrado, y con él a algunas yeguas que se habían quedado sin jinete. Un poco raro se me hace, pero lo dejo apuntado.

Cabeza de Vaca, que anduvo luego por allí y atravesó de costa a costa el sur de Estados Unidos, también afirmó que eran tan hábiles y bravos aquellos guerreros indios —entre ellos, siux, comanches y apaches— que «solo con los caballos se les podrá sojuzgar»; y, ciertamente, fue un factor decisivo.

Aunque con un giro en el guion: los indios no tardaron en comprender que ellos también podían utilizarlos y, de hecho, acabaron por convertirlos en su bien más preciado y en convertirse ellos mismos en maravillosos jinetes. Y esto sucedió tanto en el norte como en el sur. En Chile, ya aprendieron a hacer del caballo su mejor arma y llegaron a derrotar y matar nada menos que a Pedro de Valdivia, uno de los grandes capitanes de los Pizarro. En el norte, los famosos Dragones de Cuera se las tendrían que ver con la nación comanche y su jefe Cuerno Verde, al que, no sin gran esfuerzo, consiguieron vencer en la primera gran batalla de tropas de caballería del Oeste americano.

Los caballos de todo aquel territorio, por cuya posesión los indios estaban dispuestos a matar y a morir, eran los descendientes de aquellos de la expedición de Vázquez de Coronado —cuyo capitán, García López de Cárdenas, fue el primer blanco en divisar el Gran Cañón del Colorado— que escaparon en el largo periplo y acabaron por medrar en todo aquel inmenso territorio. Al cabo de no mucho, el indio los capturó, los domó, los montó y fue a la caza y a la guerra a lomos de ellos.

Hace unos años recorrí buena parte de los cañones y parques naturales del río Colorado y otros lugares por Utah, Arizona y Nevada. En uno de ellos del estado mormón, en Canyonlands, creo recordar, se encuentra un extraordinario testimonio de aquel primer momento. Está grabado en la «pi*edra que cuenta una historia*». Es una gran roca casi en su totalidad llena de figuras de animales y de ellos mismos dándoles caza, así como de otros aspectos de su cotidiano devenir. Fremonts, utis y navajos han dejado su huella allí. En muchas de aquellas imágenes, en hileras de abajo hacia arriba, se retratan a pie, pero en un lugar especial, y manifiestamente elegido como tal, aparece un indio a caballo. Todo un testimonio de lo que aquello fue y supuso para ellos.

La huella de aquellos primeros caballos, la mayoría de raza andaluza, sigue no solo presente, sino ya interiorizada en el corazón y el alma de sus gentes actuales. He visto llegar en el crepúsculo, allá por el norte de México, por Malpaso, saliendo del desierto, a un jinete y su caballo agotados, y parecerme que sí, que en efecto hombre y caballo eran la misma cosa: un centauro. Al desmontar, llevarlo a abrevar, desaparejarlo, revisarlo y cuidarlo fue lo primero que hizo. Por la noche y con tequila, me invitaron a ir con ellos a «platicar al potrero», que es donde a estos hombres les gusta hablar de sus cosas mientras su vista se solaza contemplando y ponderando a sus caballos.

Están en sus cuentos, sus versos y sus cantares, desde el río Grande hasta la pampa, en la misma lengua y con el mismo y hondo sentimiento, tan reconocible y tan hispano: desde los corridos de la Revolución mexicana hasta las andanzas del gaucho Martín Fierro, con sus capas y sus andares, desde el azabache hasta el blanco,

desde el paso hasta el galope.

Por ejemplo:

Caballo prieto azabache,
cómo olvidarte,
si te debo la vida
cuando iban a fusilarme
las fuerzas leales a Pancho Villa.

O este:

Este es el corrido del caballo blanco
que un día domingo feliz arrancara.
Iba con la mira de llegar al norte
habiendo salido de Guadalajara.

De *La vuelta de Martín Fierro* (1879), firmado por José Hernández:

El pampa educa al caballo
como para un entrevero.
Como un rayo es de ligero
en cuanto el indio lo toca
y, como trompo, en la bocada güeltas sobre de un cuero.

Firmado por Atahualpa Yupanqui, y cantado por María Dolores Pradera:

Era una cinta de fuego
galopando, galopando,
crin revuelta en llamaradas,
mi alazán, te estoy nombrando.

Del cantautor Horacio Guarany:

¿Cómo pretende que yo,
que lo crie de potrillo,
clave en su pecho un cuchillo
porque el patrón lo ordenó?
Déjenlo no más pasar,
no rechacen mi consejo,
que yo lo voy a enterrar
cuando se muera de viejo.

44
Pedro de Valdivia

(1497-1553)

El trágico final del fundador de Chile y uno de los más avezados militares españoles en las Américas

Pocos de los conquistadores españoles en América pueden presumir de la hoja de servicios de Pedro de Valdivia. Fue, sin duda, uno de los jefes militares con mayor destreza, estrategia y valentía. Estuvo presente en las más importantes batallas, tanto en tierras europeas como en las del Nuevo Mundo. Hasta se dice que, muy joven, con solo veintiún años formó parte incluso de las tropas comuneras y combatió en Villalar. Esto es algo que —sea por no ser verdad, o porque se prefirió ocultar— permanece en la bruma, pero de ser cierto, aquel comienzo, con la derrota y muerte de los líderes insurrectos, se compadecería mucho con su última batalla al otro lado de los mares, la de Tucapel en Chile, con él al mando, en la que perdería la vida con cincuenta y seis años cumplidos.

Entre una y otra, más de treinta años de combates, de victorias en el campo de batalla, tropiezos y enredos con el poder y un gran

prestigio ganado a pulso con la espada y con su maestría en planificar y ganar batallas.

Estuviera o no en Villalar, donde ya sí se encontraba aquel mismo año era formando parte de las huestes realistas que habían derrotado a los comuneros. Servía al emperador Carlos V en Flandes tras haberse alistado en su Extremadura natal, pues había venido al mundo en la población de Castuera, en la comarca de La Serena. Era hijo de hidalgos probados, pero de no muy larga hacienda; aunque, eso sí, la economía familiar alcanzó para que aprendiera a leer y escribir. Lo cierto es que con la pluma se defendía casi tan bien como con la espada, que fue al cabo el oficio —el de las armas— que entendió como mejor salida y en el que no tardó en destacar. Participó en la defensa de Valenciennes contra los franceses, una campaña que encabezó el propio rey Carlos.

Su siguiente destino fue Italia. Allí, incorporado al tercio de infantería del marqués de Pescara, participó en el exitoso asedio que concluyó con la toma de la ciudad y que culminaría después con la gran victoria de Pavía (1525); aquel gran desastre galo donde su rey, Francisco I, acabó vencido y prisionero. Sus méritos le otorgaron sucesivos ascensos y, tras participar dos años después nada menos que en el archifamoso, pero no muy edificante, Saco de Roma (1527), así como en la defensa de Nápoles para ayudar a derrotar de nuevo a los franceses que la cercaban, obtuvo el flamante grado de capitán. Con él regresó a España, a su tierra, con el propósito de casarse y formar una familia. Lo hizo con Marina Ortiz de Gaete, de noble linaje, aunque no consta que le diera hijos. La vida allí se le hizo lenta y sin horizontes, por lo que en 1535 decidió que el futuro que buscaba estaba al otro lado del mar océano. No volvería a ver a

su esposa, aunque cuando ya estuvo en Chile, con poder y posibles, envió emisarios con abundantes dineros para ella y con la misión de que la llevaran a su lado, a pesar de que para entonces él ya estaba con quien sería el gran amor de su vida: Inés.

Hacia América partió al lado de quien había sido un viejo compañero de armas desde los tiempos de los comuneros, Jerónimo de Alderete. Iban rumbo a Venezuela, al Orinoco, como refuerzos de la expedición de Jerónimo de Ortal, a la que se unieron. Allí, Alderete comandó una revuelta contra su tocayo y, tras deponerlo, anduvieron vagando por la inmensidad de Los Llanos venezolanos hasta que los prendieron a todos y los llevaron a ser juzgados a Santo Domingo.

Valdivia tuvo suerte: no había estado entre los cabecillas. Cuando llegó a la Audiencia de La Española una petición de refuerzos por parte de Francisco de Pizarro para sofocar una rebelión de los incas, le permitieron partir con ellos. A finales de 1536, ya estaba en Lima a las órdenes de su ahora triunfante paisano trujillano.

Su socio y amigo, Diego de Almagro, fue quien logró al año siguiente retomar y controlar la ciudad de Cuzco de manos de las tropas incaicas, pero, tras hacerlo, consideró que la ciudad y aquel territorio debían quedar bajo su exclusivo mando sin tener que rendir cuentas a Pizarro. La guerra entre españoles, una más, estaba servida.

Francisco de Pizarro, para entonces, ya sabía de la experiencia militar de Valdivia y de su valía. Él había estado también como rodelero en las primeras guerras italianas y ahora el enfrentamiento no iba a ser con indios, sino con soldados españoles avezados también en aquellos otros combates. Lo nombró maestre de Campo

y lo envió junto con sus hermanastros Hernando, el mayor, y Gonzalo, el más joven, a su encuentro. De inicio los almagristas parecían tener ventaja, pero la experiencia en tales lides de Valdivia fue decisiva para inclinar la balanza. Los pizarristas vencieron y Almagro acabó preso y después fue decapitado.

La posición de Valdivia ganó muchos enteros ante Pizarro. Tras ser comisionado por el segundo en lo que ahora es Bolivia —donde recibió encomiendas y hasta una mina de plata—, ambos mantuvieron una reunión en el lugar donde hoy se alza la capital boliviana, La Paz. Allí, Pizarro le concedió permiso para acometer la conquista de Chile, hacia donde había ido antes el ya fallecido Almagro, quien había regresado con las impresiones más penosas: que aquel lugar era inhóspito, pobre y de una tremenda dureza.

Pero Pizarro y Valdivia lo veían de otra manera, y el primero autorizó al segundo a que, como su teniente gobernador, partiera hacia allá y tomara posesión de aquella tierra. Así lo hizo: fundó ciudades (entre ellas, la actual capital de Chile, Santiago), venció a las aguerridas tribus mapuches que allí habitaban, y consiguió gloria, fama y ser nombrado gobernador de aquellos territorios. Además, fue una figura decisiva en la derrota de la rebelión de Gonzalo Pizarro —el pequeño, pero más apreciado de los hermanos Pizarro— contra la Corona. Sin embargo, acabó muriendo a manos de los guerreros mapuches, cuyo jefe, Lautaro, había aprendido las modernas artes y maniobras de la guerra española, así como la importancia de la caballería, mientras servía cautivo en la propia casa de Valdivia desde los doce años. Al final, volvió todo lo aprendido contra ellos.

El inicio de la expedición, desde el primer momento, estuvo

plagado de dificultades. Casi nadie quería acompañarle, dados los fracasos anteriores y la escasa posibilidad de obtener ganancias.

> No había hombre que quisiera venir a esta tierra, y los que más huían de ella eran los que trajo el adelantado don Diego de Almagro, que como la desamparó, quedó tan mal infamada, que como de la pestilencia huían de ella; y aún muchas personas que me querían y eran tenidos por cuerdos, no me tuvieron por tal cuando tuve que gastar la hacienda que tenía, en una empresa tan apartada del Perú y donde el adelantado no había perseverado.

Así lo relató el propio conquistador y, en efecto, así fue. La situación era tan precaria que tuvo que aceptar a un par de socios, quienes accedieron a unirse tras pactar el reparto de los beneficios de la empresa.

En enero de 1540, salió de Cuzco con sus exiguas fuerzas, acompañado ya por su amante, camuflada como sirviente: la valerosa Inés de Suárez. Su esperanza estaba en conectar con los restos de las anteriores expediciones fracasadas. Logró su objetivo tras atravesar el terrible desierto de Atacama, incorporando a sus tropas un total de 70 hombres que el capitán Francisco de Villagra había conseguido mantener. Al añadir otros pequeños contingentes, como el de 25 hombres al mando de Francisco de Aguirre, logró reunir finalmente un pequeño ejército de unos 153 españoles (105 de a caballo y 48 de a pie), amén de algunos destacamentos de indios aliados. Entre ellos ya se encontraban viejos conocidos como Jerónimo de Alderete y otros que luego serían decisivos en toda su epopeya, como Monroy, Villagra o Rodrigo de Quiroga, quienes le sucederían, a su muerte, en la gobernación —y el segundo de ellos, también en el lecho de Inés—.

Pero allí mismo comenzaron ya las insidias y las traiciones. Uno de sus socios, Pedro Sánchez de la Hoz (o Sancho de la Hoz, de las dos

maneras nombrado por las fuentes), urdió un plan para asesinarlo y tomar el mando. Inés logró dar la alarma, lo que permitió que tanto él como sus compinches acabaran apresados. Valdivia, a cambio de perdonarle la vida, le hizo firmar la renuncia a todos los derechos de la sociedad compartida y le obligó a seguir como simple soldado en la hueste. A pesar de ello, Pedro Sánchez le iba a ser traidor una y otra vez, sin dejar de conspirar ni de intentar matarle para ocupar su lugar.

Los expedicionarios, cuyo número había aumentado a poco más de ciento cincuenta españoles, avanzaron hasta el valle de Copiapó. Allí comenzaba el límite de la tierra que se le había encomendado conquistar, y llegado a ese punto y de la más solemne manera que pudo, tomó posesión del territorio en nombre del rey, que no de Pizarro, y le dio por nombre Nueva Extremadura.

Luego continuó hasta el valle del Mapocho, donde, tras derrotar sin demasiada dificultad a los contingentes del cacique local, llegó en diciembre de 1540. Allí era donde tenía previsto levantar la primera ciudad de aquellas tierras, tras escuchar los informes de los indígenas y de los supervivientes de las campañas de Almagro. Así lo hizo el 12 de febrero de 1541 a orillas del río que cruzaba el valle, en un enclave no muy lejano de la costa y con un clima algo más benigno que los que habían soportado hasta entonces. Le dio el nombre de Santiago del Nuevo Extremo, hoy la populosa capital, Santiago de Chile.

El lugar estaba poblado y gozaba de buenos campos de cultivo. Además, Valdivia supo que los nativos extraían oro para pagar su tributo al inca y logró dar con el yacimiento. No había tanto como en el Perú, pero el metal que tanto ansiaban comenzó a aparecer y su

extracción fue yendo a más.

Fueron los propios indios quienes le dieron la noticia del asesinato de Pizarro a manos de los almagristas, una coyuntura que él aprovechó para convocar un cabildo y declararse exento de cualquier subordinación a la autoridad del difunto. El cabildo, dominado por sus hombres más cercanos, le nombró gobernador hasta que el rey, al otro lado del mundo, designara a alguien para el cargo; un nombramiento que Valdivia aceptó tras hacer el correspondiente paripé de rehusarlo.

Pronto, los indígenas comenzaron a dar muestras de gran inquietud. Valdivia, prudente, ordenó la construcción de un bergantín en la desembocadura del río Aconcagua con el fin de asegurar una vía de escape y poder regresar al Perú en caso de emergencia. En medio de esto, se descubrió otra conspiración liderada de nuevo por Sánchez de Hoz, pero Valdivia hubo de perdonar a los conjurados, pues en la situación en que se encontraban no era cuestión de eliminar a ningún brazo que pudiera combatir en el asalto que se vaticinaba.

Y no le faltaba razón al ser precavido. El ataque indio contra los lavaderos de oro y el barco en construcción —que fue destruido— no tardó en desatarse. El 11 de septiembre de 1541 cayeron sobre Santiago, coincidiendo con una ausencia del propio Valdivia, que había salido de expedición de reconocimiento contra otra concentración indígena hostil en la zona de los yacimientos auríferos.

Los defensores lograron rechazar el asalto, una gesta donde la determinación de Inés de Suárez fue crucial, al decapitar con su propia mano a los caciques que los atacantes pretendían liberar. Sin embargo, los rebeldes incendiaron toda la ciudad —que en realidad

era un conjunto de chozas de paja— y acabaron con casi todos los alimentos disponibles, excepto un puñado de trigo, tres cerdos y algunas gallinas.

La reacción de Valdivia no fue la que esperaban los indios. En vez de emprender el camino de regreso hacia el Perú, ordenó que comenzara de inmediato la reconstrucción de las viviendas; y en lugar de comerse el trigo, los cochinos y las aves, mandó emplearlo todo para la siembra y dejar que los animales se reprodujeran. Eso sí, envió a un hombre de su total confianza, Alonso de Monroy, hacia el Perú, en demanda de auxilios y refuerzos.

En los dos años que transcurrieron antes de que llegara la ayuda, las pasaron canutas: conseguían comida como podían, sin reparar en medios para lograrla y bajo la constante amenaza de los indios. A pesar de todo, lograron sobrevivir y, en septiembre de 1543, arribó un bergantín con bastimentos, al que siguió en diciembre el propio Monroy con setenta soldados.

Aquello dio fuerzas a la colonia, que comenzó a expandirse hasta asentar un nuevo poblado al norte para facilitar el enlace con el Perú. Un nuevo barco al año siguiente le permitió ir avanzando hacia el sur. Sin embargo, Valdivia comprendió que con aquellas escasas fuerzas no podría avanzar en condiciones adecuadas. Había topado con las tribus araucanas, y estos indios eran bravos en la batalla a más no poder. Cada combate con ellos suponía un tremendo esfuerzo y no pocas bajas.

Pero Valdivia estaba obsesionado con seguir hacia el sur y someter todo aquel territorio. Como había conseguido una buena fortuna gracias a los yacimientos auríferos, decidió emplearla. Volvió a mandar a Monroy hacia Lima, pero esta vez con setenta mil pesos

en oro. Le acompañaba Antonio de Ulloa, que regresaba a España, y con él envió una carta al rey Carlos dando cuenta de hasta dónde había llegado y solicitando la ratificación formal de su título de gobernador.

Las cosas se torcieron: Monroy murió en Lima, y en Santiago arreciaron las conspiraciones encabezadas siempre por el mismo hombre, Pedro Sánchez de la Hoz, que una vez más fue sofocada sin castigar al instigador. Pero tenía como cómplice al tal Ulloa, a quien también había perdonado anteriormente por andar mezclado en los intentos de acabar con él. Ulloa, aliado con los pizarristas, ahora comandados por Gonzalo, alzados ya contra la Corona, logró que se incautara el oro llevado por Monroy y también una nave que había enviado a por suministros a mando de Pastene. Este, por fortuna, logró hacerse con otro barco y volver con ellos y algunos refuerzos a Chile.

Al ser informado, Valdivia entendió que era él quien debía ir en persona a Lima para llevar todo el oro que pudiera. Y lo llevó valiéndose de un engaño: anunció que todos los que quisieran podían volver a España y llevarse consigo todo el metal precioso que tuviesen. Una vez llegados a Valparaíso, los invitó a todos a un almuerzo en tierra; bajó con ellos, pero no tardó en escabullirse al navío, levar anclas y poner mar de por medio. En Santiago, había dejado al mando a Francisco de Villagra, circunstancia que Pedro Sánchez de la Hoz aprovechó para una nueva intentona de hacerse con el poder. Villagra, sin embargo, no se anduvo con las contemplaciones de su jefe y le hizo decapitar de inmediato.

Pedro de Valdivia, recién llegado al Perú, se encontró con un panorama complejo. Gonzalo Pizarro —a cuyo lado había combatido

antaño contra Almagro— no solo había vencido a las tropas realistas y acabado con la vida del propio virrey en la batalla de Añaquito (o Iñaquito, 1546), sino que ahora lideraba un levantamiento general de los conquistadores del Perú contra la Corona. Esta rebelión, motivada por la restricción de las encomiendas que se había dictado a instancias de fray Bartolomé de las Casas, iba ahora dirigida contra el sucesor del virrey: el sacerdote Pedro de la Gasca. Este último, investido también como presidente de la Audiencia y con el encargo de pacificar el territorio, se dirigía hacia el Cuzco para enfrentarse a los pizarristas.

Pedro de la Gasca carecía de experiencia militar, por lo que Valdivia comprendió que su única opción era unir su suerte a la del clérigo. Le alcanzó, le ofreció sus servicios y este, sabedor de su valía y su fama, le aceptó. Sin embargo, evitó otorgarle de entrada el título de gobernador, tratándole simplemente como capitán, aunque poco después le incorporó a su Estado Mayor con el rango de maestre de campo.

Con este nombramiento, el buen estratega que había en Valdivia se puso en marcha y desplegó toda su inteligencia táctica para intentar revertir la delicada situación. Las cosas pintaban bastante mal, pues en el bando contrario la moral estaba por las nubes tras haber vuelto a derrotar a los realistas hacía ni un mes en la sangrienta batalla de Huarina. Al mando tenían, además de a Pizarro, al valeroso y despiadado mariscal Francisco de Carvajal, conocido popularmente como el Demonio de los Andes.

La llegada de Valdivia, precedido por sus hazañas en Chile y en tierras italianas contra los franceses —donde, por cierto, habían combatido no pocos de los que ahora se enfrentaban al otro lado del

mar—, reanimó a la decaída hueste realista. El cura virrey ayudó con mensajes amistosos y ofertas de perdón a los rebeldes y a sus capitanes; y, lo que era aún más tentador, ofreció la posibilidad de negociar las denostadas nuevas ordenanzas sobre las encomiendas y relajar su aplicación.

Valdivia no tardó en dar pruebas de su valía y determinación. Logró, a marchas forzadas, cruzar con el ejército el foso del río Apurímac y acampar esa misma noche tras los cerros que rodeaban el campo de Pizarro en el valle de Jaquijahuana, sin que estos los vieran llegar.

Al amanecer, desde lo alto de una colina, hizo disparar cuatro cañonazos contra la tienda principal del campamento enemigo, y alguno logró hacer blanco en ella: un lugarteniente de Pizarro quedó despanzurrado y dos más resultaron heridos. Aquello sobrecogió el ánimo de los insurgentes. Luego desplegó sus escuadrones en los altos, en una posición dominante sobre ellos, rodeándolos, cortando los posibles escapes y en perfecto orden de combate. La estrategia le resultó. Fue entonces cuando Francisco de Carvajal, el comandante pizarrista —que además había combatido en Italia junto a él, pero que para nada se lo esperaba allí—, reconoció su firma y estilo en el despliegue.

«Valdivia está en la tierra y rige el campo real… ¡O el diablo!», se le escuchó maldecir.

Aquello fue el principio de un rápido fin. No hubo casi combate. A las primeras embestidas de la caballería, buena parte de los soldados rebeldes decidieron cambiar de bando, y a nada, tras algunos combates de no mucha intensidad, decidieron aceptar el perdón prometido y rendirse a las fuerzas del rey, al que al cabo

todos habían jurado lealtad. «Ay, señor gobernador, que su majestad os debe mucho!», dijo lleno de satisfacción Pedro de la Gasca cuando Valdivia se presentó llevando preso al terrible Carvajal, dándole por vez primera tal rango que después no dudó en formalizar por escrito. Gonzalo Pizarro, preso también, fue decapitado.

El tiempo de los Pizarro en Perú había llegado a su final.

Todo parecía bien resuelto y a completa satisfacción de Valdivia, que en la mejor sintonía con el virrey y con nuevas tropas y barcos regresaba hacia su territorio dispuesto, esta vez sí, a acabar la conquista del territorio araucano y llegar hasta el estrecho de Magallanes. Pero justo entonces le alcanzó la orden virreinal de regresar de inmediato a la capital peruana, pues se habían presentado graves cargos y acusaciones contra él, más de medio centenar en total —entre otros motivos, por la ejecución de Sánchez de la Hoz y el robo del oro—. Pedro de Valdivia obedeció la orden sin resistencia alguna y se presentó dispuesto a defenderse. Contaba desde luego con la simpatía de su juzgador, por haber acatado su autoridad y contribuido a su victoria, y no tardó en lograr la absolución. Se le permitió regresar a Chile, aunque se le puso la condición de devolver el dinero que había cogido «prestado» a los vecinos de Santiago y de separarse de su amante, Inés.

Retornó poderoso, con muchas más tropas y poderes, y se dispuso a comenzar su ansiada expansión hacia el sur y el estrecho de Magallanes, aunque su gobernación no llegaba hasta allí. Una caída del caballo frustró sus primeros ímpetus, pues le tuvo en cama y al borde de la muerte. Al año siguiente, ya se lanzó a la aventura, pero su avance fue cada vez más difícil y la resistencia mapuche

cada vez más fuerte. Su campamento en Andalién sufrió un feroz ataque nocturno que rechazaron con gran esfuerzo y sensibles pérdidas. La batalla fue terrible y estuvieron a punto de sucumbir y Valdivia decidió dar un escarmiento brutal a los prisioneros que habían participado en el alevoso ataque: ordenó que les cortaran a todos la mano derecha y las narices. Supuso que el horror de verlos desfigurados guardaría a los demás de volver a intentarlo. No calibró bien y Lautaro, que estaba junto a él como caballerizo, recordó que algo igual habían hecho con su padre cuando a él lo capturaron siendo un niño. Poco después se fugó y se unió a su pueblo, dispuesto a cobrarse venganza.

La ciudad de Concepción fue fundada el 5 de octubre de 1550 por Pedro de Valdivia. Fue el primero de todos los poblamientos en aquel nuevo territorio por conquistar. En 1552, el gobernador fundó otra ciudad, muy cerca del mar, a la que puso de nombre su propio apellido, Valdivia, que sigue llevando hoy.

Toda la zona ofrecía grandes posibilidades y riquezas, encomiendas y metales preciosos, pero la revuelta araucana no hacía más que extenderse y Lautaro se mostraba, tras lo aprendido de los españoles, como un capaz y valeroso líder que iba uniendo bajo su mando cada vez a más tribus. Ni Valdivia ni su segundo al mando, Villagra, parecían darse cuenta de que el dominio español era muy precario y enemigo cada vez más numeroso, conjuntado y mejor dirigido. Los soldados españoles solo veían que las encomiendas que se les otorgaban les daban grandes beneficios y se sentían seguros de poder contener los ataques indígenas montados en sus caballos. No sabían que los mapuches estaban aprendiendo a enfrentarse a las cargas y ya sabían cabalgar y arremeter con sus

lanzas.

En el año 1552, Valdivia profundizó en su avance y siguió fundando ciudades. Envió a su viejo compañero Jerónimo de Alderete a buscar un paso por la imponente cordillera andina y a orillas Mallalauquen estableció la ciudad de Villa Rica, así conocida por sus minas de oro y plata. Antes de que llegara el invierno ambos regresaron a Concepción y desde allí Pedro envió de nuevo a su viejo amigo de viaje. Esta vez rumbo a España, con los encargos de conseguirle un título nobiliario, el hábito de Santiago, la ampliación de su gobierno hasta el estrecho de Magallanes y traer a Chile a su legítima esposa, Marina Ortiz, a la que enviaba presentes y una muy respetable cantidad de dinero. Los lavaderos de oro cercanos a Concepción aportaban las ansiadas riquezas que tanto necesitaba. Todo parecía, por fin, marchar bien.

Pero entonces, Valdivia cometió un error fatal. No alcanzó a percibir que la resistencia araucana no solo era cada vez mayor, sino que estaba preparada para un ataque masivo. En vez de asegurar lo conquistado, dividió sus tropas y las hizo avanzar. Mandó a Francisco de Aguirre al otro lado de la cordillera de los Andes; a Villagra, hacia el sur, para que intentara llegar hasta el estrecho de Magallanes; y a una nave por mar para explorar dicho paso.

El ataque de las fuerzas comandadas por Lautaro contra el fuerte Tucapel en diciembre de 1553 obligó a la guarnición a retirarse a Purén. Valdivia salió de Concepción para proteger los yacimientos auríferos de Quilacoya y se fortificó allí. Recibió luego la buena nueva de que los refuerzos enviados desde La Imperial al mando de Gómez de Almagro habían logrado rechazar y levantar el asedio a Purén. Valdivia citó a este a un encuentro el día de Navidad en el

destruido fuerte Tucapel para volver a levantarlo, aunque le advirtió que no dejara desprotegido Purén.

Fue entonces cuando Lautaro, con astucia, consiguió vencerle y vengarse al fin. Fingió que iban a atacar masivamente Purén, por lo que Gómez de Almagro retrasó su partida durante todo un día y no salió a su encuentro hasta el siguiente.

Valdivia sí llegó puntual, y con lo que se encontró fue con todas las fuerzas mapuches en gran número —cerca de diez mil guerreros —, comandadas por su antiguo paje y caballerizo, quien había aprendido muy bien sus lecciones. Escondidos en los bosques, los dejaron avanzar y, cuando estuvieron en la ratonera y sin señal alguna a la vista de las fuerzas de Gómez de Almagro, fueron a por él. Lautaro lanzó a sus tropas no en tropel, sino en sucesivas oleadas, contraponiendo a sus lanceros ante las embestidas de la caballería castellana. Utilizando las propias tácticas hispanas, fueron agotando a los españoles y mermando sus efectivos hasta reducirlos a un puñado tan solo. Valdivia fue de los últimos que resistió y aún intentó romper las filas mapuches arrancando al galope con su caballo. Pareció incluso que iba a conseguir escapar, pero al cruzar una ciénaga se empantanó y fue cogido prisionero.

Apresado por sus enemigos, las versiones sobre su muerte son muy diferentes; dos de ellas se deben a un mismo cronista, Pedro Mariño de Lobera. En la primera asegura que fue un cacique llamado Pilmaiquén quien, una vez que Valdivia fue arrastrado hasta el campamento donde celebraban su triunfo, le mató de un macanazo en la cabeza, sin más: «Levantó una gran porra que tenía en las manos y la descargó con gran furia sobre el infelice Valdivia haciéndole pedazos la cabeza».

En la segunda versión del mismo autor, la escena parece ya propia de una película:

> Trajeron una olla de oro ardiendo y diciéndole: «Pues tan amigo eres de oro, hártate agora dél, y para que lo tengas más guardado, abre la boca y bebe aqueste que viene fundido»; se lo hicieron a beber por fuerza, teniendo por fin de su muerte lo que tuvo […] de su entrada en Chile.

Más extendida y detallada es la del cronista Góngora Marmolejo, que relata con todo lujo de detalles las atrocidades que sufrió:

> Teniéndolo en su poder le desarmaron y desnudaron en carnes, y ataron las manos con unos bejucos, y ansí atado lo llevaron a pie casi media legua, sin quitalle la celada borgoñona que llevaba, que aunque lo probaron muchas veces no acertaron a quitársela; y como era hombre gordo y no podía andar tanto como querían, llevábanlo algunas veces arrastrando, diciéndole muchos vituperios y burlando de él, hasta un bebedero, donde llegados con él se juntaron todos los indios y repartieron toda la ropa y despojo por su orden entre los señores.

Valdivia, según este relato y usando como intérprete a su sirviente yanacona —que había sido apresado con él—, les ofreció retirar a los españoles del reino y entregarles dos mil ovejas a cambio de su vida. Pero los mapuches no aceptaron: su destino estaba ya trazado.

> Hicieron los indios un fuego delante de él, y con una cáscara de almeja de la mar, le cortaron los lagartos de los brazos desde el codo a la muñeca (teniendo espadas, dagas y cuchillos con que podello hacer, no quisieron por dalle mayor martirio), y los comieron asados en su presencia. Hechos otros muchos vituperios, le mataron a él, y la cabeza pusieron en una lanza juntamente con las demás de cristianos, que no les escapó ninguno.

Su cráneo fue después descarnado y sirvió como trofeo, usado como vasija contenedora de chicha entre los principales toquis; fue devuelto medio siglo más tarde a los españoles como prueba de pacificación.

Lautaro provocó el abandono de los fuertes y el despoblamiento

de toda la zona de Concepción, centro de los asentamientos españoles en el sur de Chile, a la que incendió y saqueó por dos veces. Pero su estrella no tardó en palidecer. Las divisiones también hicieron mella entre los mapuches y Villagra, el lugarteniente de Valdivia, logró contenerle. Finalmente, el caudillo mapuche acabó encontrando la muerte al intentar tomar la ciudad de Santiago, la primera que Valdivia fundó.

Sea como fuere, Valdivia encontró su muerte en Chile, donde, según sus propias palabras en la carta que escribió al rey Carlos V el 4 de septiembre de 1545, no había ido «sino a descubrir y poblar tierras a vuestra majestad, y no por otro interés, junto con la honra y mercedes que será servido de me hacer por ello para dejar memoria y fama de mí».

Sin duda la dejó. Su figura, aunque no sea de las más reconocidas en España —quizá debido a su fracaso final—, es recordada en Chile con bastante mayor benevolencia que otras en otros países de Hispanoamérica. No faltan estatuas suyas, ni avenidas con su nombre, y nadie ha intentado quitar su nombre a la ciudad que lo lleva.

45
Pedro Menéndez de Avilés

(1519-1574)

Fundador de la primera ciudad de Estados Unidos, San Agustín de Florida

Aunque la voluntad gubernamental centre su esfuerzo en borrar la historia de España de la educación y tenga como objetivo central su olvido y la ignorancia supina de las generaciones futuras, se percibe cierto movimiento de escritores e intelectuales, resistentes a la consigna y el pesebre, empeñados en darle visibilidad. La tendencia está teniendo una gran y creciente acogida en la base social, que cada vez responde mejor y con más fuerza a la pretensión de que el insulto, la descalificación y la condena de nuestro pasado y de nuestros abuelos sea el mantra que debemos salmodiar como doctrina de obligado cumplimiento.

Por eso, resulta muy oportuno traer a colación a un personaje muy olvidado, aunque tenga en su haber la fundación de la que es hoy la más antigua ciudad de nada menos que de los todopoderosos Estados Unidos de América. La ciudad es San Agustín, en Florida; el

año, el 1565; y su fundador, Pedro Menéndez de Avilés. Vamos, que no la fundó un inglés. Bueno, ni esta en el este ni tampoco en el oeste, como por ejemplo Santa Fe, fundada en 1573, bastantes años antes de que tuviera lugar el primer asentamiento inglés en Virginia, ya en el siglo siguiente, en 1606.

O sea, que la primera lengua europea que por allí se habló y escuchó, de océano a océano, desde el Atlántico al Pacífico, fue el español, aunque esté casi prohibido decirlo. La raíz hispana fue la primera que el Viejo Continente plantó, y arraigó en el Nuevo Mundo. Ejemplos son también San Francisco o Los Ángeles, y por llegar, hasta Alaska llegó, donde —por cierto— detuvo el avance de Imperio zarista hacia el sur.

Florida, a la que el primer descubridor español, Ponce de León, puso el nombre de Tierra Florida (1513), había sido objeto de intentos de población antes y en más de una ocasión. El primero fue el ya citado Ponce, fundador además de San Juan, la capital actual de Puerto Rico; y, tras él, Pánfilo de Narváez (1527) y Hernando de Soto (1539), descubridor del Misisipi. Los tres perecieron en el intento. De la expedición de Narváez se salvó el increíble Cabeza de Vaca, el primer caminante de América, que a pie y siempre hacia el oeste logró llegar al Pacífico y conectar de nuevo con españoles. Hubo de ser el asturiano Pedro Menéndez de Avilés quien consiguiera establecerse allí. Y también le costó lo suyo, aunque en esta ocasión no fueran los flecheros indios quienes se lo pusieran difícil, sino los franceses que pretendían establecer allí sus colonias. Para colmo, no eran católicos, sino hugonotes, con lo que la religión se añadió como causa de enfrentamiento, pues la Corona española no quería ni protestantes, ni musulmanes ni judíos en sus dominios.

Así que la primera misión en la Florida de Menéndez de Avilés —por cierto, recién liberado de la cárcel, como luego se contará— fue desalojarlos de allí. La orden real de Felipe II, cuando este estaba a punto de zarpar, fue la de «eliminar a todos los protestantes que se encontraran en cualquier resguardo de las Indias». No iba a serle fácil. Los franceses, encabezados por el jefe hugonote René Goulaine de Laudonnière —que llegó con tres barcos, avezados marineros, no pocos piratas y trescientos colonos—, habían construido un fuerte al que llamaron Caroline, y se había visto reforzado por otro cabecilla protestante, Jean Ribault, con siete navíos y ochocientos hombres más. Ribault ya había andado por aquella zona años atrás, aunque su intento de asentamiento acabó en catástrofe y apenas logró sobrevivir un puñado. Pero ahora se sentían fuertes y lanzaron ataques contra asentamientos españoles cercanos, en particular en las costas de Cuba.

Nada más llegar a la bahía de San Juan, donde desemboca el río del mismo nombre, Menéndez se tropezó con parte de aquella escuadra, a la que atacó de inmediato con sus cuatro barcos. Pillados por sorpresa, los franceses perdieron una de sus naves, dándose a la fuga los demás. El asturiano desembarcó, se fortificó y fundó allí San Agustín. Rápidamente, volvió a embarcarse para atacar desde el mar a fuerte Caroline. Fracasó y, antes de perder hombres y naves perseverando en un intento sin posibilidades, se retiró a su campamento. Fue entonces cuando Ribault, con cinco barcos y quinientos hombres, decidió contraatacar y se dirigió hacia San Agustín; pero no llegó a alcanzar su objetivo, pues un huracán lo mandó a pique, hundiendo todas las naves y ahogando a casi todos sus tripulantes, incluido él mismo.

Destruida en parte la flota enemiga, Menéndez de Avilés trazó un plan alternativo, pues no estaba dispuesto a perder sus naves con tales tormentas, y decidió un ataque por tierra. Atravesó las terribles ciénagas, pantanos y cenagales que le separaban de fuerte Caroline, algo que emularía siglos después Bernardo de Gálvez para atacar y sorprender también a los ingleses durante la guerra de la Independencia norteamericana en Baton Rouge. Avilés marchó con cerca de medio millar de hombres, entre ellos indios de la etnia timucua y, aunque en el camino perdió más de cien, se presentó ante la colonia francesa, muy mermada de efectivos, y en un fulgurante ataque acabó con todos cuantos no consiguieron escapar en los barcos que les quedaban. Pero no les dio tregua. Con sus aliados indios inició una verdadera cacería de todos cuantos habían escapado, tanto del naufragio anterior como de estos últimos barcos, que también hubieron de buscar la costa por las tempestades. La masacre fue total y el lugar se llama desde entonces bahía de Matanzas.

San Agustín se consolidó y fue desde entonces el referente español en la zona, aunque no se libró de asaltos y ataques. Fue objetivo del pirata inglés Drake, quien la incendió y saqueó (1586), pero se volvió a reconstruir de inmediato. Luego rechazó nuevos asaltos británicos, ya en el siglo XVII, por parte de otro pirata, Robert Searle, así como dos nuevos intentos de asalto, también anglosajones, en los años 1702 y 1740.

Para su defensa, contaba San Agustín con el castillo de San Marcos (1672), una excelente fortificación cuyos muros —construidos con «coquina», una mezcla de conchas de moluscos y arena— resultaron ser muy resistentes a los proyectiles enemigos y

han llegado hasta hoy. San Agustín, amén de sobrevivir y florecer, se convirtió luego en refugio de esclavos negros de las colonias americanas de la vecina Carolina del Sur, cuyas condiciones de vida eran mucho más duras que las de los dominios españoles, donde estos podían obtener su libertad y recurrir a la justicia contra sus dueños.

El goteo de esclavos que buscaban acogerse a la Real Cédula de 1693, firmada por Carlos II, dejaba clara la intención española de que «dando libertad a todos, tanto a los hombres como a las mujeres, sea ello ejemplo de mi liberalidad y dé lugar a que otros hagan lo mismo». Y tanto fue así que aquello supuso la construcción de una población fortificada situada no muy lejos de San Agustín: el fuerte Mosé. A él se acogieron por centenares, convirtiéndose así en el primer lugar donde los negros esclavos norteamericanos pudieron vivir en libertad. San Agustín se convirtió en la primera ciudad norteamericana en albergar un espacio de este tipo.

Pero ¿quién era y cuál había sido la trayectoria de este asturiano hasta llegar a la Florida? Lo cierto es que no le habían faltado ni aventuras ni vicisitudes, y que venía ya muy curtido —y desde casi niño— en batallas y peligrosos oficios, entre los que no había faltado el de haber sido, él mismo, un pirata.

Hijo de una familia hidalga, de padre de Avilés y madre de Pravia, se quedó huérfano del primero antes de cumplir los diez años. Al volver su madre a casarse, Pedro acabó por ser uno entre veinte hermanos de los dos diferentes matrimonios. Así que poca herencia podía esperar y buscó, en cuanto pudo, cómo labrarse un futuro en el mar. A los dieciséis años ya estaba embarcado como grumete en un navío de guerra, al igual que lo habían hecho antes que él dos de

sus hermanos mayores, Álvaro y Bartolomé, con quienes —sobre todo con el segundo— mantuvo una estrecha relación a lo largo de su vida.

Sin embargo, Pedro tenía mucha más iniciativa que ninguno de ellos y, antes de cumplir los veinte años, ya se había logrado hacer con un patache —una nave ligera— y comandaba a cincuenta hombres que hicieron del asalto a las naves francesas que surcaban el Cantábrico su medio de vida.

Su más mentada hazaña de aquel entonces ocurrió en 1539 cuando, contando con tan solo diecinueve años, se topó con una escuadra francesa que había apresado en el puerto de Vigo a tres pequeñas embarcaciones españolas. Estas transportaban un cortejo nupcial de sesenta personas, y los galos habían raptado a la novia y a la comitiva entera. El asturiano, con su pequeño patache, los alcanzó y, «a la mayor velocidad que podía, haciendo sonar el pífano, el tambor y desplegando gallardetes», llegó a su altura y les reclamó la rendición y la entrega de la joven.

Los franceses le respondieron a risotadas que subiera a buscarla. Entonces, el patache emprendió la huida y tres barcos galos se lanzaron tras él. Era una añagaza. Una vez separados los perseguidores de su escuadra, Menéndez viró en redondo y fue contra los dos que venían más adelantados, abordándolos y haciéndose con su control. El tercero huyó. Entonces Menéndez de Avilés pactó con la flota francesa el canje de la novia y sus acompañantes por sus compatriotas presos, pero se quedó con los dos barcos galos capturados como botín. Aquello le dio un gran prestigio y confianza, y todos quienes andaban en aquel oficio estaban ansiosos por embarcar con él.

Tanto fue así que en el año 1544, tras la captura por parte de una escuadra francesa —mandada por Jean-Alphonse de Saintonge— de diecinueve naves vizcaínas en Finisterre, lo persiguió hasta el puerto de La Rochelle, donde el francés se había refugiado con sus presas. Menéndez logró infiltrarse, liberar cinco de los barcos retenidos, asaltar la nave capitana, matar por su propia mano a De Saintonge y salir indemne del lugar.

Aquello llegó a oídos del emperador Carlos V, quien, para que ya no tuviera que operar como pirata, le dio la condición de corsario autorizado por la Corona española para combatir las correrías francesas por aguas y puertos de asturianos y gallegos. Una nueva hazaña y de nuevo con La Rochelle como escenario aumentó su fama ante el rey, pues al serle ordenado que capturara al corsario francés Juan Alfonso Portugués, no dudó en volver a meterse en aquel puerto y prenderlo en él.

Después, comenzó sus viajes, como capitán, hacia América. Pero en una de esas singladuras, el capturado por los piratas resultó ser él. Con prontitud, se pagó su rescate y fue liberado. Tan solo dos años más tarde —prueba de la estima en la que se le tenía— se le encomendó el mando de una flota de setenta barcos y cuatro mil personas, entre las que había multitud de nobles castellanos, que llevaron a Felipe II a su boda con la reina inglesa María Tudor desde el puerto de La Coruña hasta el de Southampton y luego estuvo presente en la boda en la catedral de Winchester.

Otras de sus encomiendas por aquellos fue llevar a la famosa princesa de Éboli hasta Calais (Francia). Un fuerte temporal le obligó a refugiarse en el puerto inglés de Dartmouth hasta que amainase la tormenta. Pero se le negó la entrada y hasta extendió una cadena

para evitar el atraque. El de Avilés, entonces, con unos cuantos hombres, cogió una lancha y desembarcó aprovechando la oscuridad. En un golpe de mano consiguió hacer caer las cadenas y que su barco pudiera resguardarse de la tempestad y poner a salvo a la princesa.

El rey Felipe II lo distinguió a lo largo de su vida con cargos y honores. Nombrado caballero de la Orden de Santiago, se le otorgó el puesto de comendador de Santa Cruz de la Zarza (Toledo) y, con tan solo treinta y cinco años, fue nombrado capitán general de la Armada de Indias (1555), cargo que ocuparía hasta en nueve ocasiones hasta el año 1574. Ya como capitán general, le encontramos, lejos del mar, participando en la crucial batalla de San Quintín (1557).

Una de sus mayores hazañas fue el viaje rumbo a América al mando de la flota del virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza, en el año 1555. Con setenta y ocho mercantes y tan solo cinco naves de escolta —dos galeones y tres carabelas grandes—, logró la proeza de no perder ni un solo barco. Pero fue aún más trascendental su vuelta. El rey Felipe, sin contar con la Casa de Contratación de Sevilla, le encomendó la misión de retornar con los grandes tesoros que venían en más de setenta mercantes y con tan solo la protección de seis naves de guerra. No solo burló a los piratas, sino que llegó con todos sus barcos a la península. Sin embargo, aquello le supuso, y para siempre, la enemistad de los oficiales de la Casa de Contratación.

Su peor trance lo iba a pasar unos años más tarde. En 1561, después de trasladar otra vez con éxito una flota de galeones que trajeron un gran cargamento de oro y plata desde México, pidió

permiso para retornar en busca de un buque perdido en el que viajaban su hijo y algunos familiares más. No solo le fue denegado, sino que una extraña acusación por parte de los oficiales de la Casa de Contratación le llevó a prisión. Hubo de pasar casi dos años en la cárcel en compañía de su hermano Bartolomé, hasta que la intervención de Felipe II hizo que le juzgasen de una vez, saliendo libre con tan solo el pago de una ridícula multa.

Fue entonces cuando se le permitió regresar en busca de su hijo, al que creía náufrago en la Florida, pero con un mandato del rey Felipe —quien le nombró adelantado—: poblar aquellos lugares y despejarlos de protestantes franceses. Tras su éxito, empleó los años siguientes en limpiar de piratas el Caribe. Al serle negada la ayuda para los colonos de la Florida por parte del gobernador de Cuba, Menéndez recurrió al rey; este no solo se la otorgó, sino que destituyó al gobernador y le nombró a él mismo para el cargo en 1568.

Murió en Santander, en septiembre de 1574, al poco de su regreso a España, a causa de un tabardillo maligno (es decir, de tifus), justo cuando estaba organizando una armada para apoyar a Luis de Requesens en Flandes.

La Armada le considera el padre del famoso sistema de flotas que permitió el comercio con América —y lo cierto es que, a pesar de la propaganda y las películas de Hollywood, los barcos perdidos y los galeones capturados por piratas fueron muy pocos, y galeones de guerra apresados, ninguno—. Su tumba se encuentra en la iglesia de San Antonio, en su Avilés natal. Por su parte, la ciudad de San Agustín honra su memoria y en el año 2015 conmemoró el cuatrocientos cincuenta aniversario de su fundación.

46
Pedro Sarmiento de Gamboa

(1532-1592)

El gran y desdichado explorador del fin del mundo

Mi personal descubrimiento y admiración por este personaje tuvo lugar en el trascurso de la última expedición en todoterreno del mítico Camel Trophy. Fue en Tierra de Fuego (Argentina), tras haber cruzado la Patagonia, en agosto de 1998, o sea, en pleno invierno y a veintidós grados bajo cero, en su extremo sur, en la bahía Lapataia, al lado de un cartel que ponía «Alaska: 17.848 kilómetros», donde los cauquenes (avutardas antárticas) se dejaban fotografiar a tres metros sin asustarse del humano. Allí, Miguel de la Quadra-Salcedo —¿quién si no?— me habló con admiración de aquel gran explorador, Pedro Sarmiento de Gamboa, a quien el rey Felipe II encargó poblar la tierra más inhóspita del planeta y defender el paso descubierto por España entre Atlántico y Pacífico, el estrecho de Magallanes. El fin del mundo.

Sarmiento de Gamboa nació, por casualidad, en Alcalá de Henares en 1532, hijo de Bartolomé Sarmiento, pontevedrés, y María Gamboa, bilbaína, pero pasó su infancia y juventud en la casa

paterna de la hermosa ría gallega, aprovechando su tiempo en conseguir una sólida formación intelectual, hasta que a los dieciocho años optó por la carrera de armas y se alistó en los ejércitos del emperador Carlos. Fue un buen soldado y un avezado marino, fue valiente y tenaz, también un hombre de gran cultura científica, cosmógrafo, matemático, escritor, historiador y astrólogo, humanista y librepensador, lo que le acarreó más disgustos que aprecios y, lo peor, una desdichada fortuna. Sus hazañas no obtuvieron recompensa alguna, sino que culminaron en desgracias. Pero fue grande su empuje, extraordinarios sus descubrimientos y merecido el recuerdo, que tan solo algunos estudiosos han querido rescatar, de su azarosa vida.

Tras cinco años, de 1550 a 1555, combatiendo por toda Europa y especialmente en Flandes, cruzó el Atlántico y llegó a México. Allí tuvo su primer gran tropiezo. La Inquisición le sentenció a ser azotado en la plaza de Puebla por hacer burla de un auto de fe y le expulsó del virreinato, por lo que pasó al del Perú. Allí se asentaría durante muchos años, culminando una formación náutica y cosmográfica que le valió una gran reputación; pero, de nuevo, su afición a la astronomía le provocó nuevos choques con los inquisidores, que terminaron por llevarle a la cárcel y luego al destierro, ya en el año 1565.

Sin embargo, el arzobispo de Lima le levantó la pena. La razón fue una gran expedición armada por los comerciantes más ricos y auspiciada por el propio presidente de la Audiencia y virrey en funciones, Lope García de Castro. Esta partía nada menos que a buscar unas islas que se suponían llenas de oro, donde estarían las míticas minas del rey Salomón y la tierra de Ofir; y Sarmiento de

Gamboa era el único con los conocimientos y la capacidad necesarios para navegar por aquellas aguas del inmenso océano Pacífico.

Le dieron el mando de una nave y se le encomendó trazar la ruta, pero el mando de la flota recayó en Álvaro de Mendaña, un joven de tan solo veintidós años y sin apenas experiencia marinera, pero que era sobrino de García de Castro. Este varió la derrota trazada por Sarmiento —la cual los hubiera llevado a Australia—, y con lo que se topó fue con el archipiélago que, creyendo las leyendas, bautizó como islas Salomón. No encontraron oro, pero la rivalidad entre ambos se volvió enconada y, al retorno, quien acabó ante la Audiencia de Lima fue, de nuevo, Sarmiento de Gamboa.

Le salvó el virrey recién llegado, Francisco Álvarez de Toledo, impresionado por sus argumentos y su clara exposición de lo sucedido. No solo eso, sino que le nombró cosmógrafo general de los reinos del Perú. Viajaron juntos por todo el virreinato entre los años 1570 y 1572, una experiencia que culminó en una magna obra de Sarmiento llamada *Historia de los incas*, la cual, tras describir geográficamente el territorio, relata la historia de esta civilización y de la conquista española.

El ataque del pirata Drake a las colonias indefensas del Pacífico tras atravesar el estrecho de Magallanes en 1578 hizo saltar todas las alarmas. Sarmiento persiguió a la única nave que quedaba a flote del pirata, pero no pudo darle caza, pues ya había abandonado la zona y logró llegar con un inmenso tesoro a Londres. La decisión del virrey, aprobada por Felipe II, fue poblar el estrecho y bloquear su paso con un potente fuerte.

Se encomendó esta tarea a Sarmiento de Gamboa, quien retornó

a España, fue nombrado gobernador y capitán general del estrecho, y armó una expedición de veintitrés naves para acometer la empresa. Sin embargo, se dio el mando de la flota al inepto Diego Flores Valdés. En la expedición también embarcó Alonso de Sotomayor, nombrado gobernador de Chile, que se dirigía allá con sus tropas.

La primera salida a mar abierto ya fue desastrosa: una tormenta los hizo volver a puerto tras perder cuatro naves. Lo intentaron otra vez dos meses después, en diciembre de 1581, con dieciséis navíos, pero Flores se detuvo en Cabo Verde hasta febrero, donde perdió gente, tanto por muerte como por deserción. Finalmente, logró llegar a Río de Janeiro en marzo, pero allí se demoró otros seis meses esperando mejor tiempo.

Llegados al fin al río de la Plata, Sotomayor, harto, desembarcó con sus tropas y emprendió por tierra su camino a Chile. Hizo bien, ya que el inútil Flores de Valdés, con cinco naves y una vez llegado al Estrecho, fue incapaz de entrar por el mal tiempo y desistió de hacerlo. Dejó a Sarmiento de Gamboa con una sola nave y 338 personas de las que trece eran mujeres y diez niños, y él, con las otras cuatro, regresó a España. Prueba de su calaña es su frase de despedida: «Me da un cuarto que se mueran todos y todas. No sé para qué quiere el rey poblar las Indias».

Sarmiento de Gamboa logró penetrar en el estrecho, pero en la Segunda Angostura el mar le «escupió» de nuevo hacia fuera, por lo que desembarcó en cabo Vírgenes, donde fundó un primer enclave, Nombre de Jesús.

Al poco, la falta de recursos del entorno le aconsejó dividir el grupo, por lo que ciento cincuenta personas partieron y fundaron a

ochenta leguas, ya en el estrecho, la ciudad Rey Felipe. Se construyeron casas, cuatro fortines, se emplazaron cañones y se prepararon para afrontar el terrible invierno austral. La escasez de víveres hizo que Gamboa saliera con el barco a buscar suministros, logrando llegar a Río de Janeiro. Desde allí, y por dos veces, intentó regresar con vituallas, pero no pudo lograrlo por las tempestades. En una se fue a pique, salvándose milagrosamente y llegando a la costa aferrado a un madero.

No cejó en su intento. Emprendió viaje a España para armar otra flota y regresar en auxilio de los que habían quedado en la terrible desolación patagónica. La mala suerte se cebó con él. El barco en el que iba fue apresado por el pirata inglés Walter Raleigh y llevado a Inglaterra. Allí pareció enderezarse el asunto: la reina Isabel le liberó con un mensaje para Felipe II, pero cuando estaba a punto de atravesar la frontera, tras ser desembarcado en Calais, fue apresado por un noble bearnés, un hugonote, que exigió rescate por él. La Corona, ante la desesperación de Sarmiento de Gamboa, que no dejaba de clamar al rey que socorriera a sus gentes, tardó cuatro años en pagarlo.

En 1591, nombrado almirante de una de las flotas para proteger a las naves de las flotas de Indias se dispuso a una nueva travesía, pero murió en la mar al poco de salir desde Lisboa y sus restos fueron sepultados en el océano.

Para entonces, los pobladores del estrecho habían perecido hacía ya tiempo. Tres meses después de su partida, los casi doscientos habitantes de Nombre de Jesús, desesperados, se trasladaron a pie hasta Rey Felipe. Pero solo encontraron allí una desolación aún mayor, y viendo que morirían todos, emprendieron de nuevo el

camino de vuelta hasta su punto de partida. No llegó ninguno. Cuando meses después los de Rey Felipe, tras mucha mortandad, famélicos y desesperados, pensaron en ser ellos quienes se llegaran hasta Nombre de Jesús, lo que encontraron, a no mucho de iniciar la marcha, fueron las osamentas descarnadas de los otros. Solo quedaban ya dieciocho vivos, tres mujeres y quince hombres, cuando la salvación pareció llegar hasta ellos. Cuando deambulaban por la costa en busca de comida, en enero de 1587, avistaron tres barcos en la bahía Posesión. Era la flotilla pirata de Cavendish. Tres subieron a bordo, pero solo uno —Tomé Hernández— se quedó en la nave, mientras los otros dos iban a avisar a los demás. Tomé sería, a la postre, el único superviviente. Cavendish, al notar viento favorable para cruzar el estrecho, levó anclas de inmediato y dejó abandonados a los desgraciados, que gritaban desesperados en la playa.

El pirata, sin embargo, sí ancló después en Rey Felipe, donde solo halló muertos «como perros en sus casas», en palabras de un poco compasivo contramaestre inglés, y aprovechó para aprovisionarse de leña y agua, y llevarse los cañones. Luego prendió fuego al lugar y lo bautizó como Puerto Hambre.

Ese fue el fin del primer intento de poblar el estrecho de Magallanes y el desenlace trágico de la empresa de Pedro Sarmiento de Gamboa. Al poco tiempo, además, el paso dejó de tener tanta importancia, pues los barcos optaron cada vez más por bordear el cabo de Hornos. De Sarmiento de Gamboa ha quedado una magnífica descripción cartográfica del estrecho y de los canales patagónicos. Sus recomendaciones de navegación por esas aguas fueron elogiadas por navegantes ya modernos, como por ejemplo el

vicealmirante Fitz Roy, cuando a bordo del Beagle atravesó el canal que ahora lleva su nombre en compañía del naturalista Charles Darwin.

Y fue cruzando el Beagle, ya en Tierra del Fuego y no lejos de la ciudad del fin del mundo, en Ushuaia («bahía que se adentra hacia el poniente» en lengua ona), cuando Miguel de la Quadra-Salcedo me habló de Sarmiento de Gamboa y de aquellos hombres que perecieron de hambre y frío.

Luego le acompañé a conocer a la última india ona, nombre de los aborígenes de la zona que fueron exterminados por los pastores galeses que se establecieron en la región. De esto hace bien poco, ya entrado el siglo XX: pagaban una libra esterlina por cada ona muerto.

47
Inés Suárez

(1507-1580)

La brava mujer que no pudo salvar la última vez a Valdivia

Inés Suárez tiene cuatro novelas dedicadas a su persona. La de la gran escritora chilena Isabel Allende, *Inés del alma mía*,[8] alcanzó un gran éxito y alumbró hasta una serie de Televisión Española. También ha aparecido en la gran pantalla y es muy celebrada, incluso más en Chile —donde una estación de metro en Santiago lleva su nombre— que en España, aunque en la expedición de conquista del territorio no le temblara la mano en decapitar a unos caciques mapuches prisioneros cuando Santiago estaba a punto de sucumbir al asalto de sus tropas. Eso parece que se lo toman menos en cuenta que a Valdivia por cortarles una mano y la nariz a otros.

Desde luego, los conquistadores la quisieron mucho y la tuvieron en muy alta estima. Razones tenían, sin duda, tanto su amante, Pedro de Valdivia —a quien salvó el pellejo en alguna ocasión—, como sus dos maridos: al primero le fue a buscar hasta el Perú,

aunque cuando llegó acababa de morir; al segundo se lo buscó el propio Valdivia cuando le obligaron a separarse de ella, y con él vivió tan contenta durante treinta años, llegando incluso a ser gobernadora consorte de aquel reino, pues el territorio alcanzó tal denominación.

Con las gentes de la tropa y de a pie fue providencial, hasta para encontrar agua en medio del desierto, y siempre estuvo presta a curar sus heridas, algo que la sitúa en cierto modo como la primera mujer enfermera, y de guerra, en las Américas. Así que el hecho de que sus compañeros de viaje y aventuras la consideraran como una «mujer de extraordinario arrojo y lealtad, discreta, sensata y bondadosa, y que disfrutaba de una gran estima» estaba más que justificado. Un prestigio que mantuvo de por vida, hasta los setenta y tres años que disfrutó de ella.

Inés nació en 1507 en la hermosa ciudad cacereña de Plasencia, en el seno de una familia humilde; su madre era costurera y le enseñó el oficio, y su abuelo era un ebanista que, cuando ella cumplió los diecinueve años, le buscó marido: un tal Juan de Málaga, del que sabemos muy poco salvo que no tuvieron hijos. Tras un año y pico de matrimonio y, como muchos otros extremeños de la época, él puso rumbo a las Américas —en este caso a Panamá— en busca de mejor fortuna, al parecer, como soldado. De su estancia por aquellas tierras pocas noticias hay e Inés tampoco las tuvo —tan solo, al cabo de casi diez años, que andaba por Venezuela—. Así fue como ella decidió, por su cuenta y riesgo, partir a su encuentro.

En 1537 consiguió la licencia del rey para hacer el viaje y se las ingenió como pudo para costeárselo y embarcar hacia las Indias. Llegó habiendo cumplido ya los treinta años, inició la búsqueda y se

las apañó para enterarse de que su Juan andaba por el Perú con los Pizarro. Estos, encabezados por su hermanastro bastardo, Francisco, habían seguido el mismo periplo saliendo de Panamá y tirando Pacífico abajo Inés se fue para Lima, y lo que se encontró allí fue que entre los conquistadores, Pizarro y su socio y antes amigo Almagro, había estallado la guerra. En ella, concretamente en la reciente batalla de Las Salinas (1538), su marido, que se inclinó por el bando de los primeros, había muerto.

No era de las que se vienen abajo, y lo que hizo fue reclamar sus derechos como viuda. Aunque no parece que el marido hubiera dejado bienes reseñables, sí que se le concedió una pequeña parcela de tierra, una casa en el Cuzco —que era el territorio del que el perdedor y ejecutado Almagro quería apropiarse— y una encomienda de indios para que la trabajaran y le sirvieran.

Fue casualidad que su vecino de encomienda fuera Pedro de Valdivia, paisano, y ya afamado maestre. El roce hizo que encontrara así a un poderoso y lucido amante. Y ya como tal decidieron irse juntos a la conquista de Chile.

Aquello, sin matrimoniar, estaba peor que mal visto, y Pizarro solo lo consintió con el engaño pactado y refrendado por escrito de que ella lo asistiese en la función de sirviente doméstica. Todos sabían que era otra cosa, pero ante la Iglesia había que guardar las formas. Y todos tan contentos, también los expedicionarios, excepto los que conspiraban contra su amante, para los que Inés se convirtió en un obstáculo.

Fue ella quien, a la entrada del desierto de Atacama, dio la alarma sobre las intenciones del socio de Valdivia, Pedro Sánchez de la Hoz, quien llegó a altas horas de la noche al campamento e intentó

acabar con la vida de su compañero; junto con sus compinches, tuvo que huir de la tienda —donde Valdivia no se encontraba— perseguido por los gritos y denuestos de Inés. Pero fue todavía mucho más celebrada por todos cuando, sedientos y desesperados al no poder hallar agua por ningún sitio, fue ella quien providencialmente dio con un manantial en un lugar donde no parecía posible que lo hubiera.

En la vanguardia de la expedición, los guías indígenas procuraban encontrar agua en los pozos que conocían o en los que cavaban, buscando debajo de la arena por si aún quedaba algo. Sin embargo, tras meses cruzando el desierto, llevaban días sin hallar nada más que manantiales agotados y resecos. La desesperación comenzaba a adueñarse hasta de los más firmes cuando, al llegar a un paraje donde iban a acampar, Inés —ya fuera por intuición o porque encontró alguna traza de su pasada existencia— ordenó a un yanacona (un indio aliado al servicio de los españoles) que «cavara en el asiento donde ella estaba». No había ahondado ni siquiera un metro cuando el agua brotó como por ensalmo y en abundancia, «y todo el ejército se satisfizo, dando gracias a Dios por tal misericordia, y testificando ser el agua la mejor que han bebido la del Jahuel de Doña Inés, que así le quedó por nombre». Desde entonces y hasta hoy sigue manando, y el lugar se continúa llamando la Aguada de Doña Inés.

Llevaban ya once meses de viaje cuando, en el mes de diciembre de 1540, consiguieron llegar al fin al valle del Mapocho, donde Valdivia entendió que debía levantar la ciudad entre dos cerros y donde había restos de una ciudadela inca. Inés estuvo, pues, entre los fundadores de lo que entonces se llamó Santiago de Nueva

Extremadura (hoy Santiago de Chile) y fue su primera vecina española, pues Valdivia, para evitar habladurías, le hizo levantar una casa aparte.

Fue allí, casi un año más tarde, en septiembre de 1541, cuando Inés iba a convertirse en la sangrienta heroína que impidió que los indígenas destruyeran la ciudad por completo, aunque a punto estuvieron de lograrlo. Valdivia estaba ausente con la mayoría de las fuerzas en una cabalgada con noventa jinetes para sofocar una violenta revuelta indígena que había estallado en los yacimientos auríferos, la cual los había dejado medio destruidos y con varios españoles muertos. Pero antes de partir, había apresado a siete caciques de los poblados vecinos para tenerlos como rehenes, pues se temía una insurrección general.

Así sucedió, y Santiago se vio rodeada por una gran concentración de indígenas hostiles. Para defenderla solo quedaban cincuenta españoles (treinta y dos a caballo y dieciocho infantes) y doscientos yanaconas aliados. Hubo entonces voces que sugerían que lo mejor que podían hacer era liberar a los caciques prisioneros para apaciguar los ánimos; pero Inés, apoyada por Alonso de Monroy —a quien Valdivia había dejado al mando—, se manifestó totalmente contraria a ello y adujo que, de hacerlo, perderían la única baza que tenían para poder negociar. Tras dos días de tensión y asedio, los jinetes españoles salieron a campo abierto y cargaron, pero la cantidad de enemigos era enorme y, al atardecer, quienes tuvieron que recruzar el río y refugiarse de nuevo en la ciudad fueron ellos.

Con su reducida guarnición, el teniente Monroy se preparó lo mejor que pudo para soportar la anunciada embestida que se les venía encima por los cuatro costados, dando la orden de que

durmieran vestidos para el combate y de que se tuviera a los presos continuamente vigilados.

La noche del domingo 11 de septiembre de 1541, tres horas antes del alba, se desató el infierno. Michimalonco, el cacique mayor, estaba al frente, y mandó a los suyos al asalto provistos del arma que mayor daño podía hacer a los castellanos, el fuego, que lanzaron con sus flechas y metido en ollas de barro. «Como las casas eran de madera y paja, y las cercas de los solares de carrizo, ardía muy de veras la ciudad por todas sus cuatro partes». El amanecer mostró una ciudad envuelta en llamas y el jefe indígena lazó a sus tropas al asalto final. Destacó por delante a unos escuadrones elegidos hacia el lugar donde tenían a los caciques presos y metidos en el cepo para liberarlos. Monroy se percató de ello y acudió con jinetes a contenerlos. Pero cada vez llegaban más y más indios y cada vez era más difícil repelerlos.

Inés Suárez estaba en una habitación contigua curando a los heridos y cada vez más angustiada al ver que era ya inminente que los atacantes rompieran las defensas y entraran. Se dijo que, si lograban soltar a los caciques, estaría todo perdido, pues se envalentonarían y ya no habría manera de hacerles frente.

Cogió entonces una espada y, con ella en la mano, entró en el lugar donde los tenían retenidos. Ordenó a los dos guardias que los custodiaban que los mataran antes de que los suyos los liberaran. Uno de ellos, azorado y oyendo que en el patio el combate se aproximaba cada vez más, contestó preguntando: «Señora, ¿de qué manera los tengo yo que matar?».

Inés, viendo que el miedo los paralizaba, blandió su acero y gritó: «¡Desta manera!», y le cortó la cabeza al que tenía más cerca, y

luego hizo lo mismo con todos los demás.

Tras ello, blandiendo en una mano su arma ensangrentada y en la otra una cabeza, salió al patio donde se combatía y, mostrándosela a los indios, clamó enfurecida: «¡Afuera, *auncaes*!, ¡que ya os he muerto a vuestros señores y caciques!». Y ellos, viendo que su empeño ya era en vano, volvieron las espaldas y echaron a huir.

Al ver muertos a sus jefes, los indios se desalentaron. Inés aún fue más allá, pues se puso una coraza y, según narra el propio Valdivia, «salió a animar a los cristianos, que andaban peleando, curando a los heridos y animando a los sanos». La batalla cambió de rumbo: los españoles cerraron filas, la caballería atacó con todas sus fuerzas y, al llegar la tarde, una violenta carga final los puso en desbandada.

Inés fue aclamada y, con el tiempo, recompensada con una condecoración y una encomienda por su hazaña; pero al día siguiente, los castellanos y sus aliados indios contemplaron la total ruina de su ciudad y el lastimoso estado en que quedaban sus habitantes. Valdivia, con su precisión y buena pluma, lo relató de la siguiente manera:

> Mataron veintitrés caballos y cuatro cristianos, y quemaron toda la ciudad, y comida, y la ropa, y cuanta hacienda teníamos, que no quedamos sino con los andrajos que teníamos para la guerra y con las armas que a cuestas traíamos.

Para alimentar a un millar de personas entre españoles y yanaconas, solo se salvaron «dos porquezuelas y un cochinillo, y una polla y un pollo, y hasta dos almuerzas de trigo». Vino su calamidad a tal estrecho que «el que hallaba legumbres silvestres, langosta, ratón y semejante sabandija, le parecía que tenía banquete».

También se comieron los caballos que habían perecido en el combate, pero, aun racionados, mucho no les duraron.

De nuevo, fue Inés quien se puso al frente para salir adelante. Cuidó el tesoro de los tres cerdos y los dos pollos —que por fortuna eran gallo y gallina— y se encargó de su reproducción. Los puñados de trigo que quedaban se reservaron para sembrarlos y, una vez cosechados, se fue resembrando por dos veces lo obtenido. Se alimentaron de todo lo que pillaban y que la naturaleza daba: caza, pesca, raíces, frutas, bayas y todo lo que podían llevarse a la boca y tragarse.

Pero, además, seguían estando en peligro y rodeados de enemigos. Araban y sembraban armados por el día, y por la noche la mitad dormía y la otra mitad hacía la guardia. Rehicieron las casas, pero esta vez ya de adobe, y construyeron un muro de defensa de tres metros de alto que perimetraba toda la plaza; en su centro, almacenaban las pocas provisiones que conseguían.

Salieron adelante y, a la postre, lograron que Santiago no solo no se despoblara, sino que resurgiera pujante tras haber hecho las paces con los indígenas de la zona y haber convertido al gran cacique que lideró el asalto en un aliado.

De lo que sucedió en Santiago en aquellos días, ya se ha dado buena cuenta en el capítulo anterior.

Al tiempo, Pedro de Valdivia partió hacia las tierras del sur, y ya se le iba a ver poco por Santiago. Inés permaneció allí, sin embargo, respetada y hacendosa. Pasaron los años mientras su amante avanzaba en una campaña llena de combates y dificultades, intentando alcanzar la orilla del estrecho de Magallanes. Fue en el año 1548 cuando Valdivia pasó por Santiago camino de Lima para

tomar parte en la contienda de las tropas realistas de Pedro de la Gasca contra las de Gonzalo Pizarro —el menor de los hermanos y el único que aún quedaba en América—, quien se había sublevado contra la Corona. Como ya vimos, la intervención de Valdivia resultó decisiva a favor de los realistas y logró con ello la gracia del virrey, pero para Inés significó el final de su relación.

De la Gasca, tras absolver a Valdivia en un juicio al que debió someterse, le ordenó separarse de ella, casarla con un vecino de su elección y reclamar a su legítima esposa, residente en España. A Valdivia le iba en ello su poder y sus sueños de conquista, por lo que aceptó. Regresó con tales nuevas a Santiago en 1549 y le llevó una propuesta a su amante: que se casara con uno de sus mejores amigos y capitanes, un hombre más joven que ella —que ya tenía cuarenta y dos años—, al que conocía desde el comienzo de la conquista de Chile, pues fue de los primeros en unirse a Valdivia.

A Inés no le desagradó la idea. Rodrigo de Quiroga era un hombre cabal, valiente como soldado, afamado como capitán y de buen trato. Iban a permanecer unidos, ahora ya ante Dios y ante los hombres, por más de treinta años, y él llegaría a ser gobernador y ella la gobernadora. No tuvieron hijos, pero ella cuidó, como si fuera suya, de una niña mestiza que él había tenido con una india antes de su matrimonio. Y, por cierto, al cabo de un tiempo quizá pudo llegar a conocer a la viuda de Valdivia, pues cuando esta llegó a Chile, él ya había muerto.

La vida con Quiroga, en lo personal, fue de lo más apacible, dentro de lo que la situación permitió, sobre todo al principio, pues la derrota y muerte de Valdivia en el año 1553 estuvo a punto de acabar con todos los asentamientos españoles en Chile. Lautaro,

unificadas las fuerzas araucanas bajo su mando, se lanzó como un enorme turbión contra ellos.

Tras su victoria, Lautaro se lanzó contra Concepción, que arrasó en dos ocasiones y acabó por despoblar, después de derrotar también al lugarteniente de Valdivia y ahora nuevo jefe y gobernador, Francisco de Villagra, en 1154. Pudieron incluso acabar con todos, pero se lanzaron al pillaje (*botinajear*) y a beber hasta la embriaguez. Villagra, con las tropas que le quedaban y la aterrada población, escapó y pudo llegar a Santiago.

El jefe mapuche proclamó sobre las ruinas de la despoblada ciudad:

> Yo soy Lautaro, que acabé con los españoles; yo soy el que los derroté en Tucapel y en la cuesta. Yo maté a Valdivia, y puse en huida a Villagra. Yo les maté a sus soldados; yo abrasé la ciudad de Concepción.

Pero no avanzó hacia Santiago, donde se encontraba Inés, y quizá entonces perdió su gran oportunidad.

Los españoles no tardaron en reconstruir la ciudad abandonada al final de aquel mismo año; eso sí, para que el jefe mapuche regresara y los volviera a hacer huir. Santiago temió de nuevo, pero Lautaro tampoco atacó. Tenía problemas debidos a la hambruna y la enfermedad —tal vez el tifus— en los poblados, y su prestigio, ensoberbecido y cada vez más despiadado y cruel también con los suyos, comenzó a declinar.

Fue ya en el 1557 cuando se dispuso a asestar el golpe final, acabar con los restos de lo que quedaba del dominio español y tomar Santiago. El miedo llegó de nuevo a las puertas de la casa de Inés, pero esta vez los defensores estaban preparados y dispuestos. Los Villagra (Francisco y sus primos), el marido de Inés (Rodrigo de

Quiroga) y el capitán Marcos Veas (su antiguo amigo e instructor) le conocían bien.

Este último hasta parlamentó con él, buscando un acuerdo de paz, pero Lautaro respondió con desprecio y exigió la retirada de los españoles tras un límite que él mismo fijaría, además de un tributo en caballos, mujeres y armas a cambio de no asaltar la ciudad. Rechazadas sus exigencias, los santiaguinos se dispusieron a resistir, pero también a atacar: hicieron salir a una parte de su caballería hacia el sur, un movimiento que el araucano consideró favorable para sus intereses al desguarnecer más la plaza, por lo que los dejó pasar. Sin embargo, tampoco se decidió a un asalto frontal y se retranqueó montando un campamento con sus tropas más leales y afines, quienes se dedicaron a holgar y a beber. La información llegó a oídos de los españoles, que vieron una oportunidad que no podían dejar pasar.

Desde varios puntos y en sigilosa marcha, al mando de un Francisco de Villagra que se había dado la vuelta, las fuerzas españolas confluyeron sobre él. Al amanecer del 30 de abril de 1557 iniciaron un sorpresivo ataque, que no esperaban los envalentonados y confiados mapuches, que ni centinelas tenían y estaban durmiendo la borrachera de la noche anterior. Una trompeta y el grito de «¡Santiago y cierra, España! ¡Adelante!» resonaron en el lugar, y los días de Lautaro terminaron allí.

El jefe mapuche salió de la ruca donde dormía con la espada que le había arrebatado a Valdivia en la mano, y fue atravesado en la misma puerta de parte a parte por un lanzazo que le mató. Los castellanos, al grito jubiloso de «¡aquí, españoles, que Lautaro es muerto!», no dieron cuartel; durante tres horas continuó el combate,

el cual acabó también con la vida de cerca de setecientos guerreros mapuches que se defendieron con coraje.

En venganza por las torturas y ofensas a Valdivia, el cadáver de Lautaro fue desmembrado, y su cabeza, ensartada en una lanza, exhibida en la plaza de armas de Santiago. La ciudad, tras esta batalla llamada de Mataquito, pudo respirar después de años de zozobra, e Inés, por fin, pudo llevar la vida que tal vez siempre había ansiado, pues desde entonces se caracterizó por el sosiego, la tranquilidad y un creciente fervor religioso.

Su marido acabó por suceder a Villagra como gobernador y, apoyada por él, fue ella quien impulsó la construcción de la ermita de Monserrat y la basílica de la Merced. Fallecida en el año 1580, cumplidos los setenta y tres años, fue enterrada en este último templo, y allí siguen descansando sus huesos.

48
Juan de Austria

(1545-1578)

De Jeromín a hijo del emperador y hermano del rey Felipe

Quiso Miguel de la Quadra-Salcedo, en una de las rutas Quetzal en las que le acompañé, y durante su recorrido español, que la expedición siguiera las huellas de Carlos V —en concreto, su camino hacia su retiro en Yuste—. Cruzamos Gredos, partiendo de tierras abulenses por el puerto de Tornavacas, y descendimos hacia las extremeñas; pero antes de llegar al monasterio nos desviamos levemente para conocer la zona. Miguel quería contarnos la historia y la niñez en aquel lugar del hijo más pequeño del emperador, quien entonces no sabía que lo era: la historia emocionante y fabulosa, cargada de misterio y gloria, de Juan de Austria.

Luego ya, en lo que fue la residencia postrera de uno de los más grandes y poderosos reyes de España y del mundo, De la Quadra me invitó a recorrer con él varias de sus estancias. Visitamos aquella en la que murió, desde la que podía ver celebrar la misa y en la que

tenía el retrato de la que fue su esposa y el amor de su vida, la bellísima Isabel de Portugal, fallecida mucho tiempo antes. También recorrimos algunas otras habitaciones, entre las cuales se contaba aquella en la que el achacoso monarca recibía a los pocos a quienes les estaba permitida la visita.

Allí fue donde se produjo el encuentro del hijo —quien no sabía que lo era— con el padre que le había mantenido en tan absoluto secreto que, durante sus primeros diez años de vida, no llegaban a cuatro las personas que conocían el misterio. Por no saberlo, no lo sabía siquiera quien iba a ser su heredero y hermano de la criatura, Felipe II. Ni el propio niño —un tanto perplejo al ser presentado ante el soberano, que le acarició la cabeza y le sonrió con mucho afecto— lo supo tampoco aquel día, ni en algunas otras visitas posteriores que le hizo como paje.

El pequeño acudía como protegido de Luis Méndez de Quijada y de su esposa, Magdalena de Ulloa, quienes lo habían tenido en custodia desde que era un lactante. Ella tampoco era conocedora de la verdadera identidad del muchacho, a quien ahora tenían bajo su tutela y cuidados, y a quienes se había dado orden imperial de establecerse en Cuacos de Yuste.

Recrear en nuestra imaginación aquella escena, como hicimos aquel día mi maestro —así he considerado siempre a Miguel— y yo, me impactó de tal manera que siempre es la primera que se me presenta cuando he vuelto a visitar Yuste, cuando pienso en aquel lugar o cuando, como ahora, escribo sobre él.

El niño había sido producto de unos esporádicos amores del emperador —viudo desde hacía ya siete años de la emperatriz Isabel — con una rozagante muchacha alemana de dieciocho años, Bárbara

Plumberger (luego convertida en Blomberg en Flandes), hija de unos artesanos. El emperador la conoció y la trató carnalmente, claro, en la ciudad de Ratisbona, en el transcurso de un viaje y una estancia de varios meses allí por celebrarse una Dieta del Imperio.

Según un embajador veneciano (los italianos, al igual que Michele da Cuneo con los amoríos de Colón con la Bobadilla, la Cazadora, eran los únicos que se atrevían con estas liviandades de *paparazzi*, que por algo así se llaman ahora), «el emperador, por consolar la soledad», tuvo varios amores «dondequiera ha estado […] con mujeres de alta o baja condición». Palabra de Federico Badoaro, embajador de la Serenísima República de Venecia.

Supo el césar del embarazo, de la vida alegre de Bárbara y de su gusto por la cerveza y la comida (su tersa belleza de juventud dio paso a una rolliza figura, por siempre risueña) y, al conocer el nacimiento del niño, estimó que ella no era la madre adecuada. Mediante un pronto acuerdo y un estipendio conveniente, lo tomó bajo su protección y custodia, pero se propuso —y logró— mantener en absoluto secreto que era fruto de sus aventuras amorosas.

Para ello contó, desde el primer momento, con el concurso de su mayordomo y fiel ayuda de cámara, Luis Méndez de Quijada, casi el único en el conocimiento completo de la peripecia, tanto entonces como luego, durante una década. El mayordomo, por entonces soltero, buscó a una nodriza de su confianza, y el niño, bautizado como Jerónimo, creció sano y robusto.

Ya para cuando el niño iba a cumplir los tres años, Carlos I decidió que su hijo se criara en España. Méndez de Quijada, una vez más, lo dispuso todo para que no hubiera filtración alguna ni sospecha siquiera de quién era el padre. Así, se firmó un acuerdo en

Bruselas, el 13 de junio de 1550, con Francisco Massy, violero de la corte imperial, casado con una española, Ana de Medina. A cambio de cincuenta ducados anuales, Massy se comprometía a educar al niño en la localidad de Leganés, donde la mujer tenía tierras. Ellos también desconocían por completo la alta estirpe del pequeño.

Aquel verano, el niño ya estaba en Castilla, a donde llegó con la mujer del músico. Se aposentaron en la sencilla casa de labor que ella tenía en el lugar. Pero dado que Ana de Medina era analfabeta, le encargó al cura de la localidad, Bautista Vela, que le enseñara al menos las primeras letras y algo de las Sagradas Escrituras. Pero el cura, vago y poco interesado en enseñar a aquel rapaz —ni idea tampoco él de quién era— le dejó suelto y a su antojo, de modo que a lo que dedicó su tiempo el pequeño Jeromín fue a hacer correrías por todo el pueblo y aledaños junto con otros chiquejos: coger nidos, cazar conejos con losa, robar fruta en los huertos, pelearse y entablar duras batallas, donde unos hacían de moros y otros de cristianos. Tostado por el sol, fuerte, ágil y despierto, pero sin saber apenas ni deletrear el abecedario, cumplió los siete años.

Fue entonces cuando Luis Méndez de Quijada visitó Leganés y, visto el panorama, decidió exponerle la situación al emperador y sugerirle un cambio. Estando por entonces ya casado con una mujer de alcurnia, Magdalena de Ulloa, ambos concluyeron que lo mejor era que el muchacho viviera con ellos y su educación cambiara drásticamente, pues, aunque no lo supiera, el hijo de un emperador no podía seguir por más tiempo apedreando pájaros.

En el verano de 1554, el niño fue sacado de Leganés y llevado al castillo de sus tutores en Villagarcía de Campos (Valladolid). Allí, la joven, inteligente y en extremo cariñosa esposa de Méndez de

Quijada se ocupó de él: le hizo lavar, vestir con buenas ropas y le enseñó a comportarse como correspondía a quien ya iba a vivir en una casa señorial, aunque sin saber tampoco, ni por asomo, quién era.

Rápidamente, y auxiliada por el maestro de latín Guillén Prieto, el capellán García de Morales y el escudero Juan Morales, lograron que el muchacho avanzara con aprovechamiento y presteza. Jerónimo gozaba con el cambio y los asombraba a todos por su curiosidad, inteligencia y disposición para aprender. Doña Magdalena se ocupó ella misma de formarle espiritualmente con lecciones de religión, misa diaria y, sobre todo, incitación a la caridad, la cual ella misma practicaba con largueza.

Por su parte, el capellán García de Morales le aleccionó en gramática, retórica, matemáticas, astronomía y latín. Fue discípulo adelantado en las dos primeras materias, expresándose en breve con gran soltura, pero con muy escaso éxito en las otras. Sin embargo, la historia le apasionaba y esperaba la llegada de don Luis a casa para escucharle con arrobo cuanto este contaba del pasado, así como de los vericuetos de la política: los protestantes, el turco amenazante, la perfidia francesa, las campañas militares y los triunfos del emperador… Todo ello sin saber que era su propio hijo. Solo había algo con lo que disfrutaba más: ejercitarse con Galarza, el antiguo escudero de Méndez de Quijada, en equitación, espada y lanza, además de aprender tácticas militares.

Fue al cumplir los diez años cuando el césar Carlos se retiró a Yuste (febrero de 1557) cuando la pareja de tutores recibió la orden de instalarse en la vecina aldea de Cuacos de Yuste. El emperador, viendo llegar su hora, quería conocer a su joven vástago y tenerle

cerca. De hecho, ya había informado, solo unos meses antes, a su hijo y heredero Felipe de su existencia, pero bajo palabra de mantenerlo, por el momento, en secreto.

Carlos V ya había redactado, el 6 de junio de 1554, un codicilo:

> Por quanto estando yo en Alemania, después que embiudé, huve un hijo natural de una mujer soltera, el que se llama Gerónimo.

Pero lo puso a buen recaudo. Fue después, en su testamento, cuando lo reconoció de manera oficial como hijo suyo; allí dictaba que pasara a llamarse Juan, en honor a su propia madre, Juana, nombre que al parecer el propio emperador quiso haber llevado. En el documento pedía a su hijo legítimo y heredero en el trono, Felipe II, que le tratara como a un hermano y le diera todos los honores que le correspondían. Y a fe que el rey Felipe así lo hizo, y con verdadero y fraternal cariño.

Pero hubo de esperar un tiempo. Felipe II se encontraba entonces fuera de España y fue en ese momento cuando comenzaron los rumores sobre la presunta paternidad del muchacho, que Méndez de Quijada negó. Este escribió al nuevo monarca pidiéndole instrucciones y recibió la contestación de su secretario, cuyos tachones y correcciones mostraban las dudas sobre qué hacer al respecto, pero que concluía en que se aguardara a la vuelta del soberano.

Pero todo se iba destapando. La princesa Juana, regente en ausencia de Felipe II, quiso conocerle y lo hizo en Valladolid en mayo de 1559, coincidiendo con un auto de fe. El interesado tampoco supo entonces quién era, aunque, avispado como era, comenzaba a hacerse muchas preguntas a pesar de tener solo doce años.

Ya de vuelta Felipe II, el 28 de septiembre de aquel mismo año, aprovechó una cacería para presentarle ante los grandes señores del reino, revelando así el secreto. El pasmo fue general, y no menor el del propio interesado, que se quedó mudo al oír a quien resultaba ser su hermano; en aquel momento comprendió el motivo de aquellas visitas con doña Magdalena a Yuste y el cariño que el emperador le mostraba.

El rey Felipe reconoció a su hermano como miembro de la familia real. Se produjo entonces el cambio de nombre por el de don Juan de Austria, con la condición de excelentísimo señor, y se le otorgó casa propia y armas. Al frente de dicha casa se puso, como no podía ser de otra manera, a Luis Méndez de Quijada.

En su testamento, Carlos V había hecho una anotación un tanto curiosa con respecto a su hijo recién reconocido: su ilusión de que, «de su libre y espontánea voluntad, tomase hábito en alguna religión de frailes reformados». Quizá aquello era reflejo de una recóndita conciencia de culpa, resuelta de una extraña manera: que fuera su vástago quien purgara los pecados del padre, o sea, los suyos. Pero bien pronto pudo verse que don Juan de Austria no tenía ninguna intención de hacerlo. Cumplía con sus deberes como católico, pero no le atraían en lo más mínimo ni el misticismo ni los hábitos; al contrario, cada vez le apasionaba más todo lo que tuviera que ver con la estrategia, la guerra y las gestas militares y caballerescas.

A pesar del impacto que lógicamente tuvo que sentir ante la increíble noticia de su origen, no tardó en asumir la nueva situación y adaptarse a ella. Hacerse a lo bueno resulta, indudablemente, más fácil y mucho más llevadero que acostumbrarse a lo malo. Felipe,

además, se volcó en él, al igual que hizo la reina, quienes incluso le confirieron el honor de llevar en brazos el día de su bautismo a su hija, la infanta Isabel Clara Eugenia.

Su real hermano determinó que debía comenzar la educación que correspondía a un príncipe, pues tal condición tenía, y decidió enviarle a Alcalá de Henares junto a su propio hijo primogénito y heredero del trono, el príncipe Carlos. Este ya empezaba a dar síntomas de su extravío mental, por lo que el rey pensó que la influencia de Juan —su «tío», aunque de edad pareja— podría serle beneficiosa, dada la recta vida que hasta entonces había llevado.

Ambos estuvieron acompañados por otro príncipe de la estirpe: Alejandro Farnesio, otro «sobrino» del recién incorporado a la familia. Alejandro era hijo de Margarita de Parma (hija ilegítima de Carlos V, como el propio Juan) y de Octavio Farnesio; por tanto, era nieto, por un lado, de un emperador y, por el otro, de un papa. Juan y Alejandro hicieron buenas migas desde un principio y habrían de compartir mucho en el futuro.

Fue aquel un tiempo dichoso, solo enturbiado por las locuras del príncipe Carlos, cada vez más intensas, sobre todo a partir de su accidente en las escaleras del recinto universitario. Aunque Juan también hizo alguna de las suyas por su cuenta: para demostrar su ardor y su «sangre real», escapó de la corte y cabalgó hasta Zaragoza con ánimo de llegar a Barcelona. Su intención era unirse a la flota y a las tropas que iban en socorro de Malta, asediada por los turcos.

No pudo llegar a tiempo, pero no cejó en el empeño y tramó cruzar por el sur de Francia hasta llegar a Italia para alcanzar allí la flota que mandaba el virrey García de Toledo. Solo una carta enviada

por su hermano, el rey Felipe, consiguió disuadirle. Aun sin él, la operación de rescate tuvo éxito: los turcos fueron derrotados y Malta fue salvada de los otomanos.

Al cumplir los veinte es cuando hay noticia de sus primeros amoríos. Los tuvo con una Mendoza, de nombre María, prima de la princesa de Éboli (esta última todavía casada con el secretario real de Felipe II, Ruy Gómez de Silva, con quien Juan entabló amistad, al igual que la tenía con la hermosa reina Isabel de Valois). Con María de Mendoza engendró a una hija, la cual, siguiendo los mismos pasos que su padre había dado con respecto a él, entregó al cuidado de doña Magdalena de Ulloa.

El buen juicio le fue entrando poco a poco y dio sobradas pruebas de ello cuando el príncipe Carlos le propuso que le apoyara en su intento de fuga a Flandes. Carlos profesó a Juan, en sus momentos de cordura, un gran afecto que fue mutuo, pues don Juan intentó protegerle siempre, sobre todo de sí mismo. El heredero confió a don Juan de Austria en Madrid sus planes de huir de España y llegar a los Países Bajos desde Italia, pidiéndole ayuda y prometiéndole el reino de Nápoles a cambio. En su delirio, se trataba de una traición en toda regla, pues su intención no era otra que proclamarse rey derrocando a su padre.

Su tío le respondió que le daría en breve su respuesta y, a uña de caballo, salió para El Escorial, donde estaba su hermano, a contárselo todo. El rey regresó prestamente a Madrid el 17 de enero de 1568 y, siendo domingo el día siguiente, la familia real al completo acudió a misa. Tras la celebración, don Carlos llamó a don Juan de Austria a sus habitaciones, urgiéndole una respuesta. Ante sus evasivas, el príncipe entendió que se negaba y sospechó,

además, que le había delatado, por lo que, echando mano a su espada, le atacó, intentando matarle. Don Juan, aún desarmado, consiguió defenderse hasta que, alertada la servidumbre, se logró reducir al agresor.

Aquella fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Felipe II, pues los arrebatos de violencia del príncipe —que incluían atacar a cuchilladas a los sirvientes—, así como sus ataques y convulsiones, eran cada vez más frecuentes. El rey optó por ponerle bajo arresto y encerrarle. Aquello apenó enormemente a don Juan, que se sentía en parte responsable, y se vistió de luto por ello hasta que el rey le ordenó quitárselo. La prisión del príncipe Carlos no duraría mucho, pero no porque fuera liberado, sino porque su salud empeoró cada vez más y, antes de que concluyera el año, murió.

Tras el incidente con el heredero, el rey Felipe, convencido de las aptitudes de su hermano, comenzó a buscarle oportunidades para que pudiera aprender y demostrar su valía. Tras la dimisión de García de Toledo de su cargo de capitán general del mar, el monarca aprovechó para nombrar a don Juan como su sustituto en este cometido.

Consciente de que de mar y de galeras no tenía muchos conocimientos, le puso al lado como segundo a Luis de Requesens y Zúñiga, vicealmirante de la Armada. El almirante en jefe era nada menos que el invencible Álvaro de Bazán, curtido en muchas batallas y combates navales. Durante tres meses navegaron por el Mediterráneo persiguiendo corsarios, tiempo en el que el joven Austria aprendió todo cuanto del mar podía enseñarle el avezado marino. Fue en una escala en el puerto de Barcelona cuando se enteró de la gravedad del estado de la joven reina Isabel, cuyo

último embarazo iba a tener consecuencias fatales. Partió hacia Madrid y aún pudo verla viva y estar presente en sus últimos días. Su muerte sumió en la postración al rey, a él mismo, a la corte entera y al reino.

Fue aquel invierno, en vísperas de Navidad, cuando llegó la noticia a Madrid del levantamiento de Fernando de Córdoba y Válor, un caballero de los veinticuatro de Granada —o sea, miembro de su cabildo municipal—. Este morisco, que se decía descendiente de los Omeyas de Córdoba, se había proclamado como rey de los sublevados en el valle de Lecrín con el nombre de Aben Humeya. En febrero del año siguiente, la rebelión se había extendido por todas las Alpujarras y los rebeldes superaban ya los ciento cincuenta mil, de los cuales cuarenta mil tenían capacidad de combate.

La mecha que había prendido la revuelta había sido un decreto del 1 de enero de 1567 que obligaba a los moriscos concentrados en la zona de las Alpujarras a renunciar a sus costumbres, lengua, vestido y prácticas religiosas. La rebelión, tras avanzar larvadamente, se hizo ya abierta a mediados del año siguiente y estalló con toda virulencia con la proclamación de Aben Humeya en 1569, cuando el número de pueblos de la Alpujarra y valles adyacentes que se habían sumado a ella superaba los doscientos.

El capitán general y virrey de Granada, por herencia desde los tiempos del Gran Tendilla, era un Mendoza y, como tal, marqués de Mondéjar. Él los había combatido y obtenido algunos éxitos, pero la interferencia del marqués de los Vélez en la parte oriental trajo como consecuencia la ruptura de la unidad de mando y, con ello, los fracasos y avances de los rebeldes.

Harto de las peleas entre ambos nobles, Felipe II pensó que había

llegado la hora de encomendar tal misión a su hermano, otorgándole el mando para poner a todos bajo una misma dirección; un puesto que, además, él mismo había solicitado. Don Juan quedó por encima, pero no sin problemas, pues en el Consejo formado al efecto entraron, amén del marqués de Mondéjar, otros notables cuyas relaciones personales distaban mucho de ser buenas. Sin embargo, algo le alivió y gratificó mucho: también se incorporó a ese Consejo su propio preceptor, el tan querido por él Luis de Quijada.

Felipe II no deseaba que su joven hermano participara directamente en los combates y, de hecho, le prohibió salir de Granada. Don Juan acató sus órdenes, pero quienes no atendieron a las de don Juan fueron los que supuestamente estaban bajo su mando. De tal forma que, en el mes de junio, el marqués de los Vélez se negó a acudir en socorro de la plaza de Serón y esta cayó en manos de Aben Humeya.

El ejército a su mando tampoco era un dechado de virtudes militares y en nada se parecía a los temibles tercios, ya que si en algo eran punteros era en indisciplina, y tendían más al saqueo y al pillaje que a la batalla. De hecho, pudo comprobarlo y sufrirlo cuando se decidió a tomar parte activa en los combates, como ocurrió en la operación de reconquista de Serón. El objetivo pareció lograrse sin demasiado coste, pero las tropas cayeron en la trampa mora: se lanzaron al saqueo, el contraataque los pilló por sorpresa y salieron huyendo de mala manera. En el desastre, lo peor fue que resultó herido mortalmente de un balazo en la cabeza una persona a quien estimaba especialmente: su tutor en la infancia, Luis Méndez de Quijada.

En medio de la desventura, emergieron el genio militar y las cualidades de liderazgo del joven Austria. Logró ir conjuntando a sus hombres y convirtiéndolos en verdaderos soldados; y, respecto a sus nobles subordinados, consiguió su respeto con decisiones estratégicas que se demostraron eficaces, como fue el sitio de Galera, plaza rebelde ante la que el marqués de los Vélez llevaba mucho tiempo empantanado. Don Juan comprendió de inmediato la necesidad perentoria de utilizar la artillería gruesa y no lanzar asalto alguno hasta que esta hubiera hecho su trabajo y abierto grandes brechas. Igualmente hizo cuando ya definitivamente consiguió asaltar Serón y después Tíjola, Purchena, Padules.

La rebelión estaba siendo vencida, y un hecho vino a acelerar su descomposición. La arbitrariedad y tiranía de Aben Humeya, junto con su carácter despótico y receloso, aparte de perder apoyos le llevó a perder la vida, pues la noche del 20 de octubre de 1569 fue asesinado en su palacio de Laujar de Andarax por su propio cuñado, Diego Alguacil, y Diego Rojas, cuya mujer había mancillado el caudillo morisco.

En mayo, su sucesor, Hernando el Habaquí, negoció la paz con Juan de Austria, y en otoño de aquel año una última campaña doblegó las últimas resistencias. El joven Austria se inclinaba por no excederse en el castigo a los rebeldes vencidos y por pactar alguna fórmula que les permitiera continuar en el territorio, pero ahí topó con su hermano. El rey Felipe consideraba que aquello tan solo supondría, al cabo de no mucho tiempo, una nueva revuelta, y tenía ya tomada la decisión de proceder a la expulsión de los moriscos de todo el reino de Granada, algo que llevó a efecto mediante un decreto en febrero de 1571.

Don Juan de Austria acató la orden y procedió a cumplirla. El rey se mostró muy satisfecho del desempeño de su hermano menor, y de la decisión y capacidad demostradas en toda la campaña, pero el joven Austria no podía evitar la pena al contemplar el panorama de desolación que dejaba, como prueban sus cartas, en las que tachaba aquellos exilios forzosos de familias enteras, mujeres y niños, como la mayor «miseria humana».

Felipe II entendió que había llegado el momento de ponerle al frente de una misión trascendental que venía intentando llevar a la práctica desde hacía años: derrotar de una vez por todas la flota otomana que sembraba el miedo por todo el Mediterráneo. Juan de Austria, su propio hermano —¿quién si no?—, sería quien dirigiera la guerra contra el turco.

El turco era el gran enemigo, y lo era de verdad. Su flota señoreaba el Mediterráneo y sus jenízaros no dejaban de conquistar ciudades y tierras para el sultán, Selim II, sometiéndolas a la fe islámica. Enfrente, las potencias cristianas estaban divididas. Venecia, la más poderosa de las italianas (sobre todo en el mar), jugaba la carta de una paz por separado con los turcos; con Francia no se podía contar, pues actuaba *de facto* como aliada de los otomanos en su afán por perjudicar a España y minar su hegemonía; y España, por su parte, había estado enredada con la sublevación morisca.

El decidido papa Pío V insistía una y otra vez en formar una liga y enfrentarse al cada vez mayor poder musulmán, que a punto había estado de hacerse con Malta, salvada *in extremis* —cuando ya muchos la daban por perdida— por los tercios españoles. La armada y el ejército otomano habían sufrido una grave derrota, pero ya

habían pasado de nuevo a la ofensiva y recomenzado las conquistas. Y estas se estaban dirigiendo, sobre todo, a los enclaves venecianos, que iban tomando uno tras otro. En aquel momento, su objetivo era Famagusta.

Aquello hizo que la Serenísima República se replanteara su posición. La conjunción astral determinó, además, que fuera el momento en que don Juan de Austria acababa con la rebelión morisca, y su hermano, el rey Felipe, entendiera que era la hora de dar el paso decisivo y liderar la coalición —la Liga Santa— anhelada por el papado, aunque para ello habría de hacerse cargo de la mitad de los gastos. El oro de las Américas ayudaría en ello.

Pero no pareció fácil de inicio la pretensión de que su hermano don Juan, con tan solo veinticuatro años y experiencia en combates terrestres, pero apenas ninguna en lo naval, fuera el almirante y general en jefe. Había otros muchos que, *a priori*, parecían más adecuados, incluso en la propia España, que contaba con el muy respetado Álvaro de Bazán, o el reconocido trío de almirantes venecianos Agostino Barbarigo, Sebastián Veniero o Marco Quirini, o el reputado genovés Andrea Doria. Pero la apuesta de Felipe II era firme y era quien ponía más carne que nadie en el asador, aunque la última palabra se la quiso dejar al papa. Pío V no solo aceptó, sino que, citando el Evangelio del apóstol san Juan, hizo su premonición: «*Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes*» («Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan»). Todo zanjado: era la voluntad de Dios. Así, el día 25 de mayo de 1571, en la basílica de San Pedro de Roma, se proclamó la Liga Santa que unía a España, Venecia, Génova, la Santa Sede y los caballeros de Malta contra el Gran Turco y el Imperio de la Sublime Puerta.

La responsabilidad que caía sobre los jóvenes hombros de don Juan era inmensa. Una derrota significaría un Mediterráneo en manos turcas, y dejar el litoral indefenso ante sus ataques. Felipe II lo protegió colocando a su lado a dos de los que consideraba sus mejores hombres, y que además tenían con él una especial relación, su leal amigo y compañero de Alcalá de Henares, Alejandro Farnesio, y su mentor marítimo, Luis de Requesens.

Los preparativos se demoraron. Hasta primeros de agosto la flota hispana no llegó a Nápoles y no fue hasta finales, ya avituallada, cuando se encontró con las demás en Mesina. El momento de la verdad había llegado. Y entonces Juan de Austria demostró que no era una figura ornamental, sino que era en todo y para todo el capitán general jefe, y así quedó claro desde la primera reunión en su nave capitana. Defendió con convicción mantener desde el comienzo una actitud ofensiva e ir en busca de la armada turca dondequiera que esta estuviese y atacarla de inmediato. Fue apoyado por la mayoría de los almirantes, en especial por Álvaro de Bazán, quien entendía que las tripulaciones y tropas turcas estaban más fatigadas por sus recientes campañas.

El 15 de septiembre la flota salió de Mesina y, a primeros de octubre, tenía a la flota turca encerrada en el golfo de Lepanto; el 7 de este mismo mes se lanzó contra ella. El día 3 se había recibido la noticia de que los turcos, en Famagusta —que habían tomado en agosto—, habían violado el acuerdo de rendición y habían degollado a todos sus defensores.

Las fuerzas entre las dos armadas eran muy parejas: poco más de noventa mil hombres por cada uno de los bandos. Una pequeña ventaja en cuanto al número de galeras por el lado turco (230 por

207) y de navíos ligeros (70 por 40), pero los cristianos contaban con galeazas de mucha mayor potencia de fuego, entre las que sobresalían las seis venecianas, lo que les daba, en potencia de fuego, una ligera superioridad.

Juan de Austria y las galeras bajo su mando directo se situaron en el centro. Las intenciones españolas eran muy claras: ir al abordaje de las turcas y que la temible infantería española se impusiera en el combate cuerpo a cuerpo en la cubierta de las naves, apoderándose de ellas. Uno de aquellos soldados, que incluso sufrió graves heridas que le darían un apodo de por vida, fue un joven llamado Miguel de Cervantes Saavedra: el Manco de Lepanto.

La batalla —«la más alta ocasión que vieron los siglos»— se ha contado muchas veces. Pero no cabe duda de que fue clave en la victoria la trascendental decisión tomada por don Juan de Austria el día 1 de octubre cuando, ya localizada la flota turca en el golfo de Lepanto, donde se había refugiado, retornaron las voces discordantes aconsejando una estrategia más conservadora; en suma, no atacar, que era, en realidad, lo que el almirante en jefe de los turcos, Alí Bajá, pensaba que harían las tropas de la Liga. Pero el joven Austria impuso su decisión, con el apoyo de Bazán y de los venecianos, y se lanzó al ataque, inesperado para los turcos, a los que aplastó.

La táctica empleada por la armada cristiana «consistió en colocar dos galeazas delante de cada ala y del centro, para abrir brechas al principio en la armada enemiga; poner en las alas a dos marinos de gran experiencia, Barbarigo y Doria; situar a Álvaro de Bazán en la reserva, contando con su rapidez de decisión, y poner a su lado, con el pretexto de honrarlos, a Veniero y Colonna, pero con el fin de

controlarlos. Esta táctica dio frutos magníficos. Tan importante como todo lo anterior fue la energía y el entusiasmo que don Juan supo comunicar a todo el personal de la armada», cuenta Bartolomé Bennassar, miembro de la Real Academia de la Historia.

El combate se decantó del lado cristiano al romper las galeazas la formación turca y, aunque luego se trabó una gigantesca batalla, la potencia de fuego y la superioridad de la infantería de marina en los abordajes hicieron sucumbir a la armada turca.

Para los turcos fue un golpe fortísimo, pues no habían perdido una batalla naval de semejante envergadura desde hacía más de siglo y medio, desde Angora (1402). Y a raíz de esta pérdida, aunque los otomanos se rehicieron con rapidez, construyendo nuevas galeras y optando por una hábil estrategia defensiva dirigida por Uluj Alí, la flota española se convirtió en la más poderosa del Mediterráneo.

Se ha considerado, sin embargo, que el éxito no se explotó convenientemente, más allá del cuantioso botín conseguido, y no se aprovechó para reconquistar territorios. Algo de cierto hay en ello, pues la Liga no tardó en disolverse, los venecianos firmaron al cabo de no mucho tiempo un acuerdo de paz con el sultán.

La victoria cristiana provocó en toda la cristiandad un fervor extraordinario: de Venecia a Roma, de España a Viena —incluso el rey de Escocia, Jaime VI, se puso poeta y compuso una oda a la victoria—. Juan de Austria se convirtió en el héroe de todo el orbe cristiano, y no hubo artista, ni pintor, ni poeta, ni artesano ni escultor que no quisiera glosar la victoria o a su campeón.

Este disfrutó, desde luego, de su éxito, y más aún en Nápoles. El mismo virrey, aunque era un cardenal, Granvela, le acogió con estas

palabras: «Nápoles es la ciudad apropiada para que de las hazañas en el campo de Marte paséis, aunque novicio, al jardín de Venus». Y a fe que lo hizo, pues condiciones no le faltaban: además de joven y victorioso triunfador, y hermano del rey más poderoso de la tierra, era también, según lo describe el francés Pierre de Brantôme y atestiguan sus retratos: «Un príncipe hermoso y muy cabal. Era muy guapo, […] de buen tono, muy gentil en todas sus actuaciones, cortés, afable, de gran espíritu, sobre todo muy bravo y valiente». No había dama que se le resistiera, y ninguna se le resistió. Ni siquiera la «*piu bella donna de Napoli*», Diana de Falangola, con la que tuvo una niña, Juana, a la que puso al cuidado de su hermanastra Margarita de Parma. Ocurrió cuando salió en octubre de 1573 a la conquista de Túnez, que consiguió de inmediato; hasta se planteó que, de consolidarse, pudiera convertirse en rey de allí. Pero los turcos no tardarían demasiado en recuperarla.

Diana, aunque gratificada con una cuantiosa dote, quedó atrás y apareció otra «bella», Zenobia Saratosia, que no duró mucho, pues al poco tiempo se cruzó ya una española, Ana de Toledo, casada con el gobernador militar de la plaza. Aquello llegó a la corte de Madrid y a Felipe no le gustó demasiado. Tras enviarle a Génova para mediar en una disputa entre bandos rivales —aunque Túnez había caído de nuevo en manos turcas—, decidió que emprendiera una nueva y muy difícil misión: nada menos que marchar a Flandes, donde las cosas se estaban poniendo feas. La carta del soberano era muy clara: que se fuera «volando» para allá y asumiera el gobierno de los Países Bajos.

Don Juan, esta vez, se puso remolón. A través de su secretario, Juan de Escobedo, envió a su hermano un memorándum donde le

pedía determinadas condiciones para asumir el cargo, las cuales estimaba necesarias para el éxito de su misión. El documento incluía un sorprendente añadido: la idea de ser rey —tras lo fallido de Túnez—, algo que el propio papa y el mismo monarca habían contemplado, había calado en él. Eso sí, siempre al servicio de su hermano y de los intereses de España. Podría serlo de Escocia. Para ello, solo había que liberar a María Estuardo, casarse con ella y restaurar el catolicismo allí. Con esas propuestas y pretensiones, y al no recibir contestación escrita del rey —a quien por algo también se apodó el Prudente—, embarcó hacia Barcelona y se presentó en El Escorial. La conversación debió de ser bastante acalorada, pero a la postre hubo acuerdo entre ambos: iría a los Países Bajos y luego, una vez pacificados, podría ponerse manos a la obra con Escocia. ¿Quién dice que, de no haberle alcanzado la muerte tan temprano, no lo hubiera logrado?

Su estancia en la corte se prolongó bastante más de lo deseado, y allí trabó algunas relaciones que no le iban a traer más que disgustos. A través de la princesa de Éboli —amiga en su juventud, ahora viuda y amante del nuevo secretario real, Antonio Pérez, que había sustituido a su fallecido marido—, entabló cierta amistad con él, sin alcanzar a captar sus dobleces.

Finalmente, partió para Flandes, pero lo hizo con su peculiar estilo. El 17 de octubre salió de Madrid disfrazado de mozo de cuerda, con la ayuda de su «madrina» de siempre, doña Margarita de Ulloa, y se dispuso a atravesar Francia de manera clandestina. El 3 de noviembre ya lo había logrado y estaba en Luxemburgo. Volvía así a las tierras en las que nació, donde hallaría su destino final.

Allí tuvo un encuentro muy especial con su madre, Bárbara

Blomberg. Después de una larga conversación con ella, logró convencerla —a pesar de que ella siempre se había negado— de que se estableciera en España, donde se le proporcionaron casa y pensión adecuadas y donde acabó por morir años después en la villa de Colindres.

Lo que se encontró don Juan en su gobierno no podía ser peor. Sus tropas, enfurecidas por varios años sin recibir su paga, habían saqueado Amberes, cometiendo toda suerte de atrocidades y violencias. Era tal la conmoción que no le quedó otro remedio que aceptar la salida del ejército del territorio para lograr la paz. Llevaba instrucciones, sobre todo, de seguir la política de Requesens y mostrarse conciliador. Firmó el Edicto Perpetuo el 17 de febrero de 1577. En mayo, la situación parecía calmada y pudo entrar triunfalmente en Bruselas.

En abril había comenzado la retirada de los Tercios Viejos. Don Juan se percató de que Guillermo de Orange solo esperaba eso para lanzarse a la guerra y hacerse por completo con el poder. En septiembre, Orange descubrió sus cartas: le exigía entregar todas las ciudades, licenciar las tropas y retirarse a Luxemburgo.

Pero Juan de Austria estaba esperando la llegada de vuelta de los tercios. Las remesas de las Indias, aumentadas por el descubrimiento de las minas de Potosí, supusieron un alivio para las arcas españolas, y el rey, a principios de 1578, envió a petición de su hermano, de vuelta desde Italia, a los mejores tercios. Estos iban al mando de su amigo de toda la vida, Alejandro Farnesio, ya convertido en un verdadero genio militar, cuya presencia supuso la mejor noticia para don Juan. Tanto fue así que en enero del año siguiente derrotaron de manera total en Gembloux a Orange y su

ejército de los Estados de los Países Bajos. Tan rotunda fue la victoria que el de Austria volvió a pensar en su sueño escocés y se lo volvió a proponer a su hermano.

Desconocía lo que estaba urdiendo, jugando a dos barajas, Antonio Pérez contra él. El secretario vertió la calumnia a oídos del rey de que su hermano tenía ambiciones inconfesables y que hasta pretendía arrebatarle el trono. Señaló a su secretario Escobedo, que continuaba en la corte, como urdidor de la trama y le hizo asesinar. Convenció también al rey de que Guillermo de Orange quería la paz, a lo que se negaba don Juan. Las difamaciones calaron en el ánimo del monarca, que rehusó enviarle los refuerzos que le pedía en sus cartas, que quedaban sin contestación.

La depresión se apoderó de don Juan de Austria, unida al empeoramiento de su salud. Estaba ya muy postrado cuando le llegó la noticia de la muerte de su fiel Escobedo, y comprendió lo ocurrido y la trampa urdida por Antonio Pérez contra él. Entristecido, agotado por las fiebres y la disentería, se sintió morir. El día 28 de septiembre nombró al único en quien podía confiar, Alejandro Farnesio, su sucesor; escribió por última vez a su hermano dándole razón de su proceder y pidiéndole que respetara su nombramiento, así como que le permitiera ser enterrado junto a su padre, el emperador. A la una de la tarde del día 1 de octubre de 1578, en Namur, con tan solo treinta y un años, el vencedor de Lepanto —que jamás fue vencido en batalla campal alguna, ni por tierra ni por mar— expiró.

La muerte de su hermano pequeño —a quien mucho había querido, pero de quien también a veces tuvo grandes celos— sumió en la tristeza al rey y le hizo recapacitar. Otro de sus secretarios, Mateo Vázquez de Leca, le dio informes y datos que pusieron al

descubierto el perverso plan de Antonio Pérez. A ello se añadieron las cartas de Farnesio y los propios documentos facilitados por el mismo Juan de Austria, que le permitieron comprobar la inocencia de su hermanastro, y que su única preocupación había sido la constante necesidad de tropas y dinero para hacer la guerra en Flandes.

Tomó la decisión de trasladar su cuerpo con los máximos honores desde Namur, recorriendo con solemnidad, como héroe de España y de toda la cristiandad, las tierras castellanas hasta llegar a El Escorial, donde por orden del rey y deseo del finado se le sepultó en el Panteón Real. Allí hizo llevar también el monarca los documentos probatorios de su absoluta lealtad, quizá con los remordimientos de haber dudado de ella y haber dado crédito al verdadero traidor, Antonio Pérez.

El mito comenzó en aquel mismo instante. Tal fue el impacto en su tiempo que bastan dos apuntes para hacer comprender su dimensión, la cual se trasladó desde las artes plásticas a la literatura. Todo un canto de *La Araucana* de Alonso de Ercilla está dedicado a él, y Miguel de Cervantes, su soldado en Lepanto, quiso conmemorarlo tanto en *La Galatea* como en su inmortal *Don Quijote*.

49
Ana Mendoza de la Cerda
(1540-1592)

Los misterios de la princesa del parche en el ojo

El balcón enrejado de su propio palacio, en el que estaba prisionera y al que le dejaban asomarse tan solo una hora al día, es el símbolo más emblemático de Pastrana. Ese balcón evoca y desprende todos los misterios, las leyendas, la gloria y la tragedia de la más bella y misteriosa —aun tuerta, o quizá más por ello—, intrigante y desdichada dama de la historia de España: Ana Mendoza de la Cerda, princesa de Éboli.

La villa ducal de Pastrana (Guadalajara) sigue envuelta en su recuerdo y presume de mantener viva su impronta. El palacio, con un mirador en su costado, preside la gran plaza, por donde asoma su memoria. La colegiata donde se encuentra su tumba, el impresionante catafalco en que hizo su postrer viaje o el convento carmelita donde llegó a profesar como monja rezuman algo de su aroma, de sus pecados y de sus secretos.

Pastrana la recuerda y la conmemora oficial y popularmente. Le ponen su nombre a sus dulces y bizcochos, y celebran un festival

cada mes de julio donde las gentes se visten para la ocasión con las galas y las ropas de la época que fue, sin duda, el momento de mayor esplendor de su villa.

Sin embargo, aunque sí muriera allí, no nació en esta villa, sino en la no muy lejana y también linajuda población guadalajareña de Cifuentes (1540). Su madre, Catalina de Silva, hermana del conde de Cifuentes, formaba parte del linaje de los duques de Medinaceli; su padre era Diego de Mendoza, nieto del gran cardenal Mendoza, quien, no por serlo, dejó de tener hijos.

Los Mendoza eran por aquel entonces la familia nobiliaria más poderosa e influyente de España, tanto durante el reinado de los Reyes Católicos como de sus sucesores, lo que marcó el relevante papel de doña Ana en la corte, primero del emperador Carlos V y luego de Felipe II. Pero no hay que olvidar, al leer su nombre secular y completo, su apellido De la Cerda, debido a su descendencia del mayor de los infantes De la Cerda, los nietos de Alfonso X el Sabio, a los que su tío, Sancho IV el Bravo, desposeyó de sus legítimos derechos al trono aprovechando que el hermano mayor había muerto antes que el Rey Sabio. Llevó siempre a gala pertenecer al linaje real y su origen pudo estar en la raíz de algunas de las inquinas reales.

Tal abolengo no le hubiera servido del todo para escalar las máximas alturas en las que se movió desde muy joven si no hubiera sido por su matrimonio y la personalidad de su marido: el portugués Ruy Gómez de Silva. Este era amigo desde su juventud del entonces príncipe Felipe, y luego se convirtió en su primer secretario y gran valido, hasta su muerte. Gozó de la confianza del rey —y fue digno de ella—, quien le otorgó todo tipo de honores y riquezas (era

príncipe de Éboli, duque de Pastrana y de Estremera), que trasladó a sus hijos tras su fallecimiento; no así a la viuda, por la que acabó sintiendo una profunda inquina. Quizá con motivos, o tal vez sin ellos, solo por celos y despecho.

Lo que no ofrece duda alguna es la fascinante belleza y seductora personalidad de doña Ana, a quien su famoso parche en el ojo —parece que para tapar la herida de un accidente producido por un florete practicando esgrima— no hacía sino añadir mayor encanto y misterio. Casada por poderes muy joven, a los doce años, el urdidor de los acuerdos y quien firmó las capitulaciones con los padres de la novia fue el propio príncipe Felipe. Pero no pudo celebrarse el matrimonio hasta cuatro años más tarde, en 1557, ya que Ruy hubo de viajar con Felipe a su boda con la reina inglesa.

La Éboli, culta, alegre e inteligente, se convirtió en una de las estrellas de la corte. Aunque entonces no hubo noticia alguna al respecto, es en esta época —o incluso antes— cuando algunos señalan la posibilidad de un amorío con el propio monarca. Pero lo cierto es que, en aquellos años de juventud y matrimonio, su papel fue tan relevante como benéfico, amén de dar a luz a nada menos que diez hijos, de los cuales nueve llegaron a la madurez.

Fue amiga del propio Felipe y de la que sería su tercera mujer, Isabel de Valois; pero también lo fue de su fulgurante y resplandeciente hermanastro, don Juan de Austria, y de su primo, el gran Alejandro Farnesio. Doña Ana fue, además, una de las pocas personas que, junto a los anteriores, intentó la imposible misión de atemperar al trastornado y violento príncipe Carlos, el esquizofrénico primogénito heredero de Felipe II.

Mientras vivió Ruy Gómez de Silva, no hubo tacha significativa en

su comportamiento, ni se le imputó desliz alguno en sus actividades cortesanas o políticas. Fue tras la muerte de su esposo cuando la princesa comenzó a «dar que hablar», tanto entonces como ahora. Y su primera controversia fue, nada menos, que con una mujer de enorme y singular relevancia: la luego santa Teresa de Jesús.

Los duques habían ayudado a la mística en sus fundaciones y, de hecho, habían contribuido a la creación de dos conventos. Por Pastrana también había aparecido, con similares propósitos, otro de los grandes de la espiritualidad y de la lírica castellana: san Juan de la Cruz. Queda una fuerte huella y recuerdo de ambos en la villa, así como algún rastro de las desavenencias entre la Mendoza y la carmelita sobre dónde, cómo y de qué manera hacer las cosas, unas tensiones que Gómez de Silva lograba serenar poniendo paz entre ellas. Pero al morir este, estalló el conflicto.

La duquesa, al quedar viuda, sufrió un arrebato de fe religiosa y decidió meterse a monja. Y no solo ella, sino que se hizo acompañar de varias de sus hijas. A regañadientes, Teresa de Jesús tuvo que aceptarlo. Se le concedió una austera celda y ciertas prerrogativas, pero pronto el habitáculo se le quedó muy pequeño, así que se trasladó con sus criadas a una casa en el huerto del recinto. Allí podía tener sus armarios, arcones, vestidos, joyas y perfumes, disponer de servidumbre, y entrar y salir a la calle cuando le placiera.

A la fundadora de las carmelitas no le quedó otra opción —al fin y al cabo, Ana era la duquesa y señora de Pastrana— que ordenar la retirada de todas las monjas (las de verdad) del convento. Al poco tiempo, doña Ana, ya curada de espiritualidades, abandonó la villa y se marchó a su palacio madrileño. Nada más llegar, escribió un libelo

muy duro contra quien luego sería elevada a los altares; un texto que, todo hay que decirlo, terminó siendo prohibido por la Inquisición.

Ya regresada a la corte, comenzaría un sinuoso camino que concluiría para ella de la peor manera. Siguió brillando entre la aristocracia, manteniéndose siempre en contacto con los más cercanos al soberano. Tanto fue así que se convirtió en amante de quien había sucedido a su marido como secretario del rey: Antonio Pérez. Este era un inteligente aragonés, criado y protegido por el príncipe de Éboli, a quien incluso se le llegó a atribuir una paternidad oculta, según autores como Gregorio Marañón.

El nuevo valido no resultó, en este caso, digno de la confianza del rey, sino un verdadero intrigante y muñidor de infamias. La más tóxica contra don Juan de Austria, al que hizo todo lo posible por enemistar con su hermano, acusándole de todo tipo de conspiraciones. Este, desde los Países Bajos, donde se encontraba al lado de Farnesio, envió, para intentar desbaratar sus manejos, a su secretario, Juan de Escobedo, y Pérez, temeroso de que se descubrieran sus intrigas, ordenó asesinarle.

El rey Felipe tardó en reconocer tanto la inocencia de su hermano como la culpabilidad de su secretario, pero al cabo, y tras serle presentadas abundantes e irrefutables pruebas, ordenó su detención (1579). Pérez fue apresado y puesto bajo custodia en Madrid, aunque con ciertas libertades de movimiento. Juzgado, y tras una primera sentencia, logró escapar de la cárcel madrileña donde se encontraba recluido y se refugió en Aragón, acogiéndose a su Fuero. Los esfuerzos de Felipe II para que fuera entregado a la justicia real chocaron con el justicia de Aragón, Juan de Lanuza.

Antonio Pérez, tras una revuelta encabezada por el propio Lanuza, huyó a Francia y luego a Inglaterra. Empleó el resto de su vida en tejer toda suerte de mentiras y atrocidades sobre el reino y el rey, a quienes había traicionado. Dicho de otro modo: se convirtió en uno de los grandes pilares de la leyenda negra.

La princesa de Éboli quedó, con ello, en una delicada situación. El rey Felipe, tras conocerse que habían sido amantes, no creyó que fuera inocente de los tejemanejes del secretario real, sino más bien una colaboradora necesaria. Y a ella sí que le alcanzó su venganza. Fue arrestada en su palacio de Madrid, privada de la custodia de sus hijos y encerrada primero en el torreón de Pinto, luego en el castillo de Santorcaz y finalmente en su propio palacio ducal de Pastrana, ya en 1581, del que no saldría en vida nunca. Allí tuvo la compañía de tres sirvientas y de su hija más pequeña, que sí tomó de veras los hábitos de monja y la acompañó hasta su muerte. Al conocerse la noticia de la fuga de Antonio Pérez de la prisión de Zaragoza, a las puertas, ventanas y balcones del palacio de Pastrana se les pusieron gruesas rejas. Y a la princesa le quedó solo permitido asomarse durante una hora al día a uno de ellos, el que daba a su alcoba, para contemplar desde allí la plaza de la villa y el valle que la enmarca.

Sus misivas al rey, a quien pedía su protección como «caballero» y trataba de «primo», no recibieron contestación. Murió en 1592, tras trece años de encierro. Fue enterrada junto a su marido, en la colegiata de Pastrana.

La actitud del rey Felipe hacia ella estuvo presidida por la inquina personal. En sus escritos la trata de «marrana» y «puta». Sin embargo, su comportamiento hacia sus hijos fue distinto: los protegió y cuidó con verdadero esmero. La hija mayor, Ana, llamada

como ella, se casó con el duque de Medina Sidonia y hoy el muy mentado palacio de Doñana se llama así por ella.

Rodrigo heredó el ducado de Pastrana, y Diego alcanzó a ser, amén de duque de Francavilla, virrey de Portugal.

La princesa de Éboli sigue siendo hoy un personaje tan atrayente como controvertido, objeto constante de atenciones literarias y cinematográficas. El libro sobre ella escrito por Almudena de Arteaga —escritora, duquesa del Infantado— fue un gran éxito de ventas.[9] Por su parte, la película de Antonio del Real, *La conjura de El Escorial* (2008) —en la que, confieso, tengo un humildísimo cameo —, es uno de los filmes históricos más dignos y lucidos de la, en esto, muy ayuna filmografía española.

Por mi cercanía a esa tierra, y por mi propio nombre y apellido —aunque nada tengo que ver con el felón huido, Antonio Pérez—, no puedo sustraerme de su influjo, ni quiero. No negaré sus pecados ni tampoco su genio, que no debió de ser muy suave, pero me quedo con el embrujo que se desprende no sé si de su persona o de su mito.

No creo que lo suyo fuera una traición tan grave al rey Felipe como para mantenerla encerrada hasta su muerte. En lo suyo había, me barrunto, otra cosa que nada tenía que ver con la justicia y sí, al decir de malas lenguas, con despechos de un antiguo amante postergado. Pero no sé si esto no será un carretón más de basura contra el monarca, al que se acusa ahora de todo, hasta de vestirse siniestramente por hacerlo de negro, cuando en realidad se trataba de una moda en todo el mundo conocido.

La cuestión era que aquel negro «ala de cuervo» era privativo de la corte española; se conseguía gracias a un tinte extraído del «palo

de campeche», de origen mexicano, que causaba la envidia de toda Europa y el desmayo de las damas. Felipe II fue de joven todo un real mozo, de muy buen porte, exquisitas maneras, gran cultura y, siempre —hasta su vejez—, con muy buena mano y trato con las mujeres. Así lo demostró con sus cuatro esposas; especialmente con la segunda, María Tudor, reina de Inglaterra, quien estaba tan perdidamente enamorada de él que, al no lograr embarazos reales, los tenía psicológicos.

Por cierto, que el hermoso palacio de los Éboli en Pastrana, restaurado y acondicionado para ser utilizado en múltiples actividades —incluida la hospedería—, lleva lustros muerto de risa por culpa de las peleas administrativas. Se ha anunciado recientemente (otra vez, y ya van cinco) que ahora, al fin, se remozará definitivamente y se pondrá en funcionamiento. Irá, si es que va, para muy largo, y no sé si me dará tiempo para pasar una noche en la habitación que lleva el nombre de Antonio Pérez, al fin y al cabo, mi tocayo.

50
Álvaro de Bazán

(1526-1588)

El más grande, invencible y olvidado de los marinos españoles

Cuando murió en Lisboa don Álvaro de Bazán, le lloraron la Armada y el pueblo español. Los más grandes poetas del Siglo de Oro le cantaron: lo hizo Lope de Vega, y en sus alabanzas coincidió con su enconado enemigo, Luis de Góngora, quien también escribió su loa al gran marino. Miguel de Cervantes, que había combatido bajo su mando en la crucial victoria de Lepanto contra el Imperio otomano, le quiso rendir homenaje en *el Quijote* al glosar la captura de una galera enemiga:

> Tomola la capitana de Nápoles, llamada La Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz.

No era para menos, si tenemos en cuenta su peripecia como soldado, sus impresionantes éxitos y su desempeño como general al mando de sucesivas flotas hasta serlo de todas ellas. Nunca fue

derrotado en combate y sus triunfos quedan perfectamente reflejados en las muy precisas cifras de sus logros y conquistas:

- Victorias: islas rendidas: 8; ciudades y villas tomadas: 27; castillos y fuertes asaltados: 36; soldados y marinos rendidos (franceses, portugueses e ingleses): 11.782; prisioneros cristianos liberados: 1.564; naves enemigas apresadas (galeras, goletas, galeones, bergantines, galeazas y barcos turcos y berberiscos): 282; piezas de artillería capturadas: 1.814.
- Derrotas: cero.

Su nombre es conocido y mentado por los marinos (no falta nunca en la Armada un barco que lleve su nombre); se le reconoce en estatuas y plazas, y sigue en pie y en uso, como Archivo de la Marina, el palacio que hizo levantar, el de los marqueses de Santa Cruz, en la localidad manchega de Viso del Marqués. Sin embargo, a nivel popular, ha caído en el olvido, un olvido casi incomprensible, dadas su relevancia y grandeza. Quizá se le recordara más de haber sido un pirata, un asesino o un conspirador, pero no tuvo otra ambición que servir a su patria y a su rey, lo que ahora se juzga como una tacha y algo que merece la peor reprobación, como toda obra del pasa-do que no cuente con la bendición de los sacerdotes de la neoinquisición progre cátara.

Así que será bueno recordar su figura y alentar su reconocimiento, así como el de tantos personajes de nuestra historia que tanto merece la pena rescatar.

Don Álvaro de Bazán nació en Granada en diciembre del año 1526. Su familia provenía del valle navarro del Baztán, y ya en el siglo XIV había entrado al servicio de la Corona de Castilla. Su abuelo y su padre, con su mismo nombre, habían tenido cargos de gran relevancia en la guerra de Granada —el primero— y en las huestes

que lucharon a favor de Carlos V —el segundo—, a quien también acompañó en la toma de Túnez y después como capitán general de la armada, venciendo a los franceses en la batalla naval de Muros. Desde niño estuvo inmerso en ese ambiente e incluso, como deferencia hacia su padre, el emperador le nombró —¡a los ocho años!— alcaide del castillo de Gibraltar. No parecía, pues, haber duda de la carrera que iba a seguir, ni él la tuvo tampoco.

A los nueve años ya andaba por la cubierta de la nave capitana de su padre (conocido luego como el Viejo para distinguirle de él) cuando estaba en puerto. A los doce, le acompañó en una expedición; a los diecisiete, fue con él a aguas cantábricas y, antes de cumplir los dieciocho, combatió a su lado en la citada batalla de Muros, en la costa gallega, que se saldó con más de tres mil bajas francesas.

Entre sus primeras misiones estuvo la de proteger contra los corsarios franceses e ingleses a la Flota de Indias al aproximarse, a su vuelta, a aguas españolas. Su ascenso, tanto por trayectoria familiar como por méritos propios, fue espectacular, siendo el apresamiento frente al cabo de Aguer de los barcos ingleses que llevaban munición a Fez su acción más renombrada. A los veinticuatro años se casó por primera vez con Juana de Zúñiga, hija de los condes de Miranda, que le dio cuatro hijas. A los veintiocho, fue nombrado capitán general de la Armada. A la muerte de su esposa contrajo matrimonio de nuevo, esta vez con María de Benavides, hija del conde de Santisteban del Puerto, que le dio otras tres hijas y un varón, al que puso su nombre y a quien legó su título de marqués de Santa Cruz, que le sería otorgado por Felipe II.

La primera parte de su vida al mando de las armadas se

desarrolló en el Mediterráneo, donde se enfrentó con turcos y berberiscos, a los que se unían en trapacera alianza los franceses. Tras el desastre español en los Gelves (1560), acudió y logró con sus galeras salvar las plazas de Orán y Mazalquivir del asedio otomano (1563). Al año siguiente, y como lugarteniente de García Álvarez de Toledo en una flota de cien navíos, logró tomar el Peñón de Vélez de la Gomera, que se había convertido en un impresionante nido de piratas.

Pero lo que le consagró definitivamente fue el socorro de la cercada Malta, sobre la que los turcos se habían lanzado en masa en un formidable ataque de toda su flota, al mando de Pialí Bajá, y de su terrible infantería, los jenízaros, que habían conseguido desembarcar. La resistencia heroica de la guarnición permitió que Álvaro de Bazán, a pesar de las muchas reticencias en la corte, se embarcara con sus galeras y tropas de infantes españoles y alcanzara a socorrerlos. Cuando los otomanos ya creían la isla en sus manos, se produjo su llegada y desembarco: amén de salvar la isla —y con ello a Sicilia, que tenían previsto atacar después—, la derrota y la gran mortandad turcas fueron totales. Por eso, en 1566, fue nombrado capitán general de las galeras de Nápoles, y algo después le fue concedido el título nobiliario de marqués de Santa Cruz.

No podía faltar, y no faltó, don Álvaro a «la más grande ocasión que vieron los siglos», en palabras de Cervantes, que también estuvo allí. Al mando de sus treinta galeras de la escuadra de Nápoles se unió en septiembre de 1571 a don Juan de Austria, quien ostentaba el mando de la Santa Liga. Bazán le apoyó y alentó, frente al criterio de otros almirantes, a que buscase el enfrentamiento de

inmediato con la flota enemiga y atacase en cuanto tuviera ocasión.

Se le asignó la misión de mandar la retaguardia y acudir en socorro de las zonas y naves cristianas que se vieran en mayor peligro, cosa que hizo desde el primer momento de la acción, casi al amanecer del 7 de octubre, volando a taponar el canal que el almirante veneciano Barbarigo había dejado abierto y por el que la flota otomana intentó envolverle y amenazar el flanco cristiano. Al llegar las galeras enviadas por Bazán, cambiaron las tornas y fueron los turcos quienes, pillados en pinza, fueron derrotados y empujados contra la costa.

Otras de sus fragatas y bergantines apoyaron el centro y la vanguardia del propio don Juan de Austria en su intento de asaltar a la nave capitana de los turcos, la Sultana. Por último, y con las diez galeras que le quedaban en retaguardia, el propio Bazán en persona consiguió poner en fuga al almirante Uluj Alí, que había sobrepasado las líneas del genovés Andrea Doria en un intento de cambiar el rumbo del combate.

Fueron tres momentos claves del combate, y la pericia estratégica de don Álvaro resolvió este a favor de los cristianos. Nada extraño, pues, que unos años después (1576) el rey Felipe II le otorgara ya el cargo de capitán general de las galeras de España.

En 1580 se produjo un acontecimiento que iba a convertir al Imperio español y a Felipe II en el poder territorial más extenso del mundo: al morir sin descendencia el rey de Portugal, el monarca español se convirtió en el heredero natural, pues era hijo de la emperatriz Isabel de Portugal y nieto del rey Manuel I. Aunque hubo un intento de resistencia por parte de algunos nobles portugueses, encabezados por el prior de Crato, las tropas españolas —el duque

de Alba por tierra y Bazán por mar— no tuvieron apenas oposición para que Felipe II fuera aclamado como rey en la capital portuguesa, convirtiéndose con ello en soberano de todos sus territorios de ultramar, desde Brasil hasta las posesiones de África y del Índico.

Sin embargo, una isla de las Azores llamada Terceira se convirtió en un verdadero quebradero de cabeza. Su gobernador, apoyado por grandes sumas de dinero inglesas, así como por soldados y armas franceses, y con la promesa de la llegada de una poderosa escuadra, se negó a aceptar la soberanía española. Si caía en manos anglofrancesas, su posición estratégica podía convertirse en la peor amenaza para los barcos españoles y portugueses de vuelta de las Indias, tanto de las Occidentales (América) como de las Orientales (la especiería).

Tras una primera derrota de Pedro Valdés en su intento de tomarla, don Álvaro de Bazán hubo de ser el encargado de resolver la situación. Con una potente armada de cerca de ochenta naos, entre grandes y ligeras, logró desembarcar e ir tomando los fuertes que los partidarios de Crato y sus aliados franceses habían artillado. Por su parte, la flota francesa y el condotiero italiano Felipe Strozzi iniciaron el contraataque. Strozzi logró cercar el fuerte mayor, donde se había atrincherado el destacamento español, pero al aproximarse Bazán con su escuadra decidió reembarcar, unirse a la flota francesa y enfrentarse a él.

El choque tuvo lugar el 26 de julio de 1582.

A causa de diversos temporales, el almirante español se había quedado tan solo con dos galeones y veintitrés naos, y cuatro mil quinientos soldados de infantería embarcados en ellas. Los franceses y Strozzi, en cambio, contaban con sesenta naves y siete mil

soldados. Pero la pericia del almirante español convirtió la desventaja en favor. Utilizando sus naves más pesadas y artilladas intercaladas con las más ligeras y marineras, consiguió romper las líneas enemigas, hacer huir al jefe francés (el duque de Brissac, que a punto estuvo de ser capturado tras un abordaje) y dejar solo al italiano, quien no tuvo más remedio que rendirse. La flota francesa largó el trapo y escapó, tras haberse dejado diez buques hundidos o capturados y cerca de mil quinientos soldados muertos. Los prisioneros corrieron igual suerte, pues al no existir guerra declarada entre Francia y España, fueron considerados piratas: la pena impuesta a caballeros y señores fue ser degollados; los marineros y soldados fueron, por su parte, ahorcados.

La conquista total de la isla Terceira habría de esperar, sin embargo. Bazán, prudente con tan exiguas tropas, no quiso desembarcar y esperó al año 1583 para hacerlo con una nueva flota de noventa buques y ocho mil soldados. Ingleses y franceses enviaron por su lado barcos y soldados que reforzaron las defensas y se negaron a aceptar la oferta de dejarles salir y retirarse con sus armas y banderas. Al contestar a tiros a los emisarios, se inició el asalto. En unos cuantos días, la isla Terceira quedó por completo bajo dominio español y conjurado el peligro para las flotas que regresaban de las Indias.

Esta fue la última misión encomendada por el rey Felipe II a don Álvaro de Bazán que este pudo llevar a buen término, porque la siguiente no alcanzó a concluirla. Fue a él a quien el monarca encomendó los preparativos de la invasión de Inglaterra, harta ya la Corona española de los ataques piratas auspiciados por aquel reino.

El marqués de Santa Cruz comenzó a reunir la escuadra y

preparar la ofensiva; él era también el encargado de dirigir la Gran Armada y, tal vez, bajo su mando hubiera corrido mejor suerte.

Pero la muerte le alcanzó en Lisboa el 9 de febrero de 1588, y el mando fue transferido al duque de Medina Sidonia, cuya experiencia en combate y en dirigir escuadras era manifiestamente mejorable. Y eso no es elucubración alguna, sino pura realidad.

Los restos de don Álvaro de Bazán reposan en el convento de San Francisco de la localidad ciudadrealeña de Viso del Marqués, donde él mismo había ordenado construir el maravilloso palacio renacentista en el que hoy se custodia el monumental Archivo de la Armada Española.

Su epitafio lo escribió Lope de Vega, que había sido soldado a sus órdenes, en 1588, y está grabado en el pedestal de una de las estatuas que honran su memoria, en la ciudad de Madrid.

El fiero turco en Lepanto,
en la Tercera el francés,
y en todo mar el inglés,
tuvieron de verme espanto.
Rey servido y patria honrada
dirán mejor quién he sido
por la cruz de mi apellido
y con la cruz de mi espada.

51
Alejandro Farnesio

(1545-1592)

El Rayo de la Guerra

En su lecho de muerte, el héroe de Lepanto, el todavía joven Juan de Austria, tuvo a su lado a un amigo que durante mucho tiempo también le acompañó: Alejandro Farnesio. Juan —como Felipe II— era además tío de Alejandro, y ambos, Juan y Alejandro, eran fruto de las relaciones extramatrimoniales del emperador Carlos V; pero si el primero había sido fruto de los últimos años del césar, cuando ya estaba viudo, Farnesio era hijo de Margarita, que había sido concebida en los tiempos de juventud y soltería del emperador. Carlos V tuvo siempre a su hija mayor en muy alta estima, la casó con el duque de Parma, y su hijo Felipe II la quiso y valoró como a una hermana, y puso en ella su confianza, teniéndola siempre por una de sus mejores consejeras.

Por eso el monarca deseó traer a la corte madrileña al hijo de esta, Alejandro, nacido en Roma el 27 de agosto de 1545, y le educó como a un destacado miembro de su familia. Así, se formó en la Universidad de Alcalá de Henares junto a su primo —el primogénito

del rey, el trastornado príncipe Carlos—, y junto a su tío —el más pequeño y casi recién descubierto hijo de Carlos V, Juan de Austria —. Los tres compartieron juventud y estudios y, tras el desdichado fin del heredero —a quien tanto Juan como Alejandro intentaron ayudar en sus delirios—, los dos se mantuvieron unidos a lo largo de las muchas vicisitudes de la época, compartiendo también sus más gloriosos momentos.

La relación de los Farnesio con España no había empezado precisamente bien. El primer duque de Parma, que lo era también de Piacenza y que murió asesinado, vio cómo esta última ciudad era ocupada por las tropas de Carlos V, por lo que su hijo Octavio se alió con los franceses para recuperarla. Sin embargo, la boda de Octavio con Margarita propició el pacto con Felipe II, lo que resolvió la situación y anudó una alianza tan sólida como perdurable. Se devolvieron sus territorios a los Farnesio y el joven vástago, acompañado de su madre, se unió a la corte española. Tras pasar por Flandes y formar parte del cortejo que acompañó al rey a Inglaterra para su boda y no muy larga convivencia con María Tudor, regresaron a España en 1559. Su madre, Margarita, fue entonces nombrada gobernadora de los Países Bajos y Alejandro fue enviado a Alcalá de Henares. Fue entonces cuando conoció a Juan de Austria, un joven de su edad, y congeniaron de inmediato.

En Alcalá, Alejandro demostró ser de una aguda inteligencia. Aún más que de los estudios, gustaba del ejercicio físico, la caza, la equitación y el adiestramiento con las armas. Allí permanecieron los tres —Carlos, Juan y Alejandro— hasta que, tras un accidente, el deterioro mental del heredero y su delirante y agresivo comportamiento (en ocasiones también atacó a alguno de ellos), se

decidió, en 1562, hacerlos retornar a Madrid. El príncipe don Carlos no tardaría mucho en fallecer.

A Farnesio comenzaron a prepararle la boda, y aunque sus padres hubieran deseado una esposa italiana, Felipe escogió a una portuguesa, una nieta del rey don Manuel, la jovencísima doña María, con quien se desposó en Bruselas en el año 1565, marchó a vivir a Parma al año siguiente y con la que en once años de matrimonio tuvo tres hijos. Ella era muy piadosa y dedicada a obras caritativas. Alejandro suspiraba por la acción y mientras tanto se dedicaba a los caballos, la caza y a galantear a toda dama que le gustara —también con grandes habilidades—.

El mandato de su madre en los Países Bajos llegó a su fin en 1567, tras la llegada allí del duque de Alba y aceptar su hermano Felipe su relevo por este, pudo reunirse con su marido y su hijo en Parma.

Alejandro no deseaba una vida hogareña y palaciega, y esperaba con ansiedad volver a juntarse con su amigo y tío Juan de Austria, y emprender juntos las hazañas militares que desde Alcalá de Henares habían soñado y que este ya había comenzado con su brillante campaña en las Alpujarras contra la rebelión morisca.

Los turcos volverían a unirlos. Al constituirse la Santa Liga, auspiciada por el Vaticano, Venecia y España, con don Juan como capitán general, Farnesio vio llegada su oportunidad. Escribió al rey Felipe pidiéndole que le permitiera alistarse a sus órdenes y con alborozo recibió su venia, partiendo de inmediato a unirse a las tropas de Juan.

La reunión entre los dos amigos se produjo en Génova, en julio de 1571, y don Juan, sabedor de sus cualidades y dejando al lado su

inexperiencia, le dio entrada en su consejo de guerra y el mando de tres galeras genovesas que se habían unido a la flota.

Juan de Austria salió de Lepanto convertido en el gran héroe de la cristiandad y en el hombre más admirado de Europa. Farnesio también demostró su valor, pues se lanzó temerariamente al abordaje de una galera turca que era la que llevaba nada menos que la soldada para pagar a marineros y jenízaros, obteniendo así un enorme botín.

Aún no se le conocía por el apodo que luego le acompañaría —el Rayo de la Guerra—, pero ya hacía méritos para alcanzarlo. En el fracasado asedio a Navarino (1572), solo su astucia salvó a las tropas cristianas de una emboscada turca.

Tras abandonar Juan de Austria Italia para dirigirse al norte de África a la conquista de Túnez, y disuelta ya la Liga Santa, Alejandro regresó a Parma y sus caminos volvieron a separarse.

Flandes volvería a juntarlos.

Allí, la situación había empeorado mucho tras la muerte de Luis de Requesens. Tanto que Felipe II designó como gobernador a Juan de Austria, que se encontró a su llegada con tropas amotinadas, que habían protagonizado el saqueo de Amberes, con casi todo el territorio perdido y viéndose obligado a firmar un acuerdo por el que los tercios saldrían hacia Italia. El Austria lo aceptó a regañadientes y lo rompió en cuanto pudo. Llamó a Farnesio —para lo cual hubo de solicitar la venia del rey—, y este, recién fallecida su esposa María, partió presuroso hacia Flandes. El 17 de diciembre de 1577 ya estaba en Luxemburgo, a las órdenes de su amigo, quien le ofreció mandar la caballería. Él rehusó el ofrecimiento, para no hacerse enemigos a su llegada, y se limitó a permanecer a su lado. Juntos

convencieron al rey Felipe para que autorizara el regreso de los tercios, y conseguido su empeño, con dieciocho mil infantes y dos mil de a caballo, se lanzaron al ataque.

Sorprendieron a los rebeldes valones y obtuvieron el triunfo en Gembloux el 31 de enero de 1578. Allí, Farnesio se percató de la debilidad del enemigo, lo que permitió una fácil victoria; al retirarse la caballería rebelde precipitadamente, condenó por completo a su infantería, que fue literalmente aplastada. Pudieron entonces haber marchado triunfantes y tomado Bruselas, pero el destino se lo impidió. Las suspicacias de Felipe II —alimentadas por la conspiración de Antonio Pérez— y la muerte de Escobedo, el secretario de don Juan, se concretaron en una acuciante falta de medios humanos y económicos, por lo que el avance quedó frustrado. Don Juan, además, se consumía. Su amigo Alejandro había ido a los Países Bajos para verle triunfar por última vez y, poco después, morir en sus brazos: en octubre de aquel año, aquejado de tifus y de unas prácticas médicas desastrosas, el héroe de Lepanto falleció a la temprana edad de treinta y tres años.

Pero antes de expirar, don Juan de Austria pidió a su hermano, el rey Felipe, que nombrara como su sucesor y al mando de las tropas a su amigo Farnesio. El rey, apenado por la muerte de su hermano y quizá con no poca mala conciencia por sus pasadas sospechas, consintió en ello. Fue, sin duda, una de sus mejores decisiones.

Aunque el monarca puso una condición: que la madre de Alejandro, Margarita, fuera a su lado, algo que molestó a ambos. A Margarita, por ser ya vieja, estar cansada y guardar malos recuerdos de su anterior estancia; y a Alejandro, por la tutela que esto implicaba. Tras alguna desagradable discusión, ella consiguió que su

hermano Felipe la dejara regresar a Parma. Con esto se restableció la armonía familiar y Alejandro tuvo, por fin, las manos libres para actuar.

Lo hizo con prudencia, contundencia y eficacia. Entonces, en la flor de su vida, en la mitad de la treintena, afloró en toda su dimensión el Rayo de la Guerra: el gran militar, admirado por sus soldados, temido por sus enemigos, tan audaz en ocasiones como prudente cuando convenía, hábil con los movimientos de tropas y también en la labor diplomática.

A la muerte de Juan de Austria, y tras su última victoria, las tropas hispanas habían conquistado, además de la provincia de Namur, el Limburgo, y mantenían el ducado de Luxemburgo. Farnesio necesitaba una conquista, pero le hacían falta tropas, por lo que pidió a Felipe II que se las enviara, hasta contar con cerca de treinta mil infantes y unos ocho mil caballos. El rey le autorizó también a negociar con los rebeldes sobre la base de la obediencia a la Corona española y el mantenimiento del catolicismo.

El hecho de que las flotas de Indias trajeran abundantes remesas de plata durante aquellos años también ayudó, así como la división de los enemigos entre los fanáticos calvinistas y los más moderados disidentes del sur. La división entre flamencos y valones tiene sus raíces en aquellos tiempos. Farnesio se percató de ello y lo usó, buscando la aproximación a los valones. Así, logró firmar un importante tratado, la Unión de Arrás, en 1579, por el cual las provincias de Artois, Henao y la Flandes valona aceptaban la soberanía hispana y el catolicismo a cambio de la retirada de las tropas y de dejar los cargos civiles en sus manos.

Pero ese triunfo de la política, sin un triunfo militar, y con

Guillermo de Orange enfrente, no tenía valor alguno. Farnesio obtuvo ese triunfo en Maastricht, plaza de enorme importancia que consiguió conquistar. Tras lograr que los valones aceptaran de vuelta a los tercios españoles, se lanzó a la recuperación del territorio con un ejército de más de cincuenta mil hombres, el cual se movió como una máquina perfectamente engrasada bajo su eficaz mando. Brujas y Gante cayeron primero; después, Bruselas en 1585; y, finalmente, Amberes, la gran ciudad comercial.

Fue la toma de esta última la que le confirió un enorme prestigio y la que pasó a los anales militares como ejemplo de asedio de una plaza tan difícil de cercar por sus múltiples salidas, tanto por tierra como por agua, y a la que consiguió rendir gracias a su genial estrategia. Por ello, amén de por sus anteriores logros, un exultante Felipe II le concedió la más valiosa condecoración: el Toisón de Oro.

La totalidad de lo que es ahora Bélgica estaba ya en sus manos, y los rebeldes del norte, desmoralizados. Fue entonces cuando la reina Isabel de Inglaterra pactó con ellos, y Felipe II pensó que era ella el enemigo al que había que combatir primero; por ello, ordenó a Farnesio que dejara de avanzar hacia el norte y participara en la invasión de Inglaterra.

Se comenzó a preparar y diseñar el plan de la Gran Armada, en la que los tercios de Farnesio eran la fuerza esencial para desembarcar en las islas. Y, ciertamente, si se hubiera conseguido embarcarlos y trasladarlos hasta la costa inglesa, el asalto hubiera podido tener éxito. Pero, como es bien sabido, fue aquella la parte en la que el plan fracasó. Muerto Álvaro de Bazán, no fue precisamente un gran marino ni un avezado militar quien estuvo al frente de la Gran Armada, sino un indeciso que no supo aprovechar la ocasión de

acabar con la flota inglesa cuando la tuvo a tiro. Luego, debido a los contratiempos climáticos y a los ataques holandeses y británicos, no pudo acercarse a las costas. Allí fue donde todo el proyecto se vino abajo.

A la Gran Armada solo le quedó volver a casa, y lo hizo acosada, teniendo que rodear las islas británicas y perdiendo naves en el empeño.

La suerte de Farnesio comenzó a declinar aquel día. Su gran enemigo, Guillermo de Orange, murió asesinado por instigación española —para disgusto de Alejandro—, siendo sustituido por Mauricio de Nassau, el joven príncipe, un hombre sumamente capaz tanto para el combate como para la diplomacia. En Francia, el asesinado había sido el rey Enrique III, quien, al morir sin hijos, había dejado como heredero al príncipe de Bearne y rey de Navarra, Enrique de Borbón, que era hugonote. Este era también un gran soldado, que derrotó a la Liga Católica y puso sitio a un París que resistió heroicamente.

Felipe II hizo a Farnesio abandonar los Países Bajos y acudir en su ayuda. El militar sabía que aquello suponía entregar al enemigo parte de lo recuperado, pero cumplió las órdenes recibidas y consiguió desbloquear la capital francesa con una hábil maniobra, uniendo sus tropas a las de la Liga Católica y entrando en ella.

Pero su corazón estaba en Flandes y quiso regresar cuanto antes, molestando con su decisión a Felipe II. Esta pugna de obligarle a combatir en Francia y hacerle abandonar los Países Bajos —donde los Nassau aprovechaban para retomar gran parte de lo perdido— amargó sus últimos tiempos. Cuando había conseguido restablecer en parte la situación, fue de nuevo obligado a volver a territorio

francés para enfrentarse otra vez con Enrique de Borbón. En una de las batallas libradas, el sitio de Caudebec (1592), un tiro de arcabuz le alcanzó en un brazo, pero aun así intentó desbloquear la ciudad de Ruan.

Finalmente, muy debilitado por la herida, regresó a Flandes para recuperarse. Lo hizo en las ya entonces famosas aguas termales de Spa. Sabedor de que el rey Felipe II, descontento con él, pensaba sustituirle en la gobernación de los Países Bajos, prefirió dar una última prueba de lealtad y pundonor, y volvió a la campaña contra el rey francés.

Partió de Bruselas de nuevo hacia el combate, pero al llegar a Arrás las fuerzas le abandonaron y tuvo que retirarse a una cercana abadía. Allí, según parece, víctima del esfuerzo y de la enfermedad que padecía (hidropesía), falleció el 2 de diciembre de 1592 a los cuarenta y siete años. Moría un genio de la guerra, un hombre leal y el mejor amigo de don Juan de Austria.

Su estirpe desde entonces ha dado nombres gloriosos para la historia de España y de Italia. Entre los actuales, destaca el duque de Calabria, don Pedro de Borbón-Dos Sicilias y Orleans, primo de nuestro rey Felipe VI. Este, en la boda de su hijo —el duque de Noto —, ofreció como regalo a los novios el retrato del *Rayo de la Guerra*, pintado por Augusto Ferrer-Dalmau. Su figura ha sido magistralmente estudiada y documentada en los últimos años por Luis de Carlos, quien ha dado a luz una espléndida biografía titulada *Alexander. La extraordinaria historia de Alejandro Farnesio*.[10]

52
Julián Romero

(1518-1577)

De mozo del tambor a maestre de campo de los tercios

Julián Romero es el prototipo de aquellos soldados y de aquel tiempo: comenzó siendo mozo del tambor y acabó por ser maestre de campo de los tercios. No se perdió ni una sola batalla de aquella temible infantería que desconocía el protocolo de rendición, porque nunca había sufrido la derrota: desde la conquista de Túnez, San Quintín, Gravelinas, la defensa de Malta, Jemmingen y Mook, hasta el asalto de Amberes. Si alguien ejemplifica aquellos tercios españoles es este conquense, manco y tuerto a causa de sus heridas de guerra, que, fiel a su destino, murió a caballo; pero no por arma enemiga, sino fulminado por una apoplejía cuando acudía por el famoso Camino Español, al frente de sus tropas, a combatir de nuevo en Flandes.

Nació en el año 1518 en el pequeño pero hermoso pueblo conquense de Huélamo, a orillas del río Júcar en su tramo alto, el

más agreste y salvaje. Allí tiene una estatua y, ante ella, este humilde escribano pronunció el pregón de las jornadas que los vecinos —vestidos para la ocasión con las ropas y armas que la época requiere— celebran en su honor. Durante estas, una compañía de nuestra actual infantería recreó una de aquellas famosas encamisadas nocturnas cruzando el río, las cuales eran el terror de los ejércitos enemigos, en homenaje a la que encabezó el propio Romero contra el campamento del mismísimo Guillermo de Orange.

Julián era hijo de un vizcaíno, Pedro de Ibarrola, maestro de obras, y de Juana Romero, natural de Huélamo, pero con orígenes y familia en el no lejano pueblo de Torrejoncillo, donde vivió parte de su infancia y adolescencia. A los quince años partió de allí, uniéndose a unos soldados que iban a embarcarse en dirección a Túnez, el gran nido de la piratería que estaba en poder del famoso Barbarroja. Al mozo se le dio como primer instrumento de guerra el atambor de la compañía; participó en la toma de la fortaleza de La Goleta —de la que años más tarde sería capitán— y, finalmente, en la toma de Túnez (1535), donde las tropas españolas del rey Carlos I (quien combatió en cabeza) conquistaron la ciudad, ayudadas por la rebelión interna de cinco mil cautivos cristianos que el pirata tenía allí presos.

Tras aquella jornada memorable, pasó ya como soldado de los tercios a Italia, participando en la defensa y liberación del cerco turco de Malta. De allí pasó a Francia, donde, junto con tropas recién licenciadas al mando del maestre de campo Pedro de Gamboa, tomó después tierra inglesa en Dover para ponerse al servicio, como mercenarios, del rey Enrique VIII de Inglaterra. Con Gamboa como jefe, fueron decisivos en la victoria contra los escoceses en la batalla

de Pinkie Cleugh (1547), un desastre en el que estos sufrieron cerca de quince mil bajas y dos mil prisioneros.

De las islas pasaron de nuevo al continente, a los territorios ingleses al otro lado del canal, combatiendo contra las tropas del rey Francisco I, el mismo que ya había sido derrotado y hecho prisionero en Pavía (1525).

Tuvo entonces lugar su famoso duelo, pues al ser retado Gamboa por un capitán español al servicio del francés, fue Romero el que combatió en su nombre. El singular enfrentamiento alcanzó gran trascendencia y tuvo lugar en Fontainebleau, en presencia del rey francés y sus herederos, así como de los embajadores ingleses. Julián Romero resultó vencedor y el rey Enrique VIII le concedió por ello el título de sir.

Poco más tarde sucedería también a Gamboa como mariscal de campo. Sin embargo, no mucho después, la mayor parte de esas tropas dejaron el servicio a los ingleses y pasaron a Flandes, donde procedieron a engrosar las filas de los tercios del emperador Carlos V. A Julián Romero se le reconoció ya en ese momento el grado de capitán, con el que combatió en Lieja y después en la Picardía, donde cayó prisionero en Dinant al tomar los franceses la plaza. Prontamente liberado, y debido a su experiencia en las islas británicas, acompañó al futuro Felipe IIcuando este viajó para casarse con la reina María Tudor.

A su vuelta, y ya con Felipe II entronizado en España, estalló la guerra contra Francia. Romero alcanzó un protagonismo absoluto en la gran batalla de San Quintín (1557), donde se convirtió en el artífice del triunfo al tomar al asalto, al frente de sus tropas, el famoso puente que decidió el combate. Su hazaña le costó una

pierna —herida por una bala de mosquete— que hubo de serle amputada para salvar su vida. El rey lo recompensó por ello, otorgándole el hábito de la Orden de Santiago, un honor que él anhelaba tanto por el prestigio que otorgaba como por estar su sede en Uclés, en su Cuenca natal, lo que para él tenía un valor añadido. Pagó bien pronto el favor real comandando —sin importarle la pierna perdida— su compañía en la nueva victoria de Gravelinas, la cual puso fin a la contienda al firmarse la Paz de Cateau-Cambrésis (1559).

Su siguiente destino fue el lugar donde había comenzado su vida de soldado: La Goleta, a la que llegó con tres compañías para defenderla de los ataques piratas. Tras cumplir su misión, pidió permiso al rey y regresó a visitar a sus parientes de Torrejoncillo, de donde había salido casi treinta años antes. Tras ello pasó por Madrid, pero poco duró su estancia en la Villa y Corte. Los turcos atacaban todo el Mediterráneo y él hubo de sentar plaza de nuevo al frente de su compañía como capitán en Siracusa.

Tras morir el maestre Melchor de Robles en 1565, fue nombrado maestre de campo del Tercio de Sicilia, con el que contribuiría decididamente a la defensa de Malta y a la derrota de los otomanos.

Al año siguiente ya estaba marchando con su tercio a Flandes, donde combatió en Jemmingen, una victoria aplastante del ejército español —mandado por el duque de Alba— sobre las tropas mercenarias de Luis de Nassau. Tras ella, ya licenciado, retornó a España; pero tres años después fue requerido de vuelta. Participaría entonces en toda una serie de batallas bajo el mando de Luis de Requesens, gobernador de los Países Bajos, mentor de don Juan de Austria y uno de los grandes responsables de la victoria de Lepanto.

Así Julián Romero, «el de las hazañas» —como lo tituló el historiador y escritor conquense Jesús de las Heras—, añadiría varias de ellas a su hoja de servicios, aunque fuera a costa de perder —además de la pierna— un ojo y un brazo. El brazo se lo llevó un tiro de arcabuz en el asedio de Mons, y el ojo en el de Haarlem, lo que no le impidió tomar la plaza ni dirigir la famosa encamisada nocturna contra el campamento de Guillermo de Orange que desbarató a sus tropas.

En 1574 estuvo a punto de perecer ahogado, pues al socorrer con bajeles a las tropas cercadas en Middelburg perdió su nave y tuvo que ganar la orilla a nado aun estando lisiado. Pese a todo, cumplió su misión, lo mismo que hizo en la batalla de Mook (1574); y, aunque anunció al gobernador su renuncia al cargo, permaneció en su puesto hasta el final de la contienda, acudiendo en socorro de las tropas implicadas en los sucesos de Amberes y su saqueo. Tan solo cuando se dio la orden a las tropas de abandonar los Países Bajos y retornar a Italia, él volvió con ellas.

Aquel mismo año, don Juan de Austria dio la orden de regresar a Flandes. Julián Romero, nombrado maestre de campo general, emprendió el Camino Español al frente de los tercios. Sin embargo, esta vez no llegaría a su destino. Un fulminante ataque al corazón le derribó de su caballo y expiró entre sus hombres cuando estaba ya a punto de cumplir los sesenta años. Había hecho vida de soldado durante más de cuarenta y en ella había perdido una pierna, un brazo, un ojo y, lo que sin duda más le dolía, un hijo y tres hermanos.

Dejaba descendencia de su esposa legítima, María Gaytán: Francisca Romero, fundadora del convento de las Trinitarias

Descalzas de Madrid, y que hizo todo lo que en su mano estuvo por enaltecer su figura, como encargar un cuadro al Greco en honor de su padre (*Julián Romero y su santo patrono*), hoy en el Museo del Prado. También tuvo fuera del matrimonio dos hijos varones, uno que murió joven como soldado, tres años antes de su propio fallecimiento, y otro llamado Pedro de Ibarrola, además de otra hija, Juliana Romero, que, como no podía ser de otra manera, acabó casada con un capitán de los tercios, Francisco del Arco Torralba.

Fue Julián Romero de pequeña estatura, pero ni ella ni sus heridas y amputaciones le quitaron su gallardía. Fue afamado incluso en su propio tiempo, pues nada menos que el gran Lope de Vega, con quien parece que llegó a tener trato, compuso una comedia basada en su personaje, al igual que el francés Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme —a quien también conoció—, y el propio Montaigne le menciona en sus *Ensayos*, aunque no para bien, pues en el asedio de Dinnat este último fue capturado por los españoles.

Ya en el siglo XVIII, el dramaturgo José Cañizares escribió una obra sobre su figura, *El guapo Julián Romero*. Y hoy mismo tanto el muy reconocido novelista Arturo Pérez-Reverte como el gran pintor Augusto Ferrer Dalmau, ambos muy amigos, lo citan y reflejan en sus obras. La última vez —por ahora—, en el cuadro de *La batalla de San Quintín*, donde ocupa un lugar relevante.

Pero donde más y mejor se celebra a este héroe de antaño, y doy fe de ello, es en Huélamo (Cuenca).

53
Isabel de Barreto

(c.1567-1612)

La primera mujer almirante que navegó los océanos

El cine, que, como todo el mundo sabe, habla y siente en inglés, se ha hartado de inventarse seductoras mujeres piratas que no dejaban de burlar a marinos españoles y apoderarse de sus galeones. Que sea mentira da igual, y que los piratas fueran simplemente unos asesinos que atacaban poblaciones indefensas y jamás se apoderaran de un galeón imperial no es algo cinematográficamente vendible. Y, faltaría más, al cine español ni por lo más remoto se le ocurre ponerse a mal con lo políticamente correcto que decreta el ultrafeminismo #MeToo en Hollywood. Es más, si a alguno de por aquí se le ocurre hacer una película de aquello, como poco nos pondrá aún mucho peor: más mugrientos, miserables y terribles. Vamos, y como siempre, a escurrir.

Mira tú por dónde —aunque, como siempre, nos neguemos a saberlo, y más aún a que se sepa—, si hubo una mujer navegante en aquellos tiempos procelosos y mortíferos, resulta que fue una española. De cautivadora belleza, además, realizó viajes inauditos y

llegó a mandar y dirigir como almirante una escuadra de verdad. Se llamó Isabel de Barreto y su historia da no para una película y una serie de esas que hacen ahora en los canales digitales, sino para dos sagas o tres. Para empezar.

No le falta misterio, pues hay dudas incluso sobre su nacimiento: para unos fue en Pontevedra y para otros en Lima, y la fecha ronda el año 1567. Parece probado, eso sí, que tenía ancestros portugueses. Era nieta de un marino que fue nada menos que gobernador de las Indias portuguesas, e hija de otro conquistador influyente que ya residía en el Perú, Nuño Rodríguez de Barreto, casado con una gallega, Mariana de Castro. Téngase en cuenta que por aquellos años la Corona y el Imperio español incluían también a Portugal y sus dominios de ultramar. Fue, sin duda, un matrimonio prolífico, pues Isabel era una de la docena de hijos de la pareja: seis varones y seis mujeres.

Fue en Lima (Perú) donde se crio, algo que ya está bien documentado. De joven deslumbró por su belleza, pero retrajo a más de un pretendiente por su fuerte carácter y su voz dura. Al final se casó, y se casó bien, con un ya famoso explorador y marino; algo que a ella siempre le había atraído, por familia y por devoción. Tenía entonces diecinueve años, y su marido, cuarenta y cuatro. Este era Álvaro de Mendaña, quien regresaba de realizar un largo viaje por el Pacífico en compañía de otro gran explorador, Pedro Sarmiento de Gamboa (que en un primer momento había aspirado a mandar él la expedición). Pero Mendaña era pariente del presidente de la Audiencia y el mando lo consiguió él. Descubrieron, entre muchas otras islas, las famosas Salomón, donde las minas y el oro esperado jamás aparecieron.

En su segundo viaje hacia aquel mismo destino —para el que Mendaña contaba con el reconocido piloto portugués Pedro Fernández de Quirós—, Isabel de Barreto resultó decisiva: gracias a su mediación, el virrey, que se oponía al viaje, acabó por autorizarlo. Además, decidió acompañar a su marido. En la primavera de 1595 partieron del puerto de El Callao cuatro naves con 368 personas a bordo. Amén de gentes de mar y de armas, se encontraban pasajeros dispuestos a fundar una colonia que viajaban con sus mujeres (una veintena larga), sus hijos y sus esclavos. La Barreto, además de con su marido —el general al mando—, viajaba con tres de sus hermanos.

Los barcos eran el San Gerónimo (la nave capitana, que fue la única en volver), el Santa Isabel, el San Felipe y el Santa Catalina, desaparecidos estos últimos el 7 de septiembre y el 12 y 19 de diciembre de 1595.

La escuadra descubrió en su singladura las islas Marquesas, así bautizadas en honor, dicen unos, del virrey del Perú, el marqués de Cañete; otros más bien creen que de su propia mujer, pues Mendaña consideraba merecer el título de marqués. Me quedo con lo segundo, puesto que resulta más literario. En su ruta hacia el oeste, se toparon con algunas de las islas Cook y de las de Tuvalu. Al costear, contemplaron el volcán de Tinakula en erupción, y en sus aguas se perdió la nave Santa Isabel. Mendaña tampoco acabó de dar con el rumbo correcto de la anterior ocasión y, tras arribar a lo que creyeron las míticas Salomón, el propio marino comprendió que no era así. Hubo de proseguir por el inmenso océano con cada vez mayor dificultad y cierta desesperación de la tripulación, en la que ya hacían mella el agotamiento y el escorbuto.

Finalmente, consiguió llegar a las Salomón, bautizando la isla de arribada como Santa Cruz. Allí se construyeron cabañas, y Mendaña dio nombre a la ciudad: Santa Isabel, en honor a la santa, pero también a su propia mujer.

Pero aquel paraíso —que lo era, y exuberante— no tenía, sin embargo, lo que ellos buscaban: ni oro, ni tierras cultivables, ni riqueza alguna. El desánimo cundió, la rebelión comenzaba a asomar y, para empeorar aún más la situación, una terrible oleada de malaria enfermó a muchos. Entre los más graves se encontraba Mendaña, quien acabó por perder el control de sus tropas, dando comienzo a las violencias y los excesos de los soldados con los nativos.

Álvaro de Mendaña falleció el 18 de octubre de 1595. Las capitulaciones firmadas por él antes de partir y su testamento contenían el siguiente nombramiento: «Doña Isabel de Barreto, mi legítima esposa, gobernadora y heredera universal, y señora del título del marquesado que del rey nuestro señor tengo». Dejó también el mando de los barcos bajo la autoridad del hermano de Isabel, pero este murió a los pocos días, ya fuera de malaria o, según otros, a resultas de una flecha envenenada. Fue entonces cuando Isabel acumuló ya todos los poderes, con harto disgusto del piloto Fernández de Quirós y del capitán que mandaba a los soldados, Pedro Mariño Manrique, enfrentados también entre ellos. Pero Quirós, aunque la detestaba, acató una autoridad que ella sí sabía imponer. Sería su carácter —reflejado por un escribano al servicio del piloto, quien lo tildó de duro, atrabiliario y cruel con sus subordinados— el que consiguiera salvar la situación.

Estaban todos de acuerdo en poner rumbo a Filipinas, pero Quirós

era el único que podía sacarlos de allí. Y aunque intentó apoderarse del mando convenciendo a varios capitanes, fracasó por la decisión de la almirante, que ya lo era, convirtiéndose así en la primera mujer de tal rango en surcar los mares del mundo. Y mucho iba a tardar en haber otra igual; de hecho, confieso que no he podido hallar quién fue, tras ella, la siguiente en conseguir tal nivel en cualquier armada.

Resulta curioso, eso sí, que se afee de forma muy interesada su carácter férreo («déspota», la llaman los partidarios de Quirós). Ciertamente, llegó a condenar a la horca a un marinero por negarse a cumplir sus órdenes. Pero, siendo mujer y en aquel mundo y situación, ¿no era aquello lo único que podía hacer? ¿No hubiera sido aquello mismo alabado si hubiera sido un hombre quien ejerciera el poder?

Sea como fuere, y a pesar de que acabara por hacerse moneda común la leyenda de una voz dura y cazallera que contrastaba con su bella apariencia, lograron completar el viaje de vuelta. Eso sí, perdiendo dos naves más en diciembre: la San Felipe y la Santa Catalina. Tras cerca de veinte mil kilómetros y diez meses de navegación, con la tripulación diezmada por el escorbuto y otras enfermedades, la San Gerónimo llegó al puerto de Manila en el mes de febrero de 1596. Iba pilotada por Quirós, un magnífico marino, algo que es preciso reconocer también. Habían sido los primeros en cruzar el océano Pacífico por el hemisferio sur.

Isabel de Barreto fue recibida como una verdadera heroína, ofreciéndose grandes festejos en su honor. En la capital filipina encontró, además, nuevo marido. El sobrino del gobernador, Fernando de Castro —caballero de Santiago, además—, quedó prendado de ella y la cortejó de tal manera que, al final, ella no

tardó en acceder. De hecho, se casaron en mayo de aquel mismo año, apenas tres meses después de su llegada. Un año después, a bordo de su San Gerónimo, se hicieron de nuevo a la mar y llegaron a Acapulco (México); pero tras una corta estancia y alguna visita a España, donde se asentaron de nuevo fue en el Perú. Allí pusieron en marcha un floreciente negocio de importación y venta de especias y sedas chinas, con el que amasaron una importante fortuna. Está certificado también que de aquel matrimonio sí tuvo descendencia, aunque se desconoce el nombre de su hijo o hijos.

Sí se sabe que falleció joven, a la edad de cuarenta y cinco años, en 1612, el mismo año en que su marido había sido nombrado gobernador de Castrovirreyna, cargo que ocuparía hasta 1620. Los restos de la primera almirante de los océanos fueron enterrados, por mandato suyo, en el convento de Santa Clara de Lima, donde profesaba como monja una de sus hermanas, Petronilla.

54
Blas de Lezo

(1689-1741)

El héroe rescatado que humilló a la mayor flota inglesa contra la América hispana

Una de las razones que alientan este libro se encuentra en la vida de este personaje, Blas de Lezo. Hace tan solo unos años era un gran desconocido para la inmensa mayoría de los españoles. Hoy muchos han escuchado su nombre y diría que bastantes ya tienen cierta noción de quién era y qué hizo. Y eso ha sucedido a pesar del contumaz empeño del Gobierno y ya no digamos de las comunidades autónomas, con *cum laude* para las nacionalistas, en conseguir que en la educación se borre nuestra historia, y que la ignorancia, cuando no la vergüenza, quede impresa en nuestros jóvenes.

Resulta que la historia de España, a pesar de todo, o quizá como respuesta creciente al pertinaz atropello, apasiona cada vez más —¡qué cosas!— a los españoles que desean conocerla y reconocerse en ella, como debiera ser normal y lo es en todas las naciones con

una mínima autoestima. Vamos, que las gentes de a pie restañan lo que la «oficialidad administrativa» hiere y, en cuanto encuentran un cauce, sucede lo que ha venido a pasar con el almirante Blas de Lezo: que se le conoce, se le reconoce, se le admira, se le rinde homenaje y se le muestra con orgullo.

Lo que más se sabe de él es su gesta final, cuando ya tenía el cuerpo destrozado tras tantas batallas. Tuerto, manco y cojo, parecía irremediablemente condenado a perder la última contienda, rendir Cartagena de Indias al inglés y permitir que este se apoderara de la llave de la América Hispana, para invadir desde ahí el continente entero. De haberlo conseguido, son muchos quienes consideran que todas aquellas tierras no hablarían hoy español.

Tan seguro estaba el almirante Vernon de lograrlo que, cuando creía tener ya la presa en sus manos (1741), envió la noticia de la victoria a la corte inglesa; repicaron las campanas y hasta se acuñó moneda proclamando el triunfo. La ensoberbecida mentira se constató cuando Vernon hubo de salir de allí con el rabo entre las piernas e informar de que lo de tomar Cartagena, si acaso, quedaba para otro año. Pero no por ello se restituyó la verdad. En Inglaterra, el rey Jorge ordenó que se borrara toda referencia a la batalla, mientras que en España, como de costumbre, nada se aprovechó de la hazaña. A la postre, a Vernon, cuando murió en el año 1757, lo enterraron con honores en la abadía de Westminster, mientras que el vencedor, muerto al poco de su triunfo, sufrió un castigo póstumo: a requerimiento del virrey Sebastián de Eslava —con quien mantenía una enconada pugna—, se le «destituyó». Pero fue casi peor el posterior olvido, que estuvo a punto de enterrar su memoria, y hubo que esperar hasta este mismo siglo para que se comenzara a

rescatarla.

En Colombia y en la ciudad que defendió no había sido así; allí siempre se le rindió tributo, con estatua incluida ante el castillo de San Felipe, el bastión que aguantó la última embestida inglesa y decidió la batalla. Entre las publicaciones dedicadas a su figura, destaca la más reciente del historiador Pablo Victoria: *El día que España derrotó a Inglaterra*.[11]

En España, su memoria se había mantenido entre algunos marinos ilustrados que siempre pugnaron por darla a conocer, y fue desde ese rescoldo permanente desde donde historiadores y novelistas comenzaron a popularizar al héroe olvidado. Desde el año 2009, se han publicado nada menos que catorce novelas históricas sobre él, entre las que destaca la de su paisano vasco Álber Vázquez, *Mediohombre: Blas de Lezo y la batalla que Inglaterra ocultó al mundo*.[12] Montados en esa ola llegaron reconocimientos, placas, calles y avenidas en los lugares señalados de su vida. También las estatuas: la primera en Cádiz y, en 2014, la de la plaza de Colón en Madrid, que sirvió como colofón al movimiento de recuperación de su figura. Una fragata de nuestra Armada (antes lo llevaron otros buques) luce ahora su nombre, y hace tan solo un par de años atracó en su puerto natal para rendirle homenaje, desatando una gran afluencia de visitas al barco y la alegría de las buenas gentes.

Blas de Lezo y Olavarrieta nació en Pasajes (Guipúzcoa) el 3 de febrero de 1689 y, como tantos paisanos suyos, llevó a gala ser de los más leales y eficaces marinos que sirvieron al Imperio español. Hijo de avezados y notables marinos, al no ser el primogénito —a quien correspondía el mayorazgo—, a los doce años ya estaba

embarcado, buscando en la mar su senda y en la marina de guerra su lugar.

Lo primero con que se topó fue con la guerra de Sucesión entre el Borbón, Felipe de Anjou (nombrado heredero por Carlos II y a la postre Felipe V), y el archiduque Carlos de Austria. Con tan solo catorce años participó en la batalla de Vélez-Málaga, el primer intento de recuperar Gibraltar, que había sido tomada hacía nada por los ingleses, aliados de los austracistas. La batalla acabó con una aparente victoria francoespañola, pero sin cumplir su objetivo, y dejó a Blas de Lezo con una pierna menos. Una bala de cañón le destrozó la pierna izquierda, que hubo de serle amputada allí mismo —y sin anestesia— por debajo de la rodilla para salvarle la vida. Fue ascendido por su valor a alférez, y el rey Felipe V le ofreció ser asistente de cámara en la corte; pero él rehusó el cómodo retiro y regresó al servicio a bordo. Destinado en el Mediterráneo occidental, participó en el ataque y quema del poderoso buque inglés Resolution y en la toma de otros dos navíos de línea. Como el mando de las presas solía entregarse al oficial que las había capturado, esa fue la primera nave que Blas de Lezo comandó.

En 1706, le fue encomendada la misión de abastecer a los sitiadores de Barcelona, que estaba en manos del pretendiente don Carlos. Para lograrlo, hubo de salvar el bloqueo de los navíos ingleses, a los que burló una y otra vez, logrando además incendiar varios de ellos. Sin conseguir tomar la ciudad en esa ocasión, Lezo fue destinado a la fortaleza francesa de Tolón. Al ser esta atacada por una flota al mando de Eugenio de Saboya, el impacto de un cañonazo en la fortificación hizo que una esquirla de piedra le reventara el ojo izquierdo.

Tres años más tarde ya era capitán de fragata, y fue entonces cuando tuvo lugar su célebre hazaña de la captura del buque británico Stanhope. Ya como capitán de navío, al mando del Campanella, participó en el definitivo asedio de Barcelona. Fue en el curso de aquellos combates cuando un balazo en el antebrazo derecho le dejó ese miembro sin movilidad para el resto de sus días. Tenía veintiséis años, y ya estaba tuerto, cojo y manco. Su última misión en aquella guerra fue su participación en la reconquista de Mallorca, que se rindió sin oponer resistencia en 1715.

Los años siguientes los empleó en limpiar de corsarios los accesos marítimos de La Habana, que hostigaban a los mercantes, para luego volver a España y afincarse en Cádiz. Sin embargo, no tardó en regresar a ultramar: entre los años 1723 y 1729 mandó la flota virreinal del Perú y acabó con la piratería que asolaba aquellas costas.

Fue allí donde se casó, en el año 1725, con una limeña de la alta sociedad criolla veinte años más joven que él: Josefa Pacheco de Bustos y Solís. A continuación, sus hazañas por aquellos mares se fueron sucediendo. Primero apresó a la nao capitana de una flota neerlandesa que le superaba en potencia de fuego y, no mucho después, se apoderó de la totalidad de una flota inglesa de seis naves, de las cuales se quedó tres para engrosar la escuadra virreinal.

Sus éxitos —algo también habitual— no le trajeron reconocimiento, sino los celos del nuevo virrey, por lo que en el año 1730 regresó a España trayendo consigo a su mujer y a sus dos hijos mayores: Fernando (quien luego sería marqués de Ovieco) y Josefa. Los otros cinco hijos nacieron ya en España.

Nombrado jefe de la escuadra del Mediterráneo, fue entonces cuando consiguió una de sus mayores hazañas: lograr que los banqueros genoveses devolvieran el dinero de la Hacienda española que custodiaban en sus bancos. Para ello, bastó con amenazarlos con bombardear la ciudad. Recuperó nada menos que dos millones de pesos que se emplearon, al año siguiente, en la reconquista de Orán, que se había perdido durante la guerra de Sucesión.

Conquistarla fue casi más fácil que conservarla después, pues el *bey* Hassan, el derrocado señor, se alió con el *bey* de Argel y, tras sitiarla y derrotar a las tropas hispanas, estuvieron a punto de tomarla. Pero volvió a aparecer Blas de Lezo. Tras desbaratar nueve naves argelinas que intentaron impedirle llegar para abastecer la plaza, se lanzó contra la flota enemiga, la desperdigó y acosó a sus buques mejor armados hasta apoderarse de su nave capitana.

Nombrado teniente general, se le encomendó el mando de la última flota de galeones que partió del Puerto de Santa María, donde se había establecido con su familia, realizando la singladura en 1737 y llegando sin contratiempos a Cartagena de Indias.

Allí regresaría aquel mismo año, ya como comandante general, y allí, cuatro años después, protagonizaría su gran gesta. Inglaterra había iniciado una nueva guerra contra España con la suposición de que no le sería difícil obtener beneficios, dada la ventaja que ya tenía en el mar. Fue la famosa guerra de la Oreja de Jenkins (1739-1748), nombre de un contrabandista apresado por un capitán español, Juan de León Fandiño, quien le cortó una oreja al tiempo que le advertía: «Aquí está tu oreja: tómala y llévasela al rey de Inglaterra, para que sepa que aquí no se contrabandea». Aquello sirvió como excusa para que el almirante Vernon se lanzara al asalto

de las plazas españolas, pensando que la misión era pan comido. Y aunque fue rechazado en La Guaira, así se lo pareció tras conseguir apoderarse de Portobelo.

Desde allí envió un petulante mensaje a Blas de Lezo, diciéndole que se dirigía hacia él y que mejor hiciera como el comandante de Portobelo y se fuera rindiendo. Lezo le respondió: «Si hubiera estado yo en Portobelo, no hubiera su merced insultado impunemente las plazas del rey mi señor, porque el ánimo que faltó a los de Portobelo me hubiera sobrado para contener su cobardía».

Vernon llegó ante Cartagena de Indias con 186 barcos y 2.000 cañones, entre navíos de guerra, fragatas, barcos cargados de explosivos incendiarios y buques de transporte. Además, llevaba consigo a 23.600 combatientes, entre marineros, soldados y esclavos macheteros de Jamaica, más otros 4.000 que llegaron desde Virginia bajo las órdenes de Lawrence Washington, hermanastro del futuro primer presidente de Estados Unidos.

Lezo solo contaba con 3.000 hombres entre la tropa regular (unos 1.700) y 500 milicianos, más 600 indios flecheros traídos del interior, así como la marinería y la tropa de los tan solo seis navíos de guerra de los que disponía la ciudad: el Galicia (la nave capitana), el San Felipe, el San Carlos, el África, el Dragón y el Conquistador.

Vernon desembarcó en la bahía el 1 de abril tras forzar la entrada, emplazó su artillería y comenzó a tomar los fuertes. Uno tras otro fueron cayendo, hasta que solo quedó el de San Felipe. El inglés se creyó ya vencedor y envió a Londres su fragata más veloz, la Spencer, con dos oficiales españoles capturados y la insignia de la nave capitana de Lezo, que este había hundido deliberadamente para entorpecer el desembarco enemigo.

Cuando la buena nueva llegó a la capital británica, se desató la euforia: «Se dispararon salvas desde la Torre de Londres, las campanas de las iglesias se echaron a volar y la victoria fue celebrada con una iluminación general y fuegos artificiales». El Parlamento hizo acuñar monedas con Lezo arrodillado —entregando su espada al almirante inglés— en las que, curiosamente, aparecía con ambos ojos, brazos y piernas sanos; le hicieron ese «favor». En el anverso, junto a las imágenes del supuesto vencedor, figuraba esta inscripción: «El orgullo de España humillado por el almirante Vernon», y en el reverso se remachaba con esta otra: «Auténtico héroe británico, tomó Cartagena en abril de 1741».

Pero no había sucedido nada de eso. Cierto es que la caída parecía inminente y que solo resistía San Felipe, pero los ingleses perdían cada vez más hombres. Cuando, tras machacar la fortaleza con todos sus cañones desde tierra y desde el mar, se lanzaron al definitivo asalto el día 20 de abril, este fracasó estrepitosamente y se convirtió en una matanza. Lezo había ordenado excavar un foso al pie de las murallas, por lo que las escalas que los ingleses llevaban preparadas no alcanzaban la altura necesaria, dejándolos completamente vendidos. La carnicería fue tremenda.

El desánimo se apoderó de los ingleses. Los sucesivos intentos carecieron ya de vigor, llegaron las lluvias y, con ellas, las enfermedades al campamento. Vernon desistió. Reembarcó a sus hombres e incluso ordenó incendiar unos veinte barcos, ya que las cuantiosas bajas sufridas le impedían dotarlos de tripulación. Dejaba atrás a más de cuatro mil muertos.

Aun así, remitió a Lezo otra petulante carta antes de zarpar: «Hemos decidido retirarnos, pero para volver pronto a esta plaza

tras reforzarnos en Jamaica». El almirante español le respondió con su habitual ironía: «Para venir a Cartagena, es necesario que el rey de Inglaterra construya otra escuadra mayor, porque esta solo ha quedado para conducir carbón de Irlanda a Londres».

Cartagena de Indias se había salvado. Se mantendría bajo la Corona de España hasta la declaración de independencia, y gracias a ello el continente sigue hablando hoy el español (y se dice, además, que allí se habla mejor que en ningún otro lugar del mundo).

Para entonces, Blas de Lezo ya estaba enfermo; unos dicen que a causa de las heridas sufridas en el asedio y otros que debido a unas fiebres. Murió el 7 de septiembre de 1741 y fue enterrado sin boato en el convento de San Francisco. Al poco de fallecer, llegó desde España —a instancias del virrey— su destitución y la orden de regresar a la península para ser «reprendido». Su familia habría de esperar casi veinte años para que se restablecieran la verdad y su honor. Fue el rey Carlos III quien, ya en el año 1760, compensó a su hijo mayor, Fernando, por las heroicas acciones de su padre nombrándole marqués.

55
Bernardo de Gálvez

(1746-1786)

El español que ayudó al triunfo de la independencia norteamericana

Bernardo de Gálvez hubo de aguardar más de dos siglos para que Estados Unidos cumpliera lo que, en reconocimiento a su contribución a la guerra de Independencia (1775-1783), había aprobado su propio Congreso. Según prueban ciertos documentos suscritos en 1783 tras su victoria en Pensacola contra los ingleses, se acordó honrarle con un retrato suyo en el Capitolio. Tuvo que llegar Obama, más de doscientos años después, para hacer una mínima justicia con su memoria: fue él quien desempolvó aquel acuerdo olvidado, lo hizo ratificar de nuevo por la Cámara de Representantes y, por orden directa suya, mandó colgar el cuadro (una copia del de Mariano Salvador Maella) en las paredes del Capitolio, donde sigue estando. Siete días después, la Administración norteamericana, con la firma de Obama y la resolución conjunta del Congreso y el Senado, concedió al ilustre militar español la

ciudadanía honoraria. Habían pasado 229 años desde la independencia estadounidense y, hasta entonces, solo se habían acordado del francés Lafayette, quien hizo por ella, en realidad, bastante menos que el malagueño. De no ser por Gálvez y por el apoyo de España, cuando los norteamericanos estaban contra las cuerdas, habrían sido derrotados, al menos en aquellos compases de la guerra.

Bernardo de Gálvez era por entonces gobernador de la Luisiana, adonde había llegado enviado por su tío, el poderoso ministro de las Indias José de Gálvez y Gallardo. Tras convertirse en la mano derecha de su antecesor, Luis de Unzaga, y casarse con la criolla francesa Félicité de Saint-Maxent (hermana de la esposa de Unzaga), terminó por sustituirle en el cargo.

La Luisiana había pasado a manos españolas como compensación francesa por haber tenido que entregar España la Florida a los ingleses tras la guerra de los Siete Años, perdida por los galos, nuestros aliados. Gálvez siguió, como su predecesor, una política de acercamiento tanto a los criollos franceses como a los indígenas, e incluso a la población negra, a la que permitía comprar su libertad para abandonar la esclavitud.

Era un militar ya muy fogueado y, cuando estalló la sublevación de las colonias contra la Corona británica, supo qué hacer desde un primer momento. Aunque mantenía una aparente neutralidad, comenzó a estrechar lazos y a prestar de forma encubierta todo el apoyo que podía a la causa norteamericana, llegando a entablar una especial relación de amistad con el mismísimo George Washington, quien le apreciaba mucho en lo personal.

Fue preparando sus defensas, consiguiendo algunos refuerzos

desde la península y Canarias, y ganándose el creciente apoyo de negros e indios. Así que cuando tres años después, en 1779, se produjo la declaración de guerra contra Inglaterra, aunque contaba con pocos hombres, estaba listo.

Sabiendo que los ingleses iban a lanzarse contra él, se adelantó. En una maniobra que parecía imposible de llevar a cabo —pues había que atravesar una enorme extensión de traicioneros pantanos —, fue él quien atacó a las guarniciones inglesas del Misisipi.

Dejando tan solo a la milicia para defender Nueva Orleans, partió el 27 de agosto con 667 hombres (entre blancos, negros y mulatos), a los que se unieron 170 indios. Logró cruzar aquellas tierras pantanosas y traicioneras para caer sobre el puesto británico de Manchac, cuyos estupefactos defensores se rindieron sin presentar combate.

Desde allí se dirigió hacia Baton Rouge. La conquistó tras duros combates y, para finalizar su triunfal expedición, tomó el estratégico fuerte de Panmure, doscientos kilómetros aguas arriba del gran río que domina toda el área. Los ingleses, que estaban poniendo contra las cuerdas a Washington y le tenían acorralado, se vieron obligados a retirar buena parte de sus tropas para taponar aquel imprevisto flanco, lo que permitió al americano salvar su apurada situación. Al mismo tiempo, sus tropas en Georgia y Carolina pudieron recibir suministros a través del río Misisipi, que había quedado abierto para sus barcos y vedado para los ingleses.

Gálvez volvió triunfante a Nueva Orleans y, metido ya de lleno en la contienda, preparó su ataque a Pensacola (Florida), como parte de la estrategia común con el ejército norteamericano, mientras la Armada española bloqueaba la llegada de armas y refuerzos para las

tropas inglesas. Los huracanes y diversos contratiempos retrasaron la campaña, pero al fin pudo ponerse en marcha en 1781, y en el mes de febrero ya tenía la ciudad a su alcance. Tras duros combates, consiguió derrotar a los ingleses y apoderarse de ella el 8 de mayo, lo que supuso un fortísimo golpe para la moral británica, que decayó de manera definitiva al llegar la noticia de que el almirante español Luis de Córdova había capturado cerca del cabo de San Vicente, al otro lado del Atlántico, un gran convoy inglés que era casi su última esperanza.

El veterano marino, alertado de su salida de las islas británicas, salió a su encuentro cuando ya se adentraban tras costear por aguas portuguesas en mar abierto. De 55 navíos que lo componían se apoderó de 52 y capturó 80.000 mosquetes, 3.000 barriles de pólvora y casi el mismo número de prisioneros, de los cuales la mitad eran militares que iban a reforzar las tropas inglesas.

Aquellos dos desastres, probablemente, aceleraron el final de la guerra de Independencia, que no tardó en producirse con el triunfo de los colonos norteamericanos. Para España, supuso la recuperación de la Florida, amén de bastantes posiciones en el Caribe. Gálvez había tomado también Providencia (Bahamas) y dejado solo Jamaica en poder inglés.

Por ello, y aunque tardara 229 años en hacerse efectivo, Gálvez fue considerado por Estados Unidos de América como un padre de la patria y, como tal, está colgado su retrato en el Capitolio junto a todos ellos.

Bernardo de Gálvez había nacido en el año 1746 en la pequeña localidad de Macharaviaya (Málaga), en el seno de una familia hidalga que llegó a ocupar puestos muy relevantes en América; de

hecho, su tío José de Gálvez fue ministro de Indias y su padre, Matías, virrey de la Nueva España.

Comenzó muy joven su carrera militar como cadete en un regimiento francés durante la campaña hispanogala contra Portugal, en el marco de la guerra de los Siete Años. Esto le permitió dominar la lengua francesa —que tan útil le sería luego en la Luisiana— y ascender rápidamente a teniente en el regimiento Royal Cantabre, con el que libró sus primeros combates en la fracasada invasión del país vecino, aliado de los ingleses.

Acabada la guerra, marchó a América en 1769, merced a su poderoso tío, y allí fue destinado a la zona de Chihuahua. En ese destino se curtió en duros combates contra las tribus apaches, cuya capacidad guerrera y resistencia admiraba. Le tocó entonces apoyar a su tío, quien ostentaba el cargo de visitador general y al que, aprovechando una enfermedad, intentaron desposeer de su puesto. La ayuda de Bernardo consiguió que se repusiera y que el virrey encarcelara a los conspiradores. Tras este episodio, volvió a la lucha contra los apaches ya ascendido a comandante en la zona de Sonora. Durante los años 1770 y 1771 fueron numerosos los enfrentamientos con las partidas apaches, resultando gravemente herido en uno de ellos por una flecha en un brazo y una lanza en el pecho. Logró sobrevivir de milagro.

Su tío regresó por entonces a España e hizo que su sobrino le acompañara. Allí, gracias a los oficios de otro de sus tíos, Miguel (miembro del Consejo Supremo de la Guerra), ocupó diversos destinos e incluso participó en la malhadada operación de Alejandro O'Reilly contra Argel, en la que volvió a ser herido, esta vez en una pierna. Su negativa a retirarse de la batalla le supuso un nuevo

ascenso, esta vez a teniente coronel. Ya recuperado, y de nuevo por mediación de su familia, se le envió a la Luisiana como coronel. A este cargo sumó, al poco tiempo, el de gobernador interino de la provincia y, más tarde, el mando de esta con plenos derechos (1776).

Tras sus éxitos durante la guerra de Independencia norteamericana, Gálvez regresó a España, donde se le otorgó el título de conde. Asesoró al Gobierno en los asuntos referentes al recién constituido y pujante nuevo país. Tras el favorable Tratado de Versalles, que confirmó la vuelta al dominio español de la Florida, retornó a América como gobernador y capitán general de Cuba en 1784. Al año siguiente fue nombrado virrey de Nueva España en sustitución de su propio padre, Matías, quien se encontraba impedido por enfermedad. A petición de la propia población, Bernardo siguió manteniendo además la gobernación de la Luisiana.

El peor momento al que se enfrentó en su nuevo cargo fue una terrorífica hambruna que asoló gran parte del virreinato tras unas sequías devastadoras que arruinaron las cosechas. Se empleó cuanto pudo en paliar las necesidades de las gentes, pero la mortandad fue tremenda: se calcula que cerca de trescientas mil personas fallecieron por esta causa en el año 1785. Al año siguiente la situación mejoró y Gálvez acometió grandes obras públicas para dar trabajo a los más necesitados; fue así como comenzó la construcción del palacio de Chapultepec, actual Museo Nacional de Historia de México. Favoreció en todo lo posible a las poblaciones indígenas de la frontera norte que tan bien había conocido, y procuró alianzas con sus antiguos enemigos, los apaches. Aunque no pudo ver los frutos en vida, estos llegarían tras su muerte con la

consolidación de unidades como los famosos Dragones de Cuera, que pacificarían a la postre todo el territorio.

Gálvez falleció a causa de la disentería amebiana que había contraído tiempo atrás en sus marchas por los pantanos de la Luisiana. Fue un hombre ilustrado y sensible a los movimientos que comenzaban a emerger en Europa y, en especial, en Francia. Intentó una reforma del ejército virreinal otorgando los mismos derechos a la oficialidad nativa del virreinato que a la venida de la península, y apoyó decididamente las expediciones científicas, en particular la de Martín de Sessé y José Mariano Mociño a Nueva España, que llevó a España un completísimo catálogo de diversas especies de plantas, aves y peces.

No le dio tiempo a más. Falleció de Tacubaya el 30 de noviembre de 1786. De su esposa, la criolla Félicité, tuvo tres hijos, el último una niña, Guadalupe, que nació una semana después de su entierro.

Al cuadro en el Capitolio se unen dos estatuas, una en Washington D. C. y otra en Nueva Orleans (Luisiana). Además, da nombre a una calle en esa misma ciudad y a una plaza en Baton Rouge.

56
Isabel Zendal

(1773-?)

La madre de los «ángeles custodios» de la vacuna de la viruela

Isabel Zendal es hoy un nombre conocido en toda España, y ya no digo en Madrid, donde ha sido objeto de gran controversia, batalla y hasta símbolo de victoria. El famoso hospital levantado y puesto en marcha con vertiginosa rapidez en la Comunidad de Madrid suscitó una gran polvareda, pero amén de demostrarse muy útil supuso que muchos conocieran la razón y quién era la portadora de aquel nombre con el que muy acertadamente fue bautizado.

Isabel Zendal es una figura, amén de admirable, determinante en la trascendental expedición de Balmis. Aquella fue la gran epopeya médico-sanitaria que llevó la vacuna contra la viruela a todo el mundo hispano: desde España al continente americano, desde el sur hasta lo que hoy es parte de Estados Unidos, y desde allí al Pacífico y las Filipinas.

Durante la pandemia de coronavirus que nos tocó sufrir en el año

2020, resultó sorprendente ver cómo, más de doscientos años después, sufríamos una dificultad técnica de conservación de la vacuna que guardaba una enorme similitud con la que protagonizaron Balmis y Zendal. Por aquel entonces, al ser trasladadas las vacunas, perdían totalmente su eficacia a causa del viaje y de los cambios de temperatura. Recordarán que esto ha sido también un problema reciente, debido al frío extremo al que se debían mantener las del coronavirus. Pues bien, resolver ese entuerto en el año 1803 fue el motivo de la incorporación de la enfermera —tal era su profesión— a la expedición.

Lo que el doctor Francisco Javier Balmis concibió para poder llevar la vacuna hasta el más alejado confín fue que esta viajara en el propio cuerpo humano; en concreto, en el de veintidós niños, muchos de ellos gallegos, procedentes del hospicio que la propia Isabel Zendal había dirigido en La Coruña. Isabel era hija de unos pobres campesinos, pero consiguió estudiar gracias al párroco del pueblo. Al fallecer su madre, precisamente de viruela, cuando ella tenía tan solo trece años, comenzó a trabajar. A los veinte años ingresó en el Hospital de la Caridad de La Coruña —fundado por Teresa Herrera—, del que, por su entrega y buen hacer, acabó siendo rectora. Como madre soltera, crio allí a su hijo, Benito Vélez, quien sería uno de los niños del viaje. Conocemos incluso su salario como rectora de la inclusa: cincuenta reales y una libra diaria de pan, que se aumentó a partir de 1801 con otra media libra para su hijo y, después, con media libra de carne al día para los dos.

Balmis contactó con ella al considerar que era imprescindible que una mujer formara parte de la expedición para la atención y el cuidado de los pequeños. Isabel fue la última incorporación al grupo

y, convencida de la necesidad y el noble propósito del viaje, aceptó la propuesta. Se embarcó como enfermera, con un salario equiparado al de los hombres de su misma condición, a bordo de la corbeta María Pita, el 30 de noviembre de 1803.

La vacuna se iba inoculando por turnos de un niño a otro cada nueve días, para poder llegar con ella activa a las Américas. De los veintidós primeros niños que hicieron esa travesía, once provenían del Hospital de La Coruña, otros cinco de Santiago de Compostela y seis más de la Casa de Desamparados de Madrid. Sus edades oscilaban entre los nueve años de Benito, el hijo de Isabel, hasta los tres de los más pequeños. De estos primeros veintidós, hubo uno que no pudo soportar el viaje y pereció en la travesía.

Isabel defendió con bravura y cuidado maternal a todos ellos, preocupándose de que se les atendiera según lo establecido por orden real:

> Serán bien tratados, mantenidos y educados, hasta que tengan ocupación o destino con que vivir, conforme a su clase y devueltos a los pueblos de su naturaleza, los que se hubiesen sacado con esa condición.

Cada uno, antes de embarcar, había recibido dos pares de zapatos, seis camisas, tres pantalones y otras tantas chaquetas de lienzo, además de un pantalón de paño para el frío. Seis pañuelos para el cuello y la nariz, un vaso, un plato y cubiertos para comer completaban su modesto ajuar.

Isabel consiguió su objetivo de preservar vivos a la gran mayoría de los pequeños y logró que estos encontraran acomodo en tierras americanas. Sin embargo, hubo un precepto del viaje que no se cumplió: ninguno de ellos regresó jamás ni a Galicia ni a España.

La primera parada del María Pita fue Santa Cruz de Tenerife,

donde estuvieron un mes vacunando a la población y tras cruzar el Atlántico llegaron a Puerto Rico, donde comenzó la vacunación en tierras americanas. Desde Puerto Rico, siguieron al territorio de Nueva Granada, llegando a la Capitanía General de Caracas el 20 de marzo de 1804.

La expedición allí se dividió, para abarcar la mayor extensión posible de territorio y población. Una parte, dirigida por José Salvany y Lleopart, fue hacia la América meridional, mientras que Balmis, grupo al que se asignó a Isabel, cogió rumbo norte, llegando a Ciudad de México en agosto de aquel año. Ella y los niños se instalaron en el hospicio de la capital de la Nueva España mientras que Balmis y su grupo vacunaban por todo el norte del virreinato, hasta los estados que ahora conforman el sur de Estados Unidos.

Las trabas administrativas que superaron en los diferentes virreinatos y territorios fueron muchas, y estuvieron a punto de dar al traste con todo. Solo el empeño de Balmis y sus ayudantes, y la dedicación de Isabel Zendal a los niños, salvó la situación de la incompetencia, cuando no del desdén, de funcionarios y autoridades que tenían la obligación de ayudarlos y proveerles de lo que necesitaran.

Con todo, lo lograron e iniciaron la segunda singladura de su viaje. Debían atravesar el Pacífico y llegar a Filipinas. Ahora los «ángeles custodios» fueron veintiséis niños mexicanos, de similar extracción a los venidos desde España, de los cuales ya solo prosiguió viaje Benito, el hijo de Isabel. Zarparon a bordo de la fragata Magallanes, llegando, tras una agitada navegación, a Manila el 5 de abril de 1805. En su hospicio, al igual que en México, se quedó Isabel con los niños, mientras que Balmis y los demás se

distribuyeron vacunando por todo el archipiélago e incluso llegaron a hacerlo en la costa continental de China.

Allí permanecieron durante cuatro años largos, para regresar finalmente a Acapulco en agosto de 1809. Para entonces se había producido en España la invasión napoleónica: el rey Carlos IV ya no lo era, su hijo Fernando VII se había entregado a Napoleón y la guerra de la Independencia había comenzado.

Ni la mayoría de los expedicionarios ni Isabel Zendal pudieron —y algunos tampoco quisieron— regresar en aquellas condiciones a España. La enfermera se trasladó con su hijo a Puebla, donde se tienen las últimas constancias documentadas de su vida hasta el año 1811. A partir de entonces, se pierde su rastro y se desconoce la fecha de su fallecimiento.

De su hacer, sacrificio y entrega a los niños —de los que se convirtió en una verdadera madre— dan prueba estas palabras del doctor Balmis escritas en Macao en 1806, adonde también llegó la vacuna española que consiguió inmunizar a unas doscientas cincuenta mil personas:

> Con el excesivo trabajo y rigor de los diferentes climas que hemos recorrido, perdió enteramente su salud, infatigable noche y día ha derramado todas las ternuras de la más sensible madre sobre los veintiséis angelitos que tiene a su cuidado, del mismo modo que lo hizo desde La Coruña y en todos los viajes, y los ha asistido enteramente en sus continuadas enfermedades.

La memoria de Isabel Zendal permaneció en el olvido largo tiempo y no fue hasta finales del siglo anterior, y sobre todo en este, cuando se ha reconocido su labor tanto a nivel nacional como mundial, esto último gracias a la propia Organización Mundial de la Salud (OMS).

Varios libros, especialmente algunas novelas, como la de

Almudena de Arteaga (*Ángeles custodios*,[13] que tuvo secuela cinematográfica en TVE) y la de Javier Moro (*A flor de piel*),[14] supusieron una recuperación importante de su figura. A ello se unieron algunos monumentos, dedicatorias de premios y, finalmente, centros sanitarios, como el ahora emblemático hospital madrileño.

57
Juan Martín Díaz, el Empecinado
(1775-1825)

Gloria y tragedia del mejor guerrillero español

En mi pequeño pueblo, Bujalaro, en la Alcarria Alta de Guadalajara, existe un paraje que he conocido desde mi niñez llamado El Francés. Lo conforman un barranco y unas tierras de cultivo que, desde el viso del «Llano en Alto» —ese es el significado de la palabra árabe *Alcarria*—, descienden hasta la reguera de Fuente Rey. Este último es, a su vez, el nombre de otra cárcava que hace lo propio desde el anterior monte, con la salvedad de que por allí baja también el camino que viene por lo alto de la línea de todos los montes chatos que miran hacia el valle del Henares y tienen como horizonte la sierra Negra o de Ayllón. Un camino llamado en tiempos Camino o Cañada Real, que iba a enlazar abajo, ya en el pueblo, con el que discurría por el valle del río hacia Sigüenza.

No entendí nunca, ni nadie me supo explicar, por qué lo llamaban así: El Francés. Franceses, por mi pueblo, hasta que volvieron los hijos de algunos que habían emigrado al país galo allá por la mitad del siglo pasado, no parece que hubiera asomado ninguno, y menos

como para darle nombre a un lugar. ¿Andan buscando quién me lo vino a aclarar? Pues nada menos que Benito Pérez Galdós, muy buen conocedor de mi provincia, como dejó demostrado en sus obras y, en especial, en uno de los mejores tomos de sus monumentales *Episodios nacionales*: el dedicado a Juan Martín Díaz, *el Empecinado*.

En su novela detalla una escena de la guerra de la Independencia (1808-1814): una emboscada de las tropas del guerrillero a un destacamento de la caballería francesa que, en todo aquel sector y con sede en Soria, estaba al mando del general Hugo (padre del genial escritor de igual apellido, quien incluso puede que residiera por allí algunos años de su niñez). Los jinetes gabachos vinieron por el Camino Real y comenzaron a descender por el barranco de Fuente Rey. Antes de llegar a la fuente, y desde las costeras de ambos lados, los guerrilleros comenzaron a hacer fuego sobre ellos causándoles una gran mortandad. Los supervivientes huyeron al galope buscando la pequeña llanada, pero allí se toparon con otra emboscada de los españoles, que estaban ocultos en la reguera. Entonces, desesperados, picaron espuelas hacia arriba, intentando remontar por el siguiente barranco. No sé cómo les iría, ni si alguno llegó a salvarse, pero por lo abrupto y angosto de la subida, me da que les debió de ir muy mal. Allí debió de ser la carnicería; por ello se le quedó el nombre al lugar. ¡Quién iba a decirme a mí que me lo vendría a contar don Benito Pérez Galdós!

Tiempo después, a través de uno de los más viejos del pueblo, me llegó también que en ocasiones salían restos de la batalla en ese paraje, y que a él su abuelo le había contado que una vez desenterraron la coraza de un francés.

Juan Martín Díaz, *el Empecinado*, es un personaje vivo en el recuerdo y la leyenda todavía hoy en toda aquella zona. Sus éxitos contra los invasores le llevaron a comandar lo que, más que una guerrilla, se convirtió en un verdadero ejército: la División Guadalajara, que llegó con sus incursiones hasta el mismísimo Madrid. Su querencia por Atienza hace que, aún hoy, algún paisano lo haga natural de allí. No lo es, pues está demostrado su nacimiento y la existencia de su casa familiar en el pueblo vallisoletano de Castrillo de Duero; pero sí es verdad que tuvo predilección por la Peña Fuerte, y, tras sus ataques a los franceses, gustaba de refugiarse al amparo de su fortaleza y tras las poderosas murallas de la que en su tiempo fue una poderosa villa medieval. Tanto fue así que el general Hugo, al que traía por la calle de la amargura, hizo dinamitar no pocos lienzos de estas fortificaciones en venganza. Vamos, que al apellido Hugo, las gentes del común de la tierra de Atienza le «debemos» algo más que la genialidad de su hijo.

El gran guerrillero, símbolo de aquella guerra y de la resistencia al invasor —del coraje y de la valentía de todo el pueblo español, rebelado contra la dominación de un país extranjero—, es también emblema de la tragedia tras aquella lucha heroica: tras la victoria contra los franceses, el Deseado, Fernando VII, al que habían repuesto en el trono, se lo iba a pagar haciéndole ejecutar.

Como se apunta más arriba, Juan Martín Díaz nació en Castrillo de Duero (Valladolid) un 2 de septiembre de 1775. Era hijo de un campesino de posibles y buena hacienda al que desde muy joven le tiró lo militar. El mote del Empecinado, aunque hoy tenga otro significado —denota entre determinación y tozudez—, venía por el apodo a los nativos de aquel pueblo y el cieno (la pecina) de un

arroyo que atravesaba el pueblo, el Botijas. Sin duda, Juan ennobleció este mote.

Enrolado en los ejércitos del rey de España, ya se las vio muy joven con los franceses, pues a los dieciocho años participó en la campaña contra ellos en el Rosellón y durante los dos años que duró ya les cogió un manifiesto cariño.

Pero no parecía que lo suyo fuera a ser la carrera de las armas, pues retornó a su pueblo y, al año siguiente, se casó con una joven burgalesa, Catalina de la Fuente, de Fuentecén, lugar donde se instaló en 1796 como labrador dispuesto a vivir en paz y tranquilidad del campo; y así lo hizo durante los siguientes doce años.

Todo lo iba a trastocar la invasión napoleónica de 1808, que acabó por levantar a la postre a la población española de toda condición, quizá aún más a los más humildes y sencillos. En su caso, como en muchos otros, fueron los atropellos de los invasores y el desvalimiento ante los abusos del ejército francés lo que les hizo empuñar lo primero que tuvieron a mano y lanzarse contra él. El detonante para Juan Martín Díaz fue la violación, por parte de un soldado francés, de una de sus jóvenes vecinas. No cabía esperar justicia alguna, y el Empecinado la ejerció por su pueblo y sus gentes: lo degolló y, acto seguido, huyó a los montes. No se fue solo; se le unieron familiares y amigos del pueblo y de otros de alrededor que, aprovechando su conocimiento del terreno, comenzaron a hostigar a pequeños grupos, carruajes y jinetes que hacían el camino Burgos-Madrid. Con sus rápidos asaltos consiguieron armar una pequeña partida.

La pequeña guerrilla del Empecinado se enroló al poco tiempo con el ejército regular que intentaba plantar cara a la maquinaria de

guerra francesa, y participó en los combates de Cabezón de Pisuerga y Medina de Rioseco. Esta última batalla, que resultó un desastre, le hizo comprender que en campo abierto y ante la superioridad armamentística, táctica y profesional del ejército napoleónico no tenían nada que hacer, y que la guerrilla era la única posibilidad de resistir, causar bajas y sobrevivir.

Su genio militar afloró con tal rapidez que en aquel mismo año ya se hizo notar e hizo sufrir lo suyo a los destacamentos franceses en la cuenca del Duero, causándoles muchas pérdidas en acciones como las de Aranda de Duero y, después, ya por tierra segoviana, en Sepúlveda y Pedraza. Esto le supuso ser ascendido por la Junta Militar a capitán de caballería, y su radio de acción se extendió a las sierras de Gredos, Ávila y Salamanca, llegando en sus incursiones a las provincias de Cuenca y, luego, de Guadalajara. En el norte de esta última provincia se convirtió en un verdadero azote de todo destacamento francés que se arriesgaba fuera de las ciudades. Tal fue el daño causado que el mando francés encargó entonces al general Hugo la exclusiva misión de acabar con él. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero fracasó estrepitosamente. Entonces, optó por apresar a su madre y a algunos de sus familiares intentando doblegarle, pero solo consiguió aumentar su furia: el Empecinado hizo llegar al general Hugo la amenaza de que, si no liberaba a su madre, fusilaría de inmediato a cien soldados y también a oficiales franceses que tenía en su poder. Su madre y su familia fueron puestos en libertad.

Los años 1811 y 1812 los pasó, tras haber conseguido escapar de Ciudad Rodrigo —donde le tuvieron cercado los franceses—, casi por entero en tierras alcarreñas al mando del Regimiento de Húsares de

Guadalajara (o División Guadalajara), que llegó a contar con seis mil hombres y que se convirtió en el terror de los franceses, llegando a asomarse al mismo Madrid. Instaló su base de operaciones primero en Brihuega y después en Torija, en el viejo castillo de origen templario, pero al abandonarlo lo hizo volar para que no pudiera ser utilizado como refugio por los franceses. O sea, lo mismo que el general Hugo había hecho con él en Atienza.

Los contraataques franceses consiguieron poner cerco a Alcalá de Henares, donde se encontraba con parte de sus tropas y algunas unidades más. La defensa de la ciudad fue un éxito y su participación en ella decisiva, sobre todo en el combate sobre el puente del Henares, donde con muy pocos efectivos derrotó a un número muy superior de enemigos a los que hizo retroceder y huir. La ciudad le levantó por ello un monumento, una pirámide, que luego el Rey Felón, Fernando VII, hizo destruir. Sin embargo, en 1879, los alcalaínos, y en especial los universitarios, levantaron otro monumento en su honor que se conserva hasta hoy.

Ya en 1814, vencidos los franceses, fue nombrado mariscal de campo y, como anécdota significativa de su prestigio, recibió el derecho a firmar como el Empecinado.

El retorno del rey Fernando VII y la restauración absolutista supusieron la peor amargura para él, a quien el monarca consideraba un liberal. Le quitó todo mando y le desterró a Valladolid. La traición y la venganza del rey contra quienes contribuyeron a restaurarlo en el trono —tras su sumisión y entrega voluntaria a Napoleón— terminaron por hacer estallar la sublevación. Fue en el Pronunciamiento de Riego (1820). El Empecinado volvió a las armas y los partidarios de Fernando VII se vieron superados. El

rey entonces se plegó, o aparentó hacerlo, y juró solemnemente la Constitución de Cádiz.

El Empecinado fue nombrado por el Gobierno liberal gobernador de Zamora y, más tarde, capitán general. Pero el aparente acatamiento del nuevo régimen por parte del monarca solo fue una añagaza; lo que hizo en realidad fue ganar tiempo y preparar una alianza con el también restaurado rey francés. Esto propició la llegada de un enorme ejército desde aquel país, los Cien Mil Hijos de San Luis, que aplastó el Trienio Liberal y volvió a instaurar el absolutismo en 1823.

Y entonces comenzó la parte más oscura y vil de esta historia. Fernando VII ofreció al Empecinado que se uniera a él y a las tropas francesas que le sostenían, a cambio de concederle un título nobiliario y darle una enorme suma de dinero de la época: un millón de reales. La respuesta de Juan Martín Díaz al emisario del Rey Felón ha pasado a los anales del honor por ser tan llana y de un hombre tan cabal: «Diga usted al rey que, si no quería la Constitución, que no la hubiera jurado; que el Empecinado la juró y jamás cometerá la infamia de faltar a sus juramentos».

Tuvo, pues, que marchar al exilio, y se refugió en Portugal en el año 1823. Fue entonces cuando la infamia real alcanzó su cenit. El monarca decretó una amnistía general el 1 de mayo de 1824. El Empecinado pidió permiso para regresar; le fue concedido y se le aseguró que podía hacerlo sin peligro. Pero era una trampa: Fernando VII ya había ordenado su ejecución en cuanto le tuvieran en su poder. El 23 de mayo había dejado escrito: «Es tiempo de despachar al otro mundo a Chaleco —otro guerrillero, Francisco Abad, de Valdepeñas, al que también hizo ajusticiar— y al

Empecinado».

Juan Martín Díaz volvió, pues, confiado a su tierra natal. Iba acompañado de una pequeña escolta que le había seguido a Portugal. Al llegar a Olmos de Peñafiel fue detenido por el Cuerpo de Voluntarios Realistas y entregado al alcalde de Roa, Gregorio González, un fanático absolutista que cuenta así cómo le llevó hasta su localidad: «A pie, delante de mi corcel y llevando yo el cabo de la cuerda con que tenía amarrados los brazos». El alcalde había ordenado levantar en su pueblo un tablado para subirle y que la chusma —alentada por él— le escarneciera, insultara y apedreara.

El juicio, de haberlo habido según la ley, debía haber tenido lugar en la Real Chancillería de Valladolid, pero Fernando VII no estaba dispuesto a correr riesgo alguno y se lo encomendó a un corregidor, enemigo acérrimo del Empecinado. Este instruyó y concluyó la causa con rapidez y a gusto del monarca, quien ratificó su condena a muerte por ahorcamiento, y no por fusilamiento como se debía, dada su condición militar. La ejecución tuvo lugar el 19 de agosto de 1825 en la plaza Mayor de Roa.

Pero Juan Martín Díaz no se iba a entregar al verdugo sin resistencia. Cuando le estaban subiendo por las escaleras del cadalso, dio un golpe tan fuerte con las manos que rompió las esposas. Se lanzó sobre los soldados, intentando arrebatarle a uno su espada para huir. Hubo un gran tumulto y costó reducirle, pero al final, entre todo el batallón, fue llevado al patíbulo y allí se le ató con una gruesa maroma y se le izó. Así pudo al fin el verdugo ejecutarle y, según relata el vesánico alcalde: «Quedó colgado con tanta violencia que una de las alpargatas fue a parar a doscientos pasos de lejos, por encima de las gentes. Y se quedó al momento tan

negro como un carbón».

Ese fue el triste y terrible final del hombre que había combatido como nadie contra los invasores franceses, en defensa de un rey que se había arrastrado ante ellos y al que él había restituido en el trono. Sus restos reposan en el mausoleo que se erigió posteriormente por suscripción popular en Burgos.

58
Fernando Primo de Rivera

(1879-1921)

Jefe del Regimiento Alcántara en su heroico sacrificio en Annual

El año 2021 se cumplió un siglo de una de las más tristes efemérides de la historia militar española: el desastre de Annua, donde tuvo lugar la terrible derrota y la todavía más espantosa matanza de las tropas desplegadas en Marruecos a manos de los rifeños mandados por Abd el-Krim. Pero es también momento de recordar la página más heroica firmada por el Regimiento de Caballería Alcántara y el sacrificio de la práctica totalidad de sus miembros para proteger la retirada del ejército vencido e intentar, a costa de las suyas, salvar las vidas de los demás. Al frente de aquella epopeya cabalgó y murió su jefe, el teniente coronel Fernando Primo de Rivera y Orbaneja.

Sucintamente, los hechos ocurridos pueden resumirse así. En febrero de 1920, el general Silvestre llega a Melilla, se hace cargo del mando e inicia desde allí los avances por territorio rifeño. El 15 de enero de 1921 toma Annual y el 7 de junio alcanza su máxima

penetración al ocupar Igueriben para asegurar las comunicaciones de todo su despliegue.

Entonces comienza la contraofensiva de Abd el-Krim. El 17 de julio ya tiene cercada Igueriben, y las bajas españolas, junto con las dificultades de abastecimiento —desde agua hasta munición—, empiezan a ser muy graves.

El teniente coronel Fernando Primo de Rivera queda al mando del Regimiento Alcántara cuando su coronel, Francisco Manella, pasa a dirigir todo el distrito de Annual.

El día 21 de julio, la presión rifeña es tremenda y Annual queda cercado. El general Fernández Silvestre evacúa a su hijo Miguel a Melilla, y ordena al coronel Francisco Manella dirigir la retirada —pues considera imposible resistir en esa posición—. Después, se retira a su tienda y se pega un tiro en la cabeza. Cae Igueriben. Los rifeños acosan y hostigan a las tropas en retirada. El coronel Manella, defendiendo la retaguardia de sus columnas, ya casi en desbandada, muere abatido en el desfiladero de Izumar.

El general Navarro, que ha sustituido a Silvestre, ordena al Regimiento Alcántara que tapone a toda costa la brecha y contenga a los rifeños para que el grueso del ejército pueda alcanzar la posición de Monte Arruit. Hacia allí se dirige también el propio Navarro desde Melilla.

Primo de Rivera les dice a sus oficiales: «La situación es crítica. Ha llegado el momento de sacrificarse por la patria. Que cada uno ocupe su puesto y cumpla con su deber». Ese mismo día, las columnas en retirada, con su ayuda, rebasan a la caballería y el Alcántara queda como última defensa ante la oleada enemiga que viene detrás y que se despliega por sus flancos.

El día 23 de julio, trece jóvenes cornetas tocan la retreta de un día que va a convertirse en tan glorioso como sangriento para todo el regimiento. Ninguno de los trece llegará vivo a la noche.

Ya por la mañana comienzan las cargas para defender la retaguardia, escoltar a los heridos y seguir permitiendo que las columnas continúen su retirada. Estas alcanzan ya la posición de Dar Drius, a la que ha llegado el general Navarro. Este, sobre las 13:30 horas, ordena al Alcántara lo que bien sabe que supone sacrificar a todo el regimiento: adelantarse al cauce seco del río Igan, despejarlo y permitir que la retirada —que ya se ha convertido en una desbandada general— atraviese aquel lugar, convertido en un infernal embudo, para poder alcanzar Monte Arruit.

Todos los jinetes, desde su jefe hasta el último soldado, saben que su destino más probable es la muerte.

Su teniente coronel se dirige a ellos con estas palabras: «¡Soldados! Ha llegado la hora del sacrificio. Que cada uno cumpla con su deber. Si no lo hacéis, vuestras madres, vuestras novias, todas las mujeres españolas dirán que somos unos cobardes. Vamos a demostrar que no lo somos».

Y, ciertamente, lo demostraron. Ya habían cargado en varias ocasiones durante la mañana contra el enemigo, obligándole a huir. Pero en ese momento —cuando los rifeños dominaban todo el terreno, eran dueños de una abrumadora superioridad numérica y podían dispararles desde todas las direcciones—, las cargas resultaban mortales para jinetes y caballos. Sin embargo, no por ello dejaron de realizarlas: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis y hasta siete veces; primero al galope, luego al trote, después al paso y, algunos, incluso a pie.

De esta manera magistral lo describió Arturo Pérez-Reverte:

> Siete veces cargó Alcántara monte arriba y sable en mano, reagrupándose tras cada carga, cada vez menos hombres, más heridos, exhaustos y sedientos jinetes y caballos, una y otra vez bajo la granizada de balas enemigas, entre las zarzas y parapetos rifeños, tan diezmados y agotados al final que la última carga, octava del día, hubo que darla con los caballos al paso, pues ya no podían ni trotar; y aún después se continuó ladera arriba, a pie, combatiendo al arma blanca. Cargaron los soldados, y también el joven trompeta de quince años que llevaba el cornetín de órdenes. Y cuando a la quinta o sexta carga ya no hubo hombres suficientes para cerrar las filas, cargaron también, aunque nadie los obligaba a ello, los tres alféreces veterinarios, y el teniente médico, y hasta el capellán fue adelante con la tropa. Y cuando ya no quedó nadie a quien recurrir, cargaron también los catorce maestros herradores, y con ellos los trece chiquillos de catorce y quince años de la banda de música del regimiento; que, como el joven corneta de órdenes, murieron todos. Y al anochecer, cuando los supervivientes consiguieron llegar a la posición de Batel, agotados, llenos de heridas, caminando entre las sombras con sus extenuados caballos cogidos de la brida, de los 691 hombres del regimiento solo quedaban 67.

Y así lo deja lacónicamente anotado uno de los partes oficiales:

> El enemigo parapetado en trincheras hechas en la loma de Dar Azugar a la izquierda de la carretera y en las cabilas de la posición de Amersdam, impedían el paso con su fuego habiendo detenido a dos camiones de los que conducían heridos, rematándolos. Y teniendo que dar varias cargas y repetidas cargas para desalojarlos de sus posiciones haciéndonos muchas bajas, restableciendo de esta forma la comunicación por la carretera.

Tras conseguir su objetivo, abrir el paso y permitir la huida de los últimos que se retiraban, agotados los caballos, rendidos los jinetes y ya alejado el enemigo, los supervivientes se incorporaron a la columna en dirección a Batel y Monte Arruit. Avanzaban con caballos heridos, jinetes desmontados y, al frente de todos ellos, su jefe también desmontado: había muerto Pirote y su tordo, Carbonero, herido de gravedad, habría de ser sacrificado después.

El regimiento ya casi había desaparecido. Las bajas eran

estremecedoras. Apenas uno de cada diez hombres pudo sobrevivir, y la proporción fue aún menor entre oficiales y suboficiales. Y la mortandad iba a continuar.

Empezando por su jefe, que fue alcanzado por una granada en Monte Arruit que le destrozó un brazo. Se lo amputaron sin anestesia y él pidió tan solo algo que morder para soportar el dolor. Pero la herida se gangrenó y acabó muriendo el 6 de agosto.

Muchos de los demás perecerán después cuando, tras la rendición de la posición y después de que Navarro acordara la entrega de las armas a cambio del respeto a la vida de los prisioneros, estos fueran masacrados de inmediato. Apenas se respetó la vida del propio Navarro y del grupo de oficiales que se rindió con él, quienes hubieron de asistir a la matanza de todos sus hombres. El número de los que finalmente se salvaron del Regimiento Alcántara podía contarse casi con los dedos de las manos.

Pero su gesta quedó grabada para siempre en la memoria de la caballería española. El teniente coronel Primo de Rivera fue condecorado, al igual que algunos otros miembros del regimiento a título individual, con la máxima recompensa militar: la Laureada de San Fernando.

Y, al final, aunque noventa y un años después, durante el Gobierno de Mariano Rajoy, en 2012, y tras vergonzosas dilaciones de todo régimen y color, también lo fue el regimiento entero. Además de otras causas políticas —pues nada hay de lo que huya más la política que de un desastre que se quiere a toda costa tapar y olvidar—, la tramitación inicial del expediente resultó muy difícil por una razón evidente: quienes podían impulsarlo en aquel momento estaban, casi en su totalidad, muertos o prisioneros. Mantener aquel

reconocimiento guardado en un cajón durante casi un siglo refleja el trato que tantas veces da España a sus héroes.

El teniente coronel, como su apellido indica de manera ostensible, era uno de los vástagos de una gran familia militar. Su hermano Miguel Primo de Rivera y Orbaneja fue el instaurador de la dictadura durante el reinado de Alfonso XIII, y el hijo de este, José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange. El teniente coronel del Alcántara y su heroico comportamiento nada tienen que ver, excepto por esa relación familiar, con tales vericuetos políticos.

Fernando Primo de Rivera y Orbaneja nació en Jerez de la Frontera en 1879. Tras pasar por la Academia de Infantería de Toledo, ingresó en 1898 en la Academia de Caballería, donde se convirtió en un excelente jinete y campeón de esgrima. Completó su formación en la Academia de Caballería francesa de Saumur.

Tras su ascenso a capitán en 1912, fue destinado al Regimiento de Caballería Taxdirt, en Melilla, donde participó en numerosos combates. Ese mismo año obtuvo la Cruz de María Cristina y fue ascendido a comandante por méritos de guerra tras el combate librado el 15 de mayo en Ulad Garen. De regreso a España, fue profesor en la Escuela de Equitación, pero volvió posteriormente a Marruecos y, ya con el empleo de teniente coronel, ocupó el puesto de segundo jefe del Regimiento de Cazadores de Alcántara, del que se hizo cargo el 20 de julio, cuando todo el frente comenzaba ya a derrumbarse.

Como hemos señalado, en la defensa de Monte Arruit una granada de artillería le arrancó un brazo y murió a consecuencia de la infección de la herida. Hasta que no se recuperó Monte Arruit el 24 de octubre, no se pudieron retirar sus restos del lugar en que

habían sido enterrados por sus propios soldados. Su cadáver fue entonces llevado a Melilla y trasladado ya en noviembre del año 1923 primero a Málaga y luego a Madrid, donde a su llegada a Atocha, en un acto presidido por el rey Alfonso XIII, se le impuso al féretro la Cruz Laureada de San Fernando, que le había sido concedida dos días antes en premio a su heroica actuación durante el desastre de Annual. Recibió al fin sepultura en el cementerio de San Isidro, en el panteón familiar, en el que el Arma de Caballería había levantado un monumento, obra de Benlliure.

La Laureada colectiva al regimiento habría de esperar, como se ha dicho, casi un siglo más. El afamado pintor Augusto Ferrer-Dalmau ha dedicado a esta gesta varios de sus cuadros más celebrados y puesto en valor aquella heroicidad colectiva y aquel sacrificio asumido en medio del desastre y la incapacidad de algunos de sus máximos responsables.

LA EPOPEYA HUMANA QUE PONE NOMBRE A QUIENES CONSTRUYERON NUESTRO PAÍS.



ANTES DE SER NACIÓN, ESPAÑA FUE LA CUNA DE HOMBRES Y MUJERES EXTRAORDINARIOS.

De los cazadores de Atapuerca a los héroes de la Reconquista; de los emperadores hispanos que gobernaron Roma a los exploradores que ensancharon los límites del mundo. Este libro recorre miles de años de historia a través de las vidas de quienes forjaron el carácter, la memoria y el destino de España.

Antonio Pérez Henares reúne a personajes célebres y olvidados, admirados y controvertidos, para ofrecernos un apasionante viaje por nuestro pasado. Descubriremos a la hija de los neandertales, al primer hombre que cruzó el Amazonas, a una reina enfrentada a su propio marido o al soldado que, tuerto, manco y cojo, hizo huir a la mayor flota enviada jamás por Inglaterra.

Anécdotas sorprendentes, gestas inolvidables y semblanzas llenas de vida componen esta gran epopeya humana que pone nombre y rostro a quienes construyeron nuestro legado.

Con su inconfundible pulso narrativo, Pérez Henares convierte la historia en una aventura fascinante y nos invita a comprender mejor quiénes somos y cómo hemos llegado hasta aquí.

«El problema de los españoles es que desprecian la historia porque no la conocen. Si la conociéramos, estaríamos orgullosos de ella.»

Antonio Pérez Henares es escritor y periodista, reconocido por sus obras prehistóricas *Nublares, El hijo de la Garza, El último cazador, La mirada del lobo* y *La canción del bisonte*. Ha tratado la historia medieval en novelas como La tierra de *Álvar Fáñez*, *El rey pequeño* y *Tierra vieja*. Ha publicado además *Cabeza de Vaca, La Española* y *El juglar*. Ha escrito también varios libros de viajes como *Un sombrero para siete viajes* o *El pájaro de la aventura*, donde no deja de latir el aliento y la amistad de quien fue su maestro Miguel de la Quadra-Salcedo. Ejerce el periodismo desde los dieciocho años, cuando se incorporó al diario Pueblo. Ha trabajado después en publicaciones como *Mundo Obrero, Tiempo, El Globo* o la *Cadena SER*. Fue director de la revista *Tribuna*, coordinador de Ediciones Especiales en *La Razón*, director del diario económico *Negocio* y director de Publicaciones de Promecal. Es colaborador en *Zenda*, *El Debate* y Europa Press. Fundó la asociación Escritores con la Historia, que preside en la actualidad y a la que pertenecen los más reconocidos escritores españoles del género. En el año 2021 fue nombrado académico de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras.



Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Antonio Pérez Henares
© 2026, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: xxx

Roca Editorial de Libros, S. L. U. es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistema de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87905-67-5

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
Youtube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

[1] Barcelona, Editorial Planeta, 1999.
[2] Barcelona, Ediciones B, 2016.
[3] Barcelona, Áncora y Delfín, 2021.
[4] Guadalajara, Aache, 1993.
[5] Barcelona, Harper Collins, 2019.
[6] Madrid, La Esfera de los Libros, 2019.
[7] Barcelona, Rocabolsillo, 2008.
[8] Barcelona, Debolsillo, 2020.
[9]. Almudena de Arteaga, *La princesa de Éboli*, Barcelona, Booket, 2001.
[10] Barcelona, Crítica, 2019.
[11] Barcelona, Altera, 2005.
[12] Barcelona, Inédita, 2012.
[13] Barcelona, Ediciones B, 2010.
[14] Barcelona, Seix Barral, 2015.

Índice

Hijos de España

1. Miguelón

2. La niña del Lozoya

3. Imilce, princesa ibera de aníbal. (siglo iii-214 a. C.)

4. Magón (243 a. C.-203 a. C.)

5. Séneca (4 a. C.-65 d. C.)

6. Trajano (53-117)

7. Adriano (76-138)

8. Diocles (104-146)

9. Teodosio (347-395)

10. Recaredo (559-601)

11. Favila (?-739)

12. Adosinda (c.728-c.785)

13. Álvar Fáñez (1047-1114)

14. Alfonso VI (c. 1040-1109)

15. Diego Rodríguez (c. 1075-1097)

16. Urraca I de León y de Castilla (1081-1126)

17. Cristina Rodríguez (c. 1075-?)

18. Ibn Mardanis (c. 1124-1172)

19. Alfonso VIII (1155-1214)
20. Pedro II de Aragón (1178-1213)
21. Alhamar el Rojo (1194-1273)
22. Fernando III el Santo (1201-1252)
23. Jaime i 1208-1276)
24. Diego López de Haro (c. 1250-1310)
25. Alfonso el onceno (1311-1350)
26. Gonzalo Fernández de Córdoba (1453-1515)
27. Beatriz de Bobadilla, la Cazadora (c. 1460-1504)
28. Juan de la Cosa (?-1509)
29. Alonso de Ojeda (c. 1468-1515)
30. Ponce de León (c. 1460-1521)
31. Becerrillo
32. Vasco Núñez de Balboa Aventurero entre aventureros (1475-1519)
33. Gonzalo Guerrero (c. 1470-1536)
34. Juan Bravo (1484-1521)
35. María Pacheco (c. 1496-1531)
36. Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza (1466-1523)
37. Juan sebastián elcano (1486-1526)
38. Isabel de Portugal (1503-1539)

39. Antonio de Mendoza y Pacheco (c.1491-1552)
40. Francisco de Orellana (1511-1546)
41. Sebastián de Benalcázar (c.1490-1551)
42. Hernando de Soto (1500-1542)
43. Los caballos de la conquista
44. Pedro de Valdivia (1497-1553)
45. Pedro Menéndez de Avilés (1519-1574)
46. Pedro Sarmiento de Gamboa (1532-1592)
47. Inés Suárez (1507-1580)
48. Juan de Austria (1545-1578)
49. Ana Mendoza de la Cerda (1540-1592)
50. Álvaro de Bazán (1526-1588)
51. Alejandro Farnesio (1545-1592)
52. Julián Romero (1518-1577)
53. Isabel de Barreto (c.1567-1612)
54. Blas de Lezo (1689-1741)
55. Bernardo de Gálvez (1746-1786)
56. Isabel Zendal (1773-?)
57. Juan Martín Díaz, el Empecinado (1775-1825)
58. Fernando Primo de Rivera (1879-1921)
Sobre este libro

Sobre Antonio Pérez Henares

Créditos